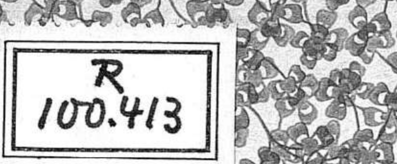
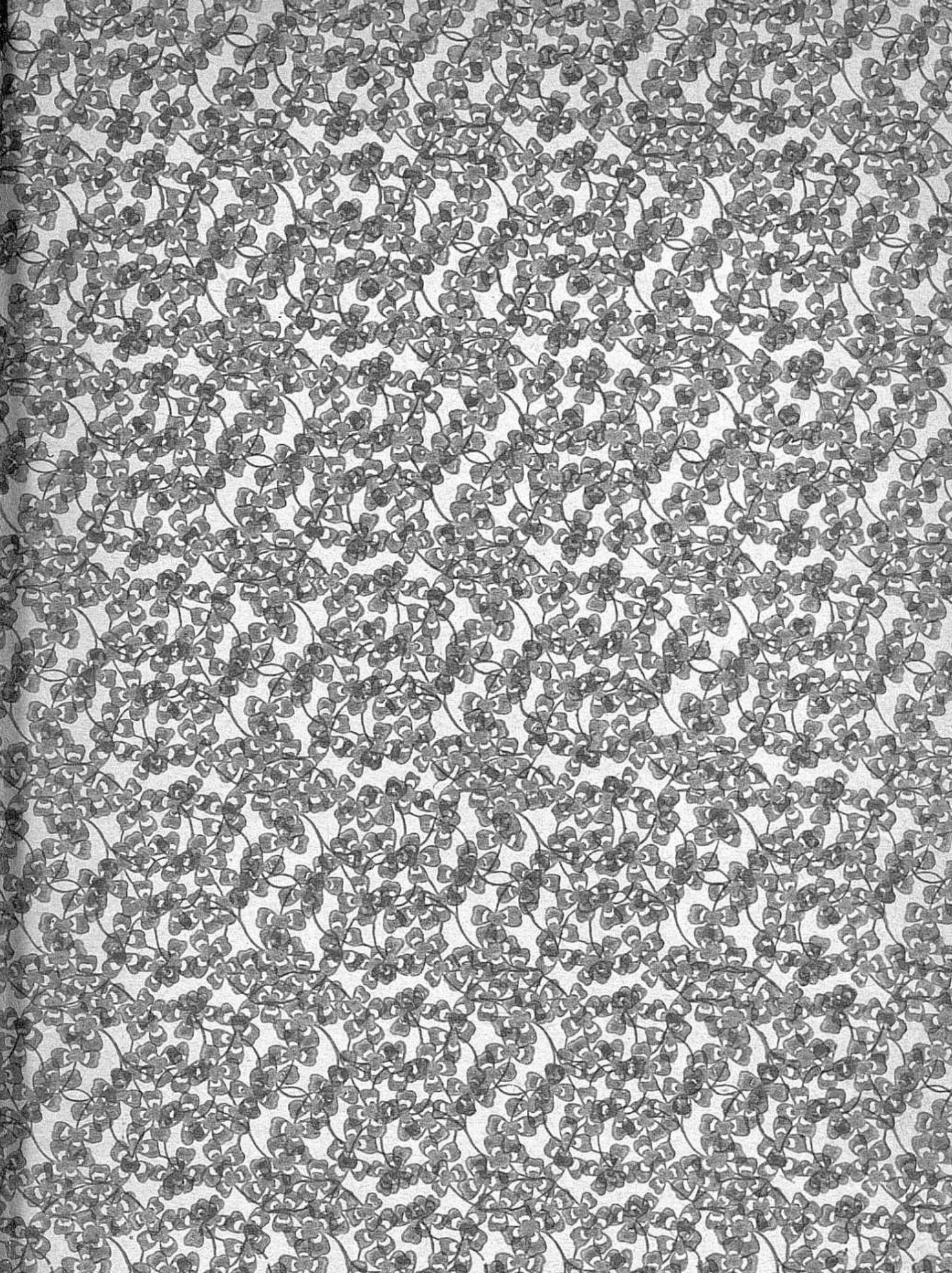

ABUBÈQUER DE TORTOSA
LÁMPARA
DE LOS PRÍNCIPES
1
R
100.413
© Biblioteca Nacional de España


R
100.413



INSTITUTO DE VALENCIA DE DON JUAN

LÁMPARA DE LOS PRÍNCIPES

POR

ABUBÉQUER DE TORTOSA

TRADUCCIÓN ESPAÑOLA

DE

MAXIMILIANO ALARCÓN

CATEDRÁTICO DE LENGUA ARÁBIGA EN LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

TOMO I

MADRID
MCMXXX

LÁMPARA DE LOS PRÍNCIPES

INSTITUTO DE VALENCIA DE DON JUAN

LÁMPARA DE LOS PRÍNCIPES

POR

ABUBÉQUER DE TORTOSA

TRADUCCIÓN ESPAÑOLA

DE

MAXIMILIANO ALARCÓN

CATEDRÁTICO DE LENGUA ARÁBIGA EN LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

TOMO I





MADRID
MCMXXX

PUBLICADO CON LA COOPERACIÓN DE
LA «HISPANIC SOCIETY OF AMERICA»,
DE NEW YORK

A MIS QUERIDOS MAESTROS

D. JULIÁN RIBERA Y TARRAGÓ

Y

D. MIGUEL ASÍN PALACIOS

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

Una relevante figura de las letras españolas, el insigne Menéndez y Pelayo, advirtiendo la insuficiencia de los materiales aportados exclusivamente por los escritores del mundo pagano y por sus continuadores cristianos para llevar a cabo la síntesis histórica completa del pensamiento español, proclama la urgente necesidad de poner en manos de los estudiosos los documentos en que está depositado el saber y el pensar de nuestros mayores, fuesen gentiles, judíos, moros o cristianos, puesto que el sol de la ciencia les alumbró a todos [1].

Aquella aspiración del Maestro es ya una realidad en lo concerniente a las obras de *los pensadores moros*, como él los denomina. Las prensas árabes, con actividad creciente, están sacando a luz en copiosas ediciones multitud de obras que, por su rareza, sólo contadas personas podían consultar en otros tiempos o que yacían ignoradas en los rincones de las bibliotecas y que actualmente se hallan a disposición de cualquiera que se proponga utilizarlas.

Mas para conseguir los resultados que él se prometía

[1] Vid. *El Filósofo autodidacto*, de Abentofail. Traducción de F. Pons Boigues, Zaragoza, 1900, pág. LIV.

no basta sólo con que las obras estén *a la disposición* de los estudiosos, sino que, además, es preciso que se hallen también *a su alcance*. Y entre nosotros es bien limitado el número de las personas que se hallan en condiciones de aprovechar debidamente tales obras.

Para la inmensa mayoría de nuestros hombres de estudio son letra muerta los monumentos del saber arábigo escritos en la lengua en que originariamente fueron concebidos, porque descartada o poco menos de nuestros planes oficiales de estudios la enseñanza del idioma arábigo y todo cuanto con la ciencia y la vida de este pueblo se relaciona, la generalidad de nuestros eruditos han orientado su formación cultural en el sentido de la tradición clásica y se han capacitado para laborar exclusivamente en el campo de la erudición grecolatina y ramas derivadas, siendo todo cuanto atañe a la cultura arábiga coto cerrado para sus trabajos de investigación directa.

De modo que hoy por hoy, si se quiere que los frutos del saber de nuestros mayores, secuaces del islam, puedan en España ser conocidos por las personas a quienes tal conocimiento interese, es indispensable trasladar a nuestra lengua las obras en que dichos frutos se hallan contenidos.

En el presente libro añado una más a la serie de versiones arábigoespañolas que en estos últimos tiempos han aparecido.

IDEA GENERAL DEL SIRACH DEL TORTUXÍ

Nuestro autor, Abubéquer de Tortosa, es uno de tantos pensadores que en todos los pueblos y tiempos se han creído en el caso de poner sus talentos al servicio del jefe del Estado para guiarlo en el desempeño de su misión [1].

Se trata, por tanto, de un libro de política, en cuanto al propósito a que obedece su composición y en cuanto al asunto; pero dada la forma como el autor ha enfocado el tema y su modo de entenderlo, se presta a que se le haya calificado de obra moral y aun histórica, porque así lo parece a quienquiera la examine superficialmente [2]. Los musulmanes la incluyen en el grupo de obras pertenecientes al género denominado *adab* [3], que corresponde en cierto modo a nuestras *humanidades* y que se halla integrado por aquellas disciplinas especialmente destinadas a la cultura y educación del espíritu.

Por el plano en que se sitúan las cuestiones y el tono

[1] Es realmente un tema tópico de la literatura musulmana, pues son extraordinariamente abundantes las obras de tal naturaleza que se anuncian en los catálogos de librería y que aparecen mencionadas en los repertorios bibliográficos de todas las épocas. Véase Catálogo de Manuscritos de la Biblioteca del Cairo, III, pág. 1. — Catálogos de E. Sarkis, abril 1928, pág. 10; abril 1929, pág. 20; año 1928, págs. 24-25; 2.º de 1928, pág. 8; 1930, pág. 14, etc. — *Sobh el-axá*, XIII, página 106. — Biblioteca Arábico-Hispana, edición CODERA, V-VI, Biografía núm. 145. — Catálogo de los Manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid, núm. 4.994, etc., para no alargar extraordinariamente la lista.

[2] PONS BOIGUES, *Historiadores y geógrafos arábigo-españoles*, Madrid, 1898, pág. 183.

[3] Véanse los Catálogos de la librería egipcia de E. Sarkis, 1928, pág. 20; 1929, pág. 9; 1930, pág. 14.

y estilo del lenguaje, es obra de carácter literario perfectamente definido.

Titúlase en árabe *Sirach almoluc*, título que puede traducirse: la primera palabra, por *antorcha, hachón, candelabro* o *lámpara,* y la segunda, por *reyes* o *príncipes,* queriendo, en suma, significar *luz que alumbra al príncipe en su marcha por el sendero de la vida.* Adopto, pues, las últimas acepciones correspondientes a cada una de las dos palabras y lo denomino LÁMPARA DE LOS PRÍNCIPES, por ser éste el título con que ordinariamente se le ha venido designando.

Pero mejor que el título con que el autor lo denomina le cuadraría, por ejemplo, el de *Tratado de la perfección del príncipe,* o, más concretamente, *Tratado de la perfección espiritual del príncipe*, si el título ha de dar idea del contenido, por ser la vida del espíritu el aspecto que principalmente se tiene en cuenta y al cual se refieren de un modo más o menos directo la mayoría de los temas tratados. Y aún cabría suprimir del título la palabra *príncipe*, puesto que las enseñanzas expuestas en la obra son, por lo común, de aplicación general y sólo en parte puede considerarse restringido el alcance de tales enseñanzas al jefe del Estado.

En el desarrollo de las cuestiones no se limita el autor a exponer sus propias ideas y sus personales puntos de vista, sino que, en confirmación y apoyo de los mismos, acostumbra aducir toda clase de testimonios ajenos, textos, apreciaciones, doctrinas, conceptos, observaciones, relatos de hechos, etc., que comprueben la exactitud de sus asertos, tomándolos de las fuentes más autorizadas [1]

[1] Una alusión a tales fuentes se halla en la pág. 6 del texto.

y reduciendo en muchos casos su papel al de mero expositor o glosador de ideas y opiniones de otros.

De aquí resulta el carácter que el libro presenta de verdadero florilegio o, más bien, centón, en el que aparecen agrupadas las ideas dominantes en el medio en que se forjó y al cual iba destinado, a propósito de cada una de las materias que sucesivamente son objeto de estudio. La obra nos ofrece, por consiguiente — y en esto estriba su valor —, no sólo la apreciación personal de un individuo — el autor —, sino un cuadro que refleja un estado de conciencia colectiva, la posición mental y afectiva de gran parte del pueblo islámico español y oriental, en relación con las diversas cuestiones que en el libro se plantean y el modo de reaccionar el espíritu musulmán medieval ante una serie de problemas cuya solución preocupó y sigue preocupando a la humanidad de todos los siglos.

Y es evidente que el libro debió encajar perfectamente en los gustos y tendencias de los correligionarios del autor, a juzgar por la extraordinaria nombradía que alcanzó y la excelente acogida de que fué objeto.

Refiriéndose al autor, dice Almacarí[1]: "..... y con la *Lámpara de los Príncipes* hay más que suficiente para dar idea de su mérito [del autor]„. Pero más que cualquier juicio laudatorio, demuestra la alta significación que a dicha obra se atribuía, el interés demostrado por Abenjaldún en rebajar el mérito de la misma rectificando apreciaciones contenidas en ella y esforzándose en poner de relieve la endeblez científica y doctrinal de que, a su juicio, adolece. Entre las varias alusiones que le dedica,

1 Cfr. *Analectes sur l'hist. et la litter. des arabes d'Espagne* (Leiden, Brill, 1856), I, pág. 517.

hay una [1] que dice así: "El Cadí, el Tortuxí, ha tratado este mismo asunto [el de la obra de Abenjaldún] en la *Lámpara de los Príncipes,* obra dispuesta por capítulos que ofrecen gran analogía con los capítulos y problemas contenidos en nuestro libro. Pero no acertó a dar de lleno en el blanco, y las cuestiones quedaron sin prueba ni aclaración suficiente. Se limita a dedicar un capítulo especial a cada cuestión, y después amontona multitud de anécdotas y de historias, traslada expresiones atribuídas a sabios de Persia, tales como Buzurchomihr y el Mubdán, y también de filósofos indios, y añade multitud de máximas atribuídas a Daniel, a Hermes y a otros grandes hombres. Mas no llegó a levantar el velo que oculta la verdad ni a disipar, por medio de argumentos derivados de la propia realidad de las cosas, la oscuridad en que el asunto se halla envuelto. Su obra no sirve sino para transmitirnos ideas de otros, y sólo consiste en una serie de exhortaciones, semejantes a sermones. El autor ha dado vueltas, por decirlo así, alrededor del asunto, sin conseguir descubrirlo. No ha comprendido bien cuál era el objeto que se proponía realizar y no ha desarrollado suficientemente ninguna cuestión.„

Es natural que Abenjaldún se expresara de ese modo al poner en parangón el libro del Tortuxí con el grandioso monumento de la historiografía por él construído; pero es seguro que no se habría preocupado de tal libro si no hubiera sido el que entonces gozaba de la máxima autoridad entre los de su género, y sus apreciaciones no hubieran estado muy divulgadas y corrientemente admitidas, con preferencia a cualquier otras.

1 *Proleg. d'Ibn Khaldoun*, trad. Slane, I, pág. 82.

Resalta de un modo especial el profundo sentido religioso que informa el pensamiento político del autor.

No es de extrañar el hecho, teniendo en cuenta que el factor religioso constituye la razón de ser del pueblo musulmán, y es natural, por consiguiente, que tanto en lo que concierne a la gobernación del Estado, como en lo que atañe a las restantes manifestaciones vitales de aquel pueblo, se advierta fuertemente impresa la huella de la religión.

En esta circunstancia estriba, a juicio de los musulmanes, la distinción que los separa de otros pueblos, y ella es la que de un modo especial caracteriza las normas y principios políticos y jurídicos por que ellos se rigen, a diferencia de los adoptados por otras gentes.

Nace entre ellos la institución de jefe supremo con el doble carácter de jefe político y, a la vez, jefe religioso del mundo islámico, al que incumbe, por tanto, la misión de velar no sólo por los intereses materiales, sino también por los concernientes al espíritu de las gentes confiadas a su cuidado.

Entre los devotos fervorosos se concede, como es consiguiente, importancia preponderante al segundo de los dos aspectos, por ser el que de un modo más decisivo influye, no ya en los destinos ultraterrenos del pueblo, con dicho extremo directamente relacionados, sino también en la vida y en la prosperidad material del Estado. Aun concretamente para estos efectos, que pueden en cierto modo estar desligados de la piedad religiosa, es preferible, a juicio del ferviente musulmán, que el príncipe, en su actuación, se preocupe más bien del fin último de las criaturas que de los negocios que se relacionan con la vida terrena, como después veremos.

Del arraigo y la fuerza con que dicha concepción del principio de autoridad tomó cuerpo y se impuso en los medios piadosos musulmanes y en la masa del pueblo, da idea el ambiente de hostilidad que se formó contra los soberanos Omeyas, por considerarlos excesivamente preocupados de los intereses mundanos y poco cuidadosos para con los pertenecientes a la otra vida [1]. Y que este núcleo hostil representaba un sector importante del pueblo por el número y la calidad de los que lo formaban, lo revela el interés con que los Abasíes procuraron atraérselo a su bando al emprender la campaña para arrebatar el poder a los Omeyas.

Aun cuando contaban con el formidable apoyo del *xiismo* persa y la gran fuerza que daba a sus pretensiones su condición de legítimos descendientes del linaje del Profeta, debieron no obstante considerar la adhesión de dicho núcleo como factor de capital importancia para el éxito de su empresa, por cuanto procuraron ganarse tal adhesión imprimiendo al movimiento que había de elevarlos al trono el carácter de reacción religiosa contra la impiedad de los califas Omeyas. Y aquella dinastía Abasí, cuyos soberanos, por regla general, no se distinguieron precisamente por la ejemplaridad de su ortodoxia, y en punto a impiedad nada pudieran echar en cara a sus predecesores, los Omeyas [2], cuidáronse mucho, después del triunfo, de mantener aquellas apariencias de religiosidad, dando la sensación de que venían a sustituir un

1 Vid. t. I, pág. 207. — Goldziher, *Le dogme et la loi de l'islam*, traducción francesa de Félix Arín, París, 1920, pág. 31.

2 Cfr. Asín, M., *Algazel: dogmática moral y ascética*, Zaragoza, 1901, pág. 20.

gobierno impío por un régimen totalmente adaptado a las exigencias de la ley divina. No sólo se presentan a los ojos del pueblo como reyes, sino también como jefes de iglesia, considerando su califato como un Estado eclesiástico en cuyo gobierno la única ley a seguir es la ley religiosa [1].

Aun cuando el conjunto de circunstancias apuntadas hubo de contribuir, sin duda, a afianzar y a robustecer en las conciencias la idea de la influencia que la religión ejerce en los destinos del Estado, tales efectos no se dejan sentir desde el primer momento en la literatura política en toda su intensidad; hasta la época de nuestro autor no se llega al punto culminante en tal sentido [2] con su *Lámpara de los Príncipes* y su precedente inmediato y probable modelo, el *Téber el-masbuc,* de Algazel [3]. Con

[1] Goldziher, op. cit., pág. 40.

[2] En obras del mismo género anteriores al *Sirach*, se admite, se proclama y se pondera la estrecha relación que media entre la religión y la política y la gran importancia que la primera reviste; pero las cuestiones que a la gobernación se refieren concretamente suelen plantearse en terreno puramente humano, sin conceder a la religión más que una remota e indirecta intervención. Cfr. عيون الاخبار لابى محمد عبد الله بن مسلم بن قتيبة الدينورى († 276 h. = 889 J. C.), ed. Cairo, 1343 = 1925, págs. 2, 5, 13. Pero el contenido se refiere más bien a cuestiones de administración, etiqueta cortesana, normas de moral, etc. Véase: *Livre de la Couronne.* — Idem las instrucciones comunicadas por Meruán, hijo de Mohámed el Omauí — nombrado califa el año 744 J. C. — a su gobernador y debidas a la pluma del secretario Abdelhamid, hijo de Yahya. Cfr. *Sobh el-axá*, ed. Cairo, 1922, X, pág. 195.

[3] Es tan grande la analogía que se advierte entre los puntos tratados en ambos y el modo de exponer y desarrollar la materia, que hace el efecto de que la *Lámpara de los Príncipes* se ha escrito bajo la sugestión de la lectura del *Téber el-masbuc*, sin más que aumentar o reducir la extensión de los temas tratados. Goldziher (*Streitschrift des Gazali gegen die Batinijja-Sekte*, Leiden, Brill, 1916, pág. 100) aven-

posterioridad a dicha época vuelve nuevamente a considerarse la doctrina política como sustraída en cierto modo al dominio de la religión [1].

tura la hipótesis de que el Tortuxí escribió su libro para rebajar el mérito de la obra de Algazel, de quien era acérrimo enemigo, poniendo a su lado un espejo de príncipes, valioso y rico de contenido. — El libro de Algazel lleva por título completo التبر المسبوك فى نصيحة الملوك, *Lingote de oro fundido, para saludable ejemplo de príncipes.* Editado al margen de la *Lámpara de los Príncipes*, del Tortuxí, ed. Cairo, 1319. Su primera parte es casi exclusivamente dogmáticoascética, pues contiene un resumen de los artículos de la fe musulmana y una meditación sobre la necesidad de las obras buenas y acerca de la muerte. La segunda una especie de homilía política fraguada con sentencias, consejos, exhortaciones y ejemplos para la instrucción moral de los príncipes.

En la primera habla de Dios, de su esencia, de su poder, sus operaciones, etc., dando al tema mayor desarrollo del que le ha concedido el Tortuxí. En la segunda trata de la equidad o justicia para con el prójimo, de la gran dignidad del cargo de sultán, de los graves peligros que el cargo encierra para la salvación del alma, del trato y consejo de los sabios buenos, vituperio de la soberbia, cólera y deseo de venganza en el soberano, exhortación a la dulzura y a la indulgencia, interés que debe poner en atraerse el amor de su pueblo, mediante el cumplimiento de la ley divina, pero no traspasándola. Trata, por último, del conocimiento de lo exiguo y despreciable de los bienes mundanos, comparados con la felicidad eterna; del advenimiento de la muerte, que priva al hombre de todo cuanto ama, etc.

No será necesario advertir que la obra del Tortuxí sólo aventaja a la de Algazel en cuanto a la extensión; pero en lo referente a método de exposición y al modo de tratar las cuestiones, era difícil que el Tortuxí, ni otro alguno, consiguieran superar a pensador tan eminente como era Algazel. Sobre el citado *Téber el-masbuc* tiene preparado el Sr. Asín un estudio, del cual se han tomado las precedentes indicaciones relativas a dicho libro.

[1] Ejemplo: *El collar de perlas, por* MUZA II, *rey de Tremecén*, traducción española de Mariano Gaspar, Zaragoza, 1899, págs. 64, 73, 76, 336 y 337. En ella se plantea el caso del sultán que gobierna bien, pero que no se ocupa en los asuntos religiosos. Éste tiene reinado feliz, pero se condena por haber desatendido lo que importaba a la salvación de su alma. Esta tesis la rechaza el Tortuxí, como veremos, pues según

En sentir del Tortuxí la religión es la base, la piedra angular que sostiene al Estado, el alma que da vida a la justicia, la ley y el derecho: el Estado es un organismo teocrático cuyos fines primordiales a realizar pertenecen más al dominio de la vida suprasensible que al de la vida temporal, y el soberano, un instrumento de que Dios se vale para conducir a las criaturas a la morada de la eterna felicidad que está reservada a los creyentes.

Ya queda consignado que la realidad no estuvo ordinariamente de acuerdo con este modo de ver las cosas, y, por tanto, lo que el autor nos pinta en su obra no es una situación de hecho y permanente, sino una tendencia, una aspiración dominante en las conciencias fuertemente iluminadas por la luz de la fe y en los espíritus donde se mantiene vivo y acendrado el sentimiento que dió al islam el impulso inicial, y que tal vez entonces se había exaltado e intensificado ante el espectáculo que ofrecían los soberanos continuadores de la obra por Dios encomendada a su Profeta Mahoma, espectáculo tan poco acorde con las instrucciones por éste comunicadas y las pautas que trazó con sus declaraciones y el ejemplo de su conducta.

Nuestro autor se ha forjado un modelo ideal de prín-

él, si el rey no es hombre piadoso, ni gobernará bien ni tendrá reinado feliz, sin perjuicio de incurrir en las penas eternas. En cambio, en *El collar de perlas* se examina también el caso contrario al anterior, o sea el del sultán que, por dedicarse con exceso a la piedad, descuida los asuntos de gobierno y pierde sus estados. — Abenjaldún (*Prolegómenos*, I, pág. 386) proclama la superioridad de la ley revelada sobre la de origen humano, porque la primera contiene disposiciones útiles, no sólo para la vida terrena, que acaba con la muerte, sino también para la vida futura, que es la que verdaderamente importa. Pero no concibe tampoco la gobernación como función predominantemente religiosa.

cipe, a cuyo modelo ha de adaptarse todo soberano que aspire a cumplir la misión que como tal le está encomendada, de tal modo que el desempeño de la misma no lo aparte de la senda trazada por Dios para llegar a la mansión de la gloria.

El acceso a tal mansión es el objetivo primordial que el sultán, como todo ser humano, debe perseguir durante su vida terrena; pero el sultán, por razón del rango que ocupa entre las criaturas y del lugar en que con respecto a ellas está colocado, aparte de la cuenta que de su propia persona ha de rendir en su día ante el Juez Supremo, es también responsable de la conservación del Estado, del bienestar temporal del pueblo sometido a su poder, y, sobre todo, de que este pueblo haya marchado o no por los senderos de perfección trazados por el Señor[1], hasta el punto de que no le es dable al soberano aspirar a la bienaventuranza sin que el pueblo por él gobernado se haya hecho también acreedor a alcanzarla.

Existen, pues, una serie de circunstancias o requisitos estrechamente enlazados mediante una relación de necesaria dependencia recíproca, a saber: la vida del Estado, que requiere para mantenerse la colaboración de los súbditos con el soberano; los súbditos no prestarán dicha colaboración si, a cambio de ella, no gozan ciertas ventajas de diverso género; no alcanzarán tales ventajas si, a la vez que los deberes que tienen para con el Estado, no cumplen igualmente aquellos otros que los ligan a la Divinidad; ni es probable que tales deberes sean debidamente cumplidos en forma adecuada, si el jefe del Estado no contribuye a ello con la necesaria eficacia; tampo-

[1] Vid. pág. 161 del t. I.

co es fácil que esto se logre sin haber recibido el soberano los auxilios de la Divina Gracia, los que, a su vez, sólo le serán otorgados en el caso de que realice cumplidamente el ideal de perfección propuesto por el Señor para todos sus siervos en general y de un modo especial para aquellos a quienes incumbe el deber de velar por sus criaturas en la tierra, y no podrá, por último, tener efecto la realización de dicho ideal, mientras el príncipe no haya limpiado su espíritu de vicios e impurezas hasta un punto que le permita alcanzar las más elevadas cimas de la perfección moral y ascética.

Resulta, por tanto, que la perfección espiritual del príncipe es la base en que se apoya la vida del Estado y en la cual se funda asimismo el bienestar temporal y espiritual del pueblo y el del propio príncipe.

Tales son, en términos generales, según se desprende de las ideas y observaciones expuestas por el autor en el desarrollo de la obra, los elementos ideológicos con que se ha formado el armazón sobre el cual van ajustados y amoldados los materiales de que está construída la LÁMPARA DE LOS PRÍNCIPES.

ANÁLISIS DE SU CONTENIDO

TOMO I

PRÓLOGO. El prólogo lleva, en primer término, la acostumbrada oración con que dan principio los libros musulmanes. Es una detallada profesión de fe en la que el autor fija, por decirlo así, su posición dogmática, rigu-

rosamente ortodoxa en lo referente a los puntos capitales del credo islámico [1].

Hay, además, en el prólogo una ligera alusión, en términos vagos y generales, a las fuentes de donde el autor ha tomado los materiales; sigue el elogio del libro y ponderación de su utilidad, y, por último, la dedicatoria, con un cumplido panegírico de la persona a quien va dedicado.

El autor está persuadido de que las leyes y principios de gobierno de origen profético por que se rigen los musulmanes poseen una gran superioridad sobre aquellos otros de origen humano, usados por los demás pueblos; pero reconoce, no obstante, en estos últimos el acierto y sana orientación con que están trazados. Y antes de tratar ninguna otra cuestión, se cree obligado a exponer unas observaciones destinadas a llamar la atención del lector respecto de la deleznable condición y graves defectos de origen de que adolecen unas legislaciones basadas en tan falsos y débiles apoyos.

La primera parte del libro responde al propósito de llevar al convencimiento y grabar profundamente en el corazón del lector las mismas ideas en que se inspiró Fray Pedro de los Reyes para componer aquellos versos, que dicen:

[1] Pueden verse diferentes oraciones e invocaciones de las que forman parte diversas fórmulas contenidas en dicha oración, en LONGÁS, P., *Vida religiosa de los moriscos*, Madrid, 1915, págs. 13, 59, 85, 86 y sig., 121. Véase el desarrollo y razonamiento de sus proposiciones en ASÍN, *Algazel*, pág. 241 a 260. — Idem *Téber el-masbuc*, pág. 5.

Yo, ¿para qué nací? Para salvarme;
que tengo que morir, es infalible;
dejar de ver a Dios y condenarme
triste cosa será, pero posible.
¿Posible? ¿Y río, y duermo, y quiero holgarme?
¿Posible? ¿Y tengo amor a lo visible?
¿Qué hago? ¿En qué me ocupo? ¿En qué me encanto?
Loco debo de ser, pues no soy santo, etc. [1]

CAPÍTULO I. El capítulo I está destinado casi exclusivamente a desarrollar el pensamiento contenido en el verso que figura en sexto lugar, poniendo de relieve el desdén con que el hombre debe mirar los bienes que el mundo brinda a los mortales. Es asunto que al autor complace tratar y al que, indudablemente, concede la máxima importancia entre todos los estudiados. A ningún otro dedica tanta extensión, pues no hay en toda la obra capítulo tan largo, ni aun entre aquellos en que se tratan diversos temas.

Ofrece una excelente muestra del modo como entre los ascetas y místicos del islam se había aceptado el consejo evangélico de la renuncia de los bienes mundanos [2] como práctica de perfección espiritual y revela asimismo la gran importancia que se atribuía a semejante renuncia para el logro de tal perfección. Constituye el capítulo un magnífico cuadro en que se pinta con las tintas más impresionantes la condición efímera y versátil de las pompas y grandezas mundanas, lo ilusorio y fugaz de los goces que proporcionan, la escasísima porción que de ellos ha

1 Octavas rimadas de Fray Pedro de los Reyes, del convento de gilitos de Paracuellos de Jarama. Biblioteca de Autores Españoles, ed. Rivadeneyra, XXXV, pág. 306.

2 En la pág. I-224 cita dicho consejo, con la indicación de su procedencia.

de alcanzar cada hombre y el poco tiempo que los disfrutará, dado el brevísimo plazo de vida que la criatura tiene concedido y el rigor inexorable con que a dicho plazo se le ha señalado un término que fatalmente se cumplirá en el instante predestinado. A todo esto han de añadirse los gravísimos riesgos que corre de apartarse de la vía de su salvación eterna el mortal que se deje seducir por los mentidos halagos y falsos atractivos con que esos bienes quieren atraérselo [1].

Es curioso advertir el gran poder de difusión y la intensa vitalidad que poseen ciertas ideas y conceptos y cómo retoñan sus brotes en los campos más distanciados, cuando hay jardineros que se dedican a cultivar variedades de la misma especie. Encuéntrase en este capítulo un pasaje [P. 16] que por el giro y los conceptos y el tono de convencida resignación en que están expresados, nos recuerdan perfectamente los celebrados versos de la famosa elegía de Jorge Manrique [2]:

[1] Algazel dedica bastantes páginas de su *Ihia* (t. III, págs. 138-160) a tratar el tema del desprecio del mundo, con la brillantez y la profundidad en él características, exponiendo numerosos testimonios de autoridad divina y humana que prueban lo despreciable del mundo; exhortaciones de los autores ascéticos sobre este mismo tema, alegorías y símiles, explicando lo que realmente es el mundo (cfr. ASÍN, *Algazel*, página 596) acerca del cual afirma que «es enemigo de Dios y enemigo de sus amigos y de sus enemigos». El símil contenido en este primer capítulo, mediante el cual explica el Profeta la situación en que el hombre se encuentra en el momento de su muerte, también se halla expuesto en BARLAAM. Cfr. CHAUVIN, *Bibliographie des ouvrages arabes*, III, pág. 101. Varios de los símiles, máximas, consejos, anécdotas, etc., que aparecen en este capítulo están también citados en el *Téber el-masbuc*. (Confróntese págs. 14, 20, 34, 50, 57, 85, etc., t. I de la traducción, y las 40, 3, 26, 37, 41, 36, 32, etc., del *Téber*.)

[2] Con respecto a esta coincidencia de pensamiento que señalamos,

....

«¿Qué se hizo del rey D. Juan?
Los infantes de Aragón,
¿qué se hicieron?», etc.

Y en el pasaje de dicho capítulo [P. 82]:

"Lo que del mundo [aún] dura es más semejante a lo que de él pasó que una gota de agua a otra gota.....", ¿no se ve el mismo pensamiento que tan profunda y delicadamente desarrolla el citado Jorge Manrique en su conocida copla:

«Pues que vemos lo presente
que en un punto se es ido
y acabado,
si juzgamos sabiamente
daremos lo no venido
por pasado.
No se engañe nadie, no,
pensando que ha de durar
lo que espera
más que duró lo que vió,
pues que todo ha de pasar
de igual manera» [1].

CAPÍTULO II. El contenido del segundo capítulo amplía o complementa el del capítulo precedente. Comprende una serie de amonestaciones, recomendaciones o advertencias de tendencia activa, no pasiva, como las anteriores, pues ahora ya no se trata de que el príncipe adopte determinada actitud respecto de cualquier extre-

véase HURTADO, J. y GONZÁLEZ PALENCIA, A., *Historia de la Literatura española*. Segunda edición, Madrid, 1925, pág. 199. — En el *Barlaam*, Adiciones de Hasdaï, se inserta un discurso de Alejandro, en el cual éste pregunta a sus cortesanos: «¿Dónde está Adán, dónde Noé.....?» (Apud. CHAUVIN, *Bibliographie*, III, pág. 111.

[1] *Cancionero general*, Sevilla, 1555.

mo, sino de trazarle la norma de conducta que, como jefe del Estado, ha de seguir en aquellos actos que de un modo más directo se relacionan con la piedad religiosa y con el problema de sus futuros destinos. Son frecuentes las alusiones al juicio final, a los premios y castigos de la otra vida, al rigor con que serán exigidas las cuentas, etc. Aquí da cumplimiento el Tortuxí al precepto en virtud del cual todo musulmán está obligado a ordenar a los demás la práctica de aquello que la religión prescribe y la abstención de aquello que prohibe, y por tratarse del soberano, acomoda sus indicaciones a la condición de la persona a quien van dirigidas.

El autor habla siempre por boca de otros, absteniéndose en absoluto de toda observación o comentario por su parte, y trata los diversos puntos a que se refiere mediante la escueta exposición de una serie de anécdotas en que sultanes y príncipes son objeto de piadosos avisos por parte de individuos reputados por su ciencia o por su piedad y pertenecientes muchas veces a las más bajas capas sociales. Y es curioso observar cómo aquellos grandes señores, dotados de tan omnímodo poder, toleraban los términos y el tono crudos y descarnados en que a menudo les son expuestos tales avisos y la forma ruda y nada cortesana con que suelen dirigirse a ellos los encargados de comunicárselos. Hay una curiosa anécdota de este carácter relativa a España [1].

Es éste el único caso en que el autor se abstiene de ampliar, comentar o aclarar textos ajenos, si no es que éstos se aducen para confirmar sus propias manifestaciones

[1] Cfr. pág. 110. — Publicado por mí en *Anuario de Historia del Derecho*, t. II, Madrid, 1925.

previamente expuestas. Es posible que, si el autor consideraba indispensable para la edificación del príncipe a quien dedica el libro hacerle presente esas mismas advertencias con la energía y la viveza requeridas para su debida eficacia y creía con ello exponerse a consecuencias desagradables — pues hay indicios para suponer que no siempre salieron los censores bien librados [1] — , estimara como más oportuno hacer que hablaran otros por él, con lo cual la responsabilidad recaía sobre los autores de la reprensión, y además el ejemplo de la acogida que tan ilustres soberanos, objeto de las reprimendas, dispensaron a los citados autores, había de influir necesariamente para que el soberano a quien el Tortuxí amonestaba, reprimiese cualquier impulso airado que pudieran provocar los avisos a él dirigidos [2].

Hasta aquí se han tratado cuestiones que especialmente se refieren a las relaciones del príncipe con la Divinidad y que atañen a la perfección ascética. En los capítulos sucesivos se tratan temas y cuestiones referentes a los deberes del soberano para con los súbditos y con el Estado, sin apartarse, en lo posible, de la dirección ascético-mística antes seguida.

Para no dar excesiva extensión a este prólogo, en los restantes capítulos me limitaré a hacer una ligera reseña de su contenido, ampliando brevemente el índice que figura en la obra, cuyos enunciados resultan, por lo ge-

1 Vid. t. I, pág. 129.

2 En el *Ihia*, de Algazel (II-238), hay otro capítulo análogo, dedicado al mismo asunto, en el que se exponen numerosos ejemplos de correcciones a emires y sultanes.

neral, demasiado vagos y concisos para dar a conocer la materia tratada en cada uno de dichos capítulos.

CAPÍTULO III. Glosa del versículo alcoránico en que se ordena administrar justicia imparcialmente. [P. 137.] Idem de otro en que el Señor ofrece a los reyes su apoyo bajo ciertas condiciones que se detallan. [P. 138.] Obligación que el príncipe tiene de velar con el mayor celo por sus vasallos. [P. 139.] Conveniencia de renunciar a la ambición del poder, dificultades con que se tropieza para desempeñarlo a satisfacción del Señor y los peligros que amenazan en caso contrario. [P. 140.] Dificultades que entraña la misión de juzgar a las gentes y grandes probabilidades que de perderse tiene el que la ejerce. [P. 145.] "El que ejerce el cargo de juez, se degüella sin cuchillo."

CAPÍTULO IV. [P. 153.] En él se trata de explicar la aparente contradicción que resulta entre la teoría de que conviene renunciar al ejercicio del poder, antes expuesta, y el hecho de que el rey Salomón y José, hijo de Jacob, pidieran al Señor que se lo concediera. Es capítulo de exégesis alcoránica.

CAPÍTULO V. [P. 159.] Alusión relativa a la necesidad que de la autoridad tienen las criaturas y beneficios que la misma les reporta. Ponderación del aprecio que a Dios merece el sultán que se conduce rectamente y del apoyo que contra todo tirano prestará a las víctimas de la injusticia. [P. 160.] Funestas consecuencias que se originan de la conducta perversa de un mal sultán. [P. 162.] Modo como influye el proceder del soberano en la prosperidad material de los súbditos [P. 163] y en la conducta privada de los mismos [P. 167].

CAPÍTULO VI. [P. 169.] Ponderación de los cuida-

dos, preocupaciones, agobios y contrariedades que el sultán ha de soportar por el bien de sus vasallos; exigüidad de los beneficios a que en cambio puede aspirar. Grave responsabilidad que sobre el sultán pesa.

CAPÍTULO VII. [P. 175.] Razones a que obedece el establecimiento de la autoridad sobre la tierra. Situación en que respectivamente se hallan el pueblo que posee un sultán capaz de imponer su autoridad y el que carece de él. [P. 176.] "Son preferibles sesenta años de tiranía a una hora de motín.„

CAPÍTULO VIII. [P. 179.] Parangón entre los inconvenientes y las ventajas que a los vasallos alcanzan por causa de la autoridad. Comparación de la autoridad con el viento, la lluvia, la sucesión del verano y el invierno, la noche, el día, en el sentido de que también de todas estas cosas se originan ventajas e inconvenientes para el hombre.

CAPÍTULO IX. Explicación, mediante varios símiles, del modo como influye en el pueblo la condición y la conducta del soberano.

CAPÍTULO X. [P. 187.] Conveniencia de tratar a las gentes con amabilidad, de pedir consejo y de no confiar los cargos de autoridad a nadie que los pretenda. "Es indicio de que la hora final se aproxima, que se pretenda como un negocio la administración de los bienes públicos y que se soliciten los cargos de autoridad.„

CAPÍTULO XI. [P. 193.] Necesidad de amoldar rigurosamente los actos de gobierno a las exigencias de la justicia. La misericordia es complemento obligado de la misma. Justicia de origen divino y de origen humano. [P. 195.] Consideración que al sultán deben merecer los teólogos y juristas y necesidad de tenerlos junto a sí, para

que lo asesoren en las cuestiones que se relacionan con la justicia divina.

CAPÍTULO XII. [P. 207.] Causas determinantes de la ruina de los Estados: no enterarse el soberano de lo que hacen los gobernadores de los distritos; infringir los preceptos de la ley divina; confiar altos cargos a gente baja [P. 209]; descuidar los asuntos del Estado, confiando por entero la gestión de los mismos a los funcionarios [P. 210]; demostrar mayor predilección por unas gentes que por otras [P. 210]; dar lugar, por imprevisión y abandono, a que tomen incontrastable incremento cosas que en un principio pudieron ser fácilmente dominadas [P. 211]; rivalidad entre funcionarios [P. 211]; abstenerse de pedir consejo.

CAPÍTULO XIII. [P. 213.] Cómo influyen en la caída de los soberanos el orgullo, la vanidad, la mentira [P. 216], la envidia [P. 217], la tacañería, la cobardía, la ira, el no escuchar por sí mismo las quejas de los vasallos [P. 218], la demasiada tolerancia o excesiva intransigencia [P. 219], el despotismo, la frivolidad.

CAPÍTULO XIV. [P. 221.] Es una serie de máximas de carácter moral en su mayor parte, en las que se pone de relieve la conveniencia de que el soberano se halle adornado de excelentes prendas morales.

CAPÍTULO XV. [P. 227.] De la obediencia al soberano y fundamento de la misma.

CAPÍTULO XVI. [P. 231.] Exposición de las virtudes políticas que el soberano debe poner en práctica. Es la enumeración escueta de una serie de normas de conducta.

CAPÍTULO XVII. [P. 233.] El sultán más excelente es aquel a quien teme el culpable y al mismo tiempo está

seguro de él el inocente; el que se halla en situación análoga a la del buitre rodeado de carnes muertas, no en la de la carne muerta rodeada de buitres. [P. 234.] Influencia de la conducta del príncipe en el proceder de los vasallos.

CAPÍTULO XVIII. Relación que existe entre la religión y el poder [P. 237.]

CAPÍTULO XIX. [P. 239.] Ponderación de las ventajas e inconvenientes a que respectivamente dan origen las virtudes y vicios de que antes se hizo mención. Se demuestra que es tan difícil que el pueblo esté apaciguado con un soberano de alma depravada, como que un cuerpo se mantenga vivo, después de quitarle la cabeza [P. 240].

CAPÍTULO. XX. [P. 247.] Continúa la materia del capítulo anterior.

CAPÍTULO XXI. [P. 249.] Necesidad que de instruirse tiene el sultán. Razones en que se funda dicha necesidad. [P. 250.] Modo de ilustrarse, dadas sus especiales circunstancias [P. 251].

CAPÍTULO XXII. Elogio de las ciencias religiosas y de sus cultivadores [P. 259].

CAPÍTULO XXIII. [P. 263.] En qué consiste la función de la inteligencia y cómo se realiza. Relación entre la inteligencia y las pasiones, en las distintas clases de seres. [P. 266]. Agudeza. [P. 268.] Experiencia. [P. 269.] Picardía y doblez. [P. 273.] Astucia. P. [276.]

CAPÍTULO XXIV. De los ministros. Su misión. Cuidado con que debe procederse a la elección de los mismos por el soberano. [P. 283.] Efectos beneficiosos o perjudiciales que para el pueblo pueden resultar del proceder y condición del ministro. [P. 285.] Observacio-

nes y consideraciones de diverso género acerca del papel que el ministro desempeña y cualidades que debe poseer.

CAPÍTULO XXV. [P. 293.] Personas con quienes conviene al rey tener trato. Cuestión relativa a la superioridad o inferioridad de la opinión del anciano experimentado respecto de la del joven. Aprecio que debe hacerse del trato social. [P. 298.]

CAPÍTULO XXVI. Cualidades, gala del sultán. Exhortación al perdón y a la indulgencia. [P. 304.]

CAPÍTULO XXVII. [P. 319.] De la consulta y el consejo. Alto grado en que contribuye al acierto el apoyo de la opinión ajena. Etimología que da el autor de la palabra "consejo„. [P. 327.] Consejos relativos a Dios, al Libro Santo, al Profeta, a los que rigen el pueblo, al común de los fieles [P. 328], a los secuaces de otras religiones [P. 330].

CAPÍTULO XXVIII. [P. 335.] De la mansedumbre. De la cólera. Benignidad con que deben imponerse las sanciones. [P. 338.] Ejemplos de benignidad, tolerancia y apacibilidad; consideraciones acerca de las mismas y exhortación a ponerlas en práctica. [P. 339.]

CAPÍTULO XXIX. [P. 359.] Modo de aplacar la ira. Efectos que produce en el hombre.

CAPÍTULO XXX. [P. 365.] Generosidad y liberalidad. Beneficios que reportan. Alta estimación que merecen. Distinción entre liberalidad, generosidad, caridad y desprendimiento. [P. 370.] La generosidad, origen de todas las buenas acciones. [P. 391.]

CAPÍTULO XXXI. [P. 393.] Funestas consecuencias de la avaricia para esta y para la otra vida. Distinción entre avaricia y tacañería. La codicia, origen del pe-

cado. [P. 395.] Desconfianza en la Providencia divina de que da muestra.

CAPÍTULO XXXII. [P. 399.] De la paciencia. Importante recompensa que para ella ofrece el Señor. La perseverancia es la base del éxito, de la fortaleza, de la eterna bienaventuranza. Predilección de que el Señor da muestras por los que sufren resignadamente. [P. 403.] Clasificaciones de la perseverancia. [P. 405.] Consideraciones que sirven de consuelo en las adversidades. [P. 422.]

CAPÍTULO XXXIII. [425.] Obligación de guardar los secretos, especialmente por parte de los reyes, ministros, consejeros y demás funcionarios. Dificultad con que tropieza el depositario de un secreto para dominar su tendencia a comunicarlo. [P. 426.] Consecuencias que de divulgar los secretos pueden derivarse.

TOMO II

CAPÍTULO XXXIV. Del agradecimiento al Señor por los bienes que de El se reciben. Distintas maneras de dar testimonio de ese agradecimiento: por medio del corazón [P. 3], por medio de la lengua [P. 6], por medio de los restantes órganos del cuerpo [P. 8]. Medio de corresponder debidamente a los divinos favores. [P. 12.] Concesión de nuevas mercedes divinas a causa del agradecimiento de las que se han obtenido anteriormente: razonamiento de la proposición. Observaciones y consideraciones de varios teólogos y filósofos acerca del agradecimiento al Señor. [P. 18.]

CAPÍTULO XXXV. Cualidades y rasgos de carácter

que el hombre posee, análogos a los que de un modo especial caracterizan a ciertos animales. Explica cuándo ha de compararse el hombre a la pantera [P. 30], la rata, el perro, el burro [P. 31], la mosca, el turón [P. 32], el escarabajo, el buitre, el lobo [P. 33], el avestruz, el pavo real [P. 34], el camello y el gerbo, y proceder con él como si se tratara del animal que en su caso corresponda.

CAPÍTULO XXXVI. [P. 37.] Advertencias al sultán para que no le sirvan de contrariedad la actitud en que con respecto a su persona se han colocado los vasallos y las escasas deferencias y atenciones que le guardan.

CAPÍTULO XXXVII. [P. 41.] Medios de que el soberano ha de valerse para su propia defensa y para conjurar conflictos que amenacen la vida del Estado. Respeto a los intereses materiales y espirituales de los vasallos. Atraerse a los jefes de toda agrupación; tener a su lado personas de acendrada piedad religiosa; mantener a cada uno en el rango o dignidad que ocupa.

CAPÍTULO XXXVIII. [P. 45.] Breve enumeración de algunas causas determinantes de que el sultán pierda su prestigio ante el pueblo.

CAPÍTULO XXXIX. [P. 47.] Explícase brevemente, mediante un símil, lo que representa y significa el sultán justo, en oposición al sultán inicuo.

CAPÍTULO XL. [P. 49.] Actitud que a los vasallos corresponde adoptar ante un sultán tirano. Resignación para sufrir su injusto despotismo. [P. 51.] Confianza en Dios y abstención de maldecir al tirano. [P. 51.]

CAPÍTULO XLI. [P. 55.] Explana la teoría enunciada en el capítulo precedente, según la cual los vasallos serán tratados en forma adecuada al concepto favorable

o desfavorable que al Señor hayan merecido por razón de su conducta.

Noticia de la prosperidad de Egipto y de su sistema de riegos. [P. 105.] Episodio de la vida de José, según la tradición musulmana: su casamiento con su ex señora, después que ésta quedó viuda de Putifar. [P. 107.] Inversión que daba a los fondos públicos el ministro que fundó la famosa Universidad Nidamí, de Bagdad, y relato de los orígenes de dicha Universidad. [P. 111.]

CAPÍTULO XLIX. [P. 117.] Proceder que siguieron los primeros califas y otros personajes famosos en lo concerniente a los bienes del estado.

CAPÍTULO L. [P. 133.] Sobre las relaciones escritas de personas que han de participar de los bienes pertenecientes al estado musulmán. Criterios seguidos para la asignación de los citados bienes, por los diferentes soberanos. Rasgos notables de varios de ellos.

CAPÍTULO LI. [P. 143.] Del trato a los infieles. Texto literal de un tratado de paz en que se especifican detalladamente las condiciones que con ligeras variantes se acostumbraba imponer a los cristianos sometidos. Es uno de los primeros de esta clase. Conducta que especialmente siguieron con los cristianos algunos califas. [P. 146.] Oposición a conceder a los infieles cargos de autoridad. [P. 147.] Penalidad en caso de infracción del convenio por parte de los infieles sometidos. [P. 149.] Modo de regular el tributo de capitación. [P. 151.] Disposiciones relativas a las iglesias.

CAPÍTULO LII. [P. 155.] Cuidado con que debe proceder el soberano a la elección de gobernadores y cualidades que éstos deben reunir.

CAPÍTULO LIII. [P. 167.] Quiénes son a propósito para ejercer el cargo de gobernadores. Conflictos que se

originan de conceder cargos de autoridad a gentes que los solicitan. [P. 169.]

CAPÍTULO LIV. [P. 179.] Consideraciones acerca de los beneficios ilícitamente obtenidos por los funcionarios, haciendo mal uso de la autoridad de que se hallan investidos.

CAPÍTULO LV. [P. 185.] Bondad de condición. Modelo de la misma. Anécdotas en que se pintan rasgos notables de dicha cualidad en el Profeta y en otros varios personajes famosos. [P. 187.] Caso ocurrido en Córdoba.

CAPÍTULO LVI. [P. 209.] Calificativos denigrantes que el Señor aplica a quienes no se atienen en sus sentencias a los dictados de la ley divina. Solicitud que el Señor demuestra por las víctimas de la injusticia y atención con que se fija en el injusto opresor. Influencia de la injusticia en la privación del bienestar y el advenimiento de la desgracia. [P. 210.] Consecuencias que en la otra vida amenazan al autor de la injusticia. [P. 212.] El capítulo entero está casi totalmente dedicado a poner de relieve los extremos ya apuntados, detallando en varias anécdotas distintos casos de injusticia y sus consiguientes resultados para los autores de los mismos.

CAPÍTULO LVII. [P. 227.] Delación y maledicencia. Desprecio que al Señor merecen los detractores, chismosos y maldicientes. Análisis de los términos contenidos en el versículo donde el Señor abomina de los mismos. Relación entre la maledicencia y el origen bastardo del maldiciente. [P. 228.] Desastrosos efectos de la delación hecha al sultán y demás autoridades. [P. 232.] La maledicencia es la inmundicia de la conversación. [P. 239.]

CAPÍTULO LVIII. [P. 243.] De las represalias y sus

saludables efectos. Satisfacción que toda persona ha de dar por los desafueros de que a los demás haga objeto. Cuestión relativa a la responsabilidad de los irracionales y a si los animales han de sufrir el castigo de sus actos en esta y en la otra vida. [P. 249.]

CAPÍTULO LIX. [P. 255.] Exposición de varios casos demostrativos de que cuando el hombre llega al grado máximo de la angustia y la desesperación a que cualquier situación difícil y comprometida pueda conducirlo, cambia radicalmente el estado de cosas, y lo que era pesar y terror, se convierte en gozo y bienestar. Entre los casos expuestos, hay varios episodios tomados de la historia de los profetas, según la tradición musulmana, cuyos protagonistas son personajes bíblicos, a saber: el abandono de Sara e Ismael en el desierto [P. 256]; hechos de la vida de Abraham [P. 260]; sustitución de Salomón en el trono por un demonio [P. 266]; conmovedor relato del sacrificio de Isaac [P. 268]; esclavitud de José en Egipto [P. 270]. También cita un caso ocurrido en Córdoba [P. 282], otro en Denia [P. 285] y otro del propio autor [P. 296].

CAPÍTULO LX. [P. 299.] De la valentía. Ventajas que en sí lleva. En qué consiste realmente la valentía. [P. 302.] Diversas formas que puede revestir el valor. [P. 303.] Relato de un hecho de armas ocurrido en España, en el que tuvieron lugar escenas de canibalismo. [P. 305.]

CAPÍTULO LXI. [P. 309.] Reglas de estrategia. Cuidado vigilante que merece el enemigo, aun cuando su poder parezca insignificante. Las prácticas piadosas y los triunfos guerreros. [P. 311.] Cualidades que el jefe de tropas ha de reunir. [P. 312.] Trabajos de espionaje y

ardides de guerra. [P. 313.] La ayuda de la Providencia. [P. 315.] Disposición en que las fuerzas deben estar situadas. [P. 316.] Importante papel que en los combates desempeñan los hombres de ánimo esforzado y temple heroico. [P. 318.] Toma de la ciudad de Huesca por los cristianos [1]. [P. 318.] Un hecho de armas de Almanzor. [P. 320.] Vituperio de las guerras. [P. 323.] Causas determinantes de la derrota. [P. 324.] Una versión de la conquista de España por los musulmanes. [P. 326.] Sistema de formación muy recomendable que deben adoptar los combatientes al disponerse a resistir el choque de las fuerzas contrarias. [P. 332.] Alusión a un encuentro verificado en Tortosa. [P. 333.] Encuentro entre Almoctadir Bilá Abenhud [2], rey moro de Zaragoza, y el rey cristiano Ramiro [3]. [P. 333.] Otro encuentro entre el rey moro de Zaragoza, Almostáin, padre de Almoctadir, y los cristianos, en el que interviene eficazmente el caballero moro Aben Fathún, pariente del Tortuxí. [P. 336.] Breves recomendaciones acerca de varios extremos relacionados con las guerras.

CAPÍTULO LXII. [P. 341.] Extensión del poder divino. Compatibilidad y perfecto acuerdo que media entre las determinaciones de la voluntad humana y el reconocimiento del poder y el decreto divino, y la confianza en

[1] Batalla de Alcoraz (25 noviembre 1096) entre Almostáin II, rey de Zaragoza, y Pedro I de Aragón, nieto, no hijo, de Ramiro. PALANCO, J., *Historia de España*, Granada, 1921, t. II, pág. 139.

[2] Reinó de 1046 a 1081. Cfr. GONZÁLEZ PALENCIA, A., *Historia de la España Musulmana*, 2.ª ed., Barcelona, 1929, pág. 94.

[3] Es el encuentro que tuvo lugar en el cerco de Graus (51 kilómetros al E. de Huesca), en el cual fué gravemente herido Ramiro I de Aragón. PALANCO, op. cit., pág. 138.

Dios. Relación que entre ellos existe y modo de conciliarse entre sí. [P. 342.] Exposición de varios casos, ideas y opiniones relativos al asunto. [P. 350.]

CAPÍTULO LXIII. [P. 359.] Enumeración de una serie de anécdotas en las que se exponen diversas sentencias, máximas, pensamientos, consejos, definiciones, etc., especialmente de carácter moral y político, alusivos a los distintos temas y cuestiones que en el libro se han tratado. Aparecen clasificados, por razón de la procedencia, no por el asunto, y es difícil, por tanto, recoger en pocas líneas los temas y materias contenidos en el capítulo.

CAPÍTULO LXIV. Sentencias variadas, referentes a diversos asuntos. Termina el capítulo y la obra con unos párrafos dedicados a ponderar las excelencias de los libros en términos que ponen bien de relieve el alto aprecio y elevada estimación que entre los musulmanes se dispensaba a la cultura y a todas las manifestaciones del espíritu en general.

EL AUTOR

De él se conservan abundantes noticias en los libros árabes, y diferentes biografías en las que, con mayor o menor extensión, pero coincidiendo en lo esencial, se exponen los datos más salientes de su vida [1].

[1] Para noticias y referencias acerca del Tortuxí y de sus escritos, véase, a más de las que figuran en el libro: PONS BOIGUES, *Historiadores y geógrafos arábigo-españoles*, pág. 181. — Id. GUILLÉN ROBLES, *Catálogo de los Manuscritos árabes existentes en la Biblioteca Nacional de Madrid*, S. «Tortuxí». — Id. LAFUENTE ALCÁNTARA, *Catálogo de los códices arábigos.....*, etc., pág. 59. — Id. GONZÁLEZ PALENCIA, A., *Historia de la Literatura arábigo-española*, Barcelona, 1928, pág. 116. — HERBELOT

A continuación reproduzco la que figura en la obra *Obituario de hombres ilustres y noticias de los contemporáneos*, por el cadí AHMED, el conocido por ABENJALICÁN, ed. 1299 (hég.), tomo II, pág. 273.

El nombre completo, según dicha biografía, es Abubéquer Mohámed, hijo de Algualid, hijo de Mohámed, hijo de Jálaf, hijo de Suleimán, hijo de Ayub, el Coraxí, el Fihrí, el Andalusí, el de Tortosa, el alfaquí *malequí*, el asceta, el conocido por "el hijo de Aburrandaca„. Fué discípulo de Abulgualid el Bechí, en la ciudad de Zaragoza.

Aprendió con él las Cuestiones de controversia, escuchó sus lecciones y obtuvo el título de licenciado en las materias estudiadas con dicho maestro. Estudió en su país la Ciencia de la partición de herencias y las Matemáticas, y en Sevilla, Humanidades, con Abumohámed Abenházam. Marchó a Oriente, el año 476, hizo la peregrinación a la Meca y visitó Bagdad y Basora. Estudió Jurisprudencia con Abubéquer Mohámed, hijo de Ahmed, el Xaxí, el conocido por el Mostadhirí, alfaquí *xafeí*, y con Abuahmed el Chorchaní [1]. Residió una temporada en Damasco, dedicándose a la enseñanza.

(*Bibliothèque Orientale*, pág. 788) lo confunde con Averroes, y da acerca de él una referencia equivocada. —YACUT, *Mocham al-boldán* (Diccionario Geográfico), III, pág. 529. — SOYUTÍ, *Husn almuhadara*, I, pág. 257.— BROCKELMANN, *Geschichte der Arabischen Litteratur*, Weimar, 1898, I, página 459 —CALCAXANDÍ, *Sobh el-axá*, V, pág. 233; XIII, pág. 357.—*Tabacat Axxafeiya el cobra, de* IBN AL-SUBQUÍ, vol. IV, pág. 122. — ABENJALDÚN, *Prolégomènes historiques*. Traducción de Slane, I, págs. 82, 321; II, págs. 89, 90; III, pág. 19. —DOZY, *Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne durant le moyen âge*, 3.ª ed. París, Leiden, 1881, II, pág. 234.

1 A los citados maestros añade Aben Pascual el nombre de Abu-

Era un varón muy versado en la ley divina, fiel cumplidor de sus preceptos, austero, piadoso, de fe profundamente arraigada, humilde para con el Señor, dado a la mortificación, enemigo de grandezas y bienes terrenos, de los que hacía escaso aprecio.

Solía decir a menudo: "Cuando se te ofrezcan dos cosas, una perteneciente a los bienes mundanos y otra a los de la vida futura, decídete por esta última y lograrás la una y la otra."

Escribió muchas composiciones en verso, entre las que figura la siguiente:

«Siervos tiene, en verdad, Dios, que son bastante inteligentes para desligarse del mundo, temerosos de sus seducciones:
Sobre el mundo meditan, y al comprender que no es morada definitiva para ningún nacido,
Suponen que es un mar tempestuoso, y emplean [para surcarlo] las buenas obras como naves [1].»

Presentóse ante el sultán Aláfdal Xahanxah en cierta ocasión, extendió su manto sobre el suelo y se sentó en él. Había con Aláfdal un cristiano [funcionario suyo], y, después que el Tortuxí expuso al príncipe varios avisos edificantes, acabó diciéndole:

alí el Tosterí, con el cual estudió la Ciencia de las tradiciones (biog. 1.153).

1 Esta composición se halla también reproducida en la biografía 1.153 de Aben Pascual, que se cita en la nota anterior. Aben Pascual dice conocerla por haberla oído recitar al cadí Abubéquer, hijo de Abdala el Moafirí, como una de las muchas que éste había oído de labios del Tortuxí. De las dotes poéticas de nuestro autor pueden dar idea, a más de las composiciones arriba citadas, las que figuran en nuestra traducción (págs. 16 y 18 del tomo I, 182 y 183 del II). Y es probable que, fuera de las indicadas, también le pertenezcan algunas otras que el texto contiene y que el autor no se atribuye. Almacarí (I, pág. 517)

«¡Oh Rey, obedecido por la humanidad entera,
y cuyo amor se impone irremisiblemente!
La causa que ha dado origen a tu grandeza
es considerada por éste como un embuste.»

Y señaló al cristiano, al cual depuso Aláfdal del cargo [1].

Compuso varias obras, entre las que se cuentan: *El espejo de la conducta*, *De la piedad filial*, *Libro de la guerra* y otras. Es autor de un Método de controversias.

Nació hacia el año 451 y murió en el último tercio de la noche del sábado, cuatro días antes de terminar el mes de *chumada* primero, del año 520. Según Aben Pascual, su muerte tuvo lugar en el mes de *xaabán* del cita-

incluye también algunas poesías suyas, entre las que se hallan las siguientes:

Por la inmensidad del cielo
con afán mis ojos giran,
en las estrellas buscando
la luz de tu faz querida.
En pos del rastro oloroso
que tu beldad comunica,
voy por todos los senderos
y detengo al que camina.

Parar los vientos ansío,
por si en sus alas envías
un eco de tus palabras,
una nueva de tu vida.
Por si pronuncian tu nombre
mi oído anhelante espía,
y en todo rostro encubierto
mi mente el tuyo imagina.

(Traducción de VALERA, *Poesía y arte de los árabes de España y Sicilia*, Sevilla, 1881, I, pág. 121.)

Y esta otra:

Pondérase en gran manera el acerbo dolor de la madre que ha perdido sus hijos;
mas para quien no ha sufrido el dolor de separarse de los bien amados,
[semejante pérdida no es nada.
Las noches de ausencia me han hecho apurar a grandes tragos
rebosantes copas de algo más amargo que la misma coloquíntida.

También figura en *Almacari* (ibid.) la composición que va en la página 183 del t. II de la traducción, cuyo primer verso dice:

«Cuando te halles preocupado por algún asunto», etc.

1 También narra el episodio el Tortuxí (I, pág. 287) en forma parecida, pero sin declarar que sea él mismo el protagonista.

do año, en la ciudad de Alejandría, y rezó las preces fúnebres su propio hijo Mohámed. Fué enterrado en el cementerio de Uaala, en las inmediaciones de la Torre nueva, frente a la Puerta Verde.

Al llegar aquí, advierte Abenjalicán que así lo ha hallado en varios lugares; pero que, a principios del año 680, encontró en Damasco la relación de las personas con quienes había estudiado su maestro el cadí Bahaeddín Abenxaddad, en la que también se mencionan aquellos de quienes obtuvo el título de licenciado, figurando entre éstos Abubéquer de Tortosa. Pero consta de un modo absolutamente cierto que Abenxaddad nació el año 539, o sea diecinueve años después de la muerte del Tortuxí. ¿Cómo puede, por tanto, explicarse que dicho Tortuxí le concediera el título de licenciado? No hay que pensar en una posible errata del que escribió la citada relación, porque en ella consta de puño y letra del propio Abenxaddad que había sido comprobada por él mismo. Y Abenjalicán hace observar el hecho, porque resulta realmente una cosa extraña, pero que no cabe atribuir a errata cometida en la referida relación [1].

[1] Puede ser éste un caso análogo, hasta cierto punto, al que tuvo lugar con el tradicionista sevillano Xoraih, hijo de Mohámed, hijo de Xoraih, el cual, según sus biógrafos, obtuvo *licencia* de Abenházam de Córdoba para explicar las obras de éste. Pero Abenházam murió cuando apenas había cumplido Xoraih los seis años, y no es posible que a aquella edad estuviera capacitado para realizar tales explicaciones. El Sr. Asín sospecha fundadamente que se trata de una de las muchas licencias que se había hecho costumbre conceder a gentes que no tenían la edad requerida para hacer uso de ellas. (Cfr. Asín, M., *Abenházam de Córdoba y su historia crítica de las ideas religiosas*, Madrid, 1927-1929, I, pág. 294.) De no ser que el Tortuxí concediera *licencia* al padre del cadí Bahaeddín para que hiciera uso de ella alguno de los hijos que

Por último explica que Tortosa es una ciudad en los confines del país de Alandalus, junto a la costa, al oriente del territorio.

SUS OBRAS

A) ABENJÁIR (*Biblioteca Arábico-Hispana*, ed. Codera, tomos IX-X) cita las siguientes, que estudió con su maestro Abubéquer Benalarabí, el cual, a su vez, las había aprendido bajo la dirección del propio Tortuxí:

اخلاق رسول الله لابى محمد عبد الله بن جعفر بن حيان
اختصار للشيخ الامام ابى بكر محمد بن الوليد الفهرى
الطرطوشى (pág. 276)

رسالة الفقيه ابى بكر محمد الطرطوشى الى ابن
تاشفين (pág. 299)

كتاب الكشاف والبيان عن تفسير القران تصنيف الاستاذ
ابى اسحاق احمد بن محمد الثعلبى كتاب اختصاره للشيخ
الامام ابى بكر ..... الطرطوشى [1] (pág. 59)

después le nacieran, no creo que el hecho admita otra explicación, después de las seguridades que da Abenjalicán de ser exacta la relación ya citada.

[1] El aprendizaje de esta obra tuvo lugar en Jerusalén, en la capilla del Templo de Salomón denominada «Cuna de Jesús». Parte conocida por *los mosaicos*. Llámase de este modo por haber en ella un nicho de piedra, rematado por una cúpula sostenida por columnitas. Esta dependencia era ya conocida en la Edad Media. Allí se encontraba, en la época anterior al islamismo, la *Basilika Theodokos* (Basílica de la Madre de Dios) o *Maria Nova*. Existe una leyenda, según la cual tuvo allí su residencia el anciano Simeón, y la Virgen pasó en aquel lugar algunos días, después de la presentación de Jesús en el templo. Se halla la entrada a esta capilla al lado S. E. del templo. Cfr. BAEDEKER, *Palestine et Syrie*, Leipzig, 1893, pág. 54.

منتخب من عيون خصائص العباد وثلاثة اجزاء فيها الكلام
فى الغنى والفقر تولى جمعها الفقيه ابوبكر الطرطوشى (pág. 299)

B) Hachi Jalfa *(Lexicon bibliographicum et encyclopaedicum,* London, 1850) cita las siguientes:

كتاب الحوادث والبدع	núm. 10.074,	t. V,	p. 77.
كتاب الدعاء	» 10.109,	» V,	» 83.
نهاية فى فروع المالكية	» 14.097,	» VI,	» 404.
كتاب يعارض به كتاب الاحياء نفائس الفنون التعليق فى الخلافيات	....	» VII,	» 323.

C) En el Catálogo núm. 1 de Constantinopla se mencionan:

رسالة العدة عند الكروب والشدة (pág. 299)
حاشية على اثبات الواجب (pág. 319)

D) En el de la Biblioteca de Gotha, núm. 909, figura la titulada:

نزهة الاخوان المتحابين فى الله

E) Aparecen citadas por Almacarí (I, pág. 519):

مختصر تفسير الثعلبى — الكتاب الكبير فى مسائل الخلاف
كتاب تحريم جبن الروم — كتاب بدع الامور ومحدثاتها
كتاب لشرح رسالة ابن ابى زيد

F) Abenjalicán le atribuye las tres de que ya se ha hecho mención (pág. XLV).

Dos de las obras que figuran en las anteriores relaciones, a saber: كتاب الحوادث [1] y كتاب بر الوالدين, existen

1 También se conserva un ejemplar en la Biblioteca Azzeituna, de

manuscritas en la Biblioteca Nacional de Madrid. Forman parte del cuaderno de varios que lleva el número 5.341 en el Catálogo de Manuscritos de la referida Biblioteca. La primera comienza en el folio 72 v. de dicho cuaderno; la segunda en el 121 v. Entre ambas se intercala — folios 104 a 121 — la titulada كتاب تحريم الغناء واللهو على الصوفية في رقصهم وسماعهم, también del Tortuxí, no mencionada anteriormente. Van copiadas a renglón seguido una de otra, sin dejar espacio libre entre ellas, y a la terminación de la que figura en último lugar hay una nota que dice: "Terminóse de copiar a primeros de *moharram* del año 1011 por Obaidala Mohámed, hijo de Mohámed, hijo de Abulcásim, hijo de Omar„ [1].

La titulada كتاب بر الوالدين, *Tratado de la piedad filial,* examina el derecho de los hijos a desobedecer a los padres, si éstos se oponen al cumplimiento de determinados deberes religiosos por parte de aquéllos. La que va intercalada, cuyo título traducido es *Prohibición a los "sufíes„ de los cantos y juegos en sus sesiones de danza y música religiosa,* trata, como el título indica, de ritos y ceremonias propias de los cultos celebrados por los *sufíes.*

De intento nos referimos en último lugar a la que lleva por título en el manuscrito dicho كتاب الحوادث والبدع, *Libro de las novedades e innovaciones,* por exigir, debido a su importancia, ser tratada con mayor detenimiento que las anteriores. Es una reprobación de los

Túnez. Cfr. Codera, F., *Misión histórica en la Argelia y Túnez*, Madrid, 1892.

[1] El *Boletín de la Real Academia de la Historia* (t. LXII, cuad. IV, abril 1913, pág. 238) publica un informe relativo a estas tres obras.

cambios y modificaciones introducidos en el dogma, la ley y las costumbres del pueblo musulmán, con posterioridad a la época en que los fieles creyentes consideran ya los citados extremos perfecta y definitivamente fijados, sin admitir alteración o innovación. En apoyo de su criterio aduce textos alcoránicos, expone los métodos empleados por los Compañeros de Mahoma para fijar las normas destinadas a consolidar los fundamentos de la fe y a dar muerte a las herejías, enumera las cosas innovadas y cita textos de teólogos autorizados, prohibiéndolas y abominando de ellas.

Es ésta de las innovaciones una cuestión que ha apasionado grandemente los espíritus entre los musulmanes de todas las épocas y los sigue apasionando en la nuestra.

Debido a las circunstancias en que la vida de este pueblo se desenvuelve a través de su proceso histórico, vióse obligado a cambiar su rumbo inicial en un sentido que modificaba radicalmente muchas de las concepciones fundamentales del islam primitivo. A consecuencia de sus rápidas conquistas y de su contacto con otros pueblos, encontráronse casi de repente los musulmanes ante un mundo nuevo de hechos e ideas que caían fuera del marco trazado por las normas de la ley revelada y las de la tradición profética. Surge entonces en las conciencias devotas un grave conflicto entre la firme decisión de mantenerse dentro de la estricta y rigurosa observancia de los principios contenidos en el Alcorán y en la *zuna* del Profeta y la imperiosa necesidad de adaptarse a las nuevas condiciones de vida y de someterse a una porción de cosas que, si verdaderamente no eran contrarias a la ley escrita, tampoco estaban autorizadas por ella, por cuanto para nada se les mencionaba en la citada ley.

Para tranquilidad de los espíritus, fué necesario recurrir a una tercera fuente normativa, complementaria de las dos que integran la ley escrita, la cual sirviera para determinar lo que hubiera de lícito o ilícito en aquellas cosas no previstas en la citada ley. Es la tercera fuente normativa, la que se designa en árabe con la palabra *ichmá,* que quiere decir "consensus", acuerdo unánime, coincidencia de opiniones, con respecto al modo de apreciar cualquier asunto o cuestión. Con dicha palabra se entendió, primeramente, la conformidad de los Compañeros del Profeta, y después se amplió el término, para designar con él la conformidad de los doctores de una escuela y aun la de todos los musulmanes de una época determinada. Así, pues, dentro del islam ortodoxo se admite, como criterio de licitud, el dictamen deducido del *ichmá,* reconociéndole el mismo valor que a las dos primeras fuentes legales antes citadas.

Mas no todos los musulmanes estuvieron de acuerdo para aceptar semejante criterio, sino que muchos de ellos se obstinaron en considerar como innovaciones contrarias a la verdadera fe *(bidá)* todos los elementos aceptados en el islam bajo la autoridad del *ichmá.*

En la lucha entablada entre los puritanos o defensores de la autoridad exclusiva de la ley escrita y los partidarios del *ichmá,* distinguiéronse especialmente por la energía y perseverancia con que lucharon contra las tendencias modificadoras los secuaces de la escuela *hambalí*[1], quienes trataron, aunque sin resultado, de restituir

[1] Sobre las doctrinas, sistema, etc., de dicha escuela, vid. Asín, M., *Abenházam de Córdoba, historia crítica de las ideas religiosas,* Madrid, 1927-1929, I, pág. 120.

el islam al estado en que se hallaba en los tiempos del Profeta y tal como quedó reconstituído en la época de los Compañeros.

A principios del siglo XIV surge en Siria el famoso teólogo Abentaimiya, que encarna, por decirlo así, el espíritu de dicha escuela y que con sus predicaciones y sus escritos somete a una revisión el islam histórico desde el punto de vista de la *zuna* y la *bidá*, condenando las doctrinas de los filósofos, las fórmulas de la teología dogmática, el *sufismo*, el culto de los santos: en una palabra, todos aquellos elementos a los que no se les reconociera otro título de legitimidad que la aprobación del *ichmá*. La influencia de sus predicaciones y de sus escritos se dejó sentir en gran manera y ha mantenido latente en ciertos medios islámicos un sentimiento de hostilidad contra lo que ellos consideran como verdaderas herejías e impiedades, provocando de tiempo en tiempo movimientos de reacción en defensa de la primitiva pureza del islam, tal como ellos la entendían. Uno de estos movimientos fué el promovido por los *wahabitas* — nombre tomado del de su jefe, Abdelwahab —, que estalló a mediados del siglo XVIII y alcanzó gran resonancia; recientemente ha tenido una importante repercusión, provocada por la misma secta, que ha constituído una de las conmociones internas más graves sufridas por el islam en nuestros tiempos [1].

1 Para más detalles referentes a esta cuestión de las innovaciones, historia de sus orígenes, desenvolvimiento, consecuencias, etc., cfr. GOLDZIHER, *Le dogme*, pág. 213 y sigs. — Este movimiento de reacción contra las innovaciones, que surgió en los medios islámicos, ofrece ciertas analogías con el movimiento protestante del cristianismo. Coinciden católicos y protestantes en admitir la Biblia, o sea la revelación escrita como

El escritor español Ibrahim, hijo de Musa, hijo de Mohámed, el Lahmí, el Xatibí, el Garnatí (790 = 1388 J. C.) compuso un libro sobre esta materia, titulado *Al-Itisam* (ed. Cairo, 1913, tres vols.) en el que explica la decadencia del islam, atribuyéndola a la degeneración y a las innovaciones en él introducidas, pues sostiene que la religión revelada no evoluciona, porque nace perfecta. Hace el estudio del *sufismo,* de los ritos practicados por los *faquires,* del uso de los cantos y versos en actos religiosos, de la especulación racional o filosófica en teología y otras cuestiones, que examina con arreglo a su criterio purista.

En esta obra, la más completa y documentada que hasta su época se había escrito acerca de la materia, el autor afirma (t. II, p. 291) que a pesar de sus cuidadosas pesquisas, **no ha tropezado con más obra, dedicada a tan importante cuestión, que la compuesta por Abubéquer de Tortosa**.

De tan autorizado testimonio se desprende que el *Libro de las novedades e innovaciones*, de nuestro Tortuxí, es el primero en que directa y objetivamente se trata tema de tanta trascendencia. Ofrece, por consiguiente, dicha obrita un valor inapreciable para la historia de las diferentes direcciones seguidas por el pensamiento musulmán, y merecería, por tanto, que alguien se preocupara de su estudio y publicación.

En la relación precedente de las obras del Tortuxí se

fuente primordial de la religión; pero los últimos rechazan lo que dentro de la religión cristiana equivale al *ichmá* musulmán, esto es, la autoridad infalible de la Iglesia y del Papa, como cabeza visible de la misma, en materia dogmática, interpretación del texto bíblico, etc.

omite la mención de una muy interesante, de la cual no dan noticia las biografías que he consultado, quizá por tratarse de alguna simple epístola o breve opúsculo. Es la *Risala a Benalmodáfar*, a la cual alude Tacheddín Benassubqui en su *Tabacat Axxafeíya* [1], reproduciendo un fragmento de cuyo contenido se desprende que el Tortuxí fué uno de los iniciadores y propulsores de la protesta suscitada contra la restauración islámica llevada a cabo por Algazel [2], mediante su sistema dogmático moral, o, si no iniciador, por lo menos de los primeros escritores de quienes se conservan textos polémicos contra el gran pensador.

Dice así el referido pasaje que reproduce el *Ithaf* de SAYYID MURTADA (I, pág. 28), copiado a la letra de *Tabacat Axxafeíya,* que antes se cita:

"Y un poco antes que él [El Mazarí], un malequí, el Imam Abulualid el Tortuxí, residente en Alejandría, se expresaba de este modo en una epístola dirigida a Benalmodafar: "Por lo que dices a propósito de Algazel, pues es un hombre a quien conozco y con quien he hablado, habiendo podido comprobar que se trata de persona muy ilustrada, adornada de excelentes virtudes y de penetrante entendimiento, dedicada por entero, durante su larga vida, al cultivo de la ciencia. Se apartó después de la senda seguida por los sabios, para seguir la marcha de las gentes dedicadas a la práctica de la virtud; después se

1 Edición grande, Cairo, 1324, t. IV, pág. 123.

2 A propósito de dicha protesta, véase: ASÍN, M., *Un faquih siciliano contradictor de Algazali.* Centenario della nascita de Michele Amari. Estratto. Palermo, 1910.

hizo sufí, abandonando las ciencias profanas por la ciencia ascéticomística. Identificóse posteriormente con las opiniones de los filósofos y las alegorías de Alhallach, contradiciendo a los faquíes y motacálimes y llegando casi a echarse fuera de la ortodoxia. En el *Ihía* se propuso tratar de la ciencia de los estados de la vida mística y la de las alegorías de los sufíes; pero no estaba familiarizado con ellas ni las conocía a fondo, por lo que incurrió en inexactitudes y llenó el libro de afirmaciones completamente faltas de fundamento„ [1].

A continuación, en la pág. 31, refuta Sayyid Murtada las precedentes manifestaciones del Tortuxí.

Abenjaldún [2] atribuye al Tortuxí la fusión en una sola de las tres ramas en que estaba dividida la escuela malequí. El hecho tuvo lugar en Jerusalén, donde estuvo explicando las doctrinas de la rama española, entre otros, a discípulos venidos del Cairo y Alejandría, donde imperaban las doctrinas profesadas por la rama del Irac, y estos discípulos mezclan las doctrinas de la escuela española con las de la escuela *iraquí* seguida en Egipto.

DISCÍPULOS DEL TORTUXÍ

En los libros de biografías se encuentran mencionados varios de ellos, entre los cuales figuran los españoles y magrebíes siguientes:

1 También Hachi Jalfa le atribuye una obra en la que refuta el *Ihía* (vid. pág. XLVIII).

2 *Proleg.*, III, pág. 19.

1.° Alí, hijo de Abdala, hijo de Hamud, natural de Fez. Estudió con él en Oriente el *Sonán* de Abudaud [1].

2.° Alí, hijo de Ahmed, hijo de Abdala, hijo de Mohámed, hijo de Haira, imam y predicador de la mezquita de Valencia. Estudió con él en Oriente *Lecturas alcoránicas* el año 509 [2].

3.° Ualid, hijo de Moáffic, Abulhasán, natural de Jaén, conocido por *El Bastí*. Fué discípulo suyo en Alejandría hacia el año 512 [3].

4.° Abubéquer Mohámed, hijo de Alhosáin, el conocido por *El Mallorquí,* por ser oriundo de Mallorca, vecino de Granada. Asistió a las lecciones del Tortuxí en Alejandría en los meses de *xaual* y *dulcada* del año 517 [4].

LA TRADUCCIÓN

Está hecha sobre la edición del texto árabe publicada en el Cairo, año 1319 hég. (1901 J. C.), en un volumen de 180 págs. En las márgenes lleva impreso el texto árabe de la obra titulada *Téber el-masbuc,* de Algazel.

Además he tenido a la vista las ediciones de Bulac (año 1289 = 1872 J. C., un vol. de 309 págs.) y de Alejandría (del mismo año: un vol. de 357 págs.) [5].

1 Aben al-Abbar, *Tecmila*, ed. Codera, biog. 1.914.

2 Ibid., biog. 1.905.

3 Ibid., biog. 2.025.

4 Almacarí, *Analectes*, I, pág. 563.

5 También está publicado el *Sirach* al margen de una edición de los *Prolegómenos*, de Abenjaldún, que apareció en el Cairo el año 1311 hég. (Cfr. Catálogo de Paul Geuthner, núm. 41, París, 1910, pág. 91, número 2.064). — Hay, además, un compendio, obra de Abdesamad, hijo de Abdala el Mocrí, el Lajmí, y otro de Abderrahmán ben Mohámed el

Esta última lleva al margen algunas notas lexicográficas y debe estar hecha, sin duda, sobre algún original defectuoso, pues son bastantes los casos en que el sentido está tergiversado o resulta poco inteligible. Las dos anteriores son reproducción exacta la una de la otra o derivan de un original común, pues coinciden en absoluto. En general están bastante cuidadas, salvo las inevitables, no muchas, erratas de imprenta, y alguna frase probablemente de dudosa lectura en el original, que no se interpretó bien por el editor y aparece confusa en el texto impreso.

Antes de emprender la versión, estuve dudando si convendría hacerla de toda la obra o sería mejor dar sólo una traducción de aquellos pasajes y fragmentos que ofrecieran interés más general.

Acabé decidiéndome por lo primero, no obstante el mayor esfuerzo a que con ello me obligaba, por entender que una selección de esa índole, además de ser difícil de realizar con acierto en obras de este género, había de responder a mi criterio personal exclusivamente, y esto entrañaba el peligro de que en ella quedaran omitidos pasajes de interés secundario para mí, pero que para otros pudieran tenerlo muy marcado.

Confieso lealmente que la tarea ha sido superior a mis fuerzas. Se trata de una obra de la que no existen traduc-

Azharí. Cfr. BROCKELMANN, *Geschichte*, I, pág. 450. Una traducción persa existe en la Biblioteca Real de San Petersburgo. IBID. — Existen manuscritos: en la Biblioteca Nacional de Madrid (Cat. de Ms., núm. 5.045). Copia fechada en *xaabán* del año 993 hég. (agosto 1585); París (892), Oxford (105 de Nicoll), Museo Británico (1123), Biblioteca del Cairo (cat. V, pág. 67), Copenhague (Cat. de Ms. ár., t. II, pág. 109). Es muy citado como existente en los catálogos de Constantinopla.

ciones en ninguna lengua europea, ni estudios detallados, ni ediciones comentadas o anotadas en forma que facilite la inteligencia del texto, o, cuando menos, su exacta lectura [1]. Además, en ella se tratan multitud de asuntos, en los más variados estilos: abundan las sutilezas de concepto y de lenguaje, las alusiones vagas a cosas y sucesos no siempre fáciles de identificar; las reproducciones de frases célebres y relatos de hechos famosos, traídos frecuentemente a colación con el exclusivo objeto de hacer resaltar algún detalle, omitiendo la mención de otros que sería indispensable conocer, para la recta inteligencia del pasaje en que se hallan; las frases sueltas, conceptos aislados y expresiones ambiguas, para cuya exacta interpretación falta la guía del sentido general del contexto, y otra multitud de dificultades, cuya solución exige

1 Para que el lector no arabista pueda formar idea de las dificultades de lectura que ofrecen los textos impresos en esta lengua, bástele saber que en las ediciones de obras arábigas modernamente publicadas por la Imprenta Nacional egipcia y destinadas, claro está, a ser leídas por musulmanes cultos que tienen el árabe como lengua propia, se hace frecuente uso de signos vocálicos y se recurre además al empleo de los signos de separación y de entonación de frases, usados en nuestros sistemas de escritura. Véase lo que acerca del particular dice el ilustre escritor egipcio, S. E. Ahmed Zequí Pachá, en su edición de *Le livre de la Couronne*, del DJAHIZ (Cairo, 1914, pág. VIII): «Siempre que ha sido necesario, *para evitar errores de lectura*, motivados por el sistema gráfico del alfabeto árabe, he puesto los signos vocales, para precisar la pronunciación de aquellas palabras que ofrecían cualquier dificultad. Además, para la inteligencia del texto, he utilizado el nuevo sistema de puntuación......» (Se refiere a signos de puntuación, interrogación, admiración, etc.) En las ediciones hechas a la antigua, como son las utilizadas para la presente traducción, se prescinde en absoluto de todos estos requisitos, y no es necesario ponderar lo expuesto que el lector europeo se halla, en muchos casos, a incurrir en falsas lecturas y consiguientes errores de interpretación.

un dominio de la lengua originaria, mayor del que yo poseo.

Para suplir el escaso dominio del idioma existe ciertamente el recurso del cotejo con otras versiones del pasaje dudoso en distintas obras, donde la idea se destaque con mayor claridad, por aparecer en ellas variantes o antecedentes que sugieran el verdadero sentido del texto; pero la tarea se ha realizado en tales condiciones, que por punto general me han faltado los elementos más indispensables en el momento oportuno, para ser utilizados debidamente. Muchas cosas han podido ser rectificadas antes de darse a la estampa; mas no estoy seguro de que hayan sido objeto de rectificación todas las que de ello estaban necesitadas. No respondo, pues, de haber acertado siempre en la interpretación que doy a los textos.

En la versión he tratado de reproducir con toda la fidelidad que me han permitido mis medios de expresión — no muy sobrados ciertamente — las ideas y conceptos contenidos en el original. En realidad, eso es lo único que cabe ser trasladado de una a otra lengua [1].

La pretensión de dar a conocer las bellezas de lenguaje con que un autor ha exteriorizado su pensamiento, en lengua distinta de aquella de que él se ha valido para expresarse, es de todo punto irrealizable. Cada lengua tiene sus hábitos peculiares de lógica y de estilo, aparte de una multitud de particularidades o idiotismos, y lo que en una de ellas es ingenioso artificio, graciosa combina-

[1] Véanse, a propósito de las normas a que debe atenerse una traducción: Asín, M., *Los caracteres y la conducta, por Abenházam de Córdoba*, Madrid, 1916, pág. XXIX. — Ribera, J., *Historia de los Jueces de Córdoba, por Aljoxani*, Madrid, 1914, pág. XLVI.

ción, arte supremo de producir los más gratos efectos de armonía de lenguaje, trasladado a otra lengua, en la misma forma, puede resultar un horrible galimatías, un absurdo amontonamiento de incoherencias de todo punto ininteligibles. Y aun sin llegar al calco servil de las palabras y giros del original, una semiadaptación con la que se trate de producir un efecto de exotismo, de cosa peregrina — sistema antes muy en boga —, sólo puede servir para someter al lector a la tortura de ir descifrando trabajosamente una serie de locuciones en las que están infringidas la mayoría de las leyes propias del idioma al cual pertenecen las palabras de que tales locuciones están formadas. No puede emplearse tal sistema sin que, aparte de lo malparadas que resultan la corrección y la claridad de lenguaje, se resienta la fidelidad en la transmisión de las ideas. Díganlo si no las grandes obras del ingenio humano que andan por el mundo convertidas en insoportables monsergas, por obra y gracia de ilusos traductores que, alucinados por la suntuosidad y exotismo de los ropajes del texto original, no han querido o no han sabido despojar de tales ropajes al alma de los libros que se proponían descubrir.

Atribúyanse, por tanto, las incorrecciones de lenguaje de que la presente traducción adolece, no a desconocimiento de lo que debe ser la versión de un texto de una a otra lengua, sino a mi escasa pericia en el manejo de mi propio idioma, que no me ha permitido, hallándome bajo la sugestión inmediata de la frase y del giro árabe, atinar con la palabra justa, con la construcción correcta que la expresión del pensamiento requería en cada caso.

Me decido, no obstante, a publicar mi trabajo, por

entender que, con todos sus defectos, puede prestar alguna utilidad, no precisamente a los técnicos, los cuales para nada necesitan que un modesto aprendiz les traduzca lo que ellos pueden leer en la lengua originaria, sino a aquellos profanos a quienes interese conocer los frutos del pensamiento musulmán y no entiendan la lengua arábiga.

LA TRANSCRIPCIÓN

Ante las dificultades que ofrece la transcripción de los nombres propios, para reproducir los sonidos representados por los signos del alfabeto árabe, mediante los signos de nuestro alfabeto, en una obra que, dado su carácter de vulgarización y lo ajeno de su contenido a los estudios lingüísticos, rechaza por absolutamente inadecuada la adopción de cualquier sistema técnico, por sencillo que sea, me he decidido por hacer una transcripción "lo menos arbitraria posible„, dentro de las normas generalmente seguidas entre los arabistas españoles [1].

Para evitar dudas y confusiones que, dada la imprecisión del procedimiento, pudieran resultar, en el índice de nombres propios, que va al final del libro, se pone, junto a cada nombre transcrito en caracteres latinos, el nombre original árabe, escrito en sus propios caracteres.

En el cuerpo del texto se indican en números negros, encerrados entre paréntesis cuadrados, las páginas correspondientes del original árabe, en la edición antes citada.

[1] A propósito de las transcripciones españolas de nombres propios arábigos, véase: GARCÍA GÓMEZ, E., *Un texto árabe occidental de la leyenda de Alejandro.* Madrid, 1929, pág. XCVII.

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS

He reunido todos los nombres propios que figuran en el texto en un índice alfabético de los mismos, donde se consignan los datos y noticias que a cada uno de ellos se refieren y el lugar o lugares del texto en que aparecen mencionados.

Por este medio se evitan las frecuentes notas que habrían de ir al pie de las páginas, dado el gran número de nombres propios en ellas citados y las numerosas repeticiones y llamadas a otras páginas, para que el lector supiera en todo momento dónde hallar los datos correspondientes a nombres frecuentemente aludidos en el texto. Recurriendo al índice puede el lector encontrar fácilmente tales datos, siempre que lo desee.

ADVERTENCIA

Debido a una imprevisión y al hecho de haberse llevado a cabo la impresión del libro en condiciones que no me han permitido seguir la marcha de la misma en todos sus detalles, por no residir en la localidad donde dicha impresión se ha realizado, aparecen equivocados los folios de página impar en los siguientes capítulos:

Capítulo IV, pág. 177.
Dice: Autoridad de la Divina Providencia.
Corríjase: Motivos a que obedece la existencia de la autoridad.

Capítulo X, págs. 189 y 191.
Dice: Asuntos del sultán y el Estado.
Corríjase: Requisitos que sirven de sostén al Estado.
Capítulo XI, págs. 195 a 205, impares.
Dice: Firmeza necesaria al sultán.
Corríjase: Cualidades que sirven de apoyo al sultán.
Capítulo XIII, págs. 215 a 219, impares.
Dice: Duración del imperio.
Corríjase: Cualidades que desposeen del poder.
Capítulo XIV, págs. 223 y 225.
Dice: Cualidades dignas del sultán.
Corríjase: Cualidades laudables en el sultán.
Capítulo XV, pág. 229.
Dice: Autoridad del sultán.
Corríjase: Autoridad del sultán: su lugar.
Capítulo XIX, págs. 241 a 245, impares.
Dice: Autoridad del sultán.
Corríjase: Requisitos que afianzan la autoridad.

No he de terminar sin hacer presente el testimonio de mi profundo agradecimiento a mi querido maestro, don Miguel Asín, a cuya valiosa ayuda y sabios consejos deben atribuirse los aciertos que el presente trabajo pueda ofrecer.

PRÓLOGO DEL AUTOR

En el nombre de Dios Misericordioso y Compasivo!

Alabado sea Dios, el que siempre ha existido y siempre existirá; el inmenso, el altísimo; el creador de las esencias y las formas; el que ha establecido la rotación del día tras la noche y la noche tras el día; el conocedor de las cosas ocultas y de cuanto en sí encierran cielos y tierra. Para El es igual que las cosas se divulguen como que permanezcan secretas, que las gentes se escondan tras las tinieblas de la noche como que estén de manifiesto a la claridad del día. ¿Acaso no va a conocerlas El que las ha creado, Aquél a cuya penetración nada escapa, el que es Omnisciente? [1].

Dió el ser a las criaturas con su omnipotencia, las organizó con su sabiduría, las individualizó con su voluntad, y las gobierna con su providencia.

Para crearlas no tuvo auxiliar, ni para regirlas se vale de consejero ni ayudante; porque, ¿cómo iba a solicitar el que es eterno los auxilios de quien aún no existía, ni cómo ha de necesitar el Ser perfectísimo la ayuda de quien lleva en sí mismo la imperfección de haber sido traído a la existencia?

[1] Alcorán, LXVII, 14.

Infundió en las criaturas el ansia de conocerlo; mas dispuso las cosas de modo que los que siguen, para lograr este conocimiento, el camino de la especulación racional, sólo logran adquirir, como resultado de sus especulaciones, el convencimiento de la incapacidad en que se hallan de conocer a Dios; y los que conocen por intuición no llegan a saber otra cosa que su ineptitud para demostrarle cumplidamente el agradecimiento que le deben; y aquellos otros que por mera fe lo confiesan, no alcanzan más que a declarar la insuficiencia de sus entendimientos para comprender la verdadera esencia de su Creador.

No le es aplicable la idea de *¿por qué?;* ni admite la de *¿dónde?;* ni puede atribuírsele *¿hasta dónde?* No lo define el concepto de *¿qué cosa?;* ni lo numera el *¿cuánto?;* ni lo limita *el cuándo;* ni lo comprende el *¿cómo?;* ni le alcanza el *¿cuál?;* ni se extiende sobre El la sombra del *encima*, ni lo empequeñece la idea de *debajo*.

No le corresponde *límite* alguno, ni lo oprime la relación de *contigüidad,* ni le alcanza la de *detrás*, ni lo limita la de *delante*, ni lo manifiesta la de *antes*, ni lo determina la de *después*, ni lo abarca la de *todo*. No le da la existencia el *fué* ni se la quita el *no fué*.

La cualidad que lo distingue es el estar exento de toda cualidad, y su modo de ser la carencia de límite.

No admite figuras ni formas, no lo alteran los días ni las mudanzas. No puede atribuírsele el contacto ni la proximidad y, refiriéndose a El, no tienen aplicación las ideas de *enfrente* y *parte opuesta*.

Si preguntas ¿por qué es?, su esencia es anterior a toda causa, pues, si bien todo efecto necesita realmente

una causa distinta de él, que lo haya traído a la existencia, El, que es anterior a todas las cosas, no puede depender de causa alguna. El poder de Dios se extiende a todas las criaturas, sin mezcla de otro poder, y su operación sobre ellas se realiza sin manipulación. La causalidad de toda cosa es operación suya, y su operación carece de toda causa.

Si preguntas ¿dónde está?, su existencia es anterior al lugar. Aquél que dió el ser al lugar no necesita lugar para existir; porque después de crear el lugar le basta su propio ser para existir en sí mismo, igual que antes de crearlo. ¿Cómo va, además, a residir en aquello mismo que de El tomó principio, o cómo va a comunicarle imperfección alguna aquello mismo que El creó?

Si preguntas ¿qué es?, su ser no tiene *quiddidad*, ni de El cabe preguntar a qué género pertenece, porque el Eterno no tiene género, ya que el género se concreta mediante una idea que entra bajo el concepto de *quiddidad*.

Si preguntas ¿cuánto es?, es uno en [3] su esencia y único en sus atributos.

Si preguntas ¿cuándo fué?, su existencia es anterior al tiempo.

Si preguntas ¿cómo es?, no se predica el *cómo* de Aquél que dió el ser al *cómo*, pues el que admite la modalidad admite también los adjetivos modales.

Si dices que es *El*, las letras de que esta palabra se compone creación suya son.

Todas estas relaciones son, como dice un maestro, inherentes a los seres creados, mientras que la esencia de Dios es anterior a ellas: lo que tiene apariencia corpórea lleva aneja la extensión; lo que está constituído me-

diante la acción de un instrumento, hállase sometido al poder de aquel instrumento; lo que el tiempo une, el tiempo lo desune; lo que subsiste por causa de algo extraño a él, la necesidad le es inherente; lo que cae bajo el dominio de la imaginación, admite formas representativas; al que está contenido en un lugar, le alcanza el *dónde;* el que tiene género, admite el *cómo.*

La demostración de Dios es su misma existencia; su conocimiento, la afirmación de su unicidad; su unicidad, la distinción que lo separa de las criaturas. Es distinto de Dios todo lo que cabe dentro de las representaciones de la imaginación; no lo perciben los ojos; es ajeno a las opiniones, inasequible a las formas de la fantasía; incomprensible para la inteligencia y superior a todas las hipótesis humanas. Ni el lugar lo comprende, ni el tiempo le es anejo, ni lo limita el límite. No admite descendencia, ni lo abarca número. Venerarlo es aproximarse a El; menospreciarlo, alejarse de su lado. Se eleva sin ascender y camina sin cambiar de lugar.

Es el primero y el último; el manifiesto y el oculto; el próximo y el remoto. Semejante a El nada existe. El es el que todo lo oye y el que todo lo ve.

Confieso su soberanía, su unicidad y los nombres gloriosos, los atributos excelsos y los epítetos sublimes que El a Sí mismo se asignó. ¿Acaso no le compete el crear y el ordenar? ¡Bendito sea Dios, Señor del universo!

Creo en Dios, en sus ángeles, en sus libros santos y en sus profetas, sin distinción entre ninguno de éstos. A El nos sometemos de corazón.

Confieso que Mahoma es su siervo escogido y su fiel mensajero, en quien puso sus complacencias, enviándolo para anunciar a las gentes su buena nueva y saludables

avisos, y como antorcha luminosa para llamarlos hacia su Señor ¡Bendígalo Dios, y a las inmaculadas gentes de su familia; a sus Compañeros, los elegidos; y a sus virtuosas esposas, madres de todos los fieles creyentes!

Estudiando yo la historia de los pueblos pasados y de los reyes de otras edades, así como las normas políticas por ellos establecidas para regir sus estados y las leyes canónicas a que se sometían, en cumplimiento y guarda de la secta religiosa que profesaban, encontré que todas ellas eran de dos especies: sentencias eticojurídicas y normas políticas. Dentro de las primeras se comprende lo que ellos entendían por lícito e ilícito; los principios a que se atenían para realizar las ventas, los juicios, matrimonios, divorcios, salarios, etc.; las prescripciones establecidas para cada caso, y las penas aplicables a quienes las infringieran. Todas estas leyes eticojurídicas habíanlas adoptado sus inteligencias por pura convención, sin que ni una sola se basara en demostración apodíctica ni hubiera sido revelada por Dios a ningún rey, ni la hubieran aprendido de la experiencia, ni siguiendo las doctrinas de algún profeta; antes bien, únicamente procedían de los sacerdotes zoroastras, guardianes del fuego sagrado, de los servidores de los templos de los ídolos, de los adoradores de imágenes y fetiches; de modo que no hay criatura de Dios que no sea capaz de forjar por sí misma otras leyes semejantes y parecidas a ellas. En cambio, por lo que toca a las normas políticas que dichos pueblos establecieron para imponer esas leyes eticojurídicas, para evitar su infracción y fomentar su observancia, para levantar a quien las acatase y humillar a quien las desprecia-

ra y violara, condujéronse en ellas con arreglo a la estricta justicia y a las ideas del buen gobierno, tendiendo a conseguir que los corazones de los ciudadanos aceptaran unánimes aquellas leyes y que cumpliendo fielmente todas sus prescripciones siguiesen los dictados de la equidad en sus relaciones sociales; y asimismo en todo lo relativo a la dirección de las guerras, a la seguridad de los caminos, a la guarda de los bienes y a la defensa de la fama y el honor de los ciudadanos, en todo esto procedieron dichos pueblos de un modo tan perfecto, que ninguna persona inteligente tendría nada que reprochar en esas sus leyes políticas, si los fundamentos en que se basan hubieran sido sólidos y sus orígenes sanos. Pero al observar una tan buena conducta social y política, fundada en tan viciosos principios, obraban como aquel que decorase lujosamente una inmunda letrina o edificase sobre un cadáver un elevado alcázar.

Mas aunque el asno se vista de seda,
las gentes dicen: ¡Oh, qué burro!

Recogí, pues, las noticias que aquellas historias contienen, referentes a rasgos ejemplares, especialmente de príncipes que rigieron naciones y de hombres entendidos en la gobernación de los estados, habiéndolas encontrado sobre todo en las historias de los seis pueblos siguientes: árabe, persa, griego, indio, sindo y sindoindio.

Con respecto a la China, son muy pocas las noticias que acerca del modo de conducirse sus reyes y sabios para la gobernación del estado han llegado a tierra de los árabes, por lo apartado de aquel país y la gran distancia que hay que recorrer para llegar hasta allí.

Fuera de éstos, los demás pueblos no han sido gen-

tes de cultura elevada, ni de grandes talentos, ni de penetrantes inteligencias; así, la sabiduría práctica que de ellos procede ha sido muy escasa.

Las máximas elocuentes, los ejemplos de bellas acciones, las frases graciosas, las agudezas amables, las ocurrencias felices y nobles rasgos que en sus libros he recogido, las he engarzado con las noticias que se me han referido y recuerdo acerca de las vidas de los profetas, ejemplos de los santos, geniales frases de los sabios, sentencias de los filosófos, hechos notables de los califas, y con todo cuanto encierra el excelso Alcorán que es mar de ciencia, manantial de sabiduría, mina de leyes y vivero de perlas escondidas: cuando es conciso, sus ideas son relámpagos que guían y misteriosas alusiones; cuando es difuso, sus palabras son elocuentes y sus versículos prodigios milagrosos: él es el guía que nos aparta del extravío y el compendio en que se cifran las virtudes de este mundo y las excelencias de la vida futura.

He organizado todos estos materiales, presentándolos en una disposición amena y dando a las ideas interpretaciones exactas, que reproducen fielmente los pensamientos y conservan todo el profundo saber que los originales encierran. Penetran por los oídos sin pedir licencia y se introducen en el alma, sin necesidad de reflexión, porque las expresiones de que me valgo son el molde exacto de los pensamientos y no llegan las palabras al oído más rápidamente que las ideas al corazón.

Ha resultado así organizado el libro en tal forma que es el desiderátum a que se puede aspirar en su género.

¡Loado sea Dios que me ha otorgado su gracia y su ayuda para lograrlo!, admirable en sus partes y circunstancias, de poco peso y mucha utilidad. Antes de él, no

escribieron las plumas de los sabios nada semejante, ni los entendimientos más eximios concibieron un plan tan ordenado como el suyo, ni las bibliotecas de príncipes y magnates atesoran algo que le iguale. No ha escuchado su lectura rey alguno, que no haya pedido que para él lo copien, ni ministro que no lo haya tomado como guía, ni magnate que no lo haya encontrado excelente y que, antes de conciliar el sueño, no haya meditado sobre sus enseñanzas. Es un preservativo contra el error y el pecado, para los reyes y príncipes que practiquen sus recomendaciones; para los gobernadores y personas investidas de autoridad, que con él se defienden, es un escudo; para las gentes cultas y educadas que hacen gala de la sabiduría que en él se contiene, un ornato, y un signo de distinción para quienes en sus conversaciones y tertulias se ocupan de las materias que en él se explican.

Le he puesto por título *Lámpara de los príncipes*.

Aprendiendo sus lecciones, no necesita el sabio consultar a otros sabios, ni el rey pedir parecer a sus ministros. Porque habéis de saber (¡Dios os ayude con su gracia!) que de todas las personas a quienes las máximas morales van dirigidas, a quienes los consejos sinceros se dan y a quienes las ciencias se enseñan, ninguna hay que tanto las necesite como aquellos a quienes el Señor ha otorgado el poder político, porque sus decisiones son de gran trascendencia para el pueblo y sus palabras tienen para él enorme alcance.

Por eso, al fijar mis miradas en el ilustre Almamún Abuabdala, Mohámed el Omeya [1], corona del califato,

[1] Abuabdala Mohámed, hijo de Mojtar, hijo de Bábec, el Bataihí,

gloria del islam, orgullo del género humano, sostén de la religión y favorito del Príncipe de los Creyentes (¡otórguele Dios su constante ayuda para honra de la fe; extienda a través del universo entero su justo imperio; infunda en todas las gentes la gratitud que le es debida, y disponga las cosas de modo que su sola protección les valga contra todo temor y daño!), y al ver que Dios se ha dignado honrar con él a los musulmanes y que sobre ellos se extiende su mano generosa, y que por doquiera se promulgan sus palabras en beneficio de los vasallos, y que nobles y plebeyos reconocen la prosperidad y bendición de su gobierno, y que con el mayor celo se ocupa en los negocios de sus súbditos para despacharlos de la manera más recta, procurando en todo acertar, anhelando siempre recompensar y buscando los caminos de la justicia y los senderos de la equidad y la benevolencia, sentí por todo ello el deseo de dedicarle personalmente esta obra, esperando a la vez alcanzar con ella la misericordia de Dios en aquel día en que cada alma se ha de encontrar con el bien o el mal que haya hecho, aunque entonces desearía hallarse bien lejos de los males que ha cometido.

Loemos, pues, sus virtudes y excelencias, mientras los siglos perduren, y como dijo el poeta:

«Cada cual hace sus dádivas con arreglo a sus medios;
yo, por tanto, hago las mías según mis fuerzas alcanzan.
Otros dan cosas perecederas y yo doy algo que hace
vivir más allá de los días y de los siglos.»

apellidado Almamún, fué elegido visir, por los emires de Egipto, a la muerte del visir Alafdal Xahanxa, y fué condenado a la pena capital por el *fatimí* Jalid Alaamir, en 519 de la hégira (1125 de J. C.) Cfr. *Ibn-Khallikan's Biographical Dictionary*, trad. de Slane, II, 427 y 666.

Porque la ciencia es una defensa para reyes y príncipes, una fortaleza para sultanes y ministros, puesto que les impide cometer injusticias, los mueve a la clemencia, los aparta de la inclinación al mal y los impulsa a la benevolencia con los vasallos.

Es, pues, deber de los príncipes reconocer los derechos de la ciencia, honrar a los que la poseen y penetrar los designios de los que la profesan [1].

[1] Sigue la enumeración de los títulos de los capítulos, que no traduzco por ser la repetición exacta del índice que va al final del libro.

CAPÍTULO PRIMERO

De las amonestaciones a los reyes.

Vive en la indigencia aquel que no ha recibido del Señor otro don que los bienes mundanos.

SABE, ¡oh hombre! — y todos nosotros somos este hombre — que, aun cuando los reyes se hallen adornados de inteligencias muy capaces, como han de atender a multitud de asuntos, necesitan recibir amonestaciones que penetren su entendimiento y lleguen al fondo de su corazón, para que así se alce el manto que cubre a sus almas, se descorran los velos que las envuelven y los cerrojos que las aprisionan, y queden bien pulidas de la herrumbre y el moho que empaña su claridad.

Dice el Señor: "Los bienes que el mundo proporciona, son cosa mezquina„ [1].

Estima, pues, el Señor todo cuanto el mundo encierra como una insignificante cantidad de bienes perecederos, y tú sabes muy bien que de esta pequeña cantidad no lograrás sino una porción escasísima, y, aun suponiendo que al disfrutar esa pequeñez no llegues a pecar

[1] Alcorán, IV, 79.

contra Dios, tal disfrute sólo te habrá servido de frívolo pasatiempo y vana distracción, porque ya dice el Señor que "la vida del mundo es solamente un entretenimiento y un juego„ [1], y añade: "Y la otra vida es la verdadera vida. ¡Si ellos comprendieran!.....„

Por lo tanto, tú, ser inteligente, no vayas tras una pequeña diversión que pronto se acaba, desentendiéndote para ello de la vida eterna, una vida que no se extingue y una juventud que no se agosta.

Refiriéndose a este asunto, hace Alfodail la siguiente reflexión: "Si este mundo fuese oro perecedero y la otra vida barro eterno, forzosamente habríamos de preferir el barro eterno al oro efímero; ¿cómo es, pues, que damos la preferencia al barro efímero sobre el oro eterno?„

Considera en tu fuero interno lo que harías si el Señor te otorgase en la tierra tantos bienes como otorgó a Salomón, hijo de David [2], cuando le concedió el señorío sobre el mundo entero, sobre los hombres, los genios y los pájaros y sobre el viento, el cual, por mandato de Salomón, enviaba un suave soplo en la dirección que él le indicaba, y aun añadió a esto algo de más importancia, cuando le indicó al tiempo de otorgárselo: "Estos son dones nuestros; haz favores con ellos o rehúsalos, pues de nada has de dar cuenta„ [3].

Ahora bien, él no lo estimó como una fortuna, cual vosotros lo habríais estimado, ni pensó que era para su

[1] Alc., XLVII, 38 y LVII, 19.

[2] Por considerarlas innecesarias y fatigosas además, a causa de su frecuente repetición, no serán traducidas las fórmulas que, como muestra de respeto y veneración, añaden los musulmanes a los nombres de Dios, de los profetas, personas fallecidas, etc.

[3] Alc., XXXVIII, 38.

engrandecimiento y realce de su dignidad; antes al contrario, en presencia de todo aquello, sólo se le ocurrió exclamar: "Esto es un acto de generosidad del Señor, para probar si soy agradecido o ingrato„ [1].

Argumento decisivo éste, para cualquiera que medite sobre lo que debería hacer si el Señor le dijera, al ofrecerle sus mercedes: "Estos son nuestros dones; distribúyelos o rehúsalos, pues no has de dar cuenta de ellos.„

Temía, pues, Salomón que aquello fuese para inducirlo a pecar, porque sabía que El ha dicho, refiriéndose a ti y a todas las criaturas: "¡Por tu Señor!, que pediremos cuentas a todos en general de lo que han hecho„ [2]. Y añade: "..... y aunque sean equivalentes al peso de un grano de mostaza sus buenas o sus malas obras, basta que hayamos establecido esta cuenta„ [3].

Graba profundamente en tu entendimiento estas palabras del Profeta: "Si el mundo significara en la estimación de Dios siquiera lo que el ala de un mosquito, ninguno de sus enemigos habría alcanzado de El ni aun un sorbo de agua.„

Dispón tu oído para escuchar estas palabras que reveló el Señor a Mahoma, por conducto de Gabriel:

"¡Oh, Mahoma! El Señor te dice: Vive cuanto quieras, pero al fin has de morir; ama a quien quieras, pero habrás de separarte de él; condúcete como quieras, pero, según procedas, así serás correspondido.„ Y ahora, observa tú el modo como en ellas se habla del límite forzoso de la vida, de la separación de los seres amados y de la recompensa de las acciones.

1 Alc., XXVII, 40.
2 Id., XV, 92 y 93.
3 Id., XXI, 48.

Si no hubiesen descendido otras palabras desde el cielo, ellas por sí solas serían suficientes.

Considera atentamente el siguiente suceso ocurrido al Profeta:

Refiere Alhosáin, que pasó aquél por cierto paraje donde vivieron unas gentes que a la sazón habían trasladado a otro punto su residencia, y vió una pequeña gacela muerta, allí tirada.

— ¿Habéis visto — preguntó — el poco aprecio que esto ha merecido a sus dueños?

— Tan poco — respondieron — que lo han tirado.

— Pues ¡por Aquél en cuyas manos está mi alma!, no es el mundo menos despreciable para Dios, que esto lo ha sido para quienes lo poseían.

Presentó, pues, el mundo como cosa de la que el Señor hace menos aprecio que de la carne putrefacta y tirada.

Refiere Abuhoraira que le dijo el Profeta:

— ¿Quieres que te muestre el mundo entero, con todo lo que hay en él?

— Sí — respondí.

Me cogió de la mano y me condujo a uno de los valles de Medina, en el cual había un muladar lleno de calaveras, excrementos, harapos y huesos de animales.

A la vista de todo aquello, exclamó:

— Estas cabezas han abrigado la ambición de los bienes terrenos, como vosotros la abrigáis y, han estado llenas de ilusiones, lo mismo que las que en vosotros alientan; mas hoy se encuentran despojadas hasta de la piel,

no queda de ellas más que el hueso, y acabarán por convertirse en ceniza de cenizas. Estos excrementos son el residuo de sus diferentes especies de manjares. Los adquieren como los adquieren, y los echan en sus vientres, y luego vienen a parar a un estado tal, que repugna a las gentes el contemplarlos. Estos andrajos destrozados han sido sus galas y vestiduras, las cuales se han convertido en juguete del viento; y esos huesos son los de sus cabalgaduras, sobre las que recorrían el país de parte a parte. Amargo llanto debe, pues, hacer derramar la consideración del destino que aguarda a las cosas de este mundo.

Y nos marchamos de aquel lugar llorando con profunda pena.

Cuenta Benomar que lo cogió el Profeta de la mano y le dijo:

— ¡Siervo de Dios! Permanece en el mundo como si en él fueses un extranjero o un transeunte, y hazte cuenta de que ya estás entre los muertos.

Tú, ser humano, que no sabes cuándo sobrevendrá tu fin, no debes vivir descuidado, confiando en que aún tardará en llegar, porque esto fomenta la impiedad en el corazón y es causa de que se cometan actos reprobables. De este medio se valió el Señor para hacer incurrir en el pecado a ciertos pueblos, esto es, concediéndoles largo plazo de vida, y ellos dieron entrada a la impiedad en sus corazones, influídos por la esperanza de un plazo aún más amplio.

El Señor dice: "¿Aún no ha llegado para los fieles el momento de humillar sus corazones ante las advertencias de Dios y ante el Libro de la verdad que Él ha enviado? Que no sean como aquellos que anteriormente habían

recibido libros sagrados, y cuyos corazones se endurecieron con el tiempo, acabando muchos de éstos por hacerse unos malvados„ [1].

Creíste en los días felices que todo serían dichas,
y no temiste las contrariedades que el destino tiene reservadas.
Brindáronte las noches su sosiego y viviste confiado;
mas también en la tranquilidad de la noche sobreviene el infortunio.

Deposita en tus oídos, y haz que tu entendimiento medite estas mis palabras:

Si no sabes cuándo te ha de llegar la muerte, sabe
con certeza que nos has de durar hasta que el mundo se acabe.

[7] ¡Hijo de Adán! ¿Dónde está Adán, padre de los primeros hombres y de los últimos? ¿Dónde Noé, el jefe de los profetas; Edrís, a quien el Señor hizo ascender por encima del mundo; Abraham, el amigo del Misericordioso; Moisés, el escogido por Dios de entre sus apóstoles y profetas para conversar con él, y Jesús, Espíritu y Verbo de Dios, el primero de los ascetas y el principal de cuantos han consagrado su vida al ejercicio de la piedad? ¿Dónde Mahoma, el que completó la misión de los profetas que le precedieron, el amado del Señor de los mundos y señor él de quienes le precedieron y le seguirán? ¿Dónde sus Compañeros, los hombres piadosos, elegidos de Dios?

¿Que se ha hecho de las naciones que se extinguieron, de los reyes que perecieron, y las generaciones desaparecidas? ¿Dónde están aquellos sobre cuyas frentes se posaron las coronas; los que se ufanaron de poseer nume-

[1] Alc., LVII, 15.

rosos ejércitos y gran poderío? ¿Dónde los que poseyeron fuerza arrolladora y extensos dominios; aquellos sobre cuyas cabezas ondearon estandartes y banderas, y los que acaudillaron tropas y ejércitos? ¿Dónde los que edificaron alcázares y ciudades; los que triunfaron en los campos de batalla; los que sojuzgaron el Oriente y el Occidente?

¿Qué ha sido de los que ampliamente gozaron de lo necesario y lo superfluo; de los que sobrepujaron a los demás hombres en orgullo y soberbia; de los que en las ciudades se divertían día y noche; de los que difrutaron el regalo y el lujo de los vestidos, de los muebles y perfumes? ¿Dónde están los que reinaron con honor y gloria sobre cuanto abarcan el Oriente y el Occidente; los que tapizaron sus palacios con ricas y costosas telas; aquellos ante quienes hasta la tierra se humillaba temblando de terror? ¿Dónde los que oprimían a los vasallos con violencias y castigos?

¿Has visto, por ventura, ni a uno solo de ellos, o has escuchado el eco más tenue de su voz?

Los aniquiló, ¡vive Dios!, el que destruye los pueblos, y los deshizo el que acaba hasta con los restos de los huesos. Los arrancó de la holgura de los alcázares y los recluyó en la angostura de las tumbas, bajo losas y piedras, y han llegado a un estado tal, que de ellos sólo queda ya visible el lugar donde fueron enterrados.

Consumidos fueron sus cuerpos por los gusanos, que sus vientres tomaron como albergue. Derramóse el contenido de sus ojos sobre las mejillas, quedando las cuencas llenas de gusanos; desprendiéronse los miembros, se desgarró la piel, se consumió la carne, hiciéronse trizas las vísceras.

Para nada les sirven ya las riquezas que acumularon, ni de nada les aprovecha ninguna de las cosas que poseyeron.

Se alejarán de ti las personas queridas y los compañeros; te abandonarán hermanos y amigos; te olvidarán propios y extraños y te verás en una situación tal, que si pudieras hablar, recitarías en verdad estas estrofas que compusimos acerca de los que yacen en la tierra húmeda, presa del polvo y la podredumbre:

«Me hallo en el monte Hachún [1], prisionero en una tumba,
mientras mis familiares discurren por todos lados,
Como si yo no hubiese sido amado por ellos,
ni los seres amados estuviesen en el fondo de los corazones.
Inclinaos sobre mi tumba para orar por mí, y si no os fuera posible,
enviad al ausente los perfumados efluvios de la oración.
Si alguna vez en vuestra vida sintiérais afecto hacia otro ser querido,
no dejéis por ello de acordaros del amor que entre nosotros existió.
Esto es lo menos que has de hacer por una persona
amada, sin cesar de practicarlo hasta el día del juicio.
Si yo me encontrara en vuestra situación,
regaría el polvo de la tumba con sangre extraída de mis entrañas.»

Dice Mocárem, hijo de Yúsuf el Asceta, que el Señor ordenó lo siguiente a un profeta de Israel:

—Visita ciudades y castillos y trasmite, de mi parte, estos dos preceptos a los habitantes de las mismas: "No comáis más que cosas bien sazonadas, y no habléis más que para decir la verdad."

Se presentó Yazid el Racaxí a Omar, hijo de Abdelaziz, y éste le pidió que le hiciera algunas exhortaciones piadosas.

1 Monte en las inmediaciones de la Meca, en el cual hay un cementerio. (*Tacholarús*, IX, 171.)

Habló así Yazid:

— Sabe, oh Príncipe de los Creyentes, que también tú, cabeza y califa de los musulmanes, morirás.

Echóse Omar a llorar y dijo a Yazid que continuara.

Este prosiguió:

— Entre ti y Adán no hay más diferencia que ésta: un padre muerto [1].

Reanudó Omar su llanto y volvió a ordenarle que continuara.

Siguió diciendo:

— Príncipe de los Creyentes. Entre el paraíso y el infierno no hay mansión alguna.

Y cayó Omar desvanecido.

No dejes, pues, oh hombre, de meditar constantemente sobre estas verdades cuya certeza es evidente: lo espantoso del trance de la muerte; la breve duración de las alegrías; la fugacidad del placer; el pronto fin de los goces que proporciona la satisfacción de los apetitos; la eterna duración de sus malas consecuencins y de los sufrimientos que a cambio de tales goces se padecen.

Reflexiona en que solamente estima al mundo como su propia morada, el que no tiene otra morada; y solamente hace aprecio de sus riquezas, el que no ha de poseer otras; sólo atesora bienes para este mundo el que no tiene entendimiento; ni se atrae enemistades por causa suya, sino quien carece de sabiduría; ni padece envidia por los bienes terrenos, más que aquel que está desprovisto de buen discurso.

1 Porque Adán no tuvo padre mortal.

Por causa de estos bienes enferma el que está sano, y el fuerte se vuelve decrépito; el pobre padece tristeza, y el rico incurre en el pecado.

De los que lícitamente se gozan, ha de darse estrecha cuenta; por gozar de los vedados se atraen los castigos eternos; y de aquellos cuya licitud es dudosa, se derivan funestas consecuencias.

A quien corre tras ellos, se le escapan; al que no se ocupa de buscarlos, le acuden; al que a ellos dirige sus miradas, lo ciegan, y a quien los mira tal como son, se le dejan ver. Ni el bien que proporcionan es duradero, ni el mal que causan persiste, ni son cosa permanente para criatura alguna.

No vivas, hombre mortal, engañado, como vivieron tus antecesores, porque la hacienda de que disfrutas no ha llegado hasta ti, sino por haber muerto quien la poseyó antes que tú, y saldrá de tu poder por idéntico motivo que hasta ti ha llegado. Si los bienes terrenos hubiesen de permanecer siempre en poder del sabio, por ejemplo, nada de ellos alcanzaría al ignorante, y si siempre se hubiesen conservado en manos del primer poseedor, no habrían llegado a quien últimamente los posee.

Aunque el mundo entero fuese de oro y plata y te concedieran el califato y viniesen a parar a ti todos los tesoros conocidos y cuantos la tierra guarda en sus entrañas, si con todo esto habías de ser presa de [8] la muerte, no deberías considerarte dichoso por ello, porque no hay grandeza alguna en lo que tiene un término, ni es riqueza lo que no dura siempre. Pues, ¿acaso no es el mundo, como dijo el antiguo, "una olla hirviente y una letrina rebosante„?

O como dijo el poeta:

«Pedí a la casa noticias de sus antiguos moradores y
se sonrió con extrañeza, sin contestar.
Hasta que al pasar junto a la letrina, me dijo ésta:
Sus riquezas y cuanto poseyeron, aquí las tengo.»

Con gran acierto se expresó Benasamac, en una ocasión en que Harún Arraxid le pidió que le expusiera algunas consideraciones piadosas. Tenía Arraxid un vaso de agua en la mano, y le preguntó Benasamac:

— ¿No crees, Príncipe de los Creyentes, que si te vieras privado de esto que te vas a beber, darías tu reino por conseguirlo?

— Efectivamente — respondió.

— Y si te encontraras con que después no podías expulsarlo, ¿no darías también tu reino a cambio de poderlo expulsar?

— Sí, lo daría — contestó.

— Pues entonces — replicó Benasamac — ningún mérito tiene un reino que vale menos que un sorbo de agua y una expulsión de orina.

No confíes, joven, en tu temprana edad, porque los jóvenes son los que mueren en mayor número, como lo prueba el que lo que menos abunda son los viejos. Cuántos camellos han sido asados en el horno y sus padres aún están paciendo; y cuántos niños están ya enterrados, viviendo todavía sus abuelos.

Pidió Alí, hijo de Abutálib, a un obispo convertido al islam, que le hiciera algunas reflexiones encaminadas a despertar el fervor en su corazón, y le habló así el obispo:

— Príncipe de los Creyentes, si el Señor está contra ti, ¿a quién recurrirás?

— Dices bien; continúa.

— Y si está contigo, ¿a quién temerás?

— Está bien, prosigue — contestó Alí.

— ¿No crees — añadió el obispo — que, al perdonar Dios a los pecadores, hace con ellos tanto como al recompensar a los buenos?

— ¡Basta! ¡Basta! — exclamó Alí, y estuvo llorando por espacio de cuarenta mañanas.

Refiere Alhasán que se acercó Saásaa, el tío de Farazdac, al Profeta, a tiempo que lo oyó recitar estos versículos:

"El que haga de bien el peso de un átomo, él se lo verá, y el que haga de mal otro tanto, también se lo verá„ [1], y exclamó:

— Con esto me basta. No me importa si ya no oigo ningún otro versículo.

Rogó Suleimán, hijo de Abdelmélic, a Hámid el Tauil, que le hiciera reflexiones piadosas, y le habló así:

— Si cuando realizas un acto de rebeldía contra Dios, crees que El te está viendo, eres demasiado atrevido contra un Señor tan poderoso; y si piensas que no te ve, es que no crees en tan gran Señor.

Escribió Alí, hijo de Alhosáin, a Salmán: "Se parecen los bienes del mundo a la serpiente ponzoñosa, en que son agradables al tacto y matan con su veneno. Aléjate, por lo tanto, de ellos y de los atractivos con que te brindan, porque es muy exigua la porción que de ellos

1 Alc., XCIX, 7, 8.

has de disfrutar, y desecha las preocupaciones que a causa de ellos padeces, por la seguridad que tienes de que has de abandonarlos. Cuando te halles disfrutándolos más a placer, es cuando has de estar más prevenido contra ellos, pues siempre que el que los posee se dispone a gozarlos tranquilamente, es cuando sobrevienen los contratiempos.„

Dice Abulatahiya:

«Este mundo es la mansión del dolor y la incomodidad
de la destrucción y las mudanzas.
Aunque llegaras a poseerlo todo entero,
te habrías hecho acreedor al vituperio, sin que por ello te resolvieran la [menor contrariedad.
¿Quién cifra sus ilusiones en gozar larga vida,
si esta vida no es más que un dolor continuado?
Cuando llegas a viejo y la juventud ya está remota,
llevas una vida, la vida de la vejez, en la que no hay bien alguno.»

Cuando el autor de estos versos había logrado satisfacer su anhelo de riquezas, llegando a poseerlas en cantidad que sobrepasaba el límite a que su alma pudo aspirar y en su imaginación se había forjado, renunció a todo, exclamando:

— Esto sería un goce, si no fuera cosa puramente ilusoria; una dicha, si no fuese, como es, nada; una fortuna, si no fuese perecedero; una riqueza, si no se destruyera; algo digno de estima, si no fuese vituperable; cosa digna de encomio, si no estuviese expuesta a perderse; una opulencia, si no fuese una muerte; motivo de encumbramiento, si no fuese una humillación; realce de la dignidad, si no fuese una perdición; una cosa buena, si no fuese causa de pesares; sería, en fin, un día, si estuviésemos seguros de que había de tener un mañana.

No seas, ¡oh hombre!, como el cedazo, que arroja de sí lo mejor de su contenido, quedándose con los desperdicios; y sábete que aquel cuyo corazón se endurece, no reconoce la verdad, a causa del gran número de faltas que comete. Dice el Alcorán:

"Ordenamos que den al muerto con uno de los miembros de la vaca; así es como Dios resucita los muertos y hace brillar a vuestros ojos los milagros; tal vez así acabéis de comprender. Después se han endurecido vuestros corazones, poniéndose como la piedra o aún más duros„ [1].

Y es que la multitud de los pecados impide que la verdad llegue a los corazones y penetren en ellos las exhortaciones al bien; y esto es así, porque según aquel texto del Alcorán: "..... de ningún modo, sino que por el contrario, las malas obras que hicieron han echado un velo sobre sus corazones„ [2], los muchos pecados los cubren y envuelven de tal modo, que ningún bien admiten ni en ellos se advierte inclinación a recibir las exhortaciones piadosas. Los comentaristas del Alcorán explican este hecho del siguiente modo: Cuando el siervo de Dios comete una falta, se marca en su corazón un punto negro; al volver a pecar, se marca otro nuevo punto, y así sucesivamente, hasta que el corazón se ennegrece por completo.

Dice Hodsaifa que, al cometer el hombre un pecado,

1 Alc., II, 68, 69. Alude aquí al siguiente prodigio realizado por el Señor, según refiere la tradición musulmana. Se cometió un asesinato, y, como no fuera posible descubrir al autor del hecho, mandó Moisés, por orden del Señor, que degollaran una vaca, en la que concurrían determinados requisitos, y que tocaran con uno de sus huesos el cadáver de la víctima. Este se levantó, declaró el nombre del culpable y volvió a morir nuevamente.

2 Alc., LXXXIII, 14.

le pasa al corazón algo así como si se encogiera y quedara doblado sobre la palma de la mano uno de sus dedos; y al volver a pecar, pasase lo mismo con otro dedo; y así con el tercero y el cuarto, hasta quedar todos doblados sobre la palma; y hallándose la mano en esta disposición, imprimiera sobre ella un sello el Señor. Esto es lo que quiere decir *echar un velo*.

Según explica Béquer, hijo de Abdala, "cuando el hombre comete un pecado, siente en su corazón a modo de la punzada de una aguja, y si esto se repite varias veces, queda el corazón lo mismo que una criba„.

Alhasán, dice: "El amontonar unos sobre otros los pecados es la muerte del corazón.„

Añade Abenxoborma: "Así como al vientre enfermo no le sientan bien los manjares, cuando [9]. el corazón está dominado por el ansia de los bienes terrenos, tampoco le aprovechan de nada las exhortaciones al bien.„

Sobre el mismo tema, compuso alguien estos versos:

«Veo que la meditación no deja huellas en mi espíritu,
y en cambio la cuerda hace mella en la dura roca.
Cuando el corazón se endurece, no le aprovechan las advertencias;
lo mismo que a la tierra salitrosa para nada le sirve la lluvia.»

Cuentan que pasó Abulatahiya por la tienda de un librero y vió en ella un libro donde se leía el siguiente verso:

«No se apartan las almas del camino de su perdición,
hasta que alguien les reprocha que por él caminen.»

— ¿De quién es esto? — preguntó.

— De Abunuas — le respondieron.

— Pues — replicó — me gustaría que fuese mío, aunque hubiese de dar en cambio la mitad de mis versos.

Refiere el Asmaí que Anomán (o sea Imrulcáis el Acbar, el que edificó el Jauarnac) subió un día al Jauarnac y, sintiéndose orgulloso de haber alcanzado tan gran poderío, tanta opulencia, una autoridad tan respetada y tantos honores, preguntó a los que le acompañaban:

—¿Habrá alguien, acaso, a quien la Divinidad haya concedido tanto como a mí?

Y le contestó uno de los sabios que le acompañaban:

— Pero esto que tienes, ¿es una cosa que jamás dejó de existir y que nunca cesará, o es, por el contrario, algo que perteneció a otros antes que a ti, y que luego dejó de ser de ellos y vino a ser tuyo?

— Así es — respondió —; perteneció a otros antes que a mí; dejó de ser de ellos, y ha venido a mi poder, para dejar después de pertenecerme.

Repuso el sabio:

— ¿Y te hallas complacido con unas cosas cuyos goces dejarás de disfrutar y cuyas funestas consecuencias habrás de soportar siempre?

—¿Y cuál es el modo de evitar estas consecuencias? — preguntó.

— Pues — contestó — mantenerte, en todo cuanto hagas, dentro de la obediencia al Señor, o vestirte un cilicio y retirarte a un monte, para consagrarte allí al servicio de Dios, apartado de las gentes, hasta que llegue el fin de tu vida.

—Y cuando ocurra esto, ¿qué es lo que conseguiré? — volvió a preguntar.

— Una vida, para la que no hay muerte; una juventud sin vejez; una salud, contra la que no hay enfermedad; y un reinado siempre nuevo, que jamás se extinguirá.

— Pues entonces — exclamó —, ¿qué bien hay en las cosas perecederas? ¡Vive Dios, que buscaré una vida que nunca acaba y un reinado siempre nuevo!

Y renunció a sus estados, se vistió un cilicio y se dedicó a peregrinar por la tierra en compañía de aquel sabio, consagrándose ambos a servir a Dios, hasta que murieron.

A propósito de este hecho, compuso Adí, hijo de Zaide, los versos siguientes:

«Con gran lucidez discurrió el Señor de Jauarnac, un día
(pues siempre hay meditaciones de las que resulta el acierto)
En que se hallaba lleno de satisfacción por las cuantiosas riquezas que [poseía
y lo inmenso de sus dominios, y recreándose con la vista del mar y su [palacio del Sedir.
Mas su corazón volvió de pronto sobre sí, y se dijo:
«¿Qué felicidad existe para el ser vivo, cuyo fin es la muerte?
¿Dónde están los reyes de Persia
Anuxiruán y su antecesor Sabur?
¡De los Banu Alásfar, los ilustres soberanos
griegos, no queda mención!»
Y sin asustarle la incertidumbre del porvenir,
renunció al poder real y abandonó la corte.»

A su familia [la de Imrulcáis el Acbar], se refieren estos versos de Alásuad, hijo de Yáafar:

«He comprendido lo que te proponías al decirme
que todos los caminos de la vida tornan hacia un mismo punto.
¿Cómo había de suponerse viendo a la familia de Móhric,
que abandonarían sus mansiones y que, después de haber poseído
La tierra del Jauarnac, el Sedir y Barac
y la fortaleza almenada de Sindad,
Fuesen a morar en unas fosas, sobre las cuales corren
las aguas del Eufrates, que descienden de las alturas.
Que abandonarían una tierra, que tanto amaban por lo grato de su estancia [en ella
Caab, hijo de Málic y Benomduad.
Por el solar donde sus casas se alzaban corre el viento libremente,
y todos ellos han venido a reunirse en un mismo punto, como si en él [se hubiesen dado previamente cita.

Veo, pues, que a los bienes de este mundo y a los goces que proporcionan,
siempre les llega un día en que se destruyen y aniquilan.»

Cuenta Uahb, hijo de Moṇábih, que hallaron en Gamdán (castillo que perteneció a Saif, hijo de Duyazan, el cual fué un rey muy ilustre, en las inmediaciones de Sánaa en el Yemen), una inscripción en caracteres indios. Traducida al árabe, resultó que contenía en magníficas estrofas estos preciosos avisos:

«Pernoctaron en las cimas de los montes que los defendían
de los ataques de los hombres; mas de nada les sirvieron las alturas:
Tras una época de esplendor, descendieron de sus fortalezas
y hoy habitan en un hoyo. (¡Cuán desagradable es el lugar
[a donde descendieron!)
Porque una voz allá los llamó. Mas después que fueron enterrados,
¿dónde están los tronos, las coronas y los mantos?
¿Dónde aquellos rostros ante los que no se llegaba sino después
[de alzarse cortinas y antepuertas?
Al preguntar por ellos, claramente manifiestan las sepulturas
que aquellos rostros están llenos de gusanos que entre sí pelean.
Por largo tiempo comieron y bebieron;
mas después que comieron, han acabado por ser ellos comidos.»

Refiere mi maestro, que leyeron ante el cadí Abulgualid el Bechí, oyéndolos él, estos versos de un poeta:

«¡Oh desdichada grandeza! ¡Qué situación es la mía!
¡Por Alá! ¡Cómo me has alucinado! ¡En qué estado me hallo!
Es la muerte cosa indudable. Un aviso me informa
de que próximos a mí se hallan mi sepulcro y mi sudario.
He poseído riquezas, mas ¡juro por Aquél que
me concedió los medios de vida y me enriqueció!,
Que, al recrearse mis ojos con todo ello, ni por un momento
he dejado de reflexionar, y me ha afligido
La certeza de que he de acabar en podredumbre,
he de perder a mi familia y a los que me rodean,
Y he de abandonar mis bienes, tal cual ellos son
(como botín que a Satanás se entrega),
En manos de la esposa de mi hijo o del marido de mi hija.
¡Oh, qué perdición y qué ruina!

Disfrutarán de mis riquezas y aún me motejarán de miserable
unos advenedizos que me aborrecían.
Si de ellas hacen buen uso, para ellos solos será la recompensa,
sin que su peso incline en mi favor la balanza.»

Ha habido hijos de reyes que comprendieron perfectamente y vieron con toda claridad lo que hay de reprobable en los bienes del mundo y cómo perecen, se desvanecen y se pierden las cosas que hay en él. Fué uno de ellos Ibrahim, hijo de Ádham, hijo de Mansur, descendiente de los reyes del Jorasán, de la región de Balj, el cual se retiró del mundo, renunciando a ochenta tronos.

De él refiere Ibrahim, hijo de Baxar, que le preguntó en una ocasión:

—¿Cuál fué el motivo que te impulsó a elegir el estado en que ahora vives?

Y contestó:

— Otras cosas te importan más que esto.

Volví a insistir, diciéndole:

— ¡Así Dios tenga misericordia de ti! Es por si al Señor place que algún día me aproveche eso que te pregunto.

Y le pregunté por segunda vez.

— Cuídate de servir a Dios — fué su respuesta.

Repetí por tercera vez la pregunta, diciéndole nuevamente:

— Si accedieses a contármelo, puede ser que el Señor lo hiciera servir para edificación mía.

Entonces dijo así:

— Fué mi padre un poderoso rey de Jorasán. Yo tenía gran afición a la caza y, en cierta ocasión en que iba a caballo, seguido de mi perro, persiguiendo una

liebre, o zorra, empezó a inquietarse el caballo, y oí detrás de mí una voz que gritaba:

— ¡Ibrahim! No has sido criado para esto ni es esto en io que el Señor te ha mandado que te ocupes.

Me detuve; miré a derecha e izquierda y, como no viese a nadie, dije entre mí:

— ¡Que Dios maldiga a Satanás!

Volvió el caballo a ponerse intranquilo y oí gritar con voz más fuerte que la primera:

— ¡Ibrahim! No has sido criado para esto ni es esto en lo que el Señor ha ordenado que te ocupes.

Me detuve horripilado y miré a todas partes, mas no vi nada, y exclamé:

— ¡Maldiga Dios al diablo!

Agitóse otra vez el caballo, y oí decir, en el mismo arzón de la silla:

— ¡Ibrahim! No has sido criado para esto, ni es esto en lo que el Señor te ha ordenado que te ocupes.

Me detuve, y pensé:

— ¡Basta ya! Esto es que se me ha presentado un mensajero del Señor del universo. ¡Vive Dios que mientras El me deje vivir, no he de volver a desobedecerlo, de hoy en adelante!

Me marché a mi casa, para dejar el caballo. Fuí después a donde estaba uno de los pastores de mi padre, tomé su jubón y las demás prendas de su traje, y le entregué mis vestidos.

Emprendí la marcha, subiendo y bajando tierras, hasta que llegué al Irac, donde permanecí una temporada, trabajando; pero como no encontrara ocupación a que poder dedicarme sin ofender a Dios, pregunté a un maestro de espíritu dónde hallaría lo que deseaba. Me indicó que

en Siria, y hacia ella me encaminé, a una ciudad llamada Almansuría, que es Almasisa. Trabajé en ella unos días, y tampoco encontré en qué ocuparme sin contravenir a los divinos preceptos. Consulté acerca de esto con otro maestro, y me habló de que en la ciudad de Tarsus había trabajo permitido en abundancia.

Hallándome un día entretenido en la puerta del mar, se me acercó un hombre que me ajustó para que cuidara de un huerto, y me marché con él. Hacía ya algún tiempo que me hallaba en el huerto, y un día se presentó allí un funcionario del sultán, que venía a tomar el fresco, acompañado de unos amigos. Si yo hubiese sabido que el huerto era de un criado del sultán, no me habría encargado de él.

Así que estuvo sentado con sus acompañantes me llamó y me dijo:

— Oye, guardián. Anda y tráeme las granadas más gordas que encuentres, y las más maduras.

Se las traje, cogió el criado una de ellas y, como la encontrase agria, me preguntó:

— ¿Qué es esto, guardián? ¿Llevas tanto tiempo en mi jardín comiendo frutas y granadas y no sabes cuál está dulce y cuál está agria?

— ¡Por Alá! — contesté —, que no me he comido ninguna fruta vuestra, y no sé, por tanto, cuál está dulce y cuál agria.

Y dirigiéndose a sus amigos, exclamó:

— ¿Pero no os asombráis de esto?

Luego me dijo a mí:

— Si hubieses sido Ibrahim, hijo de Ádham, no habrías hecho más.

Al día siguiente, explicó el caso a las gentes en la

mezquita, y empezó todo el mundo a acudir al huerto. Yo, al ver aquella multitud, me oculté, pero ellos penetraron en el interior, y yo me escape de allí, huyendo.

Este Ibrahim, hijo de Ádham, ganaba el sustento dedicándose a trabajos corporales, como eran: segar, guardar huertos, trabajar el barro, etc. Hallándose en cierta ocasión al cuidado de una viña, pasó por allí un soldado y le pidió un racimo.

— No me ha mandado [11] el dueño que los dé — le contestó.

Entonces empezó el otro a pegarle latigazos, e Ibrahim, bajando la cabeza, exclamó:

— Pégale a esta cabeza pecadora que ha ofendido a Dios.

Al oírlo aquel hombre se contuvo y se fué.

Contó lo siguiente Sahl, hijo de Ibrahim:

— Hallándome en compañía de Ibrahim, hijo de Ádham, caí enfermo y, cuando ya se había gastado conmigo todo el dinero que poseía, tuve deseo de algunas cosas. Vendió al punto su asno y se gastó conmigo todo su importe. Así que me restablecí, pregunté a Ibrahim dónde estaba el asno, y entonces fué cuando me enteré de que lo había vendido.

— ¿Y en qué voy a montar ahora? — le pregunté.

— En mis hombros, hermano mío —me respondió.

Y durante tres jornadas me llevó a cuestas. ¡Dios tenga misericordia de él!

«¡Oh, hombre! Los bienes que en este mundo posees son un mar
de encrespadas olas, en medio de las cuales corres grave riesgo.
Mas el medio para escapar de esos riesgos es muy llano:
no tomar sino lo indispensable para alimentarse y para vivir.»

Ha llegado a mis noticias que en la India tienen un día, en el cual salen las gentes al campo y no queda en la ciudad persona alguna, hecha de barro mortal, aunque sea un anciano cargado de años o un tierno niño. Esto tiene lugar el día en que hace cien años justos que se celebró otra ceremonia semejante.

Así que todo el mundo se halla reunido en una colina, lanza el pregonero del rey este pregón:

— Que no suba a esta piedra (una piedra que allí hay colocada) más que quien haya estado presente en la anterior asamblea, hace cien años.

Y suele acudir un anciano decrépito, ciego y sin fuerzas, cuyas energías juveniles ya se extinguieron, y alguna vieja que anda a rastras y de la cual no quedan más que vestigios de lo que fué, porque se ha consumido con los años. Suben los dos a la piedra y dice el anciano:

— Yo estuve presente en la anterior asamblea, hace cien años, siendo todavía un niño pequeño, y reinaba entonces Fulano.

Y da noticias de unos ejércitos que ya no existen y de gentes que han desaparecido. La podredumbre los ha reducido a cenizas, bajo la capa de tierra donde han ido a parar.

Se levanta después un predicador y dirige una plática a la gente, exhortándolos a reflexionar sobre la violencia con que nos atacará la muerte y la pena que entonces tendremos de haber perdido el tiempo.

Todo el mundo llora, arrepintiéndose de sus culpas; se multiplican las limosnas; cesan las persecuciones, y, durante una temporada, siguen conduciéndose todos rectamente.

Refiere Uahb, hijo de Monábih, que fué un hombre a buscar a un anacoreta para aprender de él. Pero, durante los siete primeros días, siempre lo encontraba ocupado en la oración o en la meditación, sin interrumpir sus ejercicios para nada, ni hacer caso alguno del acompañante. Por fin, el día séptimo, dirigiéndose a éste, le dijo:

— Vas a saber lo que deseas. El afán de poseer los bienes terrenos es el germen de todas las malas acciones; el desprecio de las cosas mundanas es origen de todos los buenos actos, y la ayuda divina, fuente de todo bien. Guárdate, pues, del germen de toda mala acción; desea lo que es origen de los buenos actos y pide humildemente al Señor que te conceda la fuente de todo bien.

Entonces preguntó aquel hombre:

— Pero, ¿cómo me cercioraré de que es verdad cuanto dices?

Contestó el anacoreta:

— Mi abuelo, que era un hombre muy sabio, decía que los bienes mundanos se asemejan a siete cosas, a saber: al agua salada, en que atrae engañosamente y no apaga la sed, daña y no hace provecho; a la nube de verano, en que hace concebir esperanzas y no produce beneficio alguno; a la engañosa sombra de la nube pasajera, que así que empieza a proteger contra los rayos del sol, se retira; a la flor, que en la primavera ostenta espléndido colorido y luego acaba por ponerse amarilla y secarse; a los ensueños del que durmiendo ve cosas que le causan placer, y cuando despierta no halla a su alrededor más que motivos de pesar; a la miel mezclada con letal veneno, la cual, aunque es de gusto agradable, mata. Yo me he regido por estas siete advertencias durante setenta años; después he añadido, por mi parte,

otra semejanza nueva, comparándolos con la *Gul*, que mata a quien le hace caso y deja tranquilo a quien de ella se aleja. He visto en sueños a mi abuelo, y me ha dicho:

— Hijo mío, reconozco que tú y yo somos dignos e uno del otro. ¡Por Alá!, que esos bienes son como la *Gul* que mata a quien le hace caso y deja tranquilo a quien de ella se aleja.

— Y ¿cómo se consigue sentir desprecio hacia los bienes mundanos? — preguntóle el discípulo.

— Mediante la fe viva — respondió —, y la fe viva se adquiere mediante la paciencia; ésta, a su vez, se logra con la unión mística, y ésta con la meditación.

Detúvose un momento el anacoreta y luego añadió:

— Ten muy en cuenta lo que te he dicho, y que no te vea ya en adelante sino consagrado exclusivamente a practicar la vida devota, sin hablar para nada.

Y ésta fué la última recomendación que le hizo.

El Señor hace una descripción del mundo y de las gentes que a El viven consagradas, mucho más completa que la anterior, cuando dice:

"Sabed que la vida de este mundo es sólo una distracción y un pasatiempo; es un adorno, un motivo de vanagloria entre vosotros. La abundancia de bienes y de hijos, es lo mismo que la lluvia; las plantas que con su influjo hace brotar llenan de gozo a los incrédulos; mas, bien pronto se marchitan y las ves amarillas y convertidas en briznas secas. Y al fin de todo, en el otro mundo, un terrible castigo„ [1].

[1] Alc., LVII, 19.

Compara aquí el Señor a los incrédulos con el agricultor que contempla las plantas que bajo la acción de la lluvia brotan. En efecto, cuando la sementera acaba de nacer, es una cosa verde, tierna, con la cual la tierra se reanima, después que ha estado yerta, y se muestra a la vista como lo más bello que existe. Sécase después y se pone amarilla. Es decir: crece, grana, se seca, se tuesta, quiébrase su parte superior y se le cae la espiga; luego la trillan y se convierte en pequeños fragmentos, que forman la paja machacada y recortada.

Este símil lo emplea el Señor para simbolizar los hijos de Adán. Cuando niños, a poco de nacer, y durante la infancia, es una delicia contemplarlos; constituyen el encanto de los padres y cautivan a las personas serias y graves. Después crecen, hasta convertirse en ancianos, con la cabeza caída y la espalda encorvada. Ya ha desaparecido de ellos la hermosura y la esbeltez, ya se han destruído las gracias de la juventud, ya se han marchitado las energías y los colores y el esplendor de su rostro; ya se encuentran bajo el dominio de los achaques y de las canas. Luego, cuando mueren, quedan reducidos a partículas, dentro de la sepultura, lo mismo que la paja en el fuego.

Así describe el Señor la vida del mundo, después de haberla considerado como cinco cosas reprobables, a saber: como un juego, como un pasatiempo, como un vano adorno, como un motivo de vanagloria, como un ansia de adquirir riquezas.

En los tiempos primitivos, se designaba a los bienes terrenos con el nombre del inmundo cerdo; y si hubiesen hallado otro calificativo [**12**] más repulsivo, con él los habrían denominado. También les llamaron *la fuente del olor*, entendiendo por *olor* el olor hediondo.

Contó Málic, hijo de Anas, que un rey de Israel salió a pasear un día, rodeado de gran pompa y ostentación. Por todas partes se apiñaba la multitud para contemplarlo; pero pasó frente a un hombre que estaba trabajando en una tarea en la que tenía puesta su atención, y ni se volvió hacia donde el rey estaba, ni levantó siquiera la cabeza para mirarlo.

Detúvose el rey ante él y le dijo:

— Todo el mundo me mira, menos tú.

— Es que — contestó el hombre — yo vi un rey que reinó en este lugar, lo mismo que tú. Aquel rey murió y, al mismo tiempo que él, un mendigo, al cual enterraron a su lado, el mismo día. Mientras estuvieron vivos, distinguíamos perfectamente al uno y al otro; aun después de muertos, sabíamos también cuál era la sepultura de cada uno. Mas, con el tiempo, ha ido el viento llevándose la tierra que las cubría, dejándolas abiertas; se han mezclado después los huesos del uno con los del otro, y ahora no sé cuál es el rey y cuál el mendigo. Por eso he seguido mi trabajo sin ocuparme en mirarte.

Se cuenta que, yendo David de camino por los montes, llegó a una caverna, en la cual había un cuerpo humano de gran talla y, junto a su cabeza, una piedra que tenía grabada esta inscripción: "Yo soy el rey Rostam. Reiné durante mil años; conquisté mil ciudades; derroté mil ejércitos; me desposé con mil doncellas, hijas de reyes, y luego he venido a parar a lo que ves: a tener el polvo por lecho y una piedra por almohada. Aquel que me vea, que no se deje seducir por las pompas del mundo, como a mí me sedujeron."

Refiere Uahb, hijo de Monábih, que Jesús, hijo de María, salió de viaje, en cierta ocasión, con un grupo de sus discípulos.

A la hora de medio día, pasaron junto a un sembrado cuyo grano ya estaba en sazón, y dijeron a Jesús:

— ¡Oh, profeta de Dios! Tenemos hambre.

Ordenó el Señor a Jesús que les permitiera coger de aquel grano para saciar su hambre. Dióles Jesús licencia y se extendieron por todo el sembrado, desgranando espigas y comiéndose el grano. En esto, se presenta el dueño y empieza a gritar:

— ¿Eh, vosotros!, ¡que es mi sembrado y mi tierra, porque la heredé de mi padre! ¿Con qué permiso os lo estáis comiendo?

Entonces, a petición de Jesús, resucitó el Señor a todos los que habían sido dueños de aquella tierra, desde los tiempos de Adán hasta entonces, y he aquí que, casi junto a cada espiga, había un hombre o una mujer, todos gritando:

— ¡Mi sembrado y mi tierra, que heredé de mis padres!

Aquel hombre quedó espantado de verlos. Habían llegado hasta él noticias de Jesús, pero no lo conocía, y cuando se enteró de que era él, exclamó:

— Perdón te pido, Enviado de Dios. Yo no te había conocido. Acepta para ti mi sembrado y mi hacienda, sin ningún escrúpulo.

Echó Jesús a llorar, y le dijo:

— ¡Desgraciado! Todos estos heredaron la tierra y la cultivaron. Mas al fin hubieron de abandonarla, y también tú la has de abandonar, para ir a reunirte con ellos. Tú no tienes tierra ni hacienda alguna.

Dijo Abulatahiya:

«Conque te he avisado de que te espera la tumba cubierta de tierra,
te he concedido de vida unos instantes que rápidamente trascurren,
Te he mostrado cuál es tu sepultura
y ¿aún no te has muerto y sigues vivo?
Pues a ti, que gastas bromas con mi muerte, te digo yo
que la Parca no ha terminado su labor,
Que las bromas pueden volverse
y resultar burlado el burlador.»

Se cuenta que cuando Alí, hijo de Abutálib, vió a Fátima envuelta en el sudario, se puso a llorar de tal modo que movía a compasión, y recitó estos versos:

«A todo grupo de amigos le llega la separación,
y es bien corto el tiempo que la muerte tarda en producirla.
Veo que en el mundo es el dolor lo que predomina
y que quien en él vive no cesa de sufrir hasta que muere.
Esto de ir perdiendo amigos, uno tras otro,
me indica que ninguno de ellos durará para siempre.
Pero, ¡muerte!, ¿es que no hay ninguno que no me haya de abandonar?;
déjame ya tranquilo, estás acabando con todos mis seres queridos.
Advierto en ti tal acierto contra aquellos a quien amo,
que parece que hay un guía que hacia ellos te va conduciendo.»

Después, al retirar las manos del polvo que la cubría, recitó las siguientes estrofas, compuestas por uno de los Omeyas:

«Yo digo, angustiado y anegado en lágrimas,
al ver que sólo queda la tierra y desaparecen los seres queridos:
¡Amigos míos! Si os hubiese atacado alguien que no fuese la muerte,
habríame enojado; mas contra la muerte no cabe enojo.»

Compuso el Atabí los siguientes versos:

«Dije a las dos estrellas gemelas que forman la Bocina [1], cuando la noche
sus negros velos sobre el horizonte: [había desplegado

[1] Las dos estrellas del cuadrado de la *Osa Menor*, opuestas a la cola.

Permaneced unidas, sea el tiempo que sea, mas al fin la suerte arrojará
entre vosotras la flecha indicadora de que el destino ha decretado vuestra separación[1].
Engañado vive quien cree que escapará de la muerte
y que la tiene amarrada con un collar que ha echado a su cuello.
[13] ¡Cuántos fieles amigos, unidos por grande afecto,
han llegado a verse ausentes y separados el uno del otro!
Nada hay permanente en la vida de las criaturas;
sólo es eterno el Criador.»

Me citó un literato los siguientes versos:

«Dadme vuestro amparo, dulces palmeras,
y compadecedme por la situación en que me veo.
¡Por vida mía!, que si experimentaseis el dolor de la separación,
os haría llorar, lo mismo que a mí me hace.
Mas sabed que, si ahora estáis unidas, os ha de llegar
la suerte adversa y os veréis separadas.»

Yendo de camino Arraxid, en dirección a Taus, se sintió enfermo durante el viaje, a causa del excesivo calor, y el médico le recetó, para que sanara, corazón de palmera. Casualmente, se habían detenido junto a aquellas palmeras a que se alude en la anterior composición, y ordenó que arrancaran el corazón de una de ellas. Cuando se lo presentaron, uno de los que había allí se puso a recitar la referida composición y, al oirla, Arraxid exclamó:

— Si hubiese oído antes esos versos, no habría mandado que la cortaran.

Cuando murió Alejandro, pronunció Aristóteles estas palabras:

1 Los árabes anteislámicos consultaban la suerte valiéndose de tres flechas sin punta de hierro ni plumas, colocadas en un saco. Según saliera una u otra de las tres, así había de ser feliz o adverso el resultado del asunto sobre el cual se consultaba. Herbelot, *Bib. Or.*, I, 124, sub *acdah*.

— ¡Oh, rey! Nos has hecho agitarnos con tu descanso.

Y uno de los sabios que le acompañaban, dijo:

— Ayer hablaba el rey más que hoy; pero hoy nos hace advertencias más eficaces que las de ayer.

Inspirándose en este pensamiento, compuso Abulatahiya los siguientes versos:

«Gran tristeza me causó presenciar tu entierro
y sacudir de mis manos el polvo de tu sepultura.
Hay para mí en tu vida grandes avisos;
pero hoy me avisas con más eficacia que cuando estabas vivo.»

Hallaron escrito sobre un sepulcro lo siguiente:

"Subyugamos a todo el que se nos puso enfrente, y ahora sólo servimos de aviso para quien con atención medite."

Dijo Abdala, hijo de Almotad:

«Caminamos hacia la muerte en todo momento;
cada día que trascurre es una jornada que avanzamos.
Nada conozco cuya certeza sea comparable a la de la muerte,
siendo, por tanto, inútiles los deseos que se extienden más allá de la vida.
¡Cuán perjudicial es la negligencia en la juventud!;
¿cómo, pues, no ha de serlo, cuando las canas blanquean en la cabeza?
Partirás del mundo sin más viático que tus buenas obras.
Tu vida son sólo unos días que se cuentan por muy pocos.»

Cuando entró en Damasco Abuldardá, habló así a las gentes:

— ¡Habitantes de Damasco, escuchad la voz de un hermano vuestro que lealmente os aconseja!

Agrupóse el pueblo a su alrededor, y les dijo:

— Que no os vea yo construir lo que no habéis de habitar; ni hacer provisión de lo que no os habéis de

comer. Vuestros antepasados levantaron sólidos edificios, confiaron en que el fin de su vida estaba muy lejano y atesoraron grandes riquezas; mas sus esperanzas de vivir largamente quedaron defraudadas; las riquezas que acumularon han quedado abandonadas y tienen su morada en las sepulturas.

Refiere Alháfid que hallaron una lápida con la siguiente inscripción:

"¡Hijo de Adán! Si vieras cuán poco falta para el término de tu vida, te consagrarías a Dios; mientras esperas que dicho término llegue, desearías acrecentar el número de tus buenas obras y amenguarías tu ambición y tus impuros anhelos. El día de mañana sólo te hallarás frente a tu arrepentimiento, si tus pies te han conducido por el camino del pecado; te verás abandonado de tu familia y de los allegados; se apartarán de ti los parientes y se alejarán los amigos. Nada podrás añadir a tus obras meritorias ni volverás con los tuyos.„

Según refiere Málic, hijo de Anas, llegó a sus noticias que se presentaron a Jesús dos mujeres, diciéndole:

— ¡Oh, Espíritu de Dios! Ruégale que resucite a nuestro padre que ha muerto, dejándonos en el mayor desamparo.

— ¿Sabéis cuál es su sepultura? — preguntó Jesús.

— Sí — respondieron.

Marchóse con ellas, llegaron a una sepultura y le dijeron:

— Esta es.

Se puso Jesús a orar e hizo salir al que estaba allí dentro; pero no era el padre de las dos mujeres. Oró

Jesús nuevamente y lo volvió a su sepultura. Le indicaron otra sepultura, pidió al Señor que hiciera salir a quien en ella estaba, y entonces salió el que buscaban.

Se abrazaron a él, saludándolo alborozadas. Luego dijeron a Jesús:

— ¡Bondadoso Maestro! Ruega a Dios que lo deje con nosotras.

— ¿Cómo voy a rogar por él si no le quedan medios de vida? — contestó Jesús.

Lo volvió, pues, a donde estaba, y se marchó [1].

Me recitó un literato los siguientos versos:

«¡Oh, qué pena la mía, al verme privado de unas personas
que para mí eran la luz que me alumbraba y mi refugio,
La nube que derrama benéfica lluvia, la ciudad que me albergaba, mi firme [sostén,
el bien, la seguridad y el descanso!
No han sido tristes mis noches,
hasta que la muerte acabó con ellos.
Mi corazón es todo una brasa
y mis ojos todo agua.»

Se cuenta que Anomán, hijo de Almondir, salió a cazar acompañado de Adí, hijo de Zaide, y al pasar junto a un árbol, preguntó Adí:

— ¿Sabes, ¡oh rey!, lo que dice este árbol?

— No — contestó.

— Pues dice lo siguiente:

«Considere todo aquel que me mire
que ha de atender una demanda que muy pronto recibirá.
[14] Contra el trascurso del tiempo y lo que éste lleva consigo
no resiste ni la masa formada de altas montañas que se amontonan.
¡Cuántos caminantes, que hicieron alto bajo mi sombra,
para beber licor con agua fresca,

1 Alusión a la resurrección de Lázaro (Joan., XI).

Y dejaban trascurrir las horas gozando las dulzuras de la vida,
confiados en que el tiempo era bonancible y les permitía
[reposar tranquilamente,
Fueron luego arrollados por temporal furioso que los destruyó!;
esto es el tiempo: una situación tras otra.»

Pasaron después más allá del árbol, y llegaron junto a un cementerio. Volvió a preguntar Adí:

— ¿Sabes, ¡oh rey!, lo que dice este cementerio?

— No — contestó.

— Pues esto es lo que dice:

«¡Ilustres jinetes que trotáis por encima de la tierra!:
como sois, así fuimos, y como somos, seréis.»

— Ya sé — replicó Anomán — que el árbol y el cementerio no hablan, y comprendo que sólo te has propuesto hacerme una advertencia. ¡Que Dios te colme por ello de bendiciones! ¿Y cuál es el medio de alcanzar la salvación? — preguntó.

— Pues — respondió Adí — abandonar el culto de los ídolos y adorar al Dios único.

— ¿Y en esto se halla la salvación?

— Sí — respondió.

Y se apartó de la idolatría, abrazando la religión cristiana y consagrándose a la práctica de la piedad y a la vida devota.

Contó Abdala, hijo de Almoálem, el siguiente caso:

— Salimos de Medina un grupo de peregrinos. Al llegar a Aruitsa, hicimos alto y se detuvo también con nosotros un individuo que llevaba un vestido tan harapiento que ya no conservaba traza ni aspecto de tal vestido. Se puso a gritar:

— ¿Quién quiere un criado? ¿Quién desea un aguador?

— Toma este odre — le dije.

Lo cogió y se marchó, y apenas si había transcurrido muy poco tiempo, cuando volvió a presentarse con las ropas llenas de barro. Dejó el odre, y, con semblante alegre y sonriente, preguntó:

— ¿Necesitáis algo más?

Dijímosle que no y le dimos, para que comiera, un pan remojado.

Lo tomó, dió gracias y alabanzas a Dios, se retiró un poco, se sentó y se puso a comerse el pan con muestras de gran apetito.

Tuve lástima de él y fuí a llevarle comida abundante y suculenta.

— Ya comprendo — le dije — que el pan remojado no te habrá dejado muy satisfecho. Toma esta comida.

Me miró a la cara, se sonrió y dijo:

— Como tenía buen hambre, no me ha importado satisfacerla con lo que fuera.

Al marcharme de junto a él, uno de los que había conmigo me preguntó si lo conocía. Le dije que no, y me explicó que era un descendiente de Háxim, uno de los hijos de Abbás, hijo de Abdelmotálib. Residía en Basora, y, para consagrarse al servicio de Dios, salió de la ciudad sin que, por más que lo buscaron, dieran ya con sus huellas, ni tuvieran de él noticia alguna.

Intrigado por lo que de él me decían, me fuí a buscarle y trabé conversación con él, diciéndole:

— ¿Quieres venirte conmigo, montado, pues llevo cabalgaduras de sobra?

Me dió las gracias y contestó:

— Si así lo deseas, haré una excursión.

Acabó por tener confianza conmigo y, conversando con él, me explicó lo siguiente:

— Yo soy descendiente de Abbás. Vivía en Basora y era un hombre dominado por el orgullo y la soberbia. En una ocasión mandé a una de mis sirvientes que rellenara un colchón de seda y una almohada de flores deshojadas.

Fuí a echarme en él y me tropecé con el tallo de una flor que la sirviente había dejado allí por descuido.

Me levanté y la maltraté a golpes.

Volví a acostarme, después de sacar aquel tallo de la almohada, y, al quedarme dormido, se me presentó una aparición de horrible aspecto, la cual se puso a sacudirme, diciéndome:

— Vuelve en ti de tu aturdimiento y date cuenta del atolondramiento en que vives.

Después recitó estos versos:

«¡Oh mejilla que estás muellemente reclinada!:
después de la muerte, reposarás sobre dura roca.
Prepara, por tanto, a tu alma un camino que la lleve al lugar de su felicidad,
pues, de lo contrario, te arrepentirás el día de mañana
[de no haberlo hecho.»

Desperté horrorizado y, en el mismo instante, salí huyendo, en busca de mi Señor.„

Llegó a noticias de Abdelguáhid, hijo de Zaid, que por los alrededores de Abla andaba una muchacha poseída de los espíritus, que hablaba con gran sabiduría, y refiere él mismo lo siguiente:

— Anduve en su busca, hasta que la encontré entre

unas ruinas, sentada en una piedra, vestida con una túnica de lana y con la cabeza completamente rapada.

Al verme dijo, antes que yo hablara:

— Bien venido seas, Abdelguáhid.

— Bien hallada — respondí, admirado de que me conociera, sin haberme visto hasta entonces.

— ¿Qué te trae por aquí? — me preguntó.

— Vengo en busca de tus reprensiones — le respondí.

— ¡Qué cosa tan extraña es que un censor sea censurado!

Y habló así:

— Has de saber, Abdelguáhid, que si una persona devota, después de haber practicado la piedad en grado suficiente, se siente inclinada hacia los bienes terrenos, la priva el Señor de las dulzuras que su vida devota había de proporcionarle y se queda sorprendida y consternada; y si ya había logrado alcanzar algo de estimación a los ojos del Señor, Este le reprende, diciéndole en su interior:

"Yo quería, siervo mío, elevar tu rango hasta el de mis ángeles y los que sostienen mi trono, e instituirte por guía de mis Santos y de las almas que me obedecen en la tierra. Mas tú te has inclinado a los bienes mundanos y me has abandonado. Por lo tanto, tendrás mi desvío como recompensa, después que habías gozado de mi intimidad; el menosprecio, después de la consideración; la pobreza, después de la riqueza.

„¡Siervo mío! Vuelve a ser lo que eras y yo volveré a ser para ti lo que ya conoces bien por experiencia propia.„

Al llegar aquí me dejó, alejándose de mí, y yo me marché, sintiendo en mi corazón gran lástima de ella.

Dijo un poeta:

«Te hallas en una morada que tiene una continuación
donde dan opimos frutos las buenas obras a aquel que las ha practicado.
Y ¿no [15] ves que a esta morada la cerca la muerte por todos lados,
y que troncha las esperanzas de aquel que en tal morada las funda?
Te apresuras a cometer los pecados a que tus apetitos te incitan,
y retardas el arrepentimiento para más adelante.
Mas como la muerte llega de improviso,
¿qué ha de hacer el hombre prudente y sensato?»

Cuando Sáad, hijo de Abuguacás, se instaló en Hira, le dijeron:

—Hay aquí una anciana de estirpe real, llamada Alharfa, hija de Anomán, hijo de Mondir, perteneciente a una de las más ilustres familias árabes. Cuando ella salía para ir al templo, tendíanse a sus pies mil tapices de seda y mantos de púrpura y llevaba un séquito de mil y un servidores.

Envió Sáad a buscarla y la mujer se presentó a él. Estaba ya de un modo que parecía un odre viejo, gastado por el uso. Dijo a Sáad:

—Nosotros fuimos reyes de este país antes que tú; percibimos los tributos y estuvieron sus habitantes sometidos a nuestra obediencia durante un transcurso de tiempo, hasta que nos llamó la voz del destino y se produjo nuestra dispersión. Los tiempos llevan consigo grandes cambios y reveses. Si nos hubieses visto en nuestros días de esplendor, se habrían estremecido tus entrañas del temor que inspirábamos.

Le preguntó Sáad:

—¿Y qué es lo que más os complacía de todo cuanto disfrutasteis?

—La abundancia de bienes temporales de que estába-

mos colmados y el gran número de voces que respondían a nuestro llamamiento — contestó, y se puso a recitar:

«Nosotros, que gobernábamos a las gentes, sin que hubiera más autoridad
[que la nuestra,
somos ahora como ellos, unos vasallos a quienes no se trata con equidad.
¡Mal hayan unos bienes cuyos goces apenas duran,
y que tantas veces se nos muestran versátiles e inconstantes!»

Luego siguió diciendo:

— No ha habido familia en posesión de gran bienestar, a la que el destino no haya deparado tras el mismo, algo muy distinto de aquel bienestar, cuando el Señor dispone que en pos de una situación venga otra.

La colmó Sáad de atenciones y dió orden de que volvieran a llevarla.

Al tiempo de levantarse, añadió:

— Que el Señor te prodigue incesantemente sus mercedes; que no te ponga en el trance de verte necesitado de ningún ser ruin y villano, y que no prive al hombre digno y al perfecto devoto de su gracia, sin que se valga de ti como medio para devolvérsela.

Escribió un poeta:

«Para quien sabe que la muerte le ha de sobrevenir,
que la sepultura ha de ser su morada, de la cual no ha de salir hasta
[el día de la resurrección,
Y que el día del juicio se ha de hallar entre un paraíso
colmado de deleites o un fuego que lo ha de abrasar,
Todo, excepto la piedad, le será odioso,
y cuanto de ella le retraiga lo tendrá por cosa vil.
Piensa que todo aquel que considera el mundo como su verdadera mansión
es porque no sabe que la muerte lo ha de arrebatar.»

Cuenta la tradición que yendo Jesús de viaje con un compañero, sintieron hambre y se encaminaron hacia un

caserío. Mandó Jesús a su acompañante que fuese al pueblo en busca de provisiones para ambos, mientras él se quedaba a hacer oración. Trajo aquel hombre tres panes y, cansado de esperar a que Jesús terminara, se comió uno de ellos. Así que acabó Jesús, le preguntó:

— ¿Dónde está el tercer pan?

— No había más que dos — respondió.

Prosiguiendo su camino, pasaron junto a unas gacelas que estaban pastando. Llamó Jesús a una de ellas, la degolló y se comieron algunos trozos de su carne. Así que terminaron de comer, dijo Jesús a la gacela:

— Levántate, con permiso de Dios.

Y quedó el animal tal como antes estaba.

Asombrado el hombre exclamó:

— ¡Dios sea loado!

Y Jesús le habló así:

— ¡Por Aquél que te ha hecho ver este milagro! ¿Quién tiene el pan?

— No había más que dos — respondió.

Continuaron la marcha y llegaron a un río caudaloso, cuyas aguas corrían turbulentas. Cogió Jesús al hombre de la mano y echó a andar con él por encima del agua, hasta que cruzaron al otro lado.

— ¡Loado sea Dios! — volvió el hombre a exclamar, y Jesús le preguntó por segunda vez:

— ¡Por Aquél que te ha hecho presenciar este prodigio! ¿Quién tiene el pan?

— No había más que dos — volvió a contestar.

Partieron de aquel punto y llegaron a las ruinas de una gran ciudad, en cuyas inmediaciones hallaron tres ladrillos de oro.

— Esto es un tesoro — dijo el hombre.

— En efecto — contestó Jesús —, y va a ser un ladrillo para mí, otro para ti y otro para el que se ha apropiado el pan.

— Yo he sido — confesó, por fin, aquel hombre.

— Pues todos son para ti — le dijo Jesús — y se separó de él.

Quedóse allí aquel sujeto, por no tener en qué cargar los ladrillos, y, en esto, pasaron tres bandidos que le dieron muerte, y se apoderaron de los ladrillos de oro. Después, dos de aquellos forajidos dijeron al otro:

— Anda al pueblo y tráenos comida.

Así que se marchó, uno de los que se habían quedado propuso al otro lo siguiente:

— ¿Por qué no lo matamos cuando venga y nos repartimos esto entre nosotros dos?

El otro accedió. Por su parte, el que habían enviado por la comida, iba diciendo para sí:

— Echaré veneno en los manjares, los mataré, y así cogeré los ladrillos yo solo.

Hízolo así; pero al llegar le dieron muerte. Comieron después ellos de las provisiones que aquél había traído y también murieron.

Pasó luego Jesús por allí, y al verlos yacer muertos junto al tesoro, exclamó:

— Esto hace el mundo con las gentes que a él se entregan.

Dijo Abdelmélic, hijo de Omair:

— He presenciado en este alcázar un caso extraordinario: he visto presentar a Benziyad la cabeza de Alhosáin, envuelta en unos paños ensangrentados; después, la de Abenziyad a Almojtar; luego, la de Almojtar a Al-

mósab, hijo de Azobair; y luego, la de Almósab [16], hijo de Azobair, a Abdelmélic, hijo de Meruán.

Refiere El Asmaí que celebrando Harún Arraxid una de sus fastuosísimas orgías (en las que se traspasaban los límites de lo lícito) con inusitado esplendor y extraordinaria abundancia de manjares, hizo venir a Abulatahiya, y le dijo:

— Dinos algo acerca de esta grandeza que me rodea.

Y habló así Abulatahiya:

«Vive a gusto, como te plazca,
a la sombra de soberbios alcázares.
Para ti se busca cuanto deseas, tarde y mañana.
Mas cuando llegue el momento en que las almas se agitan
con el angustioso estertor del pecho agonizante,
Entonces conocerás con toda certeza
que vivías engañado.»

Rompió Harún a llorar, y Alfádal, hijo de Yahya, reprendió a Abulatahiya, diciéndole:

— Te envía a buscar el Príncipe de los Creyentes, para que lo diviertas y lo has entristecido.

— Déjalo — le dijo Harún —. Nos vió sumidos en el error y en la ceguera, y no quiere que nuestra ilusión aumente.

Cuentan que Suleimán, hijo de Abdelmélic, vistióse un día con sus mejores galas, se perfumó con los más delicados aromas y, mirándose a un espejo, quedó muy complacido del aspecto de su persona, y exclamó:

— En verdad que soy un rey joven.

Al salir para dirigirse a la oración del viernes, preguntó a una de sus esclavas:

— ¿Cómo me encuentras?

Y contestó ella:

«La fortuna de que gozas sería completa, si fueras eterno;
pero la eternidad no es patrimonio del hombre.
A nuestro modo de ver, no hay en ti imperfección alguna
de las que hacen desmerecer a la persona, sino ésta: que eres mortal.»

Era, en efecto, tal como ella explicó. Marchóse después, subió al almimbar y su voz se oía hasta en los más apartados rincones de la mezquita. Pero de pronto le acometió la fiebre y empezó la voz a debilitarse, hasta el punto de que apenas lo oían los que estaban más próximos a él.

Acabada la oración, volvió a su casa, sostenido entre dos, y con los pies arrastrando.

Estando ya en el lecho, preguntó a aquella esclava:

— ¿Qué es lo que me dijiste en el patio?

Y ella contestó:

— No te he visto ni te he dicho cosa alguna. Hace tiempo que no he salido al patio.

— De Dios somos y a El hemos de volver — exclamó —. Ya me anuncia la muerte su llegada.

Hizo su testamento, dictó sus disposiciones, y, cuando llegó el viernes siguiente, ya estaba en la sepultura.

Encontraron la siguiente inscripción en el palacio de Saif, hijo de Duyazan:

«El que jamás holló la tierra con sus pies,
la huella ahora con su delicada mejilla.
Aunque de ti no lo separan sino dos palmos de tierra, se halla a una distancia incalculable.
Si se removieran las capas de tierra bajo las cuales está sepultada la gente,
no distinguirías al señor del siervo.»

Cuenta Alhaitsam, hijo de Adí, que en tiempos de Algualid, hijo de Abdelmélic, descubrieron en el monte Líbano una caverna, y dentro de ella hallaron un cadáver envuelto en un sudario y colocado sobre un túmulo de oro; al lado de la cabeza, había una plancha del mismo metal, donde habían escrito en lengua griega:

"Yo soy Sabá, hijo de Nuás, hijo de Sabá. Serví a Esaú, hijo de Isaac, hijo de Abraham, el amigo del Señor Remunerador, del Rey más poderoso. Viví largo tiempo, después que él murió, y he visto muchas cosas sorprendentes, mas ninguna tan incomprensible como que un hombre viva sin preocuparse de la muerte, a pesar de estar viendo el sitio donde yacen sus padres y haberse detenido junto a las sepulturas de los seres queridos; y sabiendo que ha de ir a parar al mismo sitio donde ellos están, no aborrece el pecado. Yo sé que gentes bárbaras, sin escrúpulo alguno, me echarán abajo de este mi túmulo y se lo apropiarán. Cuando esto ocurra, los tiempos habrán cambiado, serán los jóvenes los que manden y tendrán lugar grandes trastornos. Quien alcance aquellos tiempos, vivirá poco y morirá con vilipendio.„

Cuenta que pasó Alejandro por una ciudad que había estado bajo el poder de siete reyes, todos los cuales habían ya desaparecido.

Preguntó si quedaba alguno de sus descendientes, y le dijeron:

— Sí, un individuo que siempre anda por los cementerios.

Hízolo venir, y le preguntó:

— ¿Con qué objeto vas tanto al cementerio?

— Pues — contestó — porque trato de separar los

huesos de los reyes de los de sus vasallos; pero me encuentro con que todos son iguales.

— ¿Por qué no te haces partidario mío y haré resurgir en ti el esplendor de tus mayores, si es que tienes ambición?

— Sí la tengo — respondió — y muy grande; mas ¿estará en tu mano el logro de mis anhelos?

— ¿Y qué es lo que anhelas? — dijo Alejandro.

— Una vida, para la que no haya muerte; una juventud, a la que no siga vejez achacosa; una riqueza, tras la cual no haya pobreza; una alegría, exenta de pesar.

— Yo no tengo poder para conceder eso — repuso Alejandro.

— Pues entonces — dijo el otro — ocúpate en tus asuntos, y déjame a mí pedir lo que deseo a quien tiene poder para ello.

Decía después Alejandro:

— Este es el hombre más sabio que he visto.

Se cuenta en las tradiciones israelitas que Jesús, hijo de María, pasó en uno de sus viajes junto a una calavera, que ya estaba cariada. Le mandó Jesús que hablase, y se expresó así:

"Yo soy Baluam, hijo de Hafs, rey del Yemen. He vivido mil años; tuve mil hijos varones; me desposé con mil doncellas; derroté mil ejércitos; di muerte a mil tiranos, y conquisté mil ciudades. Mas aquel que me vea, que no se deje seducir por los bienes terrenos, como a mí me sedujeron, porque son lo mismo que el ensueño del que duerme.„

Y se echó Jesús a llorar.

Hallaron en un palacio que había sido morada de reyes, pero cuyos habitantes ya habían fallecido y cuyas estancias se encontraban desiertas, una inscripción que decía así:

[17] «Estos aposentos, que albergaron a diversas familias,
desde que existieron cumplieron su misión de albergar y proteger.
Ahora lloran de pena por aquellas gentes, unas viviendas a las que alegraron
épicos himnos en loa de sus gloriosas hazañas, de su magnánima
[generosidad.»

Cuenta Abdala Benabinuh que una tribu árabe se instaló en cierta comarca del Yemen, y que se suscitaron entre los individuos que formaban dicha tribu rencillas y disputas motivadas por la posesión del suelo, hasta el punto de que ya se disponían a lanzarse a la lucha. Pero, de pronto, se oyó una voz que gritaba:

— ¡Tened calma! ¿Para qué vais a pelear por causa mía? ¡Por Alá que han sido tantos los que me poseyeron, que ha habido entre ellos setenta que, siendo tuertos, llamábanse todos Amrú!

Medita, ¡oh hombre!, acerca de cómo los reyes y monarcas que ha habido en el transcurso del tiempo, y los pueblos y naciones que ya se extinguieron disfrutaron con holgura los bienes terrenos; cuán largo fué el plazo de vida que tuvieron; cuánto tardó en llegar la muerte y con ella el fin de sus ilusiones; cuántos instrumentos y artefactos bélicos y cuántos caudales poseyeron; cómo los convirtió en polvo la muerte inexorable; cómo los sedujo con su brillo el mundo engañador; y cómo, después de haber habitado en amplios alcázares, yacen ahora entre piedras y guijarros. Tornáronse en meros vestigios las personas, y todo su imperio quedó reducido a una simple noticia de la historia.

Por lo que a la época presente se refiere, ha desaparecido en ella cuanto de bueno hubo en otros tiempos y sólo queda lo que en aquéllos había de reprobable. La muerte es hoy un don precioso para todo buen musulmán, porque ahora el hombre bueno queda en la oscuridad, mientras el malvado brilla y triunfa; el imbécil vive entre risas, mientras el hombre recto llora; la justicia anda tirada por los suelos y la tiranía ensalzada; el talento yace sepultado bajo tierra y la necedad por todas partes se expansiona; la vileza realza y la nobleza de condición degrada; el cariño ya no existe, sólo imperan los odios; se priva de toda consideración a los virtuosos, para otorgarla a los malvados; la perfidia vigila y la buena fe duerme; la impostura es fructífera y la verdad estéril; los ruines se ven ensalzados hasta el cielo, y los buenos arrojados a las entrañas de la tierra. ¿No ves acaso cómo los bienes de este mundo llegan con el lento paso de quien busca algo y se alejan con la rapidez del que huye; se acercan con la lentitud con que camina el cachazudo y se retiran con la velocidad del diligente?

Los bienes mnndanos son escasos y corto el tiempo que en su compañía se vive. La posesión de los mismos es una ilusión y su privación una desgracia; sus goces son efímeros, y los castigos que atraen, perdurables.

Saca, pues, el partido que puedas de ese sueño del tiempo; aprovecha la ocasión cuanto te sea posible; toma de ti mismo lo que sea útil para tu propia alma; aprovisiónate en el día de hoy para el día de mañana, y no trates de emular a las gentes que cifran sus anhelos, aquí en la tierra, en darse buena vida y rodearse de comodidades; antes bien, fíjate en lo rápido que es tu paso por el mundo y en los horrores que les reserva la otra vida.

Dijo un poeta:

«A menudo, una plantación que produce para vivir,
se ve privada de la fuente que la fecundaba.
También frecuentemente dispone el destino que los cortejos fúnebres
anden muy próximos de los festines nupciales.»

Dijo el Tihamí:

«Ilusos, anhelamos los bienes de este mundo, y el fin que se
aproxima repite en su canción: «Has de volver a la fosa.»
Nos hallamos en el mundo como los tripulantes de un navío,
que parece que están parados y el tiempo va corriendo, arrastrándolos [consigo.»

Escribió un poeta:

«El mundo te presenta por la tarde algo distinto de lo que te presentó por [la mañana:
aparecen sin cesar cosas nuevas, una tras otra.
Corren las noches cual caballo espantado que se desboca,
y sucesivamente nos muestran estrellas y nubes.
Quien piense, pues, que las alegrías de la buena fortuna son duraderas,
cree un absurdo, porque no hay alegría que dure.
Que Dios perdone a quien cifra en uno solo todos sus anhelos,
estando persuadido de que las vicisitudes del tiempo no cesan de rodar.»

Cuenta Uahb, hijo de Monábih, lo siguiente:

Leí en los escritos de un profeta que pasó Jesús junto a una calavera de horrible aspecto, de gran tamaño y toda ya carcomida. Al verla, le dijeron sus discípulos:

— ¿Por qué no pides al Señor que haga hablar a esta calavera, para ver si nos entera de las maravillas que haya visto?

Hízolo Jesús, y el Señor otorgó el don de la palabra a la calavera, la cual dijo así:

— ¡Oh, Espíritu de Dios! Yo viví mil años, tuve mil hijos varones, conquisté mil ciudades, derroté mil ejércitos y di muerte a mil tiranos. Fué la fortuna mi compañera, llegué a conocerla a fondo y experimenté sus reveses y mudanzas. No he visto nadie más cruel que un mal-

vado que tiene bajo su poder a un hombre virtuoso; ni he hallado cosa mejor para esta vida que la paciencia y la paz con el prójimo; ni he visto nada que pierda tanto a las personas como la ambición y la codicia. He encontrado, por último, que la verdadera grandeza consiste en estar satisfecho con su suerte.

Dijo Mohámed, hijo de Abulatahiya, que los últimos versos que recitó su padre, durante la enfermedad que le ocasionó la muerte, fueron los siguientes:

«¡Señor! No me hagas sufrir las penas eternas;
yo reconozco lo que he sido.
Y no tengo más consuelo que mi esperanza
de que has de perdonarme, fundada en lo que de Ti sé.
¡Cuántos pecados he cometido contra las criaturas,
y Tú siempre has sido para mí un generoso bienhechor!
[18] Cuando considero los pasos que atropellándolas he dado,
me muerdo los dedos y rechino los dientes de arrepentimiento.
Me ha cegado como con un velo el esplendor del mundo,
y he gastado toda mi vida en desear.
Ante mí se han deslizado períodos tan largos de mi vida,
como si yo mismo hubiese marcado previamente su duración.
Si yo hubiese dado crédito a lo que el Señor dice de este mundo,
habría vivido entre las gentes de bien distinto modo, como un
[escudo vuelto del revés.»

Refiere Benabbás que llegó Abdelcáis donde se hallaba el Enviado de Dios, a tiempo que estaba diciendo:

— ¿Quién de vosotros conoce a Cas, hijo de Sáida?

— Todos lo conocemos — le contestaron; y uno de los que allí había contó lo siguiente:

— No se me ha olvidado cuando lo vi en Ocad, montado sobre un camello rojo, predicando a las gentes y diciéndoles:

" — Acudid; cuando hayáis acudido, escuchad; cuan-

do hayáis escuchado, retened en la memoria; cuando hayáis retenido, hablad; y cuando habléis, decid con plena convicción: Quien vive, muere; quien muere, ya pasó; y cuanto ha de ocurrir, ocurrirá. De ello nos avisa el cielo, y tenemos en la tierra la comprobación; un suelo bajo y una bóveda elevada, unos astros que pasan y unos mares que no se agotan. Jura Cas con verdad, sin mentira ni perfidia, que si hay en la tierra motivos de satisfacción, también los hay de pesar, y que tiene el Señor una religión, que es más amada por El que ésta que vosotros profesáis.

¿Cómo es que veo a las gentes que desaparecen y no vuelven?

¿Es acaso que se hallan a gusto en su nueva mansión, y por eso se quedan en ella, o es que, al dejarlos abandonados, se han quedado durmiendo?„

Después les preguntó el Enviado de Dios:

—¿Quién recuerda sus versos?

Y recitó uno los siguientes:

«En las generaciones pasadas que se extinguieron,
tengo la prueba de una cosa que he observado:
Y es que en los caminos que a la muerte conducen,
no hay senderos para volver.
Veo que mis gentes hacia ella marchan,
grandes y pequeños.
El que se va, no vuelve a ti;
y de los que han quedado, ninguno dejará de irse.
Se instalaron en sus moradas, y allí residen;
pero estas moradas no son otra cosa que las sepulturas.
Bien persuadido estoy de que, sin remedio,
cuando los míos se vayan, yo con ellos he de ir.»

Y añadió aquel hombre:

—Yo lo vi hacer una cosa sorprendente: Caminando

a la ventura por un valle, llegué a un manantial de agua corriente que se hallaba en un verde prado, al pie de un árbol secular. Estaba allí sentado Cas, hijo de Sáida, y tenía en la mano una varita. Empezaron a llegar varios leones, que venían a beber agua en la fuente, y cuando alguno quería beber antes que el que había delante, dábale con la vara y le decía:

— Ponte a un lado, hasta que beba el que llegó antes que tú.

Al ver aquello, me entró un pánico terrible; pero él se volvió hacia mí y me dijo:

— No tengas miedo.

Me aproximé y vi dos tumbas, en medio de las cuales había un espacio dispuesto para hacer en él oración.

— ¿Qué sepulturas son ésas? — le pregunté.

— Son — me respondió — de dos compañeros que se dedicaban conmigo a servir a Dios en este lugar, y yo seguiré adorándolo en medio de los dos, hasta que vaya a unirme a ellos.

Entonces le indiqué:

— ¿Por qué no te vas con tu familia, para vivir en compañía de tus gentes?

— ¡Así se vea tu madre privada de ti! — exclamó —. Pero ¿es que no sabes que los hijos de Ismael han abandonado la religión de su padre y practican el culto de los ídolos, adorando representaciones de las cosas criadas?

Y se alejó de mí, en dirección a las sepulturas, y, una vez allí, se puso a decir:

«¡Amigos míos! A gran profundidad yacéis,
y donde estáis no pagáis alquiler.
Veo que el sueño se os ha incrustado entre la piel y los huesos,
y el agua que riega las raíces de las plantas a vosotros os riega.

¿No veis que aquí, en Simaán, vivo solitario,
sin más compañía que la vuestra?
Instalado entre vuestras tumbas, sin alejarme de ellas,
trascurren para mí las noches, sólo me responde vuestro eco.
¿Lloraré por causa vuestra, mientras la vida dure?
¿Qué es lo que hará cesar el llanto de quien está dominado por la angustia?
Como la muerte y vosotros, que estáis en las sepulturas, sois
lo que más cerca se halla de mi espíritu, para vosotros sea
La oración, las plegarias, la compasión, la misericordia
y el perdón de quien cuida de vuestra morada.
Y si pudiera emplearse un alma para salvar a otra,
generosamente diera la mía por vuestro rescate.»

Cuenta la tradición que dijo el Profeta:

—Cas resucitará como un solo pueblo.

Con esto quiso significar que, así como todo pueblo, que crea en su profeta, resucitará formando un grupo independiente, al cual no se mezclará nadie a él extraño, así también Cas resucitará aislado, sin que haya nadie como él.

Contaron que hallándose el Mahdí, cierto día, durmiendo, recitó entre sueños estas estrofas:

«¿Cómo es que me hallo en este alcázar, cuyos fundadores fenecieron
y cuyas estancias y rincones han quedado deshabitados?
Sólo ya de ellos resta el recuerdo y la mención,
y por la noche resuenan los lamentos de quien en él ha perdido seres [queridos.»

Y antes que pasaran diez días, había muerto.

Me recitó el cadí Abulabbás el Chorchaní, en Basora, los siguientes versos:

«¡Por Alá, tu Señor! ¿Por cuántos alcázares pasaste,
donde un tiempo moraron la alegría y el placer,
Pero en cuyo derredor revoloteó la implacable muerte,
y después sólo se oyen voces de dolor y de guerra?»

También recitó estos otros:

«Tú que levantas el edificio poco a poco,
no te librarás de la muerte por construirlo.
El edificio durará más que tú, aunque luego se hunda,
pues todas las cosas son más duraderas que el hombre.»

Refiere Alhácam Benamrú que al tiempo de morir Abucháfar Almansur, exclamó:

"— ¡Oh Señor mío! Si sabes que yo he cometido faltas muy graves, en desobediencia tuya, sabes también que en obediencia tuya he practicado lo que más amas Tú, porque he confesado que no hay otro dios que Alá. Yo tengo temor de ti, no tú de mí."

El motivo que le impulsó a alejarse de Aljadra, fué que, hallándose un día durmiendo, se le apareció en sueños una visión y le habló así:

«¿Cómo me hallo en este alcázar, cuyos fundadores fenecieron
dejando sumergidos en la tristeza del abandono a sus
[familias y a los aposentos del palacio?
El que con tanta ilusión se recreaba gozando su espléndida belleza,
ha ido a parar a una tumba cuyos guijarros le laceran como espinas.»

Despertóse sobresaltado. Después volvió a dormirse y recitó en sueños los versos siguientes:

«¡Abucháfar! Ha llegado tu fin y se han acabado tus días;
el decreto del Señor necesariamente se cumple.
¿Dispones acaso de algún adivino o astrólogo
que te libre de la muerte?»

Después dijo a Rabí:

— Tráeme para hacer la ablución.

Se lavó, y así que estuvo en disposición de emprender la marcha para la Meca, realizó los preparativos ne-

cesarios y dió orden a Rabí de que lo condujera a la Casa Santa del Señor.

Me recitó en Basora los siguientes versos el cadí Abulabbás el Chorchaní:

«Si aspiras al mundo y a sus pompas,
fíjate en cualquier poderoso rey de reyes,
Que lleva en sus manos las riendas de otros poderosos que por él se dejan [conducir
y que domina a las gentes con la energía o con la dulzura.
Cuando piensa que nada puede resistirle,
y tiene al alcance de su mano todo lo imaginable,
Lanza sobre él la muerte un soplo que deja
al poseedor de poderes y grandezas debajo del agua y el polvo.»

También en Bagdad me recitó estos otros Abumohámed el Temimí:

«¿Para quién voy a edificar? ¿Para quién pondré marca a las cabalgaduras?
¿Para quién voy a aventurarme en nuevas empresas,
Si ya los míos están convertidos en mortales despojos
y por haberlos perdido hállome aislado y solitario?
Veo muchas gentes que aún conservan a algunos de los que son imagen [suya;
pero los que son imagen mía están ya encerrados en las tumbas.»

Entre los personajes de estirpe real que renunciaron al mundo, por haberse dado cuenta de las miserias que encierra, se halla el conocido por Abuocal Aluán, hijo de Alhasán, de la dinastía de los Aglabíes, que reinaron en el Magreb. Poseía gran fortuna y poderío y, en plena juventud, renunció a todo para consagrarse al servicio de Dios, apartado de sus semejantes. Abandonó hacienda y familia, se alejó de toda humana morada y llegó a un grado tal en la vida devota, que sobrepujó en ella a los más esforzados ascetas, haciéndose famoso por la buena acogida que Dios dispensaba a sus plegarias. Fué sabio

y literato, discípulo de varios discípulos de Sahnún, cuyas lecciones siguió. Se retiró a una playa, en compañía de un individuo llamado Abuharún el Andalusí, anacoreta consagrado al servicio de Dios. No advirtió Abuocal en su compañero gran celo para las prácticas devotas; y una noche en que se hallaba entregado a la oración, mientras Abuharún dormía, se apoderó de él el sueño y se dijo para sí:

— ¡Alma mía! Si este devoto que tan alto grado de perfección ha alcanzado, se pasa durmiendo toda la noche, ¿para qué me la paso yo en vela? ¿Por qué no he de tomarme algún descanso?

Se acostó a su lado y vió en sueños un individuo que le recitó estas frases del Alcorán: "¿Piensan, acaso, los que practican el mal que los trataremos lo mismo que a los que creen y practican el bien.....?„ [1], hasta el fin del versículo.

Y despertó asustado, comprendiendo que aquello lo decía por él. Llamó a Abuharún y le dijo:

— Por Dios te pregunto si has cometido alguna vez algún pecado mortal.

— Ni aun venial, hermano mío, de propósito deliberado, gracias sean dadas a Dios.

— Por eso puedes dormir — replicó Abuocal —, pero a uno como yo, no le está bien otra cosa que la mortificación y la lucha incesante.

[**20**] Se marchó a la Meca y fijó allí su residencia.

[1] Alc., XLV, 20. El versículo completo dice: «¿Piensan los que practican el mal que los trataremos igual que a los que creen y practican el bien, y que la vida y la muerte de unos y otros será la misma? ¡Qué mal suponen!»

Realizó varias veces las prácticas de la peregrinación y llegó a descollar entre los ascetas de Oriente.

Se ganaba la vida porteando agua acuestas en un odre.

Murió en la Meca, estando haciendo oración en la santa mezquita, el año doscientos noventa y seis.

Un hombre que tenía amistad con él le dijo un día:

— Necesito una cosa de ti.

— Concedido lo tienes, siempre que sea posible — le respondió — . Lo que necesito es que me digas si tienes deseo de alguna cosa.

— Sí — le dijo — , me gustaría comerme una cabeza.

Compré dos cabezas, las aderecé con un pastel y se las llevé. Pasados algunos días, le pregunté:

— ¿Te gustaron las cabezas?

— No — respondió — , porque, al abrirlas, las encontré llenas de gusanos; no tenían nada de carne, eran sólo gusanos.

Me fuí a ver al vendedor de las cabezas, al cual referí lo ocurrido, y se quedó sin saber qué decir, del asombro que le produjo el oírlo.

Por fin exclamó:

— No creí que en estos tiempos hubiese alguien que en tal forma lanzase su anatema contra los bienes ilícitos:
aquellas cabezas eran de un ganado del que se había apoderado injustamente cierto gobernador [1].

Me dió otras dos cabezas de otro ganado, se las llevé a Abuocal y se las comió. Le conté lo que me había di-

[1] Con arreglo a los preceptos de la religión musulmana, es pecado aprovecharse de las cosas indebidamente adquiridas, aunque no lo hayan sido por el mismo que hace uso de ellas.

cho el vendedor de cabezas y, rompiendo a llorar, exclamó:

— ¡Señor! No merecía tu siervo Abuocal ser favorecido en tal grado. Esto es una muestra de tu bondad y de tu generosidad. Por ella me obligo contigo a no comer ningún manjar que me apetezca, hasta que vaya a reunirme contigo, si ése es tu deseo.

Tenía una hermana, consagrada también a la vida devota, la cual, al morir su hermano, se instaló junto a su tumba para llorar por él, e inscribió sobre la misma estas estrofas:

«¡Quién me diría lo que estoy viendo!
Después de incesantes ayunos, después de penosas vigilias,
Tras de privar al alma de todos sus anhelos
y separarse de seres queridos y familia.....
¡Hermano mío! ¡No hay para mi dolor
lenitivo alguno, eficaz a impedir que yo me vuelva loca!
¡Así como hay rostros por el polvo de la tierra consumidos,
los hay también por la aflicción deshechos!»

Se cuenta que disputaban dos hombres por la propiedad de una tierra. Concedió el Señor el don de la palabra a uno de los ladrillos que formaban la cerca de que la tierra estaba rodeada, y les habló así:

— Yo fuí un rey que gobernó en el mundo mil años. Después de mi muerte, por espacio de mil años, estuve convertido en polvo. Luego me cogió un alfarero, haciendo conmigo barro, del cual fabricó un ladrillo; y ahora llevo en esta cerca desde hace tantos años. No disputéis, pues, por causa de esta tierra.

Una de las cosas más extraordinarias que se cuentan en *las tradiciones israelitas*, es que la hija de uno de sus

reyes se retiró del mundo, para consagrarse a servir al Señor. Abandonó la corte y desapareció, sin que ya se volvieran a oír nuevas de ella, ni se diera con la huella de sus pasos.

Había por aquellas inmediaciones un monasterio de monjes, a los cuales se agregó cierto joven, para dedicarse también a la vida devota. Pronto advirtieron en él una tal actividad y celo para las prácticas piadosas, una asiduidad en los rezos y una perseverancia para los ejercicios ascéticos, que superaba a todos los que se hallaban en el monasterio. En este género de vida perseveró todo el tiempo que Dios así lo dispuso, hasta que al fin se acabaron sus días, llególe la hora de la muerte y exhaló aquel joven su último aliento.

Sintieron por él gran pesar los ascetas, cenobitas y anacoretas de aquel convento, derramando copiosas lágrimas por causa de su muerte.

Cuando se disponían a lavarlo, vieron que era una mujer.

Puestos a hacer indagaciones, averiguaron era aquélla hija del rey. Esto contribuyó a aumentar el respeto y la veneración que por ella sentían.

Deliberaron para determinar qué honores extraordinarios le tributarían, y acordaron no sepultarla bajo tierra, sino, antes bien, soportarla entre todos, manteniéndola en alto con sus propias manos.

Laváronla, pusiéronle la mortaja y, una vez estuvo convenientemente dispuesta, rezaron por ella las preces fúnebres y la colocaron apoyada sobre las manos y brazos de los monjes. Así que uno se cansaba, venía otro a reemplazarlo para ayudar a los que la tenían, y todo el que ingresaba en el convento para servir a

Dios, dedicábase también a sostenerla, juntamente con los demás.

Así estuvieron hasta que, con el trascurso del tiempo, se consumió y se disgregaron sus miembros. Sólo entonces la enterraron. ¡Dios tenga misericordia de ella! [1].

Había en tierra de cristianos, en la parte que confina con el país de Alandalus, un cristiano que había llegado en su renuncia de los bienes terrenos, a un extremo verdaderamente extraordinario. Vivía apartado del trato de las criaturas, habitando en las alturas de los montes y peregrinando por los confines más apartados de la tierra.

Hubo de presentarse a Almostáin Benhud para cierto asunto y fué muy bien atendido por éste. Tomóle Benhud de la mano y le fué mostrando las riquezas de su corte: las arcas del tesoro, repletas de oro y plata, piedras preciosas, jacintos, perlas, y cuantos valiosos objetos había logrado reunir; las esclavas, los servidores, tropas, caballos y armas. Se entretuvieron en aquello varios días y, cuando ya hubieron terminado, le dijo Benhud:

— ¿Qué te parece de mi reino?

— He visto, efectivamente, un reino — le respondió — ; pero aún te falta en él un requisito tal, que si lo pudieses conseguir habrías logrado que tu imperio fuese una cosa perfecta; mas, si no lo puedes alcanzar, ¡todo este reino es nada!

[1] Sobre esta relación ha hecho M. Asín un estudio, publicado con el título de «Une vie abrégée de Sainte Marine», en la *Revue de l'Orient Chrétien*, año 1908. En él apunta la idea de que el fragmento que antecede puede muy bien ser una redacción árabe de la vida de la santa, anterior a muchas de las ya conocidas en otras literaturas.

— ¿Y qué requisito es ése? — preguntó.

— Pues — respondió — que te decidas a fabricar una gran cubierta protectora, muy resistente, de dimensiones iguales a la extensión que abarca el país, y la extiendas por encima de él, a fin de que el ángel de la muerte no encuentre sitio por donde llegar hasta ti.

— ¡Alabado sea Dios! — exclamó Almostáin — . ¿Pero es eso posible para el hombre?

— ¿Y te ufanas tú de poseer una cosa que mañana has de dejar? — replicó el infiel — . El que se enorgullece por algo que ha de perder, es como si se enorgulleciera por lo que ha visto en sueños.

Se cuenta que al terminar un rey de [21] construir un palacio, dió la siguiente orden:

— Buscad a todo el que vea alguna falta en el palacio, corregidla, y entregadle dos dracmas.

Se presentó un hombre y le dijo:

— Encuentro en este palacio dos defectos.

— ¿Cuáles son? — le preguntó.

— Que ha de morir el rey y se ha de hundir el palacio.

— Verdad es — dijo el rey, y empezó a ocuparse en su alma y se retiró del mundo.

Una de las cosas maravillosas que se cuentan de Aljádir es que en cierta ocasión le preguntaron:

— ¿Qué es lo más extraordinario que has visto por el mundo en tus largos viajes, en tu vida de anacoreta, en tus correrías a través de los desiertos y parajes solitarios?

— Lo más extraordinario que he presenciado es lo siguiente:

"Pasando por una ciudad, la más bella que he contemplado sobre la faz de la tierra, pregunté a algunos de sus habitantes:

— ¿Cuándo fué construída esta ciudad?

— ¡Loado sea Dios! — respondieron — . Ni nuestros padres ni nuestros abuelos recuerdan cuándo se edificó. Existe así, desde la época del diluvio.

Trascurrieron, sin que por ella volviese a pasar, unos quinientos años, y cuando de nuevo pasé por allí, después de tanto tiempo, la encontré destruída hasta sus cimientos. No veía a nadie a quien preguntar, cuando se me presentaron unos pastores de ovejas. Me acerqué a ellos y les pregunté:

— ¿Qué ha sido de una ciudad que había aquí?

— ¡Alabado sea Dios! — respondieron — . Ni nuestros padres ni nuestros abuelos alcanzaron a saber que jamás haya existido aquí ciudad alguna.

Permanecí ausente de aquellos parajes otros quinientos años, y, trascurridos que fueron, me dirigí otra vez hacia allá y he aquí que el sitio que había ocupado aquella ciudad era entonces un mar donde se hallaban unos pescadores de perlas, que sacaban algunas, tamañas como pequeños dátiles.

Pregunté a uno de aquellos pescadores:

— ¿Desde cuándo está aquí este mar?

— ¡Bendito sea Dios! — respondió — . No han alcanzado a saber nuestros padres y nuestros abuelos, sino que este mar existe desde que el Señor envió el diluvio.

Volví a desaparecer de aquel sitio durante otros quinientos años. Luego volví por allí y las aguas del mar habían decrecido, quedando reducidas a una laguna, en la que enmarañados crecían cañaverales, juncos y male-

za. Había allí unos pescadores cogiendo peces, desde unas pequeñas embarcaciones, y dije a uno de ellos:

—¿Qué ha sido del mar que aquí había?

—¡Que Dios sea loado! —respondió—. No recuerdan nuestros padres ni nuestros abuelos que haya habido aquí nunca ningún mar.

Pasé otros quinientos años, alejado de aquellos parajes, y cuando volví a pasar por allí, había una ciudad, por el estilo de la que hubo primeramente, con sus castillos, palacios y mercados, todo en su estado normal. Pregunté a uno:

—¿Dónde está la laguna que aquí había y cuándo ha sido construída esta ciudad?

—¡Bendito sea Dios! —contestó—. Nadie recuerda otra cosa sino que la ciudad está así desde que el Señor envió el diluvio.

Nuevamente estuve alejado de allí otros quinientos años, y cuando, al cabo de ellos, pasé por aquel lugar, estaba lo de arriba abajo, y por encima de las ruinas flotaba un humo espeso. No veía a nadie a quien pedir noticias, hasta que por fin divisé a un pastor, al cual pregunté:

—¿Dónde está la ciudad que aquí había, y cuándo ha aparecido este humo?

—¡Bendito sea Dios! —exclamó—. Ni mis padres ni mis abuelos recuerdan sino que este sitio ha estado lo mismo desde que existe.

Esto es lo más extraordinario que he visto en mis viajes por el mundo. ¡Glorificado sea El que aniquila a los hombres, El que destruye las ciudades, El heredero de la tierra y de quienes en ella habitan! ¡No hay fuerza ni poder, sino en el Señor excelso y poderoso!„

Dijo el poeta:

«Detente ante las casas, únicos vestigios que de ellos quedan,
a llorar por los seres queridos con pena y añoranza.
¡Cuántas veces me he parado junto a ellas, para pedir noticias
de los que las habitaron o de quien de ellos me hablase o por
[ellos sintiera afección.
Y a mis preguntas tan sólo responde la emoción que me causa el
[contemplar estas ruinas!;
Te has separado de quien amabas. ¡Qué difícil es que lo
[vuelvas a encontrar!»

Una de las más bellas poesías que se han compuesto sobre el mismo tema de estas estrofas, es la siguiente:

«Muchas veces, cuando una paloma, al nacer el sol,
lanza, llena de pena, su triste arrullo sobre una rama,
Y acordándose de un compañero y de un tiempo feliz
llora de dolor, y [al escuchar yo su gemido] se despierta de improviso
[mi aflicción,
¿Es que mi llanto la enternece a ella
o es, en cambio, el suyo el que a mí me conmueve?
Si ella me hiciera feliz, feliz la haría yo también a ella,
y si yo la hiciese dichosa, dichoso también ella me haría.
Mas ella se lamenta, sin que yo la comprenda,
y yo me lamento sin ser de ella comprendido.
Yo sólo sé que en ella el dolor anida,
como ella sabe que el dolor anida en mí.»

Contemplando un asceta la puerta del palacio de un rey, construída, decorada y adornada espléndidamente, exclamó:

— Puerta férrea, muerte presta, agonía angustiosa y largo viaje.

Cuando trasladaban de sitio, ya a punto de morir, a Abdelmélic, hijo de Meruán, vió a un lavandero que retorcía unas ropas entre sus manos, y exclamó:

— Quisiera haber sido un lavandero y haberme mantenido con lo que cada día me ganara.

Habiendo llegado este hecho a conocimiento de Abuházim, dijo:

— ¡Bendito sea el Señor, que ha dispuesto las cosas de tal modo que, a la hora de la muerte, desean [los magnates] hallarse en nuestra situación, mientras que, en igual trance, nosotros no desearíamos hallarnos en la suya!

Dijo el Enviado de Dios:

— ¡Señor! Líbrame de una ciencia inútil [para la salvación]; de una concupiscencia insaciable; de un corazón insensible y duro; y de unos ojos que no viertan lágrimas. ¿Encontró acaso alguno de vosotros en el mundo algo que no sea o [**22**] bien una riqueza, que llene de soberbia, o bien una pobreza, que suma en el abandono; o bien una enfermedad que trastorne; o bien una vejez llena de chocheces; y [a la postre] el Anticristo, que es el mal ausente que se espera, y la hora [del Juicio universal] que será la más calamitosa y más amarga?

Dijo Jesús:

— Reveló Dios al mundo el siguiente mandato: "Sirve a quien me sirva, y haz tu siervo a quien se emplee en servirte. Muéstrate amargo para con mis amigos, no seas dulce con ellos, porque los pervertirías.„

Dijo Muárrac el Ichlí:

— ¡Hijo de Adán! Cada día te concede el Señor lo necesario para tu sustento, y, sin embargo, estás disgustado; en cambio, cada día se acorta tu vida, y, sin embargo, no te apenas; tratas de adquirir lo que te sobra, teniendo lo que te basta. Ni con lo poco estás conforme, ni con lo mucho te sacias.

Decía el Enviado de Dios, en uno de sus sermones:

— ¡Oh gentes! Los días se acaban; las vidas se extinguen; los cuerpos se pudren en el polvo. Corren los días y las noches en carrera desenfrenada, cual si fuesen por la posta, aproximando lo remoto y dejando atrás lo nuevo.

Hay en estas palabras, ¡oh siervos de Dios!, motivo para refrenar los apetitos y estímulo para anhelar los bienes eternos y sin mengua.

Según dijo un sabio, es el mundo lo mismo que el agua salada: cuanta más cantidad se bebe, más aumenta la sed; es como el vaso de miel, en cuyo fondo se ha echado veneno: el que gusta de aquella miel, encuentra primero lo agradable de su dulzura, pero halla después súbita muerte; es lo mismo que los ensueños: producen contento al que está durmiendo, pero cesa su contento tan pronto como despierta; es como el relámpago: alumbra un brevísimo instante y desaparece rápidamente, quedando el que lo ve sumergido en tinieblas; es como el gusano de seda, el cual, cuanto más se envuelve dentro de su propio capullo, más aumenta la dificultad para salir de él.

Y a este propósito dijo el poeta:

«Como el gusano de seda, que teje sin cesar,
y asfixiado perece dentro de su propio tejido.»

Al que se precipita tras el brillo de los bienes mundanos, desentendiéndose de la vida futura, pásale lo mismo que le pasó a un individuo que, yendo en compañía de otro, y habiendo cogido del suelo cada cual un grano de un racimo de uvas, comenzó a chuparlo, saboreándo-

lo y tragándoselo al fin, mientras el otro sembró el suyo. Encontráronse después, pasado algún tiempo, y al que sembró el grano se le había convertido en una viña, que le daba abundantes frutos, mientras que el otro, al reflexionar sobre lo que había hecho con el suyo, se encontró con que se le había convertido en estiércol, sin reportarle otras ventajas que el pesar de su propia imprevisión y la envidia de la suerte de su compañero.

Dice Uahb, hijo de Monábih, que el Señor hizo la siguiente revelación a uno de los profetas de Israel:

— Si quieres morar conmigo en la corte celestial, vive en el mundo solitario y aislado, preocupado y afligido, apartado del trato de las gentes, como el pájaro solitario que día y noche mora en los parajes desiertos, alimentándose de los brotes de los árboles y bebiendo el agua de las fuentes, y que, cuando llega la noche, se va solo a su retiro y no se alberga con los demás pájaros, porque tan sólo busca la familiaridad con su Señor [1].

Compuso un poeta los siguientes versos:

«¡Por cuán maravillosas vicisitudes han de pasar los seres contingentes,
y cuántos accidentes, enlazados unos a otros, han de experimentar!
Ya se hallan muy lejanos los días de tu juventud,
y pasó para ti lo que no sé si a ti habrá de volver.
Ambicionas lograr muchos bienes terrenos,
bastándote tan sólo los que el caminante necesita para provisiones de viaje.»

Dijo Málic, hijo de Anas: "Llegó a mi noticia que pasó Jesús junto a una ciudad, cuyas fortificaciones esta-

1 Alusión al Psal. CI, 7, 8: *Similis factus sum pellicano solitudinis...*

ban ya derruídas, habíanse cegado sus fuentes y secado sus árboles. Detúvose ante ella y gritó:

— ¡Oh, ruinas! ¿Dónde están vuestros habitantes?

Como nadie le respondiera, repitió la pregunta, sin obtener tampoco respuesta; pero oyó en su interior una voz que le dijo:

— ¡Jesús, hijo de María! Murieron, y en la tierra los tienes, sepultados en sus entrañas. Las buenas obras que realizaron son a modo de collares que llevarán al cuello hasta el día del juicio.

Al oír aquello Jesús, echó a llorar.„

Cuenta Málic que preguntaron a una mujer llamada Hartsama, superviviente de una antigua tribu árabe:

— ¿Cuál es el más terrible de los castigos de Dios que has presenciado?

— Todos los castigos de Dios son terribles — respondió — . Pero Dios nos libre de una noche en la cual, sin hacer viento, vi a una caravana transportada por el huracán, por entre el cielo y la tierra.

Refiere Mochéhid que Juan, hijo de Zacarías, se alimentaba con hierbas, y lloraba tanto, a causa del temor de Dios, que si le hubiesen puesto pez en los ojos, la habría quemado. Tenía la cara marcada con surcos que le habían hecho las lágrimas.

Pasó un rey junto a Sócrates, que estaba durmiendo, y lo golpeó con el pie diciéndole:

— Levántate.

Levantóse, sin dar muestras de sobresalto, ni hacer el menor caso del rey, en vista de lo cual, éste le preguntó:

— ¿Es que no me conoces?

— No te conozco — respondió —. Pero, a juzgar por las trazas, debes ser una caballería, porque das coces con las patas, igual que ellas hacen.

— ¿Cómo me hablas así, siendo mi siervo? — replicó el rey encolerizado.

— Al contrario — repuso Sócrates —. El siervo de mis siervos eres tú.

— ¿Y cómo puede ser eso? — dijo el rey.

— Pues porque las pasiones mandan en ti y yo mando en ellas.

— ¡Es que yo soy un rey, descendiente de reyes poderosos, que domino tales y cuales países y que poseo tantas y cuantas riquezas y tantos y cuantos vasallos!

— Según veo — replicó Sócrates —, te consideras superior a mí por cosas que no existen en ti mismo. Lo discreto sería que fundaras tu superioridad en tu propia persona. O, si no, anda, despojémonos de estos vestidos que llevamos, quedémonos en el traje con que vinimos al mundo [1], y metámonos [23] en este río. Ahí discutiremos, y entonces se verá claramente quién de los dos es el superior y quién el inferior.

Corrido, el rey se marchó.

Voy a referirte un caso que me aconteció, con motivo del cual se trastornó mi entendimiento, vaciló mi firmeza y se paralizó el movimiento en las venas que sostienen mi corazón. Será para mí un espejo en que me estaré mirando hasta que el polvo me cubra.

[1] ثوب الما. La membrana que envuelve el feto. *Tacholarus*, I, 170, línea 1.

Lo ocurrido fué que, hallándome en el Irac, estaba un día bebiendo agua, y un compañero que había conmigo, hombre de gran entendimiento, me dijo:

— Oye, Fulano. Ese jarro donde bebes agua, tal vez un día, hace tiempo, haya sido un hombre que murió y se convirtió en polvo. Pudo, en efecto, muy bien, haber ocurrido que, después, el alfarero haya cogido polvo de aquella sepultura y haya fabricado con él una vasija que, cocida al fuego, diera por resultado un jarro, como ese que ves. De modo que ha venido a ser una vasija que la gente utiliza y emplea, después de haber sido un hombre cabal que comía, bebía, gozaba, se divertía y experimentaba emociones.

Todo esto que dijo es perfectamente admisible, puesto que el hombre, al morir, se convierte en polvo, en lo que era cuando Dios lo formó primeramente; pudo dar luego la coincidencia de que cavaran en su sepultura, amasaran con agua la tierra en que el cadáver se había convertido y fabricasen con ella una vasija de las que se utilizan en las casas para diversos usos o un ladrillo que luego se empleó para construir muros o barro para pavimentar el piso de la vivienda. También pudo el polvo aquél extenderse por el suelo y ser hollado con los pies o ser empleado como argamasa en las paredes. Pudo también darse el caso de que se sembrara una planta al lado de la sepultura y, entonces, el polvo de aquel hombre se convirtiera en un árbol con sus hojas y frutos, hojas de las que comen los animales, y frutos de los que come el hombre, aumentando con ellos su carne y desarrollando sus huesos. También aquellos frutos pueden ser comidos por los insectos y las bestias. De todos modos, [siempre resultará que] el que se alimentaba, se ha

convertido en alimento; el que comía, es comido. Luego, en el vientre del hombre, se transforma en estiércol, que va a parar a la letrina o que se echa en el campo. Pudo también suceder que al cavar en la fosa, se llevase el viento aquel polvo, y sus partículas quedasen diseminadas por el fondo de los valles, por montes y barrancos.

Y ¿no hay acaso en todo esto suficiente motivo para que el entendimiento quede atónito, para que el hombre pierda la calma, reprima sus apetitos sensuales, no sienta aflicción alguna ante la idea de tener que abandonar familia y riquezas y se sienta impulsado a retirarse a las cimas de los montes, para vivir allí en compañía de los animales salvajes, hasta que Dios lo llame a su presencia?

¿No hay en ello algo que empequeñece al mundo y a cuanto en él se encierra; algo que hace despreciable el dominio, a los ojos de quien lo tenga en la mayor estima, y las riquezas a juicio de quien las haya atesorado; algo que mueve a renunciar a los placeres y a reprimir los apetitos?

Y prosiguió:

— ¡Cuántos de los que viven al nacer el día, no lo terminarán, y cuántos son los que esperan el día de mañana, y ese día no está ya dentro del plazo asignado a su vida!

Si vosotros pensarais en que ese plazo está fijado y en lo breve de su duración, seguramente que veríais con disgusto que tarde tanto en acabar y comprenderíais cuán engañosa es la esperanza que en él se funda.

Cuando terminó Almamún Bendilnún — que fué uno de los reyes de Alandalus — la construcción de su palacio, realizada a costa de grandes sumas de dinero, resultó ser una de las más perfectas edificaciones de la tierra.

Entre las maravillas que encerraba, había una alberca, en cuyo centro se levantaba un quiosco. Mediante un mecanismo, hábilmente ingeniado por los arquitectos, hacíase llegar el agua, por debajo de la tierra, hasta la parte superior de dicho quiosco y caía luego desde la cúpula, envolviéndolo en una cortina de agua formada por la unión de unos chorros a otros, y quedaba así el quiosco revestido por una especie de manto líquido sin abertura alguna, cuando Almamún se situaba en su interior.

Cuentan de él que, habiéndose quedado allí dormido, oyó recitar estos dos versos:

«¿Cómo es que construyes un edificio tal cual si en él hubieras
[de vivir eternamente,
sabiendo, como sabes, que tu permanencia en él ha de ser muy breve?
Bástale con la sombra del *arac* [1],
a aquel que cada día ha de emprender nueva jornada.»

Después de aquello, tardó muy poco Almamún en morir.

Hallaron en un palacio, cuyos moradores se habían extinguido y cuyas estancias estaban desiertas, la siguiente inscripción:

«Esta es la mansión de unas gentes a quienes conocí
gozando las delicias de una existencia placentera, libre de inquietudes.
Llamáronlos las vicisitudes del destino y lanzados fueron
al fondo de las sepulturas, sin que de ellos resten huellas ni vestigios.»

Si al mundo se le hubiese dicho: "¡Saca en limpio la crema de tu propio ser!", de seguro que habría eructado este verso:

«Quien del mundo se fía es como quien coge agua con la mano:
que se le escapa el agua por entre las junturas de los dedos.»

[1] Arbol espinoso del desierto, que proyecta escasa sombra.

Cuentan que dijo Alhachach en uno de sus sermones:

— Lo que del mundo dura es más semejante a lo que de él pasó, que una gota de agua a otra gota. Ahora bien, si se me ofreciera todo cuanto del mundo ya pasó, a cambio de este turbante que llevo, claro está que no lo aceptaría. ¿Cómo, pues, lo he de entregar a cambio de lo que de este mundo todavía dura?

Refiere la tradición que el Profeta explicó mediante el símil siguiente la situación en que el hombre se halla a la hora de la muerte:

"Cuando llega el hombre a este trance, tiene a su lado tres compañeros. Dice a uno de ellos:

— Tú has sido mi amigo cariñoso, generoso y bien amado. Ya ves que ha llegado para mí el mandato del Señor. ¿Qué harás por mí?

Y contesta:

— Este mandato del Señor te arrebata de mi lado. No me es posible mejorar tu situación. Pero aquí me tienes: coge de mí cuanto te sea de provecho.

Después le dice al segundo:

— Tú has sido para mí el preferido de los tres, y ya ves que sobre mí ha descendido el mandato del Señor. ¿Qué harás por mí?

Y contesta:

— Este mandato del Señor te arranca de junto a mí, y no me es posible consolar tu pena; pero te asistiré en tu enfermedad y, cuando [24] mueras, te lavaré cuidadosamente y te pondré un buen sudario que cubra tu cuerpo y tus desnudeces.

Por fin, dice al tercero:

— Como ves, ya me llegó el mandato del Señor; tú

que has sido para mí el menos estimado de los tres, ¿qué harás por mí?

Y responde:

— Yo seré tu amigo inseparable y tu compañero en este mundo y en el otro. Entraré contigo en tu sepultura, cuando a ella entres, y saldré cuando tú salgas. Jamás me apartaré de ti.

— El primero — añadió el Profeta — es su hacienda; el segundo su familia, y el tercero sus buenas obras.

Encontró, en cierta ocasión, Maimún, hijo de Maihrán, a Alhasán el Basrí, y le dijo:

— Deseaba encontrarte, para escuchar tus exhortaciones piadosas.

Y Alhasán se puso a recitarle estos versículos del Alcorán:

"¿Qué te parece? Si después de haberles dejado gozar de los bienes de este mundo, durante largos años, les sobreviene, al fin, el suplicio con que se les ha amenazado, ¿de qué les servirán sus goces?„ [1].

— ¡Que Dios te dé la paz, Abu Said! — contestó — . Me has predicado el mejor de los sermones.

¡Cuán extraño es que haya quien no crea en el renacimiento para la vida futura, viendo como se ve [a diario] el nacimiento primero!

¡Cómo maravilla que haya quien dude del poder de Dios, viendo como ve sus criaturas! ¡Cuán admirable es que niegue la resurrección aquel que cada día y noche muere y resucita!

¡Y cuán raro es que, creyendo firmemente en la exis-

[1] Alc., XXVI, 205, 206, 207.

tencia de la eterna mansión, haya quien se afane por esta morada de ilusión y engaño! ¡Oh!, ¡cuánto maravilla ver lleno de vanidad y orgullo a aquel que ha sido creado de una gota de repugnante semen y que luego se habrá de tornar en carne putrefacta, y que además no sabe lo que será de él, hasta tanto que esto llegue!

Se cuenta que el Señor reveló a Adán lo siguiente:

— Todos los buenos preceptos se hallan compendiados en cuatro: uno que se refiere a mí, otro a ti, otro a tu conducta para conmigo y otro a tu conducta para con los demás hombres. El que a mí se refiere, es éste: "Adórame y no asocies a mí cosa alguna.„ El que a ti se refiere, es éste: "Procede como quieras; pero según sean tus actos, así te corresponderé.„ El que trata de tus relaciones para conmigo, es éste: "A ti te corresponde el dirigirme las plegarias y a mí el escucharlas.„ Y el que se refiere a tus relaciones para con los demás hombres, dice así: "Sé tú para los demás, como quieres que los demás sean para ti.„

Dijo Salomón, hijo de David:

— Me han sido otorgadas por Dios tantas cosas como a los demás hombres, y otras que a ellos no han sido concedidas; sé lo que saben las gentes todas y lo que no saben. Pues bien: no he hallado cosa mejor, que el temor de Dios en público y en secreto; el decir la verdad, tanto si complace, como si desagrada, y el justo medio entre la riqueza y la pobreza.

Escribió Moauía a Aixa pidiéndole que le hiciera por escrito unas breves consideraciones piadosas, y ella le contestó así:

"La paz sea sobre ti. Yo oí decir al Enviado de Dios: A quien trata de lograr la estimación de las gentes, a costa de la cólera divina, lo deja el Señor abandonado a merced de las gentes.„

Cuando fué víctima Alí de la agresión de Benmolcham, se entró en su aposento y sufrió un síncope. Así que se le pasó, hizo llamar a sus hijos Alhasán y Alhosain y les habló de este modo:

— Os recomiendo el temor de Dios, la constante preocupación de la otra vida, el desprecio del mundo y que no os apenéis por las cosas que en él no hayáis logrado alcanzar. Practicad el bien. Sed para el opresor un enemigo, y para el oprimido, una ayuda.

Llamó después a Mohámed y le dijo:

— ¿Has visto lo que he encargado a tus hermanos?

— Sí — respondió.

— Pues a ti también te lo encargo; y además, estás obligado a obedecerlos, a respetarlos y a reconocer su superioridad. No decidas ningún asunto, sin contar con ellos.

Y dirigiéndose a los otros, prosiguió:

— Os encargo que os portéis bien con él, porque es hermano vuestro, hijo de vuestro padre, y ya sabéis que vuestro padre lo amaba mucho. Amadlo también vosotros.

Luego añadió:

"¡Hijos míos! Os recomiendo el temor de Dios, en público y en secreto; decir la verdad, tanto si complace, como si desagrada; el término medio entre la riqueza y la pobreza; la justicia para con el amigo y el enemigo; la práctica de las buenas obras, lo mismo en los momen-

tos de fervor que en los de tibieza, y la conformidad con la voluntad de Dios, tanto en la adversidad, como en la buena fortuna.

„¡Hijos míos! No hay mal alguno si tras de él está el paraíso, ni bien alguno, si tras de él está el infierno. Todo bienestar que no sea el del paraíso, es digno de desprecio, y toda pena que no sea las penas del infierno, es un placer.

„¡Hijos míos! Quien repara en sus propios defectos, no se ocupa en los defectos de los demás.

„El que se satisface con lo que el Señor le ha concedido, no sufre por lo que no puede lograr.

„Quien desenvaina la espada injustamente, muere a sus filos.

„Quien cava un pozo para que caiga en él su prójimo, a él se ve lanzado.

„Si alguien revela cosas que a su prójimo interesa tener ocultas, verá también descubiertas cosas que avergüencen a sus hijos.

„El que se olvida de sus defectos, exagera los defectos de los otros.

„El que está muy pagado de sus opiniones, yerra, y quien cree que le basta con su talento, se equivoca.

„Quien se considera superior a los demás, se rebaja.

„El que alterna con gente abyecta, se degrada.

„El que frecuenta el trato de los sabios, se ennoblece.

„El que se acompaña de un mal amigo, no se salva.

„El que tiene un buen amigo, sale beneficiado.

„El que entra donde los malos entran, se hace sospechoso.

„El que no se domina a sí propio, se arrepiente.

„A quien todo lo toma a broma, se le tiene en poco.

„El que repetidas veces practica una cosa, por ella se le conoce.

„Quien mucho habla, mucho yerra; quien mucho yerra, poca vergüenza tiene; quien tiene poca vergüenza, tiene poco temor de Dios; quien tiene poco temor de Dios, es que tiene muerto el corazón; y quien tiene muerto el corazón, va a parar al infierno.

„La buena educación es la mejor herencia, y la buena conducta el más excelente compañero.

„La salud espiritual consta de diez partes: nueve de ellas consisten en estar callado siempre, menos para ensalzar al Señor, y la otra en apartarse del trato de los necios.

„No hay nobleza más ilustre, que la de ser musulmán; ni cosa que tanto realce la condición de la persona, como el temor de Dios; ni refugio mejor defendido, que la piedad; ni intercesor más eficaz, que el arrepentimiento; ni más bello ornato para el cuerpo, que la salud.

„La ambición es la llave que abre las puertas a la inquietud, y la acémila que nos trae las contrariedades.

„El disponer bien las cosas, antes de proceder a ejecutarlas, te [25] libra de que después te arrepientas.

„¡Mal resultado da el llevar como provisiones para el viaje a la otra vida los malos tratos a los siervos!

„¡Qué feliz es el que ofrece al Señor cuanto sabe y cuanto hace, sus amores y sus odios, cuanto toma y cuanto deja, lo que habla y lo que calla, sus palabras y sus obras!„

Se cuenta que, cuando hirieron a Omar Benaljatab, pidió leche, y al beberla se le salió por la herida.

— ¡Cuán grande es Dios! — exclamó, y los que había allí sintieron gran pena por él.

Después habló así:

— Quisiera salir de la vida, en la misma situación que a ella vine. Si tuviera hoy en mi poder todo cuanto el sol alumbra, desde que sale hasta que se pone, todo lo daría por librarme del terror que me causa el comparecer ante el Supremo Juez.

Contó lo siguiente un hijo de Omar:

— Cuando estaba Omar a punto de morir, sufrió un desvanecimiento. Yo cogí su cabeza y la apoyé sobre mi regazo; pero él me dijo:

— Deja la cabeza en el suelo; tal vez así tenga el Señor piedad de mí.

Y principió a restregar la cara por el suelo, exclamando:

— ¡Desgraciado Omar y desgraciada su madre, si no hay misericordia para él!

— Igual da, padre mío — le repliqué — , mi muslo, que la tierra.

— Deja mi cabeza en el suelo, como te he mandado — repitió — . Y así que haya expirado, llevadme de prisa a enterrar: ello será para mí un bienestar que me proporcionáis, a la vez que vosotros os quitaréis más pronto una molestia de encima de los hombros.

Luego empezó a llorar, y como le preguntaran cuál era la causa de aquel llanto, respondió:

— Porque recibo aviso del cielo de que no sabe si iré al paraíso o al infierno.

Cuando se vió en trance de muerte Omar, hijo de Abdelaziz, pronunció estas palabras:

— Señor. Me hiciste conocer tus mandatos, y he an-

dado remiso para cumplirlos; me hiciste conocer tus prohibiciones, y desobedecí; me has prodigado tus mercedes, y me he llenado de soberbia. Por lo tanto, si me perdonas, será debido a tu benevolencia, y si me castigas, no harás nada que no sea justo. Yo declaro que no hay más dios que Alá, el único, el que no tiene compañero, y que Mahoma es su siervo y su enviado.

Y al decir esto murió.

Cuando Hixem, hijo de Abdelmélic, se vió próximo a morir, mirando a las personas de su familia que le rodeaban llorando, les habló así:

— Os cede Hixem bienes terrenos, y vosotros derramáis por él generosamente vuestras lágrimas; os abandona todo cuanto poseía, y a él le dejáis tan sólo lo que ha de llevar ante el Supremo Juez. ¡Qué vida eterna tan terrible espera a Hixem, si el Señor no tiene compasión de él!

Entró un hombre donde se encontraba Almamún, aquejado de la enfermedad que lo llevó al sepulcro, y lo encontró acostado sobre una manta de las caballerías, en la que habían echado ceniza y que era el lecho que, por orden del enfermo, le habían dispuesto. Dirigiéndose al Señor, decía:

— ¡Oh, Tú, que posees un reino que nunca tendrá fin! Ten piedad de éste a quien su reino se le acaba.

Cuentan que Abubéquer el Sidic pasó junto a un pájaro que estaba parado en un árbol, y exclamó:

— ¡Dichoso tú, pájaro, que vuelas y te posas sobre los árboles y comes de sus frutos, sin tener que dar cuen-

ta de tus acciones ni temer las penas eternas! ¡Ojalá fuera yo igual que tú! ¡Por Alá, que yo desearía haber sido un árbol, plantado junto al camino, y que hubiese cerca de mí un camello, y me hubiera comido y tragado, y me hubiese echado después fuera de sí, convertido en estiércol, mejor que haber sido un hombre!

Refiere Ásim, hijo de Abdala, que cogió Omar Benaljatab una paja del suelo y dijo así:

— ¡Ojalá fuera yo como esta paja! ¡Ojalá no me hubiese parido mi madre! ¡Ojalá fuese una cosa abandonada y olvidada!

Decía Benmasud:

— Querría haber sido un pájaro revestido de plumas.

Y como oyese a un hombre decir:

— ¡Ojalá fuese de "los de la derecha"! [1], le contestó:

— ¡Ojalá no hubiese yo de resucitar!

Decía Imrán, hijo de Hosain:

— Desearía ser ceniza y que sobre mí soplara el viento un día huracanado.

Decía Abuldardá:

— ¡Ojalá hubiese sido un árbol, al que se cortan las ramas y cuyos frutos se comen, y no hubiese sido un hombre!

Refieren que cuando Alí, hijo de Abutálib, volvía de Sifín, al pasar por las inmediaciones de Cufa, encontró

[1] Alc., LVI, 26. Dice el versículo: «Los hombres de la derecha (¡qué dichosos serán!).»

una sepultura que le dijeron era de Jabab Benalart. Detúvose ante ella y le dirigió estas frases:

— ¡Dios tenga piedad de Jabab! Abrazó el islamismo con ferviente entusiasmo; acompañó obediente al Profeta en su huída; vivió luchando por la fe, y, por último, su cuerpo padeció el martirio. ¿No es evidente que el Señor no dejará sin recompensa a quien tan bien ha procedido?

Al marcharse de allí pasó junto a otras sepulturas, y siguió diciendo:

— ¡La paz sea con vosotros, moradores de las mansiones solitarias y del lugar del abandono! Vosotros habéis ido delante y nosotros os seguiremos; dentro de poco, todos nos hemos de reunir.

— ¡Señor mío! Perdónalos y perdónanos y levántales el castigo a ellos y a nosotros.

— ¡Bienaventurado el que piensa en la vida futura, el que trabaja con la mira de que ha de rendir estrecha cuenta de sus actos, el que se conforma con lo indispensable, el que está satisfecho de su Señor!

— ¡Habitantes de las tumbas! Vuestros cónyuges se han casado; vuestras casas siguen habitadas, la hacienda que dejasteis se repartió. Estas son las noticias que os podemos dar de lo que por aquí ha pasado. Y vosotros, ¿qué noticias nos dais de lo que os ha ocurrido?

Volvióse entonces a los que le acompañaban, y les dijo:

— Si ellos hablaran, seguramente dirían: El mejor viático es el temor de Dios.

CAPÍTULO II

Pláticas de sabios y santos con príncipes y sultanes.

PRESENTÓSE Aláhnaf, hijo de Cais, ante Moauía, vestido con un manto de lana y un tosco sayal. Al verlo de aquel modo, mirólo Moauía con desdén y le dijo:

— ¿Qué es ello?

Y contestó Aláhnaf:

— Príncipe de los Creyentes. La población de Basora ha quedado reducida a un exiguo número de habitantes, que se hallan en el estado mismo de un hueso quebrantado: con los años estériles que se han sucedido y la serie no interrumpida de venganzas que han acaecido, los ricos se han ausentado y los pobres se hallan en la miseria, habiéndose llegado a una situación angustiosa. Si el Príncipe de los Creyentes piensa librar al pobre de la miseria, restaurar lo destruído, resolver los conflictos, aplacar los deseos de venganza, poner remedio a la escasez y mandar hacer donativos, cortará de raíz tantas calamidades [1] y cesará la adversidad.

1 Dice el texto literalmente: «..... pondrá al descubierto la calamidad.....», pero es indudable que se trata de una errata, debido a la

Porque, ¿acaso no es el soberano quien ha de atender a todos en general, sin concretarse a unos pocos en particular; aquel a quien han de acudir todos, altos y bajos, y no solamente unos cuantos; aquel que, si se obra bien con él, ha de ser [**26**] agradecido, y si con él se procede mal, debe perdonar?

Ha de estar además tras de los súbditos, como una columna que los preste apoyo, para librarlos de las contrariedades, y solucionarles los conflictos.

Y contestó Moauía, dirigiéndose a Abubahr:

— Aquí tiene aplicación aquello de "..... y los conocerás por su lenguaje enrevesado„ [1].

Contó lo siguiente Sofián el Tsaurí:

— Cuando iba el Mahdí en peregrinación a la Meca, dijo que necesitaba verme. Pusieron quien vigilara alrededor de mi casa y, a la noche, me cogieron y me condujeron a su presencia. Me hizo aproximar y me preguntó:

— ¿Por qué no has venido a verme? Te habría consultado acerca de mi peregrinación, para poner en práctica lo que tú me ordenaras y abstenerme de lo que me prohibieras.

— ¿Cuánto has gastado en el viaje? — le pregunté.

— No lo sé, porque llevo mis tesoreros y administradores.

cual aparece el verbo كشف, «descubrir», en vez de كسف, «cortar, eclipsar».

1 Alc., XLVII, 32. Alude a las gentes de corazón corrompido, cuya perversa condición pone el Señor al descubierto mediante determinados signos, uno de los cuales es el del lenguaje enrevesado y tortuoso que acostumbran emplear por desdén o por burla.

— ¿Y qué cuenta vas a dar el día de mañana, cuando comparezcas ante la presencia del Señor y te interrogue acerca de esto? No pensaba así Omar Benaljatab, cuando hizo la peregrinación, pues preguntó a su criado: — ¿Cuánto hemos gastado en nuestro viaje?, y al responderle que dieciocho dinares, exclamó: — ¡Desgraciado! Estamos arruinando el tesoro de los musulmanes.

Dijo el Zohrí:

— Jamás he oído máximas tan hermosas como las que citó un individuo a Suleimán, hijo de Abdelmélic, y que a continuación reproduzco. Dijo así:

— Príncipe de los Creyentes. Escúchame estas cuatro advertencias, en las cuales está cuanto conviene a tu fe religiosa, a tu reino, a tu vida presente y a tu vida futura: "No hagas a nadie promesa alguna que no quieras cumplir; no te dejes seducir por la fácil subida, si el descenso ha de ser penoso; sabe que, según sean las acciones, así serán correspondidas: precave, por tanto, las consecuencias; la fortuna es inconstante: estate, pues, prevenido contra sus mudanzas.„

Presentóse Benasamac a Harún Arraxid y éste le pidió que le expusiera algunos avisos edificantes.

Y dijo Benasamac:

— Puesto que al Señor no le ha placido para califa suyo sobre sus siervos nadie más que tú, no te muestres tú satisfecho de ti mismo sino por razón de aquello que te ha atraído la estimación del Señor. Eres hijo del tío del Profeta, y por lo mismo estás obligado a ello más que nadie.

Príncipe de los Creyentes. Quien procura el rescate

de su esclavo antes que le llegue la muerte, merece que su alma sea rescatada.

Príncipe de los Creyentes. Aquel a quien el mundo ha dado a probar sus dulzuras, por haberse entregado a él, la vida eterna le hace experimentar sus amarguras, por haberse desentendido de ella.

Príncipe de los Creyentes. Por Dios te ruego que encamines tus pasos hacia un paraíso que tiene la extensión de los cielos y la tierra, al cual has sido llamado y donde no habrá penas para ti.

Príncipe de los Creyentes. Tú morirás solo, y solo tú habrás de dar cuenta de tu vida. No trates de superar a nadie más que al hombre contrito, consagrado a la piedad; ni te quedes por bajo, sino del pecador extraviado. Tú y yo estamos en una posada del camino, como dos compañeros de viaje.

Cuando iba en peregrinación Suleimán, hijo de Abdelmélic, hizo comparecer ante él a Abuházim, para pedirle que le diera algunas explicaciones.

— ¿Y qué quieres que te explique? — le preguntó.

— Pues — contestó el califa — el modo de salir airoso en el desempeño de mi cargo.

— Es una cosa bien sencilla. No tomes sino las cosas a que tengas derecho, ni las des más que a quien le correspondan.

— ¿Y quién es capaz de hacer eso? — preguntó Suleimán.

— Aquel a quien el Señor ha investido del poder que tú tienes — le contestó.

Después le mandó que le expusiera avisos edificantes, y siguió diciendo Abuházim:

— Príncipe de los Creyentes. El poder que posees ha llegado a ti porque murió quien lo ejerció antes que tú, y se irá de ti por la misma causa que hasta ti ha llegado.

Príncipe de los Creyentes. No permita la Majestad del Señor que llegue El a verte allí donde te ha prohibido que estés, o que te eche de menos allí donde te ha mandado que te halles.

Príncipe de los Creyentes. Tú eres como un mercado: Según sea buena o mala la calidad de los artículos que en ti se expendan, así se traerá a ti de bien o de mal. Elige, pues, para tu alma los que prefieras: unos u otros.

Le preguntó Suleimán:

— ¿Por qué no viniste a verme?

— ¿Y para qué iba a venir? Si me recibías bien, me habría engreído, y si me rechazabas, me habría apenado. Además, ni yo tenía nada que temer de ti, ni de ti esperaba nada.

Entonces le dijo Suleimán:

— Acude a mí para todo cuanto necesites.

— Ya he acudido — respondió — para que me ampare en mis necesidades a Aquél que tiene más poder que tú para satisfacerlas. He aceptado lo que me dió para cubrirlas, y vivo complacido aunque haya dejado de concederme otras cosas, porque tengo presentes estas palabras suyas: "Nosotros distribuímos entre ellos lo que necesitan para subsistir, mientras están en el mundo„ [1]. Y ¿quién podrá amenguar lo que el Señor ha dado en gran cantidad, ni añadir a lo que ha concedido en proporción exigua?

[1] Alc., XLIII, 31.

Rompió Suleimán a llorar con gran aflicción, y uno de los allí presentes dijo a Abuházim:

— Mal te has portado con el Príncipe de los Creyentes.

— ¡Cállate! — replicó Abuházim — . Dios ha hecho un contrato con los que conocen su ciencia, para que la manifiesten a las gentes, no para que la oculten.

Cuando se marchó, al llegar a su casa, le envió el Emir una cantidad de dinero; pero él la rechazó y dijo al emisario:

— Dile al Emir: Príncipe de los Creyentes. ¡Por Alá! Lo que no me parece bien para ti, ¿cómo me va a parecer bien para mí?

Contó lo siguiente Alfádal Benomarrabía:

— Cuando se dirigía en peregrinación a la Meca Harún Arraxid, cierta noche, estando yo durmiendo, oí que llamaban a mi puerta. Pregunté:

— ¿Quién es?

— Escucha al Príncipe de los Creyentes — respondió.

Salí apresuradamente y, al encontrarme ante él, le dije:

— Si me hubieses enviado a llamar, yo habría ido donde tú estabas.

— No importa — replicó — . Es que hay una cosa que tortura mi alma, y de la que sólo podrá libertarla un hombre versado en la ciencia de Dios. Búscame alguno a quien pueda consultar.

— Aquí está Sofián, hijo de Oyaina.

— Pues ven conmigo a buscarlo.

Llegamos a su casa, llamé, preguntó que quién era y, al contestarle yo: "Responde al Príncipe de los Creyentes„, salió apresuradamente y dijo:

— Si me hubieses enviado a llamar, yo habría ido a verte, Príncipe de los Creyentes.

— Entérate de lo que me hace venir a buscarte [1] — le interrumpió éste, y se estuvo un rato conversando con él. Al terminar le preguntó:

— ¿Tienes alguna deuda?

— Sí — respondió.

— Entrégale para que pague su deuda, Abasí — me ordenó.

Al marcharnos, me dijo:

— No me ha servido para nada tu amigo. Búscame otro para que le pregunte.

— Aquí está Abderrazac, hijo de Hamam — le dije.

— Pues vente conmigo a su casa y le preguntaremos.

Llegamos; llamé; [**27**] preguntó quién era y, al contestarle yo que respondiera al Príncipe de los Creyentes, salió también apresuradamente, diciendo:

— Si me hubieses enviado a llamar, yo habría ido a verte, Príncipe de los Creyentes.

— Entérate de lo que me hace venir a ti — replicó.

Habló con él un rato y, al acabar, le preguntó:

— ¿Tienes alguna deuda?

Respondió que sí y el califa ordenó que la pagara.

Nos fuimos de allí y me dijo que tampoco aquél le había servido y que fuésemos a buscar a otro para consultarle. Le indiqué que allí estaba Alfodail Beniyad y me mandó que lo acompañara a casa de éste.

[1] En la versión de este relato, inserta en la *Chrestomathie élementaire de l'arabe littéral*, par H. Derenbourg et J. Spiro, París, 1912, pág. 33, dice خذ لما جئنا له en vez de جد لما جئنا له que pone el texto del Tortuxí. Por adaptarse mejor al contexto de la relación hemos adoptado la forma خذ.

Cuando llegamos, estaba ocupado en hacer oración, en una habitación del piso alto, y recitaba de memoria uno de los versículos del Libro de Dios.

Llamé, preguntó quién era, y, al decirle que escuchara al Príncipe de los Creyentes, respondió:

— ¿Y qué tengo yo que ver con el Príncipe de los Creyentes?

— ¡Loado sea Dios! — exclamé — . ¿Acaso no estás obligado a prestarle obediencia?

— ¿Y acaso no existe una tradición del Profeta, según la cual éste dijo que el creyente no debe degradarse? — replicó.

Descendió, abrió la puerta, se volvió a subir donde estaba, apagó la lámpara y se refugió en un rincón de la sala. Nos pusimos a buscarlo, dando vueltas, con las manos extendidas, y como llegase a tropezar con él una de las manos de Arraxid, exclamó:

— ¡Qué mano tan suave! ¡Si se librará el día de mañana de los castigos de Dios!.....

Pensé entre mí: Esta noche le va a hablar con toda la sinceridad de un corazón temeroso de Dios.

Le dijo Arraxid:

— Entérate de lo que me ha hecho venir. ¡Que Dios tenga misericordia de ti!

— ¿Para qué has venido? Tú llevas sobre ti la carga, no sólo de tus pecados, sino también la de todos los que están contigo, y si cuando se levanten las losas que os cubrirán, pretendieras de ellos que carguen con una parte de tus pecados, no lo harán. Aquel a quien tú profesas mayor cariño, es el que con más empeño se apartará de ti.

Después añadió: Cuando Omar, hijo de Abdelaziz,

fué designado para ocupar el califato, llamó a Sálim, hijo de Abdala, a Mohámed, hijo de Caab y a Racha, hijo de Háyua, y les dijo:

— Ya que me ha caído encima esta calamidad, ayudadme con vuestros consejos.

Consideraba, pues, el califato como una calamidad, y en cambio tú y los tuyos lo estimáis como una fortuna.

Sálim, hijo de Abdala, le dijo:

— Si quieres librarte de los castigos del Señor en la otra vida, abstente, como si ayunaras, de las cosas del mundo, para no romper tu ayuno hasta el día de la muerte.

Después habló así Mohámed, hijo de Caab:

— Si quieres escapar en la otra vida de los castigos del Señor, sea para ti el musulmán anciano, como un padre; el de edad mediana, como un hermano, y el menor de edad, como un hijo. Respeta a tu padre, sé piadoso con tu hermano y ten caridad de tu hijo.

A su vez, Racha, hijo de Háyua, habló así:

— Si quieres librarte en la vida futura de los castigos del Señor, desea para los musulmanes lo que para ti deseas, y aborrece para ellos lo que para ti aborreces. Y después, cuando te plazca, muere.

Y yo, por mi parte, te digo que temo mucho por ti, para el día aquel en que los pies resbalarán [1]. Porque, ¿acaso tienes a tu alrededor gentes como éstas, que te aconsejen así?

Rompió a llorar Harún con tanta pena, que sufrió un desvanecimiento; en vista de lo cual, dije a Alfodail:

[1] Alusión al día del juicio final.

— No trates con tanto rigor al Príncipe de los Creyentes.

Y él me respondió:

— ¡Tú, Benomarrabía, y los que son como tú, sí que lo estáis matando; el que lo trata compasivamente soy yo!

Volvió en sí Harún y le pidió que prosiguiera, y continuó diciendo Alfodail:

— ¡Príncipe de los Creyentes! Ha llegado a mis noticias que un gobernador de Omar, hijo de Abdelaziz, se quejó a éste de los insomnios que padecía, y Omar le escribió: "¡Hermano mío! Considera los insomnios que pasan los condenados en el infierno y la duración de la eternidad, y esto te moverá a buscar a tu Señor, tanto si duermes como si estás desvelado. Y guárdate de que tus pies se desvíen de este camino, porque en el momento que esto suceda, allí terminará tu fidelidad al Señor y aquel será el punto donde cesarán tus esperanzas de salvación.„

Al leer aquel escrito, fué el gobernador a presentarse a Omar, teniendo para ello necesidad de atravesar todo el país.

Cuando Omar lo vió, le preguntó:

— ¿A qué se debe tu venida?

— A que me has arrancado el corazón con tu escrito — contestó —. No volveré jamás a desempeñar ningún gobierno, hasta que vaya a reunirme con Dios.

Volvió nuevamente Harún a llorar con gran desconsuelo y mandó a Alfodail que continuara.

— Príncipe de los Creyentes — prosiguió —. Se presentó al Profeta su tío, El Abbás, y le dijo:

— Enviado de Dios. Ponme al frente de un gobierno.

Y le contestó el Profeta:

— Tu alma, a la cual has de hacer vivir, vale incomparablemente más que un gobierno.

El gobierno es, en efecto, un sufrimiento y un motivo de arrepentimiento para el día del juicio. Por tanto, si puedes dejar de ser gobernador, hazlo así.

Prorrumpió Harún en amargo llanto y le dijo que siguiera. Prosiguió:

— ¡Oh tú, que tienes hermoso rostro! Cuentas te pedirá el Señor, el día del juicio, del uso que has hecho de tu figura. Haz, pues, cuanto puedas para salvar ese rostro del fuego. Y guárdate de vivir día y noche abrigando en el corazón doblez contra tus vasallos, porque el Profeta ha dicho: "El que proceda con ellos con doblez, no aspirará los aromas del paraíso.„

Echó a llorar Harún con gran sentimiento, y luego le preguntó:

— ¿Tienes alguna deuda?

— Sí — respondió — . Una deuda con mi Señor, de la cual ojalá no me pida cuentas, porque ¡desgraciado de mí, si me la reclama y, al hacerme cargos por ella, no me inspira el modo de presentar mi justificación!

— No me refería — repuso Harún — sino a deudas con los hombres.

— No me ha mandado el Señor nada de eso — le respondió — ; lo que me ha ordenado es que crea en sus promesas y obedezca sus mandatos, pues dice: "Yo no he creado los genios y los hombres, sino para que me sirvan. No les pido que me mantengan ni que me alimenten. Sólo Dios es el que otorga los alimentos, el Fuerte, el Inconmovible„ [1].

[1] Alc., LI, 56, 57, 58.

Le dijo Harún:

— Toma estos mil dinares y gástalos en sostener a tu familia y en confortarte para poder consagrarte al servicio de Dios, tu Señor.

— ¡Glorificado sea Dios! — exclamó —. Te estoy enseñando el camino de la salvación, y me correspondes de ese modo..... ¡Que Dios te proteja y te ilumine!

Al llegar aquí, se calló y no volvió a hablar más.

Cuando nos marchamos, me decía Harún:

— Cuando me indiques un hombre, que sea como éste. El es hoy el señor de los musulmanes.

Se dice que una de sus mujeres se presentó [28] en seguida a él, diciéndole:

— Ya ves en qué situación tan apurada nos encontramos. Si hubieses aceptado ese dinero, nos habría proporcionado algún desahogo.

— Entonces, habría ocurrido — replicó él — lo mismo que pasó a una familia que tenía un camello y vivía de las ganancias que el animal les proporcionaba; y cuando se puso gordo, lo mataron y se comieron su carne. Moríos, pues, de hambre y no sacrifiquéis a un hombre virtuoso.

Como llegara aquello a oídos de Arraxid, dijo:

— Voy a ir, para ver si acepta el dinero.

Fuimos allá, y, al conocernos Alfodail, se salió a la azotea y se sentó en el suelo. Sentóse a su lado Harún y se puso a hablarle; pero él no le contestaba; y estando así, salió una esclava negra y dijo a Harún:

— Desde anoche estás molestándo al señor. Márchate, y que Dios te ampare.

Y tuvimos que marcharnos.

En una conversación de Xabib, hijo de Xeiba, con Almansur, le exponía estos piadosos avisos:

— Puesto que el Señor no ha colocado a nadie por encima de ti, no pongas tú gratitud ninguna por encima de tu gratitud al Señor.

Hallándose Omar Benobaid en compañía de Almansur, le recitó los versículos del Alcorán que empiezan: "Por la aurora y las diez noches..." [1], hasta que llegó a "... ciertamente tu Señor está sin cesar en observación..." para ver quién hace lo mismo que ellos hicieron [2].

— Teme, pues, al Señor, Príncipe de los Creyentes, porque en tu corte hay fuegos devoradores, que no se atienen en su conducta a las prescripciones del Libro de Dios ni a la zuna de su Profeta.

A ti te serán pedidas cuentas del mal que ellos realicen, pero ellos no tendrán que darlas del que tú hagas. No viven ellos bien en este mundo, sino a costa de que tú vivas mal en el otro. ¿No es evidente que si tus gobernadores supiesen que tú no estás satisfecho de ellos cuando proceden injustamente, habría entre ellos alguno que, aun contra su voluntad, se conduciría rectamente, con el fin de granjearse tu estimación?

Le interrumpió Salmán Benmachálid, diciéndole:

— Cállate, que estás afligiendo al Príncipe de los Creyentes.

1 Se refiere aquí a las diez noches sagradas del mes de *dulhicha*. *Le Koran*, trad..... de M** Kasimirski, París, 1913, pág. 507, n. 2.

2 Alc., LXXXIX, 1 a 13. Alude a los *temudíes*, que tallaron sus moradas en la roca; a Faraón, que inventó el suplicio del empalamiento, y a las gentes del pueblo de Ad, de las cuales dice que oprimieron la tierra y propagaron el mal.

Y le replicó Omar:

—¡Deja tú, Benmachálid! ¿Acaso no te basta con abstenerte de dar tú leales advertencias al Príncipe de los Creyentes [como debieras], que también quieres ponerte [como un obstáculo] entre él y quien se las da? ¡Teme a Dios, oh Príncipe de los Creyentes!, porque éstos te han tomado como escala para satisfacer sus pasiones. Te hallas en el caso del que sostiene la res de los cuernos, para que otro la ordeñe, y ellos de nada te han de servir ante Dios.

Decía el Auzai en una de sus conversaciones con Almansur:

— Príncipe de los Creyentes. En cierta ocasión tenía en la mano el Profeta de Dios una varita de palma seca, con la cual apartaba de sí, haciéndoles pasar una gran afrenta, a los que falsamente aparentaban creer en su divina misión; y se le presentó Gabriel y le reprendió, diciéndole:

— ¿Para qué está en tu mano esa vara, Mahoma? Tírala y no llenes sus corazones de angustia. ¿Qué harías entonces con quien derrame la sangre de los musulmanes, o profane sus hogares, o robe sus haciendas? El que espera que le sean perdonados sus pecados pasados y venideros, obligado está a imponerse a sí mismo un castigo, aunque sólo sea por haber causado sin intención un ligero rasguño al más humilde de los campesinos. El Señor no te ha enviado para que te conduzcas como un tirano y rompas los cuernos a tu rebaño.

Príncipe de los Creyentes. Si se tendiese por encima de la tierra una sola túnica del fuego infernal, todo cuanto hay en ella quedaría destruído de raíz. ¿Qué le pasará,

pues, a quien se vea revestido con esa túnica? Si se derramara solamente un cubo de fuego del infierno sobre todo cuanto hay en la tierra, lo destruiría por completo. ¿Qué le sucederá, pues, a quien se lo haya de beber a tragos? Si sobre un monte se colocara un solo eslabón de las cadenas del infierno, se derretiría el monte entero. ¿Qué le pasará, pues, al que sea amarrado con esas cadenas y que además haya de arrollarse alrededor del cuello lo que de ellas le sobre?

Presentóse a un sultán un sabio y le habló así:

— Nadie está más obligado a practicar el bien, que aquel a quien Dios ha concedido sus mercedes; ni nadie más obligado a conducirse con equidad, que quien tiene en sus manos el poder. Haz, por tanto, que dure este bienestar de que disfrutas, cumpliendo con aquello a que estás obligado.

Se cuenta que se presentó un beduíno a Hixem, hijo de Abdelmélic, y le dijo:

— ¡Oh, príncipe! Han sobrevenido a las gentes tres años de esterilidad: el primero se les comió las carnes; el segundo les derritió las grasas, y el tercero les ha triturado los huesos. Tú tienes dineros de sobra. Si, pues, son de Dios, distribúyelos entre sus siervos; si son de ellos, no se los retengas; y si son tuyos, dalos de limosna, porque el Señor recompensa a los que tal hacen.

Mandó Hixem hacer reparto de dineros al pueblo y ordenó que entregaran a aquel campesino cierta cantidad; pero él preguntó:

— ¿Hay bastante para que cada musulmán reciba de tu parte otro tanto?

— No habría para eso — respondió — con todas las riquezas del Estado.

— Pues entonces — repuso el beduíno — no me hace falta una cosa que ha de provocar las censuras de las gentes contra el Príncipe de los Creyentes.

Dijo un individuo a Omar, hijo de Abdelaziz:

— ¡Príncipe de los Creyentes! Con ocasión de mi visita, ¡así Dios no te abandone!, considera cuántas serán las gentes a las cuales se les exigirá estrecha cuenta, aquel día en el que ya no será ocasión de realizar buenas obras, ni habrá medio de alcanzar la remisión de los pecados.

Rompió Omar a llorar y le pidió que repitiera aquellas palabras. Se puso a repetirlas y Omar a llorar y a suspirar, y después le dijo:

— ¿Qué asunto traes?

— Pues que tu gobernador de Adzarbichán me ha arrebatado doce mil dracmas.

— Escribidle para que le devuelva su dinero — dijo Omar.

Presentóse en cierta ocasión Ziyad a Omar, hijo de Abdelaziz, y éste le dijo:

— ¿No ves, Ziyad, la desgracia que me ha caído, con habérseme confiado el gobierno del pueblo de Mahoma?

— Príncipe de los Creyentes — contestó Ziyad — , aunque uno de tus cabellos recibiese de Dios el don de la palabra, no lograría expresar la situación real en que te encuentras. Procura, pues, en interés tuyo, salir de esta situación, porque ¿cuál es la situación de un hombre que tiene un adversario pendenciero?

— Muy mala — respondió Omar.

— ¿Y si son dos los adversarios pendencieros?

— Una situación deplorable.

— Pues, ¿y si son tres?

— No tendrá en su vida un momento de reposo — respondió Omar.

— Pues, ¡por Alá! — repuso Ziyad — , no hay uno solo de los que forman el pueblo de Mahoma que no sea enemigo tuyo.

Y dice Ziyad que se puso Omar a llorar de tal modo, que habría preferido no [29] hablarle así.

Dijo Mohámed, hijo de Caab, a Omar, hijo de Abdelaziz:

— El mundo es un mercado, del cual salen los hombres con las cosas que en él han adquirido para la otra vida; pero no adquieren sino lo que les ha de perjudicar.

¡Cuántas gentes viven engañadas por una apariencia, pues no es otra cosa cuanto el mundo encierra, hasta que los sorprende la muerte y salen del mundo desprovistos de todo, sin haber tomado de él nada para la vida futura!

Y luego sus bienes se distribuyen entre quienes no se los agradecen, o van a parar a quien no los necesita. Tú considera de qué cosas te gustará después echar mano y tenerlas siempre presentes delante de ti, hasta que salgas para la otra vida; y considera igualmente qué es lo que entonces te desagradará haber llevado contigo, cuando hayas de comparecer ante Dios, y esfuérzate ahora en cambiar todo cuanto puedas. Y no vayas tras de unos artículos de mala calidad, que han sido causa de que otros se arruinen; antes bien, espérate a que pasen lejos de ti.

Príncipe de los Creyentes. Abre tus puertas a las gentes, facilítales el acceso hasta ti y presta tu apoyo al oprimido.

Se presentó un hombre a un rey y éste lo recibió con malas formas. Entonces le dijo el hombre:

— Tú haces lo mismo que el cielo, que truena y relampaguea cuando está a punto de producir la lluvia bienhechora.

Se apaciguó la cólera del sultán y lo atendió con benevolencia.

Deseaba Almanzor Benabiámir, rey del Andalus, adquirir una tierra perteneciente a una fundación piadosa, dando en cambio algo que valía más que ella.

Convocó en su palacio a los alfaquíes, para que dictaminaran sobre el caso; pero ellos informaron que no era legalmente permitido hacer lo que el sultán pretendía.

Irritado éste, les envió uno de sus ministros, hombre conocido por su carácter arrebatado y violento, el cual les reconvino en estos términos:

— El Príncipe de los Creyentes dice que sois maestros de maldades; gentes que os consideráis con derecho a los bienes de los demás; que os coméis las haciendas de los huérfanos, valiéndoos de medios reprobables; falsos testigos, que aceptáis los presentes del soborno, que arruináis a los litigantes, que hacéis prevalecer la iniquidad; embrolladores de asuntos, que interpretáis acomodaticiamente los textos sagrados, para apoyar en ellos la satisfacción de vuestras concupiscencias y de vuestros odios y para adaptarlos a vuestro modo de ver las cosas.

Él, ¡Dios lo guarde!, está desde hace tiempo infor-

mado de vuestras prevaricaciones y de la deslealtad con que procedéis en los encargos que se os confían; pero hace como si no lo viese y lo tolera; y cuando ha tenido necesidad de una sutileza de vuestro ingenio, para una cosa que le precisaba, una sola vez en su vida, no facilitáis la solución de lo que él desea.

No sospechaba él esto de vosotros. Mas, ¡por Alá!, que se os pondrá enfrente, sacará a luz vuestras ocultas mañas y os desenmascarará ante el islam.

Así que acabó de lanzarles semejante diatriba, le contestó uno de ellos, anciano de pocas energías, diciéndole:

— Nos arrepentimos ante Dios de lo que el Príncipe de los Creyentes nos acusa y le pedimos perdón.

Pero el jefe de la corporación, Mohámed, hijo de Ibrahim, hijo de Hayuya, hombre enérgico y decidido, increpó al que así había hablado, diciéndole:

— ¿De qué nos vamos a arrepentir, viejo malvado? Nosotros no nos adherimos a tus protestas de arrepentimiento.

Y encarándose con el visir, añadió:

— ¡Qué mal mensajero eres! Todo cuanto nos atribuyes de parte del Príncipe, es absolutamente aplicable a vosotros, los que estáis a su inmediato servicio. Vosotros sois los que os coméis las haciendas de las gentes, sin provecho para ellos, y consideráis lícito el oprimirlos sin razón; los que los priváis, poco a poco, de sus medios de vida, arrebatándoselos como precio de vuestro soborno y de vuestra prevaricación; los que queréis la tierra sin derecho.

Y esto no se puede decir de nosotros, pues no hay muestra de consideración que el pueblo no nos prodigue,

a no ser ciertas personas de dudosa piedad. Porque nosotros somos guía para marchar por el camino de la salvación y antorcha que ilumina la oscuridad; por nosotros está defendido el islam; de nosotros se aprende a distinguir lo lícito de lo ilícito, y por nosotros tienen eficacia las leyes; por nosotros logran su adecuado destino las herencias, son valederos los derechos, se impide el derramamiento de sangre y se legitima la unión sexual.

Si, pues, esto es así, ¿por qué, cuando nuestro señor, el Príncipe de los Creyentes, se ha irritado contra nosotros, por una cosa en la que no hemos faltado, y llevado de su enojo ha dicho lo que haya dicho, por qué, repito, no has usado tú de más moderación al darnos su recado, empleando formas de expresión menos duras e insinuándonos indirectamente su enojo, a fin de que nosotros nos diésemos cuenta, por tus palabras, de lo que el sultán desea, y así pudiéramos responderle en la forma que procede?

Tú debías haber calmado al sultán y no haber publicado lo que en secreto pasó, ni habernos insultado con las manifestaciones que has hecho. Porque nosotros sabemos muy bien que el Príncipe de los Creyentes no persistirá mucho tiempo en esa opinión que tiene de nosotros ni está persuadido de que ésa sea nuestra condición, sino que pronto modificará su juicio, para honra y dignificación nuestra. Porque si nosotros fuésemos para él todo lo que tú nos has atribuído (¡líbreme Dios de sospecharlo!), sería nulo todo cuanto el sultán ha hecho y decretado desde el principio de su califato hasta ahora, puesto que no tiene valor legal ningún tratado de guerra ni de paz, ni contrato alguno de compra, de venta, de dote, de fundación piadosa, de legado, de emancipación ni de

otra especie, que él haya hecho, sino mediante nuestro dictamen y testimonio.

Esto es cuanto tenemos que decirte. Que la paz sea contigo.

Luego se levantaron y se marcharon, y cuando ya estaban para llegar a las puertas de palacio, encontráronse con unos emisarios que iban a llamarlos.

Penetraron en palacio, siendo recibidos con muestras de gran consideración por los ministros, que ensalzaron su calidad, les dieron todo género de satisfacciones por lo que les había ocurrido con su compañero, y les dijeron:

— El Príncipe de los Creyentes os pide que lo dispenséis por la violencia de su arrebato de cólera y busca en el Señor un refugio contra Satanás maldito y sus añagazas que lo han arrastrado a trataros con dureza. Os hace saber que lamenta lo que ha hecho con vosotros y que os juzga merecedores de las mayores consideraciones y de que se respeten vuestros derechos. Ha ordenado que se os entregue a cada uno un donativo y un vestido, como prueba de lo satisfecho que está de vosotros.

Hicieron oración por el sultán, tomaron lo que había mandado que les diera y se fueron triunfantes, sin que les hubiera ocurrido mal alguno.

Vió en cierta ocasión Málic Bendinar a Almohálab Benabisofra, que iba arrastrando la cola de su túnica, orgulloso de las vestimentas que, por presunción, acostumbraba llevar, y le gritó:

— Quítate esas ropas.

— ¿Pero es que no me conoces? — preguntó Almohálab.

— Sí te conozco — respondió Málic —. Tu origen ha sido una gota de semen inmundo y tu fin será una nauseabunda carroña; y tú, en lo [30] que media entre tu principio y tu fin, vas cargado de excrementos.

Cuentan que dijo un hombre a Obaidala el Omarí:

— ¡Mira! Ese es Harún Arraxid, que está dando las vueltas a la Caaba y le han desalojado la carrera para que nadie le estorbe.

— ¡Que Dios no te otorgue bien alguno de mi parte! — exclamó Obaidala —, porque haces que me preocupe de lo que no me importa.

Luego se aproximó a Harún, lo llamó, y éste, al oírlo, le contestó:

— Heme aquí, tío mío.

Le dijo éste:

— ¿Cuántas son las criaturas de Dios que aquí ves?

— Sólo Dios es capaz de contarlas — respondió Harún.

— Pues tú, ser humano, sabe — prosiguió Obaidala — que a cada uno de ellos le serán pedidas cuentas de lo que a su persona exclusivamente atañe; pero a ti se te exigirán de todos ellos. Considera, pues, cómo te vas a ver.

Echó Harún a llorar y se sentó, y le tuvieron que dar, uno tras otro, varios pañuelos para secarse las lágrimas.

Siguió hablándole, y, entre otras cosas, le dijo:

— Si al hombre que inconsideradamente se lanza a derrochar su propia hacienda es justo que se le ponga un freno, ¿qué habrá que hacer con quien procede de ese modo con el dinero de los musulmanes?

Y se cuenta que, después de aquello, decía Harún:

— Yo habría querido hacer la peregrinación todos los años; pero me ha hecho abstenerme de ello Obaidala el Omarí.

Se cuenta que se presentó Alhasán, hijo de Mohámed, hijo de Alhosáin, a Omar, hijo de Abdelaziz, y le habló así:

— En tres clases de gentes se cifra la verdadera piedad.

— ¿Y cuáles son?, descendiente del linaje del Profeta, enviado de Dios — preguntó Omar, hincándose de rodillas.

— Pues — contestó Alhasán — aquel que, cuando está satisfecho, no lo impulsa su satisfacción a realizar nada que no deba; aquel que, si se enoja, no se deja arrastrar por la cólera más allá de lo justo; y aquel que, pudiéndolo hacer, no se apodera de lo que no le pertenece.

Cuando subió al trono Omar, hijo de Abdelaziz, llegaron ante él representaciones de las distintas comarcas. Comparecieron los de Hichaz y se adelantó a hablar un muchacho de muy pocos años que venía con ellos.

Al verlo Omar, le dijo:

— Que hable alguien de más edad que tú.

Y replicó el muchacho:

— ¡Dios conserve con salud al Príncipe de los Creyentes! El hombre es lo que es, por razón de sus dos cosas más pequeñas, a saber: su corazón y su lengua. Desde el momento en que el Señor otorga a uno de sus siervos una lengua que pronuncia palabras y un corazón que retiene las ideas, ya tiene derecho a hablar, y que juzgue su mérito el que oiga su discurso. Si la autoridad depen-

diera de los años, seguramente que habría en el pueblo quien sería más merecedor que tú del puesto que ocupas.

— Tienes razón — repuso Omar —. Dí lo que tengas que decir.

Prosiguió el muchacho:

— Nosotros somos una embajada de felicitación, no de pésame. Hasta ti venimos con motivo de la merced que el Señor nos ha dispensado contigo. No nos mueve a acudir a tu presencia ni el deseo de conseguir nada ni temor alguno. Por lo que atañe al deseo, no teníamos otro que éste: el de venir a visitarte desde nuestra tierra; en cuanto al temor, tu amor a la justicia nos pone a cubierto de cualquier acto de tiranía por tu parte.

Entonces le dijo Omar:

— Hazme oír avisos edificantes.

Le habló así:

— Guarde Dios al Príncipe de los Creyentes. Si ha habido gentes que, por confianza excesiva en la indulgencia del Señor y en la amplitud del plazo de su vida, y seducidos por las alabanzas de los demás, han desviado sus pasos del buen camino y han sido arrojados al infierno, que a ti no te extravíe la confianza en la divina misericordia, ni en la mucha duración de tu vida, ni en la multitud de los elogios que las gentes te prodigan, porque resbalarán tus pies e irás a hacer compañía a aquellos que moran en la mansión del fuego. Que Dios no te coloque entre ellos y que te sitúe entre los santos varones de este pueblo.

Terminó con esto el muchacho, y Omar le preguntó qué edad era la suya. Tenía once años.

Luego quiso saber quién era, y averiguó que era uno de los hijos de Alhosáin, hijo de Alí Benabitálib.

Quedóse Omar pensativo y después recitó estos versos:

«Instrúyete, porque el hombre no nace sabio,
ni el que posee la ciencia es lo mismo que el ignorante.
Si el personaje principal del pueblo no es hombre ilustrado,
queda muy empequeñecido cuando las gentes recurren a él.»

Algo parecido a esto se cuenta de El Atabí, que era un hombre muy descuidado en el vestir, y como le preguntaran:

— ¿Por qué no llevas mejores ropas?

Respondió:

— Al hombre solamente lo realza su cultura y su talento, no los adornos y el ropaje. Ofende al Señor el que se complace de que lo ensalcen por su compostura exterior y su elegancia. ¡Por Alá, que esto no debe ser así!; tanto, que lo que más dignifica al hombre son sus dos cosas más pequeñas, a saber: la lengua y el corazón; y lo que lo realza, sus dos cosas más grandes, a saber: su reflexión y su entendimiento.

Se presentó Damra, hijo de Damra, que era un hombre perspicaz y de gran inteligencia, al rey Almóndir, hijo de Almóndir.

Mirándole éste desdeñosamente, a causa de su pequeñez, le dijo:

— Más vale escuchar que ver a ciertas personas experimentadas.

— ¡Dios libre de mal al soberano! — exclamó Damra —. Las personas no son reses destinadas a que las degüellen, para vender su carne. Del hombre hay que fijarse sólo en sus dos cosas más pequeñas, a saber: su corazón

y su lengua, y en si, cuando habla, habla con claridad, y cuando combate, lo hace con bravura. Al hombre no se le mide por cahices, ni se le pesa con romana.

Y Almóndir quedó admirado de sus palabras.

Se cuenta que Ruh, hijo de Zimbaa, iba de camino para la Meca, con un grupo de gente que le acompañaba, en un día de gran calor. Hicieron alto; plantaron las tiendas y los umbráculos y les fué servida la comida, acompañada de bebidas frescas. Cuando se disponían a comer se les presentó un pastor, a quien invitó Ruh a que les hiciera compañía; pero el pastor rehusó, diciendo que ayunaba.

— ¿En un día de tanto calor como hoy? — le preguntó.

— ¿Es que voy a dejar que mis días trascurran en balde? — replicó el pastor.

— Tú, que eres un pastor, eres avaro de tus días, al paso que los desperdicia Ruh, hijo de Zimbaa — repuso éste.

Se presentó un beduíno a Suleimán, hijo de Abdelmélic, y le habló así:

— Príncipe de los Creyentes, te voy a dirigir unas palabras, que habrás de escuchar con paciencia, aunque te desagraden, porque tras ellas está lo que tú deseas alcanzar.

— Habla, pues — díjole Suleimán.

— Voy a desatar mi lengua — prosiguió el beduíno — para una cosa, en la que las lenguas de los demás han enmudecido, y así cumpliré con lo que al Señor se debe y lo que a tu salvación importa: Estás rodeado de

unas gentes que han adoptado un proceder muy perjudicial para sus almas, porque compran tu bien temporal al precio de su salud espiritual, y tu complacencia, [31] a costa del enojo del Señor. Te temen a ti, por causa del Señor, y no temen al Señor por causa tuya. No te procures el bienestar en el mundo a cambio de tu ruina en la vida futura. Nadie se considerará tan defraudado el día del juicio, como el que ha vendido su vida futura por el bien temporal de otro.

Contestó Suleimán:

— Lealmente me has aconsejado, y confio en que Dios me ayudará en el desempeño del cargo que me ha confiado; pero en verdad que has desenvainado tu lengua, cual si fuese una espada.

— Así es, Príncipe de los Creyentes — repuso el beduíno —; pero ha sido en favor tuyo, no contra ti.

Refiere Benabioruba que, yendo Alhachach en peregrinación, acampó junto a una fuente, entre Meca y Medina. Pidió el desayuno, y encargó al mayordomo que buscara alguien que comiera con él, y a quien consultarle acerca de cierto asunto.

Miró el mayordomo por los alrededores del monte y topó con un pastor que estaba durmiendo entre dos corderos. Le dió con el pie, diciéndole:

— Ven con el Emir.

Se fué donde estaba, y al presentarse le dijo Alhachach:

— Lávate las manos y ponte a almorzar conmigo.

— Estoy ya invitado — respondió el pastor — por quien vale más que tú, y he aceptado.

— ¿Y quién es? — preguntó el Emir.

— El Señor, que me ha invitado a que ayune, y ayuno.

— ¿Con este calor tan fuerte?

— Sí — respondió el pastor —. Ayuno para un día en que será el calor más fuerte que ahora.

— Pues quebranta hoy el ayuno, y mañana ayunarás — insistió Alhachach.

— ¿Tú me garantizas que mañana aún viviré? — preguntó el pastor.

— Eso no puedo yo hacerlo — respondió el Emir.

— Pues entonces, criatura mortal, ¿cómo pretendes nada de mí para una fecha hasta la cual no puedes hacerme llegar?

— Porque es una buena comida.

— El que sea buena no se debe a ti ni a tu cocinero; la comida es siempre buena cuando hay buena salud.

Cuando hizo la peregrinación Harún Arraxid, envió a Málic Benanas una bolsa que contenía quinientos dinares. Una vez que hubo terminado sus devociones, regresó por Medina y envió a decir a Málic:

— El Príncipe de los Creyentes desea que te traslades con él a Bagdad.

Contestó Málic al emisario:

— Dile que la bolsa está todavía con su precinto y que el Enviado de Dios dijo: "Mejor es Medina para ellos, si discurrieran.....„

Cuenta Uahb, hijo de Monábih, que un rey exhortaba a las gentes a que faltaran a los preceptos divinos y los obligaba a comer carne de cerdo. Trajeron ante él un

hombre, que era de los más virtuosos de su tiempo. Comprendiendo la gente que se hallaba en una situación muy comprometida, temieron las consecuencias que le habían de sobrevenir si no accedía a comer, y le instaban a que comiera la carne del cerdo; pero él no lo hizo. Compadecido el jefe de la guardia del rey, le dijo:

— Voy a traerte un cabrito para que lo degüelles, de modo que puedas comer de él sin pecar, y cuando pida el rey carne de cerdo, yo traeré el cabrito.

Lo hizo así: llevaron al hombre ante el rey, y éste mandó traer carne de cerdo. Conforme a lo convenido, le trajeron el cabrito, y al mandarle el rey que comiera, rehusó hacerlo. El jefe de la guardia hacíale señas que comiera, mas él se abstuvo de comer. En vista de ello, mandó el rey al jefe que le diera muerte.

Cuando lo llevaba al suplicio le preguntó:

— ¿Por qué no has querido comer, siendo carne de la que tú mismo has degollado? ¿Es que sospechabas, acaso, que yo te hubiese traído de otra?

— No — respondió —. Mas, no obstante, he temido que la gente llegue a pecar por causa mía, pues si alguien se resiste a comer carne de cerdo, le dirán: "Pues Fulano la comió."

Y seguirán mi ejemplo, y yo seré la causa de su acto impío.

Y le dieron muerte [1]. ¡Dios tenga misericordia de él!

Cuentan que Omar Benaljatab dijo a Caab el Ahbar:

— Inspírame el temor de Dios.

[1] Suplicio de Eleázaro en Jerusalén, por orden del gobernador de aquella ciudad, en tiempo de Antíoco. *Macabeos*, lib II, cap. VI, 18 a 31.

— ¿Pero no tienes ya el Libro de Dios y la Zuna del Profeta, para que te lo hagan sentir? — repuso Caab.

— Sí lo tengo, mas no importa; seas tú quien me lo infunda.

— Pues bien — dijo — : Príncipe de los Creyentes, practica todas las buenas acciones que un hombre por sí solo puede realizar, pues si en el día del Juicio hubieras llevado a cabo las buenas obras de setenta profetas, aún las estimarías en poco, a la vista de las cosas que allí has de presenciar.

Bajó la cabeza Omar y se estuvo callado un largo rato. Salió después de su abstracción y dijo a Caab que continuara.

Este prosiguió:

— Príncipe de los Creyentes, si se abriera en el infierno un boquete de las dimensiones de una nariz de toro, por parte de Oriente, y hubiera un hombre situado al Occidente, en la parte opuesta, le hervirían los sesos y fluirían como un líquido, de tanto calor.

Volvió Omar a inclinar la cabeza; después la levantó y le dijo que siguiera.

— Príncipe de los Creyentes — añadió — . Si el infierno lanzara una bocanada de fuego el día del Juicio, no quedaría ni un solo ángel de los que están cerca de Dios, ni profeta alguno enviado suyo, que no cayese de bruces sobre sus rodillas. Hasta el mismo Abraham, el amigo del Misericordioso, caería, exclamando:

— ¡Señor! No te pido hoy otra cosa que la salvación de mi alma!

Solicitó Abudahmán una entrevista con un emir, y éste, al principio, no quiso recibirlo; pero después

accedió, y, así que estuvo Abudahmán ante él, le hablo así:

— Esta autoridad que ha venido a tus manos estuvo antes en manos de otros, y otras manos, ¡por Alá!, habrán de recibirla nuevamente, tanto si es un bien, como si es un mal. Trata, pues, con cariño a los devotos, mostrándoles rostro afable y dulzura en el trato, y dándoles facilidades para llegar hasta ti, pues el amor a los siervos del Señor está estrechamente ligado con el amor a El mismo, y el aborrecimiento hacia ellos, con el aborrecimiento al Señor, por ser ellos los testigos del Señor sobre sus criaturas.

Presentóse Mohámed Benguasía, que fué el principal de los ascetas de su época, a Bilal Benabiborda, emir de Basora, llevando puesto un vestido que no le llegaba más que hasta media pierna.

— ¿Qué extravagancia es ésta? — preguntó Bilal.

Y le contestó Benguasía:

— Vosotros sois los que nos hacéis pasar por extravagantes. Así eran los vestidos de las gentes antiguamente, y nadie más que vosotros ha alargado los vuelos de los vestidos, y ahora entre vosotros lo tradicional resulta una innovación y una rareza. Yo me presenté al soberano de Egipto, Aláfdal Benamiralchiux y, al saludarlo con las frases "la paz sea contigo y la misericordia de Dios y su bendición„, me devolvió su saludo, adecuado al que yo le dirigí, con la mayor afabilidad, prodigándome todo género de atenciones. Me mandó entrar a la sala de audiencia y me ordenó que me sentara. Entonces le dije:

— ¡Oh rey! Puesto que el Señor te ha colocado en lugar tan alto y preeminente, te ha concedido una digni-

dad tan noble y tan ilustre, ha sometido a tu poder a varios de sus reyes, te ha asociado a su autoridad y no le ha parecido bien que haya poder alguno por encima de tu poder, no permitas tampoco que haya nadie más lleno de agradecimiento que tú; si el Señor ha impuesto a las criaturas la obligación de obedecerte, que no haya nadie más obediente [32] que tú para con el Señor. El ha mandado a sus siervos que sean agradecidos; pero el agradecimiento no se demuestra sólo con la lengua, sino también con las prácticas piadosas y las buenas obras. El les ha dicho: "¡Familia de David!, rendidnos acciones de gracias„ [1].

Sábete que esta dignidad real que has alcanzado, no ha llegado a ti sino por muerte de alguien que la tuvo antes que tú, y saldrá de tus manos por lo mismo que ha venido a parar a ellas. Teme, pues, a Dios que confió a tu solicitud este pueblo, porque te pedirá estrecha cuenta, hasta de cosas de tan poca monta, como la hendidura, la película y el filamento que aparecen en el hueso del dátil; así lo da a entender con estas palabras: "¡Por Alá!, que pediremos a todos cuenta de lo que han hecho„; "..... aunque sea del peso de un grano de mostaza, haremos cargo de ello. Basta con que hayamos establecido esta cuenta„ [2].

Y sábete, ¡oh rey!, que el Señor concedió a Salomón, hijo de David, el dominio del mundo entero, con todo cuanto hay en él, y sometió a su autoridad a los hombres, los genios y los demonios, a los pájaros, las bestias feroces y animales de toda especie, y al viento que por

1 Alc., XXXIV, 12.

2 Alc., XV, 92, 93; XXI, 48.

su orden corría, soplando en la dirección que Salomón le indicaba.

Después, lo eximió de la obligación de dar cuenta de todo aquello, diciéndole: "Estos son nuestros dones; otórgalos o rehúsalos, porque no habrás de dar cuenta de ellos„[1]. Pues, ¡por Alá!, que él no consideró aquello como una suerte, como vosotros habríais hecho, ni lo estimó como un beneficio, según vosotros lo habríais estimado, sino que, por el contrario, temió que fuese un medio de arrastrarlo al pecado y una estratagema del Señor, y exclamó: "Esto es un acto de generosidad del Señor, para probar si soy agradecido o ingrato„ [2].

Franquea, pues, tus puertas; facilita el acceso hasta ti, y ampara al oprimido, y que Dios te preste su ayuda para salir con bien de la carga que ha echado sobre ti, y te haga servir de asilo para el desvalido y refugio para el temeroso.

Aquí puse término a la entrevista, diciendo, por último:

— Has subyugado todo el país, desde Oriente a Occidente, y no elegiré ningún otro Estado, sino éste, para casarme y tener en él mi descendencia. Después recité este verso:

«Demasiado suspicaces son las gentes, para alabar a un hombre
antes que en él no vean indicios de bondad.»

Escribió un sabio a otro:

"Voy a preguntarte tres cosas, y si me respondes a ellas, me haré discípulo tuyo: ¿Quiénes son las personas más dignas de lástima? ¿Cuándo se echa a perder el go-

1 Alc., XXXVIII, 38.
2 Alc., XXVII, 40.

bierno de una nación? ¿Con qué medios se alcanza la gracia divina?„

Y aquél contestó:

"Los más dignos de lástima son tres clases de gentes, a saber: el hombre piadoso que se halla junto a un sultán tirano, porque constantemente está viendo y oyendo cosas que le hacen sufrir; el hombre inteligente sujeto a la dirección del necio, porque pasa el tiempo en continua indignación, y el hombre generoso necesitado del ruin, que se ve sin cesar humillado y escarnecido.„

"Se perturba el gobierno de los pueblos, cuando el consejo acertado está en aquel a quien no se le da oídos, cuando las armas están en mano de quien no las emplea, y el dinero en poder de quien no lo gasta.„

"Se alcanza la gracia del Señor, con la mucha gratitud a sus beneficios, con la sumisión a sus preceptos y con el alejamiento del pecado.„

Y aquel sabio se hizo discípulo suyo hasta que murió.

Cuenta Yahya, hijo de Said, que yendo en peregrinación Suleimán, hijo de Abdelmélic, con Omar, hijo de Abdelaziz, cuando llegaron a lo alto de la colina de Asfán se puso Suleimán a contemplar las tiendas que habían instalado para él, y preguntó a Omar:

— ¿Qué te parece?

— Me parece — respondió — una multitud inmensa, una parte de la cual se come a la otra, y tú eres el responsable de todos ellos y el que de ellos ha de dar cuenta.

Mientras hablaban salió de entre las tiendas un cuervo volando, con un hueso descarnado en el pico y dando graznidos.

— ¿Qué dirá este cuervo? — preguntó Suleimán.

— Eso no lo sé; pero, si quieres, te explicaré una cosa, de la que estoy bien cierto.

— Dímela.

— Este cuervo, que ha salido volando desde tus tiendas, lleva en el pico un hueso descarnado, del que tú habrás de dar cuenta y acerca del cual se te preguntará por dónde ha entrado y por dónde ha salido.

— Verdaderamente me has informado de una cosa bien curiosa — dijo Suleimán.

— Pues, si quieres, aún te haré observar otras más interesantes.

— Dílas.

— El que sabe que hay Dios — prosiguió — , ¿cómo se rebela contra El? El que sabe lo que es el demonio, ¿cómo le presta obediencia? Y quien tiene la certeza de que la muerte le ha de sobrevenir, ¿cómo encuentra goces en esta vida?

— Has conseguido que sienta pesar por hallarme en la situación en que me hallo — replicó Suleimán, y fustigó su caballo, alejándose de aquel punto.

Cuentan que iba Bilal Benabiborda, emir de Basora, acompañando un entierro, y vió un grupo de gente parada. Preguntó qué era aquello y le dijeron que era Málic Bendinar que estaba echándoles un sermón. Envió entonces Bilal a un criado que le acompañaba con el siguiente recado: "Anda y dí a Málic que suba conmigo al cementerio.„

Al darle el criado el recado, empezó Málic a decir a gritos:

— No tengo yo ninguna necesidad de él, ¿y voy

a ir a buscarlo? Si necesita algo, que venga donde yo estoy.

Así que acabaron de enterrar al muerto, se dirigió Bilal con su acompañamiento al corro de gente que había con Málic. Al llegar ya cerca se apeó, y lo mismo hicieron los que iban con él. Aproximóse después al corro, andando, y tomó asiento entre las personas que lo formaban.

En cuanto lo vió Málic, se quedó callado, y como se prolongara su silencio, le dijo Bilal:

— ¡Oh Abuyahya! Reavívanos el recuerdo [de la vida futura].

— Nada olvidaste que yo deba recordarte.

— Pues entonces, cuéntanos algo.

— Eso sí, con mucho gusto: Llegó a Basora uno de los emires que aquí gobernaron antes que tú, y se murió. Lo enterramos; después llevamos un etíope y lo enterramos a su lado, y, ¡por Alá!, que no sé cuál de los dos era más honorable a los ojos de Dios.

A esto contestó Bilal:

— ¿Sabes, Abuyahya, a qué se debe que seas tan descarado conmigo y que yo me tenga que callar?..... A que no comes absolutamente nada de mis dineros. Como hubieras tomado algunos, no te descararías conmigo de ese modo.

¿Acaso no encierra este relato una enseñanza? ¡Guardaos de los dineros de los que mandan!

Conversando Benxihab con Algualid, hijo de Abdelmélic, le dijo éste:

— ¡Qué sentencias tan interesantes del Profeta me comunicaron en Siria!

— ¿Cuáles fueron? — preguntó.

[33] — Que..... "cuando el Señor confía a uno de sus siervos el cuidado de una grey, le anota las buenas obras y no le pone en cuenta las malas acciones„.

— Pues no dijeron la verdad — replicó Benxihab —, porque, ¿quién estará más cerca de Dios, un califa que es profeta o uno que no lo es?

— Indudablemente, un califa que es profeta — respondió Algualid.

— Pues te voy a citar un texto que no te dejará duda alguna acerca de esta cuestión. Dijo el Señor a su profeta David: "¡Oh, David! Te hemos instituído como representante nuestro en la tierra; por lo tanto, juzga a los hombres con equidad, sin dejarte arrastrar por la pasión, porque ella te apartará del camino trazado por Dios, y los que se desvían de este camino sufrirán tremendos castigos por haberse olvidado del día de la rendición de cuentas„ [1]. Pues bien, ¡Príncipe de los Creyentes! Si así amenaza el Señor a un representante suyo que es profeta, ¿qué crees tú que hará con un califa que no lo sea?

— En verdad que estas gentes — contestó Algualid — nos han apartado de nuestra verdadera creencia.

Según refiere Ziyad, contó lo siguiente Málic Benanas:

— Nos envió a llamar Abucháfar a mí y a Abentaús, y lo encontramos sentado sobre unos cojines superpuestos, teniendo ante sí extendida la plancha de cuero que se utiliza para ejecutar a los reos, y de pie, unos guardias con las espadas desenvainadas, en disposición de cortar cabezas.

1 Alc., XXXVIII, 25.

Nos indicó por señas que nos sentáramos; lo hicimos, y estuvo un largo rato sin ocuparse en nosotros. Luego alzó la cabeza, y dirigiéndose a Abentaús, le dijo:

— Explícanos alguna tradición del Profeta, que hayas sabido por conducto de tu padre.

— Con mucho gusto — respondió — . Yo oí contar a mi padre que dijo el Profeta: "El que más duros castigos sufrirá el día del juicio es el hombre a quien el Señor ha hecho partícipe de su poder, y que, contra lo que El ha dispuesto, da oídos en sus sentencias a la injusticia.„

Quedóse Abucháfar callado un rato, durante el cual — dice Málic — me recogí los vestidos, por temor de que se mancharan con la sangre de Abentaús, pues, como continuara Abucháfar abstraído, empecé a sospechar que la situación se ponía muy negra.

Por fin, al cabo de un rato, dijo a Abentaús:

— Dame ese tintero.

Abentaús se abstuvo de hacerlo. Volvió a decirle que se lo diera, y también rehusó, hasta que Abucháfar le preguntó:

— ¿Qué es lo que te impide dármelo?

— Pues el temor de que lo que escribas sea pecado, y resulte yo cómplice del mismo.

Al escucharlo, esclamó Abucháfar:

— Retiraos de mi presencia.

— Eso es lo que deseamos para lo sucesivo — le contestó Abentaús.

Y concluye Málic:

— Desde aquel día estoy recibiendo, sin cesar, noticias de los repetidos favores que Abucháfar dispensa a Abentaús.

Refiere Ahmed, hijo de Abulhaguarí, que oyó un hombre contar lo siguiente a Benasamac:

— Me envió a llamar Harún, y al llegar a la puerta del palacio, me cogieron del brazo dos guardias y me llevaron apresuradamente por los corredores. Llegamos a la puerta de la antesala y allí salieron dos eunucos que me tomaron de manos de los guardias y pasaron conmigo rápidamente por dicha antesala, hasta que por fin llegué al aposento donde él se encontraba. Allí me recibieron otros dos eunucos, los cuales me agarraron y me condujeron precipitadamente a través de la estancia. Pero Harún les ordenó:

— Tratad con más consideración al maestro.

Así que estuve ante él, le dije lo siguiente:

— No me he visto ningún día, desde que mi madre me echó al mundo, tan mal tratado como hoy me veo. Pero tú condúcete con temor de Dios en todo lo que hagas con sus criaturas; acuérdate de Mahoma en tu trato con su pueblo y aconséjate bien acerca de la conducta que has de seguir con tus súbditos, porque con respecto a Dios ocupas un lugar mucho más insignificante que el que yo ahora ocupo con respecto a ti. Vive, pues, temeroso de Dios y ten presente que los castigos y azotes que Dios envía contra los que le ofenden, son tales y cuales.

Y empezó Harún a removerse encima de los almohadones, hasta que descendió al lugar que para hacer la oración tenía allí delante dispuesto.

Entonces dije:

— ¡Príncipe de los Creyentes! Si de tal modo abate la mera descripción, ¿qué abatimiento no producirá el presenciarlo realmente?

Y estuvo a punto de salírsele el alma del cuerpo. Entonces dijo Yahya a los eunucos:

— Echadlo fuera, que está haciendo llorar al Príncipe.

En otra ocasión volvió a entrar, y le pidió Harún que le hiciese oír saludables avisos, en forma breve. Habló así:

— El que te ha colmado de tantos beneficios, bien acreedor es a que ames lo que El ama y aborrezcas lo que El aborrece. Mas, ¡por Alá!, al Señor le es grata una mansión, y tú la odias; y el Señor odia a otra, y tú la tienes en gran estima, como si solamente te propusieras colocarte frente a El o quisieras a todo menos a El.

Sábete, Príncipe de los Creyentes, que si cuanto hay en tus manos hubiese permanecido en poder de quien lo tuvo antes que tú, no habría llegado a ti; pues por lo mismo, tampoco estará siempre en tu poder, como no estuvo en el de quien te precedió.

Príncipe de los Creyentes, desempeña con temor de Dios el cargo que te ha confiado, de representante suyo en la tierra, y cumple los preceptos de Mahoma para con su pueblo.

Se encontró Harún con un ermitaño, lo saludó, y, después de contestar el ermitaño a su saludo, le preguntó:

— Rey, ¿amas a Dios?

— Sí — contestó.

— ¿Y pecas contra El?

— Sí.

— Pues has mentido, al decir que lo amas — replicó el ermitaño —, porque si lo amaras, no lo ofenderías.

Luego se puso a recitar estos versos:

«Pecás contra el Señor y aparentas amarlo;
¡esto es, por vida mía, lo que se dice una cosa extraña!
Si tu amor fuera sincero, serías de seguro obediente,
pues el que ama, siempre obedece al ser amado.
Cada día se renuevan para ti sus favores;
prodígale, pues, tu agradecimiento sin tasa.»

Refiere Zaid, hijo de Aslam, que dijo su padre a Cháfar, hijo de Suleimán, hijo de Abdala, hijo de Abutálib el Haxemí, gobernador de Medina:

— Ten cuidado, no sea que el día de mañana venga un hombre cuyos antepasados no pertenecieron al islam, ni aun su padre ni su abuelo, y sea más amado del Enviado de Dios, como fué la mujer de Faraón más estimada de [34] Noé y Lot que sus propias mujeres, y éstas más estimadas de Faraón que la suya propia. Aquel a quien sus obras le impiden avanzar con rapidez, no le acelera la marcha su linaje; y a aquel cuyas acciones lo impulsan hacia adelante, tampoco su linaje le detiene el avance.

Refiere Bixr, hijo de El Sorrí, que hallándose Alhachach sentado junto al muro que circunda la mezquita de la Meca, llegó un hombre natural del Yemen y se puso a dar las vueltas alrededor del templo. Encargó Alhachach a uno de los suyos para que, cuando acabase de dar las vueltas, lo llevase a su presencia.

Así que terminó, lo llevó ante Alhachach y éste le preguntó:

— ¿De dónde eres?

— Del Yemen — le respondió.

— ¿Conoces a Mohámed, hijo de Yúsuf?

— Sí.

— Pues dame noticias de él.

— Cuando lo dejé — dijo el hombre — estaba muy blanco, con la piel muy fina, grueso, alto, robusto.....

— ¡Basta! — le replicó Alhachach — , que no es eso lo que te pregunto.

— ¿Pues qué es lo que quieres que te diga?

— Algo acerca de su proceder y de su modo de vivir.

Dijo el hombre:

— Pues el más injusto de los procederes y el más indigno modo de vivir. Es el mayor enemigo del Señor y de sus preceptos.

Irritóse Alhachach al oír aquello y exclamó:

— ¡Desgraciado! ¿Pero no sabes que es mi hermano?

— Sí — respondió — . ¿Pero tú no sabes que Alá es mi Señor y que me defiende contra ti con mayor eficacia que tú defiendes a tu hermano?

— ¡Fuera de aquí! — gritó Alhachach. ¡Muchacho! Echalo fuera.

Refiere el Asmaí que le contó un hombre de Medina haber oído relatar lo siguiente a Mohámed, hijo de Ibrahim:

— Estando Abucháfar en Medina, resolviendo un litigio suscitado entre un individuo de la tribu de Coraix y una familia de las que acompañaron al Profeta en su huída, que no pertenecía a dicha tribu, le indicaron que propusiera como mediador a Benabidib.

Preguntó a éste Abucháfar:

— ¿Qué dices de la familia tal?

— Que son los más malos de un linaje de malvados.

— Interrógale ahora, Príncipe de los Creyentes, acer-

ca de Alhasán, hijo de Yazid (era el gobernador que él tenía puesto en Medina).

— ¿Qué dices de Alhasán? — le preguntó Abucháfar.

Y contestó Benabidib:

— Que se deja arrastrar por la cólera y juzga con pasión.

— ¡Por Alá! — exclamó Alhasán —, que si le preguntas acerca de ti mismo, Príncipe de los Creyentes, te acusará de alguna iniquidad y te tachará de algo malo.

— Y de mí, ¿qué tienes que decir? — le preguntó el emir.

— Perdóname que no hable — respondió.

— Es preciso que hables — volvió a insistir.

— Pues bien: tú no eres justo para con tus súbditos, ni repartes con equidad.

Alteróse el semblante de Abucháfar, y se levantó Ibrahim, hijo de Mohámed, hijo de Alí, gobernador de Mosul, diciendo:

— Príncipe de los Creyentes, no me exijas responsabilidad si derramo su sangre.

— Siéntate, hijo mío — le contestó Benabidib —, porque no puede quedar impune la sangre de un hombre que confiesa que no hay otro Dios, sino Alá.

Después, modificando el tono de sus palabras, prosiguió Benabidib:

— Dejémonos ahora de esto, ¡oh Príncipe de los Creyentes! He sabido que Dios te ha concedido un hijo que es un santo, en el Irac, es decir, el Mahdí. Pues bien: ¿acaso si yo le hubiese dicho lo que a ti, no es seguro que en penitencia se habría estado ayunando una tan larga jornada como la distancia que nos separa del Irac?

Al terminar de decir esto, se levantó y se marchó; y dijo Abucháfar:

— ¡Por Alá!, que su razón no está muy firme; pero ha dicho lo que le salía del fondo de su alma.

Presentóse Abunásar Sálem, pariente de Omar Benobaida, a uno de los gobernadores del califa, y este gobernador le habló así:

— Están llegando a mí escritos del califa, en los que se me dicen tales y tales cosas que me es preciso ejecutar. ¿Qué te parece que haga?

Contestó Abunásar:

— Antes que las cartas del califa, llegó a ti el Libro de Dios. A aquel de los dos a quien obedezcas, a él pertenecerás.

CAPÍTULO III

Trata de lo que se ha dicho a propósito de los gobernantes y jueces y de los extravíos y peligros a que se hallan expuestos.

DICE el Señor: "¡Oh, David! Te hemos instituído por nuestro representante en la tierra; juzga a las gentes con equidad, sin dejarte guiar por la pasión, porque ella te apartará del camino recto, del camino de Dios„ [1].

Según el comentario del Alcorán, esto de dejarse guiar por la pasión quiere decir que, al comparecer ante ti las dos partes contrarias, te inclines a dar la razón a aquel por quien tienes un interés particular.

Por un hecho de esta naturaleza le fué arrebatado el poder a Salomón, hijo de David. Según refiere Benabbás, lo ocurrido fué que acudieron a él unos parientes de su mujer Cherada, a la que él prefería sobre todas las demás esposas, para que juzgara un litigio que sostenían con otras personas. Quiso Salomón que la resolución fuese favorable a los parientes de Cherada, y sentenció de acuerdo con lo que ellos pretendían. A causa de este hecho lo castigó Dios, por no haber demostrado la misma inclinación a unos que a otros.

[1] Alc., XXXVIII, 25.

A lo mismo dice relación el versículo de los reyes, que el Señor reveló con destino a los que ejercen la autoridad soberana, por los principios generales de gobierno que encierra, principios en los que se funda la duración de los imperios y la subsistencia de los estados.

Dice el referido versículo: "Prestará el Señor su apoyo a quien lo apoye a El contra los impíos. El Señor es fuerte y poderoso„ [1].

Determina después quiénes habrán de ser ayudados, y precisa las condiciones bajo las cuales les concederá su ayuda, diciendo: "Y serán ayudados aquellos que, así que los hemos puesto en posesión de este país, realizan cumplidamente sus prácticas devotas, hacen limosnas, exhortan el bien y prohiben el mal„ [2].

Garantiza, pues, el Señor su apoyo a los reyes, imponiéndoles a cambio, cómo ves, ciertas condiciones.

Por tanto, cuando se derrumban las bases que a los reyes sirven de apoyo, o se reducen los confines de sus imperios, o se les pone enfrente algún enemigo o promovedor de revueltas, o algún pretendiente, o los asuntos presentan un cariz inquietante, o sospechan que hay motivos para que estalle la revolución, en casos tales busquen la protección de Dios y pónganse a cubierto del mal que los divinos decretos habían suscitado contra ellos, cumpliendo fielmente con todo aquello que deben al Señor: implantando la balanza de la equidad, tal como el Señor lo tiene preceptuado para sus siervos; caminando por los senderos de la justicia y del derecho, en los que se apoyan los cielos y la tierra; difundiendo los pre-

1 Alc., XXII, 41.
2 Alc., XXII, 42.

ceptos de la religión [35]; auxiliando al oprimido que se halla en poder del opresor; arrancando al débil de las garras del poderoso; procurando por los pobres y desvalidos y atendiendo a los desamparados y menesterosos, pues han de saber que éste es el modo de cumplir con algo de lo que contienen las cuatro prescripciones que el Señor ha impuesto a cambio de su auxilio.

Se cuenta que dijo el Profeta: "¿Acaso no es cada uno de vosotros un pastor que ha de dar cuenta de su rebaño?„ En efecto, el imam que está al frente del pueblo es un pastor, a quien se pedirán cuentas de los que se hallan bajo su autoridad; el marido es pastor de su casa y responsable de quienes están a su cuidado; la esposa es la pastora de la familia de su marido y de sus hijos y es responsable de ellos; el criado tiene a su cuidado la hacienda de su señor y ha de responder de ella. ¿No es, por lo tanto, cada uno de vosotros un pastor que ha de responder de su grey?

Considera, pues, el Profeta a todo el que vela por el derecho de otro, como un pastor suyo, tomando la palabra *pastor* en el sentido de *guardián*, *vigilante*, porque, si se confía el cuidado de los demás a quien de ellos se aprovecha, el resultado es la ruina.

Ya dijo el poeta:

«Se pone guarda a las ovejas, porque hay que alejar de ellas el lobo;
pero si los guardianes son lobos, ¿qué ocurrirá?»

En el *Sahih*, de Móslem, se hallan las siguientes palabras del Profeta:

— El hombre que, habiéndole sido conferido el poder sobre los musulmanes, no despliegue todo su celo en fa-

vor de sus gobernados, conduciéndose con absoluta rectitud, no entrará con ellos en el paraíso.

Cuenta Maáquil Benyasar que oyó decir al Profeta:

— El hombre a quien el Señor coloca al frente de los destinos de un pueblo, que cuide de dicho pueblo con el mayor interés, pues de lo contrario no aspirará el aroma del paraíso.

Contó Abderrahmán, hijo de Samora, que le dijo el Profeta:

— No pretendas el poder, Abderrahmán, pues si te lo otorgan a petición tuya, quedarás entregado a él; y si te lo dan sin haberlo solicitado, te ayudarán a desempeñarlo.

Trasmite Abuhoraira estas palabras del Profeta:

— Vosotros codiciáis el poder, y el poder lleva en sí motivos de gran arrepentimiento para el día del juicio, porque *si le va bien mientras mama, lo pasa mal cuando la destetan*.

Cuenta Abudsorr que pidió al Profeta le concediese un cargo de autoridad, y el Profeta le respondió:

— La autoridad es un depósito que se recibe y un motivo de pesar y de arrepentimiento para el día del juicio, a no ser para aquel a quien por derecho le corresponde y que, además, cumple con todo aquello a que su desempeño le obliga.

Nos trasmite el Bojarí estas palabras del Profeta:

— Considerad como el mejor de los hombres a aquel

que en más alto grado detesta el ejercicio de la autoridad, hasta el extremo de abominar de ella.

La tradición ha conservado las frases siguientes:

— El que ejerza la autoridad, en cualquiera de sus grados, sobre los musulmanes, y no procure por ellos con tanto interés como lo haría por su propia familia, ya ha tomado posesión de su sitial en el infierno.

Se cuenta que Omar, hijo de Aljatab, envió a llamar a Ásim para confiarle la administración de los bienes de la limosna legal, y que éste rehusó aceptar el cargo, diciendo:

— Oí decir al Profeta que cuando llegue el día del juicio será conducido encima del puente del infierno el que ejerció autoridad en este mundo, y, a una orden del Señor, dará el puente tan fuerte sacudida, que se le saldrán a aquél los huesos todos de su sitio. Después, por mandato del Señor, volverán de nuevo los huesos a sus respectivos lugares, y entonces se le someterá a un interrogatorio. Si ha sido obediente a Dios, le tomará de la mano y, en recompensa, le otorgará dos veces el duplo de su misericordia. Mas si ha sido rebelde, hendirse ha por mitad el puente donde está sostenido, y será precipitado al infierno para setenta otoños.

— Ahora oigo decir del Profeta una cosa que antes no había oído — respondió Omar.

— Pues es cierto — repuso Ásim.

Estaban presentes Salmán y Abudsorr, y añadió el primero:

— Sí, Omar, ¡por Alá!, y a más de los setenta otoños, otros setenta, en una sima llena de fuego abrasador.

Exclamó Omar con la frente apoyada entre las manos:

— ¡De Dios procedemos y a El hemos de volver! ¿Quién será el que acepte el poder, con los peligros que en sí lleva?

— Sólo aquel a quien el Señor ha despojado de escrúpulos y le ha pegado las mejillas contra la tierra — contestó Salmán.

Se cuenta que dijo Benabbás al Profeta:

— Encárgame de un gobierno que me proporcione los medios de mejorar de posición.

Y el Profeta le contestó:

— ¡Oh, tío del Profeta! Mejor será que te ocupes en la salvación de tu alma, que en un gobierno que no has de desempeñar a satisfacción. ¿No os he advertido que el ejercicio de la autoridad es, al principio, fuente de censuras; al medio, causa de arrepentimiento, y al fin, origen de horribles tribulaciones, para el día del juicio?

Nos trasmite Abudaud en su *Sonan* que se presentó un hombre al Profeta y le dijo:

— Enviado de Dios. Mi padre es centurión [1], y te ruego que, cuando él cese, me confíes a mí el cargo.

Y le contestó Mahoma:

— Los que mandan van al infierno.

Cuenta el Sachí, tomándolo de Abusaid el Jodrí, que dijo el Profeta:

1 Dice el texto: عريف على الماء, pero debe ser errata, en vez de عريف على المائة, porque Dozy, *Sup. aux. dit.*, sub عريف, pone la forma que corregimos con la acepción que en el texto se le asigna.

— La persona que más duros castigos sufrirá el día del juicio es el jefe de un pueblo, que ha gobernado tiránicamente a sus vasallos.

Contó el Príncipe de los Creyentes, Alí, hijo de Abutálib, que oyó decir al Profeta:

— No habrá gobernador ni juez que no sea llevado a la presencia de Dios y colocado en el puente del infierno. En aquel punto, los ángeles desplegarán las páginas en que están anotados los hechos de su vida, las leerán en presencia de todas las criaturas y, si ha sido justo, lo salvará el Señor por su justicia; mas si no lo ha sido, dará el puente tal sacudida, que sus miembros todos se disgregarán, yendo a parar los unos a distancia de un año de los otros. Luego, se desplomará con él aquel puente y se encontrará de pronto en el fondo del abismo infernal, cuyos ardores quemarán su rostro.

Contó Moads Benchebel que dijo el Profeta:

— En verdad que quien ejerce la judicatura se desliza hacia el infierno por una pendiente resbaladiza, cuya inclinación es mayor que la distancia desde aquí a Aden.

Contó Aixa que oyó decir al Profeta:

[36] — El día del juicio harán comparecer al juez justo, y se le exigirá una cuenta tan rigurosa de sus sentencias que desearía no haber intervenido entre dos contrarios para resolverles cuestión alguna, aunque ésta fuese de tan poca monta como un dátil.

Contó Alhasán de Basora que llamó el Profeta a Abderrahmán, hijo de Samora, con propósito de confiarle

un gobierno. Pero antes que el Profeta hablara, el otro le dijo:

— Hazme alguna merced, Enviado de Dios.

Y le contestó el Profeta:

— Quédate en tu casa.

Cuenta la tradición que dijo el Profeta:

— ¡Cuántas gentes desearían el día del juicio haber abandonado sus riquezas y no haber ejercido autoridad sobre cosa alguna; y cuántos de los que manejan el dinero de Dios y de su Profeta irán al fuego eterno!

Trasmite la tradición estas palabras del Profeta:

— Hay en mi pueblo dos clases de gentes, que no lograrán mi intercesión el día del juicio: el jefe tiránico y violento y el fanático que se aparta de la ortodoxia.

Dice Abuhoraira:

— No habrá nadie entre los investidos de autoridad, aunque sólo haya sido sobre diez personas, que el día del juicio no sea conducido con cadenas. Sus obras serán las que lo salven o lo pierdan.

Dirigió las siguientes frases Taus a Suleimán, hijo de Abdelmélic:

— ¿Sabes, Príncipe de los Creyentes, quién es el que sufrirá los castigos más crueles el día del juicio? Pues aquel a quien el Señor ha hecho partícipe de su poder y es injusto en sus sentencias.

Se dejó caer Suleimán, llorando, encima del trono, y cuando ya se marcharon los que con él estaban aún no se le había pasado el llanto.

Dijo Hodsaifa Benalyamán:

— Es indicio de que la hora del juicio final se aproxima, el que haya príncipes depravados, falsos ascetas, administradores infieles, ulemas libertinos y ministros tiránicos.

Dice Obaid, hijo de Omair:

— Cuanto más cerca está un hombre del sultán, más lejos está de Dios; cuanto mayor sea el dominio que sobre él ejerzan sus pasiones, más intenso será el fuego que en el infierno lo ha de consumir; y al paso que acrecienta su hacienda, hace también más larga la cuenta que después ha de rendir.

La tradición ha conservado estas palabras del Profeta:

—De cada tres jueces, dos irán al infierno y uno al paraíso; esto es: el que juzga sin poseer los conocimientos necesarios para ello, va al infierno; el que a sabiendas es injusto, va al infierno; el que juzga conforme a derecho, va al cielo.

Han sido trasmitidas estas palabras por Boraida, que las oyó al mismo Profeta.

Refiere Bensirín que se presentaron a Obaida el Salmaní dos muchachos con sus tablitas de ejercicios de escritura [1], para que dijese cuál de ellos lo había hecho mejor. Pero él, sin mirarlas, les contestó:

— Eso es sentenciar, y yo no cargaré jamás con la responsabilidad de sentencia alguna.

1 Los musulmanes se valen, para aprender a escribir, de unas planchitas de madera, sobre las cuales hacen sus ejercicios y copian sus lecciones.

Se presentaron otros dos a Benomar con la misma pretensión y él, mirando sus escritos, les respondió:

— Esto es una sentencia y hay que reflexionar mucho sobre ella.

Trasmiten los autores en sus libros una tradición, que Bendaud consigna en su *Sonan*, según la cual dijo el Profeta:

— Aquel que acepta el cargo de juez, se degüella sin cuchillo.

En las *Noticias de los jueces* se cuenta que llegó uno de ellos a una ciudad y se le presentó un hombre de gran inteligencia y muy piadoso, que le habló así:

— ¿Han llegado a tu noticia las palabras del Profeta que dicen: "Aquel que acepta el cargo de juez se degüella sin cuchillo„?

— Sí — contestó.

— ¿Y te has enterado de que los asuntos del gobierno andan trastornados en nuestra ciudad y de que, al venir a ella, los has de poner en orden?

— No — respondió.

— ¿Es que el sultán te ha obligado a aceptar a la fuerza?

— No — contestó el juez.

— Pues yo te juro — prosiguió el hombre — que no he de poner los pies en ninguna audiencia, ni prestaré jamás declaración alguna.

Se cuenta que Abubéquer el Verídico dijo en uno de sus sermones:

— Cuando el rey es elevado a la dignidad real, lo

priva el Señor del deseo de los propios bienes, fomenta en su corazón el interés por los bienes de los demás y lo impregna de caridad. Debe, por tanto, ambicionar la escasez y aborrecer la abundancia, con alegría que se manifieste al exterior, pero con pena en su interior, porque, cuando su alma muera y su vida se extinga y su sombra se borre, el Señor le exigirá cuentas, y serán terribles los cargos a que ha de responder y muy débiles los descargos.

Se le hablaba del sultán a un beduíno, y éste dijo:

— ¡Por Alá!, que si se han hecho poderosos en el mundo por medio de la injusticia, tropezarán en la otra vida con la justicia, y a cambio de disfrutar de un poco que perece, se conforman con verse privados de un mucho que nunca se acabará. Sólo les vendrá el arrepentimiento, cuando ya les sea inútil.

Refiere Abubéquer, hijo de Abumariam, que yendo en peregrinación un grupo de personas, murió el jefe que llevaban en un paraje despoblado, donde no encontraban agua para lavar el cadáver. Acercóse a ellos un hombre, al cual pidieron que les indicara dónde la habría; pero él les dijo:

— Juradme treinta y tres veces que no hay entre vosotros ningún banquero, ni recaudador de impuestos, ni inspector, ni correo (y, según se dice — añadió — , ni adivino) y os mostraré dónde hay agua.

Juraron las treinta y tres veces y les enseñó dónde la hallarían. Entonces le pidieron que les ayudase a lavarlo, y él les contestó:

— Hacedme otros treinta y tres juramentos sobre lo mismo que antes os he dicho.

Hiciéronlos y les ayudó a lavarlo. Después le pidieron que se encargase de hacer las oraciones por el difunto, y él les dijo:

— No lo haré hasta que me juréis treinta y cuatro veces lo mismo que antes.

Juraron, rezó las preces, y cuando los demás iban a aproximarse a él, no hallaron a nadie; por lo cual pensaron que aquel hombre había sido Aljádir.

Cuenta Benmasud que dijo el Profeta:

— Las personas que sufrirán castigos más crueles el día del juicio serán: el que haya matado a un profeta; aquel a quien un profeta haya dado muerte; el jefe religioso que viva extraviado en materias de fe, y el que atribuya a Dios alguna semejanza.

Refiere Abudsorr que le estuvo diciendo el Profeta por espacio de seis días:

— ¡Piensa bien en lo que te voy a decir, Abudsorr!

Por fin, al llegar el día séptimo, le habló así:

— Te recomiendo el temor de Dios, en público y en secreto; que si has realizado el mal, practiques el bien; que no pidas a nadie cuenta de su conducta, si no lo has de castigar; que no tomes a tu cargo ningún depósito ni los bienes de ningún huérfano; y que no juzgues entre dos.

En otra ocasión, le repitió:

— Yo deseo para ti, Abudsorr, lo mismo que para mí deseo; pero veo que estás ciego. No ejerzas autoridad ni aun sobre dos, ni administres hacienda de huérfanos.

Pidió un día el mismo Abudsorr [37] al Profeta que lo nombrara gobernador, y aquél, dándole con la mano en la espalda, le respondió:

— Tú estás ciego, Abudsorr. Eso sería confiarte un depósito, del que habrás de responder, y que acarrea grandes contrariedades y no menor arrepentimiento para el día del juicio, a no tratarse de quien reciba el cargo porque de derecho le pertenezca y que además cumpla debidamente las obligaciones que el cargo impone.

Contó Alí, hijo de Abutálib, que, siendo todavía muy joven, lo envió el Profeta al Yemen, y él le dijo:

— ¿Cómo me envías para ponerme al frente de gentes respetables y personas de edad, siéndome desconocida la ciencia de juzgar?

Contestó el Profeta:

— El Señor guiará tu entendimiento y tu lengua, y cuando comparezcan en tu presencia dos litigantes, no resuelvas en favor del primero hasta que hayas oído hablar al segundo. Así que hayas oído las palabras de éste, sabrás cómo has de juzgar.

Y si alguien pregunta, ¿por qué razón disuadió a Abudsorr de aceptar el cargo de juez y, en cambio, mandó a Alí que lo desempeñara, siendo el cargo tan expuesto a extravíos y habiendo el mismo Profeta enseñado que quien lo acepta se degüella sin cuchillo, aparte de que ese cargo obligaba a Alí a vivir alejado de la presencia del Profeta y privado del placer de su compañía y de instruirse en su doctrina y en los preceptos de su religión y de imitar el ejemplo de sus virtudes? ¿Cuál de estas dos cosas es más meritoria: convivir con el Profeta, estar en su compañía, gozar de su vida, hacer las oraciones

bajo su dirección, o ser juez estando ausente y alejado de él?

A esto respondo que, si no accedió a la pretensión de Abudsorr, fué sin duda por causa de alguna circunstancia que en él concurría, debido a la cual no era apto para ocupar aquel puesto; y, en cambio, con Alí ocurría todo lo contrario. Por eso dice al final: "..... a no tratarse de quien recibe el cargo porque de derecho le pertenece, y que, además, cumple debidamente las obligaciones que el cargo le impone.„

Con esto quiere darse a entender que aquel que reúne las condiciones que la dignidad de juez exige y es capaz de salir airoso en el desempeño de su cometido, no cae dentro de la abstención que se recomienda.

Una de las cosas que revelan la incapacidad para el cargo es el hecho de pretenderlo, sin reparar en las consecuencias que lleva consigo.

El Señor califica de insensato a quien se esfuerza por lograr el depósito de la fe con estas palabras: "Hemos ofrecido el depósito de la fe a los cielos, a la tierra y a los montes y han rehusado encargarse de él, han temido recibirlo. Se ha encargado de él el hombre y se ha hecho injusto e insensato„ [1]. Es decir: injusto para su alma, por la poca consideración que con ella ha tenido al exponerla a los peligros que en sí lleva el cargo, e insensato, por no meditar las consecuencias que del ejercicio de la autoridad se derivan.

La prueba de que esta interpretación es exacta se halla en las mismas palabras del Profeta: "De cada tres jueces, dos van al infierno y uno al paraíso: el que conoce

1 Alc., XXXIII, 72.

el derecho y juzga conforme a él, va a la gloria; el que conoce el derecho y no se atiene a él para juzgar, siendo injusto en sus sentencias, va al fuego; y el que sin conocer el derecho se pone, ignorantemente, a juzgar a las gentes, va al fuego.„ A mi modo de ver, estos dos no son indicados para desempeñar el oficio de juez: el uno, por su maldad y su injusticia, y el otro, por su ignorancia.

La ignorancia de los hijos de Israel puso tacha a Saúl, diciendo: " ¿Cómo va a tener autoridad sobre nosotros, siendo nosotros más dignos que él de ejercerla? Ni aún tiene la ventaja de poseer riquezas„ [1].

Censuraban, pues, en él dos circunstancias, a saber: la de no ser de estirpe real y la pobreza; pero uno de sus profetas les dijo:

— El Señor lo ha preferido a vosotros, y la señal de que lo eligió ha sido el otorgarle los dones de la sabiduría y de la fortaleza.

Puntualiza, pues, claramente que los gobernadores y príncipes han de reunir ciertas condiciones, y que necesitan sabiduría para disponer y energía para hacer cumplir las órdenes, en contra de lo que creían los hijos de Israel.

Por lo que se refiere a tu pregunta de qué es más meritorio, si ser juez viviendo alejado del Profeta, o vivir en su compañía y estar en su presencia, mi respuesta es que los mandatos del Enviado de Dios son obligaciones imprescindibles, cuyo incumplimiento constituye pecado; mientras que el vivir en su compañía es cosa, sin duda, apetecible, cuando ha sobrevenido la separación; pero si no se puede realizar, no hay en ello pecado alguno.

1 Alc., II, 248.

De aquí se infiere que si designó a Alí para juez, fué porque la judicatura le convenía más que el vivir al lado del Profeta, a causa de ser Alí el destinado por Dios para trasmitir a las gentes la ley que al Profeta había revelado, como representante suyo para eso en la tierra. Y la prueba de ello es que el Profeta afirmó que merece la gloria el juez que juzga con equidad.

CAPÍTULO IV

Trata de la sabiduría de Salomón, hijo de David, de su modo de solicitar el poder y de su pretensión de que no fuese concedido a nadie después de él.

DIRIGIÓSE Salomón al Señor en estos términos: "Concédeme un poder tal que después de mí nadie llegue a alcanzarlo„ [1].

Pidió, pues, el poder, y a su petición añadió que no fuese concedido a nadie después de él un poder semejante.

De tales palabras se desprende, al parecer, que Salomón había dado oídos a la ambición; pero este versículo ha sido interpretado de diferentes maneras.

Según una de dichas interpretaciones, no hizo semejante petición, sino después que habiéndolo Dios desposeído de la dignidad real, volvió a concedérsela de nuevo, y como adquiría el poder por segunda vez, su solicitud equivalía a decir:

— Este poder que nuevamente me otorgas, concédemelo de modo que no dé origen a mi rebeldía contra Ti y tengas que arrebatármelo para castigarme [2].

1 Alc., XXXVIII, 34.

2 Según la creencia musulmana, Salomón fué desposeído de su

Así lo demuestra el haber principiado pidiendo perdón, pues el versículo dice: "Señor, perdóname y dame un poder.....„, es decir, un poder, a causa del cual yo no peque contra Ti y me castigues. Confírmase que esto es exacto en las siguientes palabras del Señor: "Estos son nuestros dones; concédelos, pues, o rehúsalos, ya que no te será pedida cuenta alguna de ellos„ [1]; que es como si contestara a su ruego diciéndole: *Procede como quieras, pues no por eso incurrirás en responsabilidad;* o como si dijera: *Si concedes, te recompensaré, y si rehusas, no por eso te sobrevendrá ninguna contrariedad.*

Este caso se dió única y exclusivamente en favor de Salomón; pero no con ningún otro de los hijos de Adán, fuera de él, porque a todos los demás les ha dicho Dios: "¡Por tu Señor!, que exigiremos a todos, sin excepción, cuenta de lo que han hecho„ [2].

Por lo que se refiere a las frases "..... que no llegue a alcanzarlo nadie [38] después de mí„, su sentido es: *No me lo arrebates en lo que me resta de vida, para que vaya a parar a manos de otro, como me lo arrebataste anteriormente.*

poder en castigo de una falta cometida contra el Señor. Después, expiada la culpa, le fué restituída la autoridad, con todo el poderío de que anteriormente disfrutaba.

Su poder residía en el anillo que llevaba puesto; pero una de las veces que se lo quitó se apoderó de él un demonio, el cual adoptó exteriormente el mismo aspecto de Salomón y suplantó la personalidad de éste, gobernando y sentenciando como si fuera el propio Salomón, durando esta situación hasta que Salomón recuperó su anillo y juntamente su autoridad.

1 Alc., XXXVIII, 38.

2 Alc., XV, 92, 93.

Otros dicen que quiere significar: *No concedas poder sobre mí a ningún demonio, como antes lo hiciste.*

Otros lo interpretan en el sentido de que él pretendía aquello tan sólo para tener una prueba de que había sido perdonado y de que su penitencia había sido aceptada por Dios. Y cuando sus palabras fueron escuchadas, comprendió que había alcanzado el perdón.

Según otros, lo pidió para que hubiese un indicio manifiesto de su calidad de profeta y fuese conocida su sobrenatural condición.

En opinión de Mocátil, con las palabras "..... *que no llegue a alcanzarlo nadie después de mí.....*", se refería a la facultad de mandar en los vientos y en los pájaros; y se funda para ello en estas palabras del Señor: "..... le hemos sometido el viento.....", etc. [1], hasta el fin del versículo.

Dicen otros que el poder de Salomón residía en su anillo y que, por esta causa, cuando el anillo se le extravió, quedó desposeído de la autoridad; de modo que, al decir "..... que no llegue a alcanzarlo nadie después de mí.....", quería dar a entender: *Pon mi poder en mi persona,* no en mi anillo, *a fin de que no pueda poseerlo nadie más que yo.* Porque cuando el diablo se apoderó del anillo de Salomón, pasó a él el poder que Salomón tenía y se sentaba en su trono a sentenciar. Mas los hijos de Israel se negaban a acatar las disposiciones de Salomón, es decir, del diablo que había adoptado su forma externa.

Según Amrú, hijo de Otsmán el Mequí, con ello quería significar el dominio de sí mismo y de sus pasiones.

[1] Alc., XXXVIII, 35.

Confirma esta opinión lo que dijo el Profeta, según tradición referida por Salmán el Xabanquí:

— ¿No tenéis noticia de Salomón y de cuánto poderío le fué otorgado por el Señor? Pues, a pesar de ello, no se atrevió en su vida a levantar los ojos al cielo por respeto a Dios.

Añaden otros que él quería dominarse a sí mismo y sojuzgar las pasiones, para no llegar a rebelarse contra Dios, por causa de su poderío, y que, por este motivo, hizo preceder la solicitud del perdón a la petición del poder.

En opinión de un predicador, lo que se propuso Salomón fué vengar del demonio a Adán y a su descendencia, por haber aquél sido causa de que Adán y los suyos fuesen expulsados del paraíso.

Refiere el Bojarí, en su colección de tradiciones auténticas, que contó el Profeta lo siguiente:

— Ayer me acometió un diablo, para interrumpir mis oraciones; pero el Señor me dió fuerzas para vencerlo y lo tiré a tierra. Entonces se me ocurrió atarlo a una de las columnas de la mezquita, hasta que amaneciese, para que todos lo vieseis. Pero recité las palabras de Salomón: "Concédeme un poder que no consiga alcanzar nadie después de mí„, y el Señor le hizo que saliera huyendo de allí.

Si alguien dijere: ¿Y cuál es el sentido de aquellas palabras de José: "Confíame la administración de los tesoros del país. Yo seré un guardián inteligente„? [1], contes-

[1] Alc., XII, 55.

taré que lo que de tal versículo se desprende, es que quien se encuentra ante un rey que ignora su valía, o ante un pueblo que no reconoce su mérito, y teme por su vida o desea hacer patente su valer, le está bien llamarles la atención para que se cercioren de lo que es capaz, y hacer todo cuanto pueda, para apartar de sí cualquier mal, para poner de relieve su virtud o para consolidar su prestigio.

Cabe también interpretarlo en el sentido de que, si advierte que los negocios políticos están en manos de traidores, de ladrones, de quienes no cumplen lo que la lealtad exige, y, en cambio, él conoce que posee la virtud de la lealtad y al mismo tiempo la suficiencia política, entonces le es lícito hacer ver al sultán la lealtad y la suficiencia de que se cree dotado.

Por eso dijo un doctor de la escuela del Xafeí:

— Aquel que reúne el celo y todas las demás condiciones que el cargo de juez exige, es lícito que advierta al sultán de su valía y que pida el cargo de juez.

Sin embargo, dicen otros que esto es más bien obligatorio para él; pero solamente cuando los asuntos están en manos de quien no sabe desempeñarlos.

CAPÍTULO V

De los beneficios que reportan los que gobiernan y juzgan, cuando se conducen rectamente.

Dice el Señor: "Y si no fuese porque Dios reprime a unos hombres por medio de otros....." [1], es seguro que estaría la tierra trastornada. Es decir, que si el Señor no hubiese implantado la autoridad sobre la tierra, para impedir que el fuerte abusara del débil y para hacer prevalecer el derecho del oprimido contra el opresor, el fuerte destruiría al débil y las gentes lucharían sin cesar unos contra otros. No habría forma de organizarse en modo alguno, ninguna situación sería durable y andaría revuelto el mundo y los que en él se encuentran.

Hizo, por tanto, un beneficio a las criaturas instituyendo la autoridad, y así lo da a entender cuando dice: "Dios es bienhechor para el universo" [2], por cuanto, al instituir la autoridad, quedaron, merced a ella, las gentes en seguridad, haciéndole al opresor el bien de arrancar de su mano al oprimido y a éste el de librarlo de las garras del opresor.

1 Alc., XXII, 41.
2 Alc., II, 252.

Refiere Abuhoraira que dijo el Profeta:

— Hay tres clases de gentes cuyos ruegos no serán desatendidos, a saber: el que estando al frente de otros se conduce con equidad; el que ayuna hasta que llega la hora de romper el ayuno, y el que padece persecución.

También refieren, atribuyéndola al Profeta, la siguiente sentencia:

— A siete clases de gentes cobijará el Señor bajo su sombra, el día en que no habrá más sombra que la suya, y son: el que ejerce con justicia la autoridad; el joven que se educa en el servicio del Señor; el hombre sobre cuyo corazón ejerce atracción la mezquita; dos hombres que se aman por Dios y que por El se juntan y se separan; el que solicitado por una mujer noble y hermosa exclama: "Temo a Dios„; el hombre que hace limosna en secreto, de modo que no sabe ni su mano izquierda lo que ha gastado la derecha, y el hombre que, hallándose a solas, al acordarse de Dios se le inundan los ojos de lágrimas.

Por conducto de Catsir Benmorra se han trasmitido estas palabras del Profeta:

— El sultán es la sombra del Señor sobre la tierra; bajo ella se amparan todos sus siervos al verse perseguidos. Si es justo, alcanzará su recompensa, y se hace además acreedor al agradecimiento de los súbditos; pero si es injusto, sobre él pesarán sus iniquidades y [39] sobre los vasallos el sufrimiento.

Refiere Abuhoraira que dijo el Profeta lo siguiente, en loor del sultán justiciero:

— Los actos que el *imam* justo realiza con sus vasallos en un solo día, son más provechosos que las prácti-

cas piadosas llevadas a cabo por un devoto en el seno de la familia durante cien años o cincuenta años.

Decía Cais Bensaad:

— Es más provechosa la obra que en un día realiza el *imam* justo, que los actos de piedad que en su casa realiza un particular por espacio de sesenta años.

Se cuenta que Sáad, hijo de Ibrahim; Abusalma, hijo de Abderrahmán; Mohámed, hijo de Mosaab, hijo de Xorhabil y Mohámed Bensafuán, dijeron a Said, hijo de Suleimán, hijo de Zaid, hijo de Tsabit:

— El juzgar un día con equidad es más meritorio para Dios que tus oraciones de toda la vida.

Y te resultará evidente la exactitud de estas palabras, si consideras la tranquilidad de que goza el pueblo, cuando el sultán se conduce rectamente. Has de saber, lector, que el hombre es la más preciada joya del mundo, la de más alto valor, la de más elevada calidad, y, como del sultán depende el bienestar del hombre, el sultán tiene que ser el más valioso de cuantos objetos preciosos el mundo encierra, y aquel cuyo benéfico influjo alcanza mayor amplitud.

En efecto, Dios creó dos mansiones: la mansión terrena y la de la otra vida; del funcionamiento de la autoridad depende el bienestar en una y en otra, y por eso creó una persona que se encargara de extender por todos los ámbitos del país y de hacer llegar a todas las gentes los beneficiosos efectos de esa autoridad, dando lugar, con su recto proceder, a que logren los bienes de ésta y de la otra vida. Ha de ser, por tanto, esta persona digna de alcanzar la más alta estimación de parte del Señor, el mayor prestigio a los ojos de las personas inteligentes, y a los ojos de Dios, el más noble ran-

go, tan noble como dilatada es la extensión de sus beneficios; porque los actos son tanto más relevantes cuanto más amplio es el beneficio que reportan, así como la importancia de los favores está en relación con el bienestar que producen. ¿No ves cómo los profetas, que han sido las criaturas de Dios que mayores beneficios han reportado, son también los que han alcanzado una categoría más excelsa? Es porque se han consagrado al bien de los demás, a sacarlos de las tinieblas a la luz. Y puesto que el sultán de Dios en la tierra es el continuador de la obra que los profetas realizaron, de guiar a las gentes al bien, de encaminarlas a la mansión del Misericordioso, de fortalecer su piedad y de corregir sus malas inclinaciones, de aquí que no haya, por encima del sultán justo, rango alguno, a no ser el de un profeta enviado por Dios o el de un ángel que goza del divino favor.

Profesa, pues, al sultán una gran veneración en testimonio del reconocimiento de tu alma al Señor, y sé fiel para él en la medida del bien que te reporta. Su bienhechor influjo no se limita a las caducas vanidades mundanas que te atraen la estimación de las gentes, sino que se extiende a la protección de tu persona y las de tu familia, a la defensa de tus intereses contra los que injustamente los codician, cosas éstas mucho más provechosas para ti, si bien lo miras.

No ha habido sultán de Dios sobre quien no pesen las exigencias de la justicia, los principios de la equidad y las normas del bien.

Y así como por encima de la dignidad del sultán recto no hay ninguna otra, tampoco hay grado de maldad inferior al del sultán perverso y tirano, porque su maldad tiene la máxima trascendencia, como la tiene también la

bondad del sultán bueno. Y es que con el sultán recto todo marcha bien para el país y para los vasallos, los cuales logran llegar hasta Dios y salvarse en la mansión de la gloria, mientras que con el sultán tirano andan desquiciados el país y los súbditos y surgen las sublevaciones y los crímenes, cuya secuela es la infernal mansión.

La razón de esto es bien clara. En efecto: si el sultán es recto, se difunde la rectitud entre los vasallos, se implanta la balanza de la equidad, se esfuerzan todos por ajustarse a la justicia en cuantos negocios intervienen y se atienen a los principios de la equidad. De este modo se hace imposible la vida al falsario, se borran las huellas de la injusticia y adquieren nueva fuerza las normas del derecho; los cielos envían su lluvia, la tierra produce en abundancia, prosperan los negocios, aumenta la extensión de las tierras cultivadas, se multiplica el bienestar de los ciudadanos, disponen de abundantes medios de vida, se abaratan los precios y están llenos los depósitos de las provisiones. Ayuda con su dinero el avaro y reparte pródigamente el generoso, se pagan los impuestos religiosos, se reparten limosnas en abundancia, se obsequian unos a otros con los productos que poseen de sobra y con objetos de valor; las vanidades mundanas se hacen despreciables en razón de su misma abundancia y se envilecen después que se las tuvo en tanta estima. Reprime a las gentes su propia honradez y son fielmente observados los preceptos de la religión. Teniendo esto en cuenta, será bien evidente para ti que el que bien gobierna es digno de recompensa, por los esfuerzos que realiza para mantener el imperio de la justicia y por la ocasión que da para que las gentes se conduzcan como lo hacen.

Mas, si por el contrario, el sultán es injusto, se propaga la injusticia por todo el país y sus efectos alcanzan por igual a todos los vasallos. Se debilita su fe religiosa, huye la honradez, se generalizan las malas acciones, desaparece la lealtad, las almas flaquean, se apodera el desfallecimiento de los corazones, huyen de la verdad y se entregan a la falsedad, defraudan en las medidas y en los pesos y consideran lícito el empleo de la mala moneda.

El resultado es que huye de ellos la prosperidad: retienen los cielos la lluvia, deja de producir la tierra sus frutos y sus plantas, escasean los víveres y las gentes se encuentran desesperadas. Guardan avaramente, si hay algún sobrante, para cubrir faltas retrasadas; se resisten a pagar los tributos a que la religión les obliga y regatean la parte que la ley les exige. Sus manos se abstienen de realizar actos generosos, promueven cuestiones por cosas de escasa monta y se niegan a prestar cantidades insignificantes. Se hace corriente entre ellos la mala fe, el fraude en las ventas, el engaño en los tratos, el subterfugio y el ardid en la exigencia y cumplimiento de las obligaciones. No los retiene del robo sino el temor al oprobio, ni del adulterio sino el miedo a la vergüenza. Todos en general se desnudan de las buenas cualidades que la religión prescribe y del ropaje de la honradez. Su preocupación constante es el afán por el acrecentamiento de los bienes mundanos y a todo anteponen los goces que estos bienes les proporcionan.

Para quien así vive, mejor fuera estar ya sepultado en las entrañas de la tierra, que no sobre ella habitar.

[**40**] Dijo Uahb, hijo de Monábih:

— Cuando el soberano se propone realizar algún acto injusto, o cuando lo lleva a cabo, causa el Señor gran-

des quebrantos a las gentes sometidas a su autoridad, en los negocios, en las cosechas, en los animales que producen la leche y en toda cosa.

Y de igual modo, cuando el soberano intenta realizar o realiza una acción generosa y justa, envía el Señor la prosperidad a los habitantes de su reino.

Dijo Omar, hijo de Abdelaziz:

— Perece el pueblo por culpa de los grandes. Mas no perecen los grandes por culpa del pueblo. "Los grandes„ son los que gobiernan.

A propósito de esto dice el Señor: "Temed las discordias civiles, pues no sólo los tiranos quedan castigados en ellas„ [1].

Dijo Algualid, hijo de Hixem:

— Se pervierten los vasallos si el que gobierna es perverso, y se conducen bien cuando es recto el que los rige.

Dijo Sofián el Tsaurí a Abucháfar el Mansur:

— Sé de un hombre que, si él es bueno, es bueno todo el pueblo.

— ¿Y quién es? — le preguntó.

— Tú — respondió.

Contó Benabbás que yendo un rey de viaje por sus estados, sin darse a conocer, le concedió hospitalidad un hombre, propietario de una vaca. Cuando, por la noche, vino el animal a recogerse, dió tanta cantidad de leche como entre treinta vacas.

Admirado el rey, concibió el propósito de apoderarse de aquella vaca; pero al volver ésta, a la noche siguiente, no dió ya más que la mitad de lo que había dado el día anterior.

1 Alc., VIII, 25.

—¿Cómo es que ha disminuído la leche? ¿Es que ha pacido en distinto lugar que ayer? — preguntó el rey.

— No — respondió el hombre — ; pero sospecho que nuestro rey se ha propuesto apoderarse de la vaca, y esa ha sido la causa de su menor rendimiento, porque cuando el rey obra injustamente o se propone cometer alguna injusticia, cesa la prosperidad.

Prometió el rey al Señor, en su interior, que no la tomaría; y el día siguiente, al volver el animal a su cuadra, produjo otra vez la cantidad de leche de treinta vacas. Arrepentido el rey, hizo juramento a Dios de ser justo mientras viviera.

En Marruecos está muy divulgado el hecho siguiente:

Llegó a noticia del sultán que una mujer tenía un huerto donde se criaban unas cañas de azúcar que, al exprimirlas, echaba una sola de ellas jugo bastante para llenar una copa. Decidido el sultán a quitarle el huerto, fué a ver a la mujer y le preguntó si aquello era verdad. Respondióle que sí; pero exprimió una caña y no dió ni para llenar media copa.

— ¿Pues dónde están esas cañas que dices? — preguntó el rey.

— De éstas es de las que te han hablado — respondió la mujer — ; sólo que habrá pensado el sultán arrebatármelas, y Dios las ha privado de su producción tan abundante.

Arrepintióse el sultán y ofreció al Señor, de todo corazón, que no se apoderaría del huerto jamás. Mandó después a la mujer que exprimiera una caña, y quedó la copa llena.

Me contó, en Egipto, un maestro, muy versado en historias, que había en la Tebaida una palmera que producía diez *aradeb*[1] de dátiles: cosa sorprendente, pues no ha existido jamás ninguna que produjera ni aun la mitad de dicha cantidad. Se apoderó de ella el rey a la fuerza y aquel año ya no echó nada, ni un solo dátil. Y mi maestro contaba que oyó decir a uno de los maestros de la Tebaida:

— Yo conocí esta palmera en la región occidental, y producía diez *aradeb* (sesenta medidas de veinticuatro almudes), y su dueño los vendía, en los años que tenían buen precio, a dinar cada una de estas medidas.

Contó el maestro lo siguiente:

— Hallábame en Alejandría en ocasión en que se permitía al pueblo pescar libremente en el golfo, y había tal abundancia de peces, que el agua hervía de ellos; hasta los niños los cogían en los canales. Pero prohibió el gobernador el acceso al golfo, para impedir que las gentes siguieran pescando, y los peces huyeron hasta el punto de que apenas si se veía alguno que otro; y así ha venido ya sucediendo hasta ahora.

De este modo es como los secretos pensamientos de los reyes y sus propósitos y decisiones ocultas atraen sobre el pueblo, si son buenos, un bien, y sin son malos, un mal.

Cuentan en sus libros los autores de historias que las gentes que vivían en los tiempos de Alhachach, al reunir-

[1] Singular, *ardeb*. Medida de capacidad para áridos, de 180 litros de cabida.

se, se preguntaban a quién habían matado el día anterior, a quién habían crucificado, a quién azotado, a quién mutilado y cosas por el estilo.

Era Algualid aficionado a la agricultura y a las obras hidráulicas, y las gentes de su tiempo sólo trataban en sus conversaciones de construcciones, de trabajos hidráulicos, cultivo de tierras, apertura de canales y plantaciones de árboles.

Cuando ocupó el poder Suleimán, hijo de Abdelmélic, hombre lascivo y glotón, las conversaciones versaban sobre los manjares exquisitos, y sólo se encontraban las gentes a gusto entre sus esposas y concubinas, siendo éstos los temas únicos que llenaban por entero el tiempo de sus reuniones.

Durante la época del mando de Omar, hijo de Abdelaziz, las preguntas que unos a otros se dirigían, eran: ¿Cuánto recuerdas del Alcorán? ¿Cuánto recitas cada noche? ¿Cuánto ha aprendido Fulano? ¿Cuándo termina de aprenderlo? ¿Cuántos días del mes ayunas?, y otras por este orden.

CAPÍTULO VI

Demostración de que entre el sultán y los vasallos, él es el engañado, no el que engaña; el perjudicado, no el beneficiado.

HABÉIS de saber (Dios os guíe por el camino recto) que son tremendos los peligros a que el sultán se halla expuesto, que por todas partes se le presentan dificultades; que le sobreviene tal cúmulo de contrariedades y tiene a su cargo tantos asuntos capaces de producir su ruina, que es indispensable a todo el que se halle dotado de buen sentido, pedir al Señor que lo proteja contra tanto como sobre él pesa y darle las gracias por la protección que le dispensa.

No reposa su imaginación, ni su entendimiento tiene sosiego; nunca está tranquilo su corazón, ni descansa su espíritu.

Las gentes se desentienden de él, y él ha de preocuparse de ellas. El simple particular teme a un solo enemigo, y él ha de temer a mil adversarios; el particular pasa fatigas sólo por atender a su familia, para proporcionarles bienes y facilitarles alimentos, y él se ve obligado a atender a todas las gentes de su reino.

Cuando repara una brecha abierta en un confín de sus dominios, ábrese otra por otro lado; si reprime un desorden, surge otro; si somete un enemigo, hay otros varios que lo acechan; y a todo esto, ha de estar desplegando todo su celo para otra multitud de cosas, como, por ejemplo: fomentar las buenas costumbres entre [**41**] el pueblo, ocuparse en resolver sus litigios, en la designación de gobernadores y jueces, en enviar tropas, asegurar fronteras, recaudar fondos y reprimir injusticias.

Lo extraordinario en todo esto es que él tiene solamente un alma y no consume mayor cantidad de alimento que uno cualquiera de sus vasallos, y no obstante el día de mañana ha de responder de todos ellos, y ellos no responderán por él.

¡Cuán digno de admiración es que un hombre se encuentre satisfecho con lograr para sí un solo pan y tener que dar cuenta de miles y miles de panes; con comer para un solo estómago y haber de dar cuenta de miles y miles de estómagos, y poseyendo una sola alma, ser responsable de miles y miles de almas!, y así en todo lo demás. El soporta los cuidados que sobre los vasallos pesan; sosiega el fondo de sus espíritus, lucha contra sus enemigos, asegura sus fronteras, reprime a sus adversarios y antagonistas, peca contra el Señor por causa de ellos, contraviniendo a sus preceptos y traspasando sus prohibiciones, y por ellos se precipita a sabiendas en los abismos del infierno. Y después de todo, te encuentras con que lo odian y no están satisfechos de él.

Si no fuera porque el Señor defiende al hombre contra los impulsos de su propio corazón, ninguna persona sensata estaría contenta por haber alcanzado esa digni-

dad, ni nadie, dotado de buen sentido, la elegiría como cargo.

Cuanto yo explico en este capítulo lo expresó sabiamente el Profeta con estas palabras:

— Lo que pasa con vosotros y con mis gobernantes es que vosotros os beneficiáis con las ventajas de su autoridad y ellos padecen sus inconvenientes.

Es el sultán, con respecto a los vasallos, como el cocinero con respecto a los comensales: para él es el trabajo y para los otros el provecho de la comida; él pasa el calor y los demás refrescan. Busca para su pueblo el descanso, a costa de su fatiga; procura proporcionarles la dicha del paraíso, y él se lanza hacia el puente del infierno. Por eso se dice que quien está al frente del pueblo es el más infortunado de todos, y, según la tradición, el Profeta dijo: "El que da de beber a los demás, es el último que bebe."

En cierta ocasión iba de viaje un sultán de Marruecos, acompañado de sus ministros; y a la vista de un grupo de comerciantes que se presentó, habló así a uno de sus acompañantes:

— Te voy a mostrar tres clases de gentes: unos que poseen los bienes de este mundo y los del otro; otros que no poseen ni los de éste ni los del otro, y otros que poseen los de este mundo, pero no los del otro.

— ¿Y quiénes son? — le preguntó el ministro.

— Los comerciantes son los que gozan los bienes de este mundo y los del otro, porque gastan lo que ellos han ganado, practican sus oraciones y no hacen daño a

nadie. Los que no disfrutan en esta ni en la otra vida, son los que forman nuestra guardia y nuestra servidumbre; y los que gozan en el mundo, pero no en la vida eterna, somos tú y yo y los demás soberanos.

Por eso es obligatorio a todos los hombres ayudar al sultán con leales advertencias, invocar de un modo especial para él el divino favor y auxiliarlo en todo cuanto haya de hacer. Deben ser para él, ojos vigilantes, manos valerosas, escudos protectores, lenguas elocuentes, plumas que le hagan remontar el vuelo, y pies que lo sostengan.

¡Cuán lejos está de él la salvación, mientras yo me salvo gracias a él!

A propósito de esto dijo un sultán a los que le acompañaban:

— Habéis de saber que el cargo de sultán y el paraíso son cosas incompatibles.

Contó mi maestro que había oído referir lo siguiente a un hombre de elevada categoría:

— Me envió el sultán a decir que repudiara a mi mujer, y esto, porque la quería él para un amigo suyo. Yo me negué a hacerlo; pero volvieron los recados una y otra vez, hasta que alguien me aconsejó, diciéndome: "Accede a cumplir lo que se te ordena, pues no tienes otro medio, ya que al sultán no le cohiben, según se ve, ni el temor a la ignominia en este mundo, ni los castigos de la otra vida en el infierno.„

Y me separé de ella.

Se cuenta que al ser nombrado califa Abdelmélic,

hijo de Meruán, cogió el Libro Santo, y oprimiéndolo contra el pecho, exclamó:

— Esto va a ser lo que me separe de ti.

Cuando hizo la peregrinación Harún Arraxid, se encontró con él Abdala el Omarí, en ocasión en que estaba dando las vueltas a la Caaba, y lo llamó, diciéndole:

— ¡Harún!

— ¿Qué quieres, tío? — le contestó.

— ¿Cuántas criaturas ves aquí? — le dijo éste.

— Sólo Dios es capaz de contarlas — respondió.

— Pues ten en cuenta, hombre mortal — prosiguió Abdala — , que cada uno de ellos es responsable de sí mismo exclusivamente, y tú solo has de dar cuenta de todos ellos. ¡Considera, pues, cómo te vas a ver!

Rompió Harún a llorar y se dejó caer al suelo; y allí tuvieron que darle, uno tras otro, varios pañuelos, para que enjugara sus lágrimas.

Luego añadió Abdala:

— Si al hombre que derrocha su propia hacienda es justo que se le ponga cortapisa, ¿qué habrá que hacer con el que derrocha el dinero de los musulmanes?

Y, según cuentan, decía Harún:

— Yo habría deseado hacer la peregrinación todos los años, pero me ha hecho abstenerme un hombre de la familia de Omar, porque me hace oír cosas que me desagrada oír.

Afirma Málic Bendinar haber leído en un libro antiguo que el Señor dijo:

— ¿Habrá acaso alguien más insensato que quien se hace sultán, ni más necio que quien se rebela contra

Mí, ni más engrandecido que quien por Mí se engrandece?

¡Oh, pastor malvado! Te he entregado ovejas gordas y sanas, y te has comido su carne, te has bebido su leche, has condimentado tu comida con su manteca y te has vestido con su lana, dejándolas convertidas en huesos que se entrechocan. No las has abrigado bajo la sombra, ni les has vendado los huesos rotos. Pues hoy me vengaré de ti, por lo que con ellas has hecho.

CAPÍTULO VII

Explicación de los motivos que han impulsado a la Divina Providencia a implantar la autoridad sobre la tierra.

SABED — Dios os guíe por el camino recto — que en el establecimiento de la autoridad sobre la tierra ha habido gran sabiduría por parte del Señor, y un inmenso beneficio para la humanidad. En efecto, Dios ha forjado a los hombres de tal modo, que cada cual desea que se le haga justicia, pero no hacerla él a los demás. Si no existiera un poder superior que los reprimiera, harían igual que los peces: el grande se comería al pequeño. Si les faltara una autoridad para sujetarlos, ningún asunto marcharía en orden, no podrían establecer ningún modo de vivir ni tendrían un momento de tranquilidad. Por esta [42] razón decía un sabio de la antigüedad:

— Si se suprimiera el sultán de la tierra, ¿qué prueba en favor de Dios habría para las gentes que en ella moran?

Una de las razones a que obedece la institución del sultán, es la de que en él tiene el Señor un argumento en favor de su existencia y una demostración de su unicidad. En efecto: así como no es posible que se hallen en orden ni se desenvuelvan adecuadamente los asuntos en el mundo sin que haya una persona que lleve la dirección

suprema de tales asuntos, tampoco se concibe la existencia del universo, el orden que en él impera, lo sabiamente que en él está todo dispuesto y la maravillosa delicadeza con que ha sido ejecutado, sin admitir la existencia de un ser que lo haya creado, sin un ser inteligente que lo haya organizado y sin un sabio que lo dirija. Y así como no cabe admitir que haya dos sultanes en un país, tampoco puede admitirse que haya dos dioses en el universo. Porque éste con toda su grandeza es, respecto del poder de Dios, lo mismo que un estado que se halla bajo la autoridad de un sultán de la tierra.

Dijo Alí, hijo de Abutálib:

— Hay dos cosas muy importantes que no se hallan bien, la una con el aislamiento, ni la otra con la compañía, y son, respectivamente: el entendimiento y el rey, porque ni éste se halla bien con un partícipe de su poder, ni aquél abandonado a sí mismo.

Con el pueblo que posee un sultán enérgico, capaz de imponerse a todos, y el que carece de un soberano que reúna tales condiciones, ocurre algo semejante a lo que pasa en un local donde hay una lámpara: si está encendida, a su luz trabajan alrededor de ella varias personas, cada una en sus quehaceres; pero si la luz se apaga, en el acto han de interrumpir sus trabajos y todo queda paralizado. Entonces se ponen en movimiento los animales dañinos, y se percibe el ruido que, al arrastrarse, producen los asquerosos reptiles. Sale el alacrán de su refugio, se echa el ratón fuera de su madriguera, sale la serpiente de su guarida, llega el ladrón con sus tretas y se avivan las repugnantes pulgas. Es decir: se interrumpe la actividad de todas las cosas provechosas y entran en funciones las dañinas.

Asimismo, cuando el sultán se impone a los vasallos, son generales las ventajas que de ello se derivan: se reprimen los crímenes, es respetado el sagrado de los hogares, se ven concurridos los mercados, defendidas las haciendas, aparecen los animales útiles, lógranse grandes ganancias, y los animales dañinos, esto es, los elementos sediciosos y libertinos, se ven recluídos en la oscuridad. Mas si la autoridad del sultán se debilita, entra el desorden por todos lados.

Si pudiera determinarse con una balanza lo que pesa la tiranía del pueblo durante un año, se vería que una sola hora de revuelta es más terrible y pesa más que la tiranía del sultán en un año entero. Y así ha de ser forzosamente, puesto que, al suprimir al sultán o perder éste su energía, es cuando hace su agosto la mala gente, procuran las tropas el propio provecho, realizan sus negocios los seres desalmados y la chusma, los ladrones y salteadores.

Dijo Alfodail:

— Son preferibles sesenta años de tiranía a una hora de motín. Sólo desea la supresión de la autoridad algún insensato extraviado o algún malvado que anhela conseguir aquello que le está vedado.

Es, pues, obligatorio para toda grey, rogar al Señor por la rectitud del sultán, comunicar a éste generosamente sus leales advertencias y dedicarle de un modo especial sus más fervientes oraciones, porque, si el sultán es perfecto, se hallan perfectamente las gentes y el país, y la perversión del sultán es causa de que la situación de uno y otro sea lamentable.

Decían los ulemas:

— Cuando los asuntos que dependen del sultán lle-

van buena marcha para vosotros, multiplicad vuestras alabanzas y vuestras muestras de agradecimiento al Señor; mas si, por el contrario, padecéis tribulaciones a causa del mal proceder del sultán, atribuidlo a que os habéis hecho acreedores a ello por vuestros pecados, y a que os lo merecéis por vuestras culpas, y buscad disculpa, para el sultán, en la diversidad de asuntos que sobre él pesan, en la multitud de cosas que tiene a su cargo, como son: el gobierno de las diferentes comarcas de sus estados, gestionar la amistad de los adversarios, contentar a los amigos, etc.; en lo escasos que son los leales consejeros y en lo mucho que abunda la impostura y la envidia.

En el "Libro de la corona„ se encuentran estas observaciones:

"Las preocupaciones de los particulares son pequeñas y las de los reyes muy grandes. La inteligencia de éstos ha de atender a todas las cosas y la del común de las gentes a muy pocas. Pues, a pesar de ello, las gentes ignorantes buscan disculpa a sus yerros, no obstante la tranquilidad de que gozan para evitarlos, y no disculpan los del sultán, con el cúmulo de cuidados que sobre él pesan.„

De aquí que el Señor realce al sultán, lo guíe y lo auxilie.

Por esto dicen los sabios persas:

— No escojas para tu residencia sino un lugar donde haya un sultán enérgico, un juez recto, un mercado bien abastecido, un médico entendido y un río de agua corriente.

CAPÍTULO VIII

Consideraciones acerca de los beneficios y perjuicios que de la autoridad se derivan.

ATENDIENDO a que junto a las ventajas que de la existencia de la autoridad resultan, derívanse también ciertos inconvenientes, los sabios árabes y extranjeros comparan al sultán con la lluvia. Esta es, en efecto, una cosa que Dios envía, una bendición de los cielos, la vida de la tierra y de quien está en ella. Mas, con todo, causa grandes molestias al caminante, deteriora las edificaciones, caen con ella los rayos y se desbordan los torrentes, pereciendo por su causa personas y animales, destruyéndose las provisiones y alborotándose los mares para aumentar las penalidades de las gentes que en ellos se encuentran.

Con todo, esto no es obstáculo para que las criaturas, al contemplar las señales de la misericordia divina sobre la tierra que la lluvia vivifica, cómo hace brotar las plantas, cómo multiplica los frutos y difunde la prosperidad por todos lados, se muestren profundamente reconocidas a la piedad del Señor y de corazón se lo agradezcan, sin tener para nada en cuenta los daños que, en algún caso especial, pueda haber causado a determinadas personas.

Es también el sultán comparable al viento, al cual envía igualmente el Señor como medio para difundir su divina misericordia, porque él es el que atrae las nubes, fecunda los frutos, proporciona bienestar al hombre permitiéndole respirar a gusto y trabajar a placer, hace circular las aguas, enciende el fuego y hace caminar por el mar las embarcaciones. Pero también son muchos y grandes los quebrantos que por causa suya sobrevienen a las gentes en sus viajes por tierra y por mar.

[**43**] Pues los que son reconocidos lo agradecen, y así, por más que haya perjudicado a muchas gentes, no por eso deja de ser un motivo para fomentar la devoción al Señor y un precioso complemento de sus divinas mercedes.

Puede también compararse a la sucesión de invierno y verano, cuyo calor y frío emplea el Señor como medio para proporcionar condiciones favorables al suelo y a los cultivos, para el brote de los granos y de las frutas. El frío, por permisión divina, para que estén recogidos; el calor para que germinen, y la temperatura templada para que sazonen. Aparte de esto, aún se derivan de la sucesión de dichas estaciones otras ventajas. Hay, sin embargo, grandes inconvenientes en el calor y el frío, en los vientos envenenados de la canícula y en los fríos intensos. Pues, no obstante, si bien es cierto que estas cosas no pueden calificarse de beneficios y bienes, siempre son superiores los beneficios a los daños.

Es también semejante a la noche. El Señor la ha destinado para el descanso, para el trato con las esposas, para dormir y para gozar de la tranquilidad y el sosiego. Sin embargo, durante ella es cuando sufre el mísero su abandono; hacen sus correrías los libertinos, criminales

y ladrones; discurren las bestias feroces; se extienden por todo los inmundos reptiles y los que llevan la muerte en sus terribles venenos. Mas no por esto olvidan los hombres los bienes que con la noche les ha concedido el Señor y no son obstáculo los pequeños inconvenientes que ofrece para sus grandes ventajas.

Puede compararse al día, al cual ha destinado el Señor para la claridad, la luz, para que en él se desenvuelva la vida, el trabajo útil y se despliegue todo género de actividades. Pero, además, durante el trascurso del día es cuando tienen lugar las batallas, las incursiones de los enemigos, los agobios, las inquietudes y las querellas, cosas de las cuales queda la gente tranquila con la llegada de la noche. A pesar de todo, los hombres no olvidan los bienes que con el día les ha concedido el Señor.

Igual ocurre con todas las demás cosas del mundo: si sus daños sólo alcanzan a unos pocos y sus bienes favorecen a la generalidad, es una ventaja general, y, por el contrario, si sus ventajas sólo alcanzan a unos pocos y sus inconvenientes a muchos, es un perjuicio general.

Si las cosas buenas que hay en el mundo lo fueran por completo, sin defecto alguno, y todo en él fuesen facilidades, sin ninguna dificultad, entonces el mundo sería el paraíso, donde no existen penas ni fatigas.

Ya dijo el poeta:

«No esperes de cosa alguna que sólo ofrezca ventajas,
pues ni aun la lluvia está libre de inconvenientes.»

CAPÍTULO IX

De lo que significa el sultán para los súbditos.

SABED que el sultán es, con respecto al pueblo, lo que el espíritu vital para el cuerpo. Si dicho espíritu se halla limpio de toda infección, llega puro hasta los miembros y se difunde por todos los órganos del cuerpo. Este queda a salvo de cualquier alteración, hállanse en perfecto estado todos los miembros y los órganos de los sentidos y se realizan con absoluta regularidad todas las funciones del organismo.

Pero si el espíritu vital está contaminado, o se ha alterado la composición de los humores que lo forman, ¡pobre del cuerpo! Llegará corrompido a los órganos de los sentidos y a los miembros, por haberse trastornado el necesario equilibrio entre sus componentes, alcanzando a cada parte del cuerpo y a cada uno de los órganos de los sentidos la porción que le corresponda de aquella corrupción. Con tal motivo, enfermarán los miembros, dejando de realizar sus operaciones e interrumpiendo el funcionamiento normal del cuerpo, que será arrastrado a la desorganización y a la muerte.

Puede también compararse el sultán al fuego, y los vasallos a la madera de construcción. La que está dere-

cha no tiene necesidad del fuego; pero la que está torcida ha de someterse a él, para enderezar su curvatura y corregir su desviación. Si se le da demasiado fuego, la madera se quema antes de haberse enderezado; si no hay bastante fuego, no se ablanda lo suficiente para darle la dirección recta y quedará doblada, y si se pone el fuego necesario, la madera se endereza.

Esto mismo ocurre con el proceder del sultán: si procede con excesivo rigor, acaba con las gentes; si es demasiado débil, no se portan éstas como es debido, y si él adopta un término medio, ellos se mantienen dentro de la equidad.

Es, asimismo, comparable a la fuente cuyas aguas corren murmurando por el fondo de un valle. Si son aguas potables, de gusto agradable, que no van turbias ni corrompidas, la tierra las atrae y las absorbe limpias y puras; penetra después en las raíces de los árboles, dándoles robustez, fortaleciendo el tronco y haciendo brotar y extenderse las ramas; salen después las hojas, echa las flores y los frutos, que alcanzan en el grado máximo sus cualidades de tamaño, sabor, color y aroma. Con ellos se alimentan los hombres; comen la parte adecuada a cada uno los animales grandes y pequeños, se posan sobre ellos los pájaros. Para cada cual ofrecen su alimento apropiado, y en todo reina orden perfecto.

Y si hay en el suelo, en sus inmediaciones, plantas a las que falte la fuerza para brotar o que producen escasos frutos y follaje o árboles que no dan producto y llevan poco desarrollo, todo ello rinde el máximum por sí sólo y echa cuanto puede dar de sí, llegando a los últimos límites de lo posible.

Pero si en la fuente hay impurezas o el agua está con-

taminada o tiene sal, al absorberla los árboles se descompone la savia, las partes podridas echan a perder las sanas; no engruesa el tronco; pierden vigor las ramas, cambian las hojas de color, disminuye la cantidad de flores y frutos y entra por todas partes el estrago. Cuando vienen los frutos, son de color apagado, de mal gusto, de pequeño tamaño. Con todo esto, sobreviene para los animales una escasez tan grande como había sido la abundancia en el caso anterior.

Por eso dijo el Profeta:

— Morirán los reptiles extenuados por los pecados de los hombres.

Es decir, que cuando son muchas las maldades que los hombres cometen en contra del Señor sobre la tierra, retienen los cielos la lluvia, niégase la tierra a producir las plantas y perecen insectos, alimañas y reptiles.

CAPÍTULO X

Indicación de los requisitos que la ley divina menciona y los cuales constituyen el régimen más adecuado para la autoridad y para los estados.

DICHOS requisitos son tres, a saber: el tratar afablemente, evitando el empleo de formas violentas; el pedir consejo, y el no conceder los empleos y cargos de autoridad a nadie que los desee ni los pretenda.

Y es evidente que, cuando el Señor enseña que en ellos encuentra la religión un apoyo y que consolidan el poder, es que tanto El, como su Enviado, exhortan a que se tengan en cuenta.

Ya sabes, pues, que constituyen el cimiento de los estados, y no obstante son muy pocos los reyes que con ellos cumplen.

Dos de estos requisitos han sido revelados por Dios y el otro lo dió a conocer el Profeta.

Los de origen divino los menciona el Señor, diciendo: "Tú les has pintado la misericordia del Señor con afabilidad. Si hubieras sido severo y duro de corazón, se habrían apartado de ti. Sé, pues, indulgente para ellos; pide a Dios que los perdone, y consúltales cuando llega el caso„ [1].

[1] Alc., III, 153.

Del citado versículo se desprenden dos advertencias: una de ellas, que el trato violento ahuyenta a los amigos y compañeros y deshace las sociedades y los grupos de adictos.

Por lo tanto, el rey, que no puede gobernar, si no es asistido por sus consejeros, sus auxiliares, su servidumbre y sus adeptos, ¿ha de poseer una cualidad que aleja de él a sus adictos, dejándolo en poder de los contrarios?

Lo que conviene a todo sultán es arrojarla de sí y precaverse contra sus malas consecuencias, poniendo en práctica esta recomendación del Señor: "Extiende las alas de tu protección sobre los fieles creyentes que te han seguido„ [1].

Se cuenta que hallándose en cierta ocasión el Profeta con sus Compañeros, se presentó un hombre preguntando:

—¿Quién de vosotros es el descendiente de Abdelmotálib?

—Aquel de blanco, que está recostado —le respondieron.

Entonces aquel hombre le dijo:

—Descendiente de Abdelmotálib.....

—Ya te escucho —le contestó el Profeta.

Este dato revela que no se asignaba el lugar preferente de la reunión ni se distinguía de los demás por el atavío ni por el asiento.

Con el agrado se consigue lo que no se logra con la aspereza. ¿No ves el viento, cuando corre murmurando

[1] Alc., XXVI, 215.

suavemente, cómo penetra con facilidad por entre los árboles, haciendo plegarse a las ramas y a las hojas, y que, cuando sopla con violencia, les hace troncharse; y que el agua, con ser cosa tan poco consistente, en comparación con las raíces de los árboles, arranca a éstos de cuajo; y que la serpiente, a pesar de ser un animal tan poco sociable y de su inclinación a estar guarecida en su escondrijo, se amansa al hablarle, hasta el punto de decidirse a salir de su refugio?

Es muy conveniente para el hombre habituarse a hacer uso de palabras afables y expresiones afectuosas. Y cuando quieras mortificar a alguien que te ofende, correspóndele a cada frase ofensiva que te dirija con una expresión agradable y laudatoria para él.

La segunda advertencia que encierra el versículo es la contenida en las palabras "..... y consúltales cuando llega el caso".

Si se nos preguntara: ¿Cómo iba a consultarles [1] él, que era su profeta y el que mandaba en ellos, siendo ellos los realmente obligados a consultarle y a no decidir ningún asunto sin contar con él?

Contesto que ésta fué una norma que el Señor impuso a su Profeta, para que sirviera de pauta a los demás reyes, príncipes y sultanes, porque El bien sabe cómo se predispone favorablemente al amigo, al solicitar su consejo, y cómo se le hace interesarse por nuestros asuntos.

De este modo los corazones de los amigos, de los fieles consejeros y de los ministros, se identifican con el soberano, siéntense inclinados hacia él y ante él se humi-

[1] Las recomendaciones de que aquí se trata están dirigidas a Mahoma.

llan, por impulso irresistible y en cumplimiento de la orden dada por el Señor en favor de su Profeta y de las gentes de su ley investidas de autoridad.

¿No sabes que yendo el Profeta en una expedición guerrera dió orden de hacer alto y que Sáad le llamó la atención, diciéndole: "Enviado de Dios: si esto es una orden cuyo cumplimiento te interesa, será obedecida tan pronto como escuchada; pero, de lo contrario, no es éste lugar a propósito para hacer alto„, y el Profeta le dió oídos y mandó trasladarse a otro punto?

De lo peor que puede calificarse a los hombres, sean reyes o particulares, es de aferrados a sus opiniones, sin atender extraños consejos.

Si Dios quiere, dedicaremos expresamente un capítulo a tratar de esta cuestión de los consejos.

Del tercero de los requisitos antes apuntados se hace mención en el siguiente relato trasmitido por el Bojarí, Móslem y otros.

Dijo un hombre al Profeta:

— Enviado de Dios, nómbrame gobernador.

Y le contestó:

— No concedemos nuestros gobiernos a nadie que los solicite.

Se fundaba para hablar así en que las provincias que se ponen bajo el mando de una autoridad son, de hecho, depósitos confiados a su custodia, por tener en ellas la libre disposición sobre vidas y haciendas de las personas. Y el poner gran diligencia en obtener la custodia de un depósito es indicio de intención desleal, porque es cosa que solamente la pretende alguien que trata de comérselo. Luego el encargar a una persona infiel el desempeño de un cargo de confianza, es lo mismo que ha-

cer al lobo pastor del ganado. Esta es la causa de que entre la rebeldía contra los reyes en los corazones de los vasallos, porque, al ver sus derechos atropellados y deshechas sus haciendas, surge en ellos un sentimiento de rebeldía; sus lenguas sólo se emplean en quejas y reclamaciones y en hablar con elogio de otros reyes para ponderar su justicia y su bondad.

Ocurre como dice en una estancia muy conocida que ya hemos citado:

«El que guarda las ovejas ha de alejar de ellas el lobo.
Pero, ¿qué ocurrirá, si son los lobos los guardianes?»

Si son desleales las personas a cuyo cuidado se hallan los dineros del estado, o los gobernantes son unos malvados, el caso es el mismo de que habla el poeta, cuando dice:

«Con la sal se arreglan las cosas que se teme lleguen a alterarse.
Pero, ¿qué se hará con la sal si es la que se altera?» [1].

Dijo otro:

«Aunque veas a un lobo haciendo oración
y que al pasar cerca de él se prosterna
Recitando sus plegarias con gran fervor,
¡qué bien le resultará a la presa no detenerse junto a él!
Tú que tienes sentimientos elevados, apártala rápidamente,
porque ya se ven sus entrañas hechas pedazos.»

Es indicio de que la hora final se aproxima que se pretenda como un negocio la administración de los bienes públicos y el que se soliciten los cargos de autoridad.

[1] San Mateo, V, 13.

Como se cuenta que dijo el Profeta:

— Es señal de que llega la hora final tener que obligar por la fuerza al pago de los tributos religiosos y que haya quien se lucre a expensas de los bienes del estado. Cuando esto sucede, los pobres y los hombres piadosos claman contra el sultán, le preparan sus emboscadas los malvados, conspiran contra él los poderosos, murmura el pueblo y, en su afán de vivir tranquilos, buscan otro que les proporcione la tranquilidad que necesitan.

CAPÍTULO XI

Cualidades que constituyen el más firme apoyo del sultán, y sin las cuales le falta la firmeza necesaria para sostenerse.

La primera de estas cualidades, y la que el pueblo reclama más imperiosamente, es la justicia. Ella constituye el sostén del rey, por ella subsisten los estados y en ella se apoyan los cimientos de los imperios, tanto si son de origen profético como si son de los fundados por acuerdo de los hombres.

Has de saber (Dios te guíe por el camino recto) que el Señor impone como un precepto la justicia, y después enseña que no todas las almas se conforman con ella, sino que las hay que reclaman la misericordia, la cual está por encima de la justicia.

Dice así: "Dios ha ordenado la justicia, la misericordia y la liberalidad con los parientes„ [1].

Pues si hubiera estimado que con la justicia había suficiente para las criaturas, no habría añadido a ella la misericordia. Ahora bien: Aquel que, no conformándose con la justicia, aún le añade algo más, ¿cómo va a con-

[1] Alc., XVI, 92.

formarse con que la justicia no llegue al lugar que le corresponde?

Es la justicia la balanza que el Señor ha colocado en la tierra para despojar al poderoso en favor del desvalido y al poseedor injusto en favor del legítimo dueño. Y esta balanza no se ha establecido solamente entre los siervos, sino también entre los vasallos y el soberano. Y cualquiera que la desvíe violentamente del justo fiel en que el Señor la ha colocado, se expone a ser objeto de sus iras.

Sabe, ¡oh Soberano!, que el reino es algo comparable a un hombre, del cual tú eres la cabeza; tu ministro, el corazón; tus funcionarios, las manos; tus vasallos, los pies, y tu justicia, el espíritu. Si el espíritu falta, no hay cuerpo que viva. Si quieres alcanzar la cima de la justicia, ten en cuenta que el pueblo está compuesto de tres clases de gentes, a saber: las de elevada categoría, las de la clase media y las de posición humilde. Pues bien: considera al hombre principal, como un padre; al de la clase media, como un hermano, y al más infeliz, como un hijo, y respeta a tu padre, honra a tu hermano y ten compasión de tu hijo. De este modo alcanzarás el respeto y la estimación de las gentes y la misericordia del Señor.

Has de saber que la justicia del rey da como resultado la adhesión unánime hacia él, y su tiranía el apartamiento de su lado.

La justicia del rey es la vida del pueblo.

En *Sentencias variadas* se dice: "Es preferible un sultán tiránico, por espacio de cuarenta años, a un pueblo amotinado, durante una sola hora del día.„

Cuando el sultán es justo para con lo que hay junto a su lado, se gana la simpatía de lo alejado de él.

Por las dádivas se pone de manifiesto la generosidad de los reyes; por la clemencia, su noble condición, y por la justicia, su grandeza.

Tres son los instrumentos con que el sultán cuenta, a saber: la consulta a los hombres leales, la firme adhesión de los auxiliares y el buen funcionamiento del mercado de la justicia.

Las mejores épocas son aquellas en que gobiernan hombres justos.

Dos son las especies de justicia: una, la justicia divina, la cual ha sido impuesta por los profetas y los apóstoles, de parte de Dios, y otra, semejante a ésta, que consiste en normas de gobierno establecidas mediante acuerdo entre los hombres, merced a las cuales se abaten las fuerzas del poderoso y la vida del débil se desenvuelve.

Difícilmente subsistirá un sultán, ni se hallará en buena situación pueblo alguno, creyente o impío, si no existen recta justicia y un orden establecido para la marcha de los asuntos. Ni cabe esperar una cosa así, ni ello es posible.

Ya explicamos al principio del libro que Salomón, hijo de David, fué desposeído del reino porque acudieron ante él unos litigantes, y llevado del interés especial que por una de las partes sentía, quiso que la sentencia fuese favorable a él, y pronunció el fallo en tal sentido. El Señor, entonces, lo desposeyó del poder y puso en su trono a un demonio.

Considera, pues, la justicia como principio fundamental de tus actos de gobierno, porque ella es la que apartará de ti todos los contratiempos que en sí lleva el gobernar y robustecerá todos los elementos que contribuyen a consolidar la vida del Estado.

Dijo Alí, hijo de Abutálib:

— Un soberano justo es mejor que una lluvia copiosa; un león feroz, mejor que un sultán tirano, y un sultán tirano, mejor que un motín duradero.

Dijo Benmasud:

— Cuando el soberano se conduce equitativamente, él obtendrá su recompensa, y tú debes estar agradecido; y si es un tirano, sobre él pesarán sus faltas y tú habrás de resignarte.

Dijo Salomón, hijo de David:

— La misericordia y la justicia defienden al rey.

Todos los sabios árabes y extranjeros están de acuerdo con respecto a las siguientes consideraciones:

"Es el estado un edificio cuyos cimientos están formados por el ejército; si los cimientos son fuertes, el edificio se sostiene, y si son débiles, se derrumba. No puede, por tanto, haber sultán sin ejército, ni ejército sin dinero, ni dinero sin impuestos, ni impuestos sin prosperidad, ni prosperidad sin justicia. Luego la justicia es el fundamento en que reposa la base de todo lo demás.„

Para cumplir con lo que se debe a la justicia impuesta por los profetas, el sultán tendrá reunidos junto a sí los hombres consagrados al cultivo de la ciencia divina, porque ellos son los que lo guardan, los que lo defienden y los que le resuelven las cuestiones que con la divina justicia se relacionan; son los que lo guían hasta Dios, los que se ocupan en las cosas a El referentes, los que guardan sus preceptos y los leales consejeros de las criaturas de Dios.

Cuenta Abuhoraira que dijo el Profeta:

— La piedad es lealtad; la piedad es lealtad; la piedad es lealtad.

— ¿En favor de quién? — le preguntaron.

— En favor de Dios, de su Libro, de su Enviado y de los jefes y el pueblo de los musulmanes.

[**46**] Haz, pues, ¡oh rey!, que los sabios sean para ti como túnica que te rodea y los santos como un manto que te envuelve, y conduce la marcha de tu reino por entre los consejos de los sabios y las plegarias de los santos, porque un reino que desenvuelve su marcha por entre estas dos cosas, es acreedor a que sus fundamentos se consoliden y su duración se prolongue. ¿Y cómo no ha de ser así, si el Señor ha concedido a los sabios un lugar aparte en su reino y los ha reputado sin mancha en su purísima inteligencia al decir: "El mismo Dios declara que no hay más Dios que El, y los ángeles y los poseedores de la ciencia y de la rectitud.....„? [1].

De modo que comienza por El mismo; pone en segundo lugar a los ángeles y en tercero a los poseedores de la ciencia divina, que son los designados por el Señor para recoger la herencia de los profetas. No consiste ésta en dinares ni en dracmas, sino solamente en ciencia; y el reverenciar y atraerse a los sabios es obedecer los preceptos del Señor, honrar a aquellos a quienes el Señor elogia.

Hay obligación de colocarlos en lugar preferente y asignarles un puesto distinto del que ocupan quienes no sean ellos.

[1] Alc., III, 16. Termina el versículo: «..... repiten: No hay más Dios que El,....»

Así lo dice el Señor: "Dios elevará a grados eminentes a aquellos de vosotros que hayan creído y hayan recibido la ciencia„ [1].

De este modo se fomenta la inclinación de los corazones hacia el sultán, la adhesión de los sentimientos y la unanimidad en el amor hacia él.

Es, por tanto, necesario para el sultán no resolver ningún asunto prescindiendo de los sabios, ni decidir cuestión alguna sin consultarlos, porque juzga en virtud del poder de Dios, y sus decisiones han de someterse a las normas trazadas por la divina ley.

Lo menos a que el sultán está obligado es a considerarse, con respecto a Dios, en la situación en que se hallan sus gobernadores con respecto a él. Si el gobernador desobedece alguna de sus órdenes o alguna disposición que le haya comunicado, ¿acaso no vendrá la destitución y la sustitución, sin librarse, por ello, de las iras del sultán? Y, en cambio, si cumple sus mandatos y se abstiene de sus prohibiciones, quedará el sultán altamente complacido de él. Es, por tanto, cosa sumamente extraña que haya quien se irrite contra su gobernador, si éste lo desobedece, y no tema la cólera divina cuando él se rebela contra el Señor.

Este es el modo de mantener en vigor la divina justicia y la política islámica, la que encierra en sí toda clase de perfecciones, la que se vale de cuanto puede exigirse referente a normas de gobierno, la que usa en su gobierno unas riendas exentas de todo defecto, la que ha sido promulgada para el bien del mundo y de la piedad.

Y así como el rey emprendedor no lleva a cabo nin-

1 Alc., LVIII, 12.

guna de sus empresas sin someterlas a la deliberación de los ministros y de las personas de su confianza, tampoco ha de resolver en cuestiones de justicia sin oír el dictamen de los sabios virtuosos.

Como se quejara un individuo a Almamún de que Amrú, hijo de Masada, le había hecho sufrir una injusticia, reprendió a éste Almamún, diciéndole:

— Amrú, construye tu bienestar con la justicia, porque la injusticia lo derrumbará.

Cuando la justicia se halla difundida por todo, los corazones están confortados, existe la satisfacción interior, el hábito de la sinceridad y la seguridad contra los enemigos.

Se proponía Alhormozán presentarse a Omar, hijo de Aljatab, y se dirigió a su palacio; pero no halló en él ni chambelán ni portero alguno. Dijéronle que estaba Omar en la mezquita y hacia allá se encaminó, encontrándolo echado, con la cabeza apoyada sobre un montón de guijarros y la alfombra tirada junto a él. Al verlo de aquel modo, exclamó Alhormozán:

— Como eres justo estás seguro, y por eso duermes.

Contó Alhasán lo siguiente:

— Vi a Otsmán, hijo de Affán, que era a la sazón Príncipe de los Creyentes, en la mezquita del Profeta, con la cabeza apoyada sobre unos guijarros, que había amontonado, y cubierto con los vuelos del manto. No había con él persona alguna, y su alfombra la tenía allí delante.

Escribió un gobernador de Emesa, diciendo a Omar, hijo de Abdelaziz:

— La ciudad está arruinada y necesita ser restaurada.

Y le contestó:

— Fortalécela con la justicia y limpia sus calles de tiranía.

Dicen los filósofos:

— Si aquel que ocupa el poder se abstiene de hacer justicia, no consigue con ello beneficio alguno para sí, ni su autoridad reporta ningún bien al pueblo.

Dijo Yahya, hijo de Actsam:

— Iba yo con Almamún por un jardín. Estaba el sol a la izquierda y le daba a él la sombra. Al volvernos, también caía el sol sobre mí, y me dijo:

— Pásate a mi lado y yo me pasaré al tuyo, para que vayas a la sombra, como yo iba, y yo te guarde del sol, como tú me has guardado. Para que la justicia impere, ha de empezarse por aplicarla el soberano a aquellos que más íntimamente le rodean; luego, éstos a los que tienen a su alrededor, y así, de unos a otros, hasta que llega a las capas más bajas.

— Y como me instase, me cambié de lado.

Es muy corriente el dicho de que no hay cosa más difícil que la duración de un monarca irascible.

Preguntaron a Alejandro:

— ¿Por qué no tomas muchas mujeres, para tener numerosa descendencia que perpetúe tu nombre?

Y contestó:



— Solamente perpetúan el nombre los hechos gloriosos y la conducta laudable, y no le está bien al vencedor de hombres que se deje dominar por las mujeres.

Dice el sabio:

— El que adopta la justicia como norma de conducta, se ha provisto de un excelente escudo protector, y quien se reviste del manto de la justicia, se ha engalanado con el más preciado de los adornos.

Dijo Abuobaid, hijo de Abdala, hijo de Mesaud:

— Si el que rige al pueblo es justo, acalla las voces que claman al Señor; y si es un tirano, se multiplican, por causa suya, las quejas que van a Dios.

Dice el sabio:

—Debe dejarse al sultán en completa libertad, con el fin de que consiga afianzar los fundamentos de la prosperidad y el edificio de la legalidad, pues con ello se complace al Señor.

También se ha dicho: "No oprimas a los débiles, porque entonces pertenecerás a la clase vil de los poderosos.„

Dijo un filósofo:

— Un príncipe que no practica la justicia, es nube que no arroja de sí la lluvia bienhechora; un sabio sin temor de Dios, es tierra en la que no brotan plantas; un joven cuyo corazón no da cabida al arrepentimiento, es como un árbol que no da fruto; un rico sin generosidad, como un candado sin llave; un pobre sin resignación, como una lámpara sin luz, y una mujer sin honestidad, como una comida sin sal.

Según afirma Cosroes, coincidieron las opiniones de los reyes persas en cuatro cosas, a saber: en que no se coman los manjares sino cuando apetecen; en que la mujer no ha de mirar a nadie más que a su marido; en que al rey no le es de provecho sino la obediencia, ni a los vasallos otra cosa que la justicia.

[**47**] Nadie está tan obligado a acatar las exigencias de la justicia como los reyes, porque su proceder recto hace que los demás se conduzcan también rectamente, y porque todo cuanto dicen o hacen es ejecutado sin que nada lo impida.

Dicen los sabios:

— Siempre que desees conseguir alguna cosa, procura valerte de medios justos para lograrla, y yo te respondo del éxito. La injusticia es lo que más atrae la adversa fortuna o el pronto castigo.

En opinión del sabio, lo peor que puede uno llevar como provisiones para el viaje de la eternidad, es la perseverancia en el pecado. Pues aún peor que esto es el haber sido tirano con las criaturas.

Si el sultán pretende alcanzar buena reputación y renombre glorioso, mantenga inflexible la vara de la justicia; si quiere llegar junto a Dios y ocupar ante El un lugar preeminente, que mantenga inflexible la vara de la justicia, y si quiere lograr ambas cosas, mantenga inflexible la vara de la justicia.

Por dos cosas perdura el recuerdo de los reyes a través de los tiempos, a saber: o por renombrados actos de justicia, o por una tiranía afrentosa. Aquello le granjea la piedad y esto la execración.

Por lo que toca a la segunda especie de justicia, o sea la que consiste en normas y reglas establecidas por mutuo acuerdo de los hombres, aunque basada en falsos fundamentos, mediante ella marchan en buen orden los asuntos referentes a la vida del mundo, por ser una pauta que, a su modo, regula la práctica de la equidad.

A esta especie de justicia se atenían los reyes de los pueblos del tiempo de los persas; los cuales, a pesar de ser unos impíos que adoraban al fuego y se dejaban arrastrar por las sugestiones del demonio, habían adoptado, no obstante, sus normas de gobierno, habían instituído su organismo legal y habían implantado sus códigos de justicia, tanto para lo referente al proceder de los vasallos, como para la exacción de los tributos al pueblo y de los impuestos sobre el tráfico.

Para llegar a este resultado, guiáronse tan sólo por los dictados de la sana razón, inspirándose en principios que ni habían sido revelados por Dios a ningún sultán, ni estaban apoyados en una base sólida, por cuanto al advenimiento de la ley revelada por Dios, por boca de su Profeta Mahoma, Señor de los milagros, hubo algunos de aquellos sistemas de gobierno que quedaron subsistentes en principio; pero muchos otros, los que no estaban de acuerdo con la citada ley divina, fueron abolidos y declaradas falsas sus normas jurídicas, quedando implantada la jurisprudencia, que procede de Dios, y practicándose la justicia conforme a lo que El enseñó.

La autoridad se imponía a los vasallos haciéndoles atenerse a los usos que tradicionalmente se venían observando entre ellos, y de este modo se cortaba la mecha de la indisciplina, se fijaba la cuantía de los tributos y se discutían los derechos y deberes de cada cual.

Por esto se ha dicho que un soberano infiel que acata los preceptos de la justicia humana, se mantiene en el poder más tiempo y goza de mayor autoridad que un sultán creyente que se conduce rectamente en lo que concierne a su persona, pero que atenta a las normas de la justicia profética.

La injusticia organizada es más duradera que la equidad desquiciada, porque nada es de tanto provecho para la autoridad del sultán como el buen orden en los asuntos, ni nada que tanto le perjudique como la desorganización de los mismos.

Has de saber que el tomar al pueblo un dracma en forma improcedente y con violencia, aun cuando sea justamente, fomenta la rebeldía en el corazón de los vasallos con más fuerza que si se toman diez con arreglo a lo que prescriben las normas de gobierno, en tiempo oportuno y conforme a los usos establecidos, aun cuando no sea justo.

Porque el soberano no se sostiene ni en los pueblos creyentes, ni entre gentes impías, sino mediante la recta aplicación de la justicia, ya sea la de origen profético, ya sean los códigos que, a semejanza de ella, han impuesto los hombres.

Según Benalmocafaa, hay tres clases de reyes, a saber: rey piadoso, rey enérgico y rey vicioso. Si el rey piadoso afianza la fe entre las gentes de su estado, fomenta en ellos la virtud de la conformidad, y si alguno tiene motivos de queja contra el rey, es, para el caso, como quien se halla complacido de él. Con el rey enérgico se consolida la autoridad; pero él no escapa de la maledicencia ni del aborrecimiento, porque el rigor del poderoso no evita las murmuraciones ni aun de la gente

más miserable. En cuanto al rey vicioso, éste no consigue sino gozar un momento y perderse para toda la eternidad.

Ha llegado a nuestras noticias que un rey de la India se quedó sordo, y esto lo hacía sufrir y le traía muy preocupado, porque no podía oír si alguna víctima de la injusticia solicitaba su amparo. Para remediar este inconveniente ordenó, por medio de su pregonero, que nadie en sus estados llevase vestido rojo, sino el que hubiese sido atropellado en sus derechos.

— Así — decía — , si estoy privado de oír, no lo estaré de ver.

Todo aquel que había sido víctima de alguna vejación se ponía un vestido rojo y se situaba debajo del palacio, y de este modo se descubría que había sido maltratado.

Contó a mi maestro Abulabás el Hichazí, que había visitado la China, una costumbre muy original y curiosa puesta en práctica por los soberanos de aquel país, para administrar justicia. Hay en la cámara del rey una campana que lleva sujeta una cadena, cuyo extremo libre va a parar al exterior, a la calle. Allí se colocan servidores del rey, de guardia, y al llegar el que pide justicia, tira de la cadena; oye el rey el sonido de la campana y manda que hagan entrar al que la ha tocado. Lo cogen aquellos guardias y lo conducen a la presencia del rey.

CAPÍTULO XII

Exposición de las circunstancias que en opinión de algunos reyes han sido causa del fin de sus estados y del derrumbamiento de su poder.

OH, rey! Procura con el mayor interés informarte de los asuntos en que intervienen tus gobernadores, porque al malvado ya lo cohibe el que tú te enteres, antes de que le hayas impuesto castigo alguno, y al que obra bien ya lo llena de júbilo el que tú lo sepas, aun antes de que le otorgues ninguna recompensa.

Explica Abuchâfar Almansur que se mantuvo el poder en manos de la dinastía Omeya hasta que vino a parar a ciertos individuos pertenecientes a dicha dinastía, gentes criadas en la molicie, los cuales, debido a lo elevado de su dignidad real y a la grandeza de su poder, no se ocuparon en otra cosa sino en seguir los impulsos de [48] las pasiones, gozar de los placeres e incurrir en la desobediencia al Señor y en su desagrado, por ignorancia de los medios de que el Señor se vale para extraviar a los pecadores y de las estratagemas que contra ellos emplea. Por eso les arrebató el Señor su grandeza y los privó de aquel bienestar.

Contó lo siguiente Obaidala, hijo de Meruán, el conocido por *el Asno*, último soberano de la dinastía Omeya, que murió en tierras de Egipto en la región de Busir:

— Cuando dió fin nuestro reinado y huí hacia la Nubia con los partidarios que me siguieron, tuvo el rey de aquella tierra noticias de mi llegada y vino a verme. Se sentó en el suelo y no sobre la alfombra que yo había hecho extender para él.

Extrañado, le pregunté:

— ¿Es que no te sientas en mis alfombras?

— No — respondió.

— ¿Y por qué? — insistí.

— Pues — contestó — porque soy rey, y todo rey está obligado a ser humilde, por respeto a Dios que lo ha elevado al puesto que ocupa.

Después prosiguió:

— ¿Por qué bebíais vino, si os está vedado hacerlo? ¿Por qué pisoteabais con vuestras cabalgaduras los sembrados de los vasallos, no estándoos permitido causar tales destrozos? ¿Por qué os servíais de utensilios de plata y oro y os vestíais de brocado y seda, si os está prohibido?

Le contesté:

— Es que hemos perdido la autoridad, se ha reducido el número de nuestros auxiliares, hemos tenido que recurrir al apoyo de gentes extranjeras que han abrazado nuestra religión, y nos rodeaban unos servidores y gentes allegadas a nosotros que eran los que hacían todo eso, contra nuestra voluntad.

Quedóse callado unos momentos, frotándose las manos y haciendo rayas con los dedos en el suelo y, por fin, replicó:

— No es como tú cuentas, sino que, antes al contrario, vosotros habéis sido unas gentes que considerabais lícito lo que el Señor reprueba y habéis reinado tiránicamente. Dios os ha desposeído del poder por vuestros pecados y descarga sobre vosotros el peso de su venganza, una venganza cuyo término aún no ha llegado. Yo temo que ésta caiga sobre vosotros mientras os encontráis en mis estados, y me alcance a mí al mismo tiempo. Por tanto, como la hospitalidad sólo es por tres días, proveeros de lo que os haga falta y marchaos de mis territorios.

Y así lo hicimos.

Preguntaron a Buzurchomihr:

— ¿Cuál fué la causa de que los soberanos de la dinastía Sasánida llegaran a la situación en que se vieron, después de haber ejercido una autoridad tan poderosa y tan firmemente consolidada?

Contestó:

— El haber confiado los grandes cargos a pequeños hombres.

En efecto, los sabios afirman que causa menos perjuicio la muerte de mil personas de calidad, que el encumbramiento de una sola de baja condición.

Y en los Proverbios: "La decadencia de los estados sobreviene cuando se confían los servicios a gentes de baja ralea.„

Dice El Xafeí:

— No hay mayor déspota que el hombre de baja estofa, al verse enaltecido, porque se hace altanero con los suyos, no reconoce a los antiguos amigos, menosprecia

a las gentes de linaje ilustre y tiene en poco a las personas de mérito.

Preguntaron a un rey destronado:

—¿A qué se debe la pérdida de tu reino?

Respondió:

—A haber otorgado mis dones sin tasa ni provecho y haber dejado para mañana lo que debía hacer hoy.

Preguntaron a otro a quien habían despojado de sus estados:

—¿Qué es lo que os ha arrebatado vuestra grandeza y ha echado por tierra vuestro poder?

—Pues —respondió— que nos absorbían los placeres todo el tiempo, sin dejarnos espacio para ocuparnos de los asuntos que realmente nos interesaban; éstos los confiábamos a nuestros funcionarios, los cuales sólo procuraban su provecho, en perjuicio nuestro. Al mismo tiempo, los gobernadores tiranizaban al pueblo, fomentando en él sentimientos de antipatía hacia nosotros y el deseo de verse libres de nuestro yugo; viéronse agredidos nuestros perceptores de tributos, disminuyeron nuestros ingresos, se acabó el gratificar a nuestros servidores y con ello la obediencia que nos profesaban. Lanzáronse contra nosotros los enemigos y nos faltó el apoyo. Y de entre todo, lo que principalmente dió fin a nuestro reino fué el no haber llegado a nuestro conocimiento noticia de nada.

En opinión de los sabios, la causa que más prontamente da lugar a la ruina del sultán, la que de un modo más rápido y eficaz provoca la rebeldía y acaba con la adhesión del pueblo hacia él, es el manifestar predilec-

ción por unas gentes más que por otras y el mostrar mayor inclinación a una cabila que a las demás. Cuando se hace notorio su afecto hacia una cualquiera, de un modo especial, las otras se consideran desligadas de él. Desde antiguo se dice que la preferencia es perturbadora.

Según Mihiud, sacerdote zoroastra, una de las cosas que acaban con el sultán es el tener junto a sí a quien convendría que estuviese alejado y en apartar de su lado a quien debería estar junto a él. Entonces llega la época de la defección.

Preguntaron a un rey privado de sus estados:

— ¿Qué es lo que ha destruído vuestro reino?

Contestó:

— La confianza en mi fuerza; el atenerme solamente a lo que mi razón me dictaba; el prescindir del consejo; el estar engreído de mi poder; mi falta de tacto en los momentos en que necesitaba tenerlo, y mi calma cuando precisaba la diligencia.

Cuando se vió cercado Meruán el Chadí, último rey de la dinastía Omeya, exclamó:

— ¡Malhaya un poder incapaz de triunfar, una mano impotente para vencer y unos beneficios que no han sido agradecidos!

Le replicó su criado Nasil, que era descendiente de una noble familia romana:

— A quien se desentiende de las cosas pequeñas, permitiendo que lleguen a ser grandes; al que no hace caso de lo poco, dando lugar a que aumente, y a quien no se ocupa en lo que hay oculto, ni evita que salga al exterior, le pasan cosas así.

Preguntaron a un sabio cuál había sido la causa de que se viesen privados del reino los descendientes de Meruán, y contestó:

— La rivalidad de los colegas y la interrupción de los informes.

Aludía a lo ocurrido con Zaid, hijo de Omar, cuando trataba de humillar a Nasar Bensayyar y no le facilitaba soldados ni comunicaba al soberano las noticias que recibía del Jorasán. En vista de aquello, decía Nasar Bensayyar:

«Por los resquicios de la ceniza sólo asoma algún destello del rescoldo,
pero está dispuesto a avivarse, tan pronto como le echen combustible,
Porque el fuego toma incremento, así que le añaden leña.
El principio de las guerras suele ser unas palabras.
Mas yo digo: ¡Qué insensatez! Me gustaría saber
si Omeya está despierto o duerme.»

Iban, en efecto, los Abasíes echando los fundamentos de su dominación, y cuando llegó la noticia de sus manejos a los Omeyas, ya aquéllos habían adquirido gran preponderancia y la autoridad de éstos estaba muy quebrantada.

[49] Como preguntaran a Meruán, hijo de Mohámed el Chadí, último soberano de los Omeyas, cuál había sido la causa de que su autoridad se derrumbara, después de haber gozado de un poder tan grande y tan sólidamente cimentado, contestó:

— El guiarme por mi sola opinión. Cuando me dirigía Nasar Bensayyar repetidos escritos para que le facilitara dinero y hombres, me dije: "Este quiere exigir cuantiosos recursos, sin tener en cuenta la agitación que con anterioridad a él se advertía en el reino. No sea que el Jorasán se subleve contra mí....."

Y el reino entero se sublevó, por causa del Jorasán.

CAPÍTULO XIII

Trata de las cualidades habituales que, en sentir de los sabios, impiden la duración del imperio.

Es de admirar que logre sostenerse un rey orgulloso y presumido, porque habéis de saber que estas dos cualidades despojan de todas las virtudes y fomentan todos los defectos. El orgullo se refiere a la consideración del propio rango, con relación a los demás, y la presunción a la estimación del propio valer.

El orgulloso se considera muy por encima del rango correspondiente a las gentes necesitadas de aprender, y el que se deja llevar de la presunción, estima su mérito tan extraordinario, que no ha de procurar aumentarlo, como aquellos que tratan de conseguir una mayor perfección.

Guárdate, pues, de un vicio que impide escuchar el consejo leal y admitir la corrección.

La soberbia granjea la aversión e impide recurrir a la consulta.

Cuando el Señor menciona la soberbia en el Alcorán, la equipara al politeísmo, y por eso dijo Mahoma al Abbás:

— Te prohibo asociar a Alá dios alguno, y también

te prohibo la soberbia, porque el Señor aborrece ambas cosas.

Dijo Ardaxir, hijo de Babac:

— La soberbia es solamente un exceso de estupidez, cuyo poseedor, no sabiendo qué destino darle, lo convierte en soberbia.

Según afirma Aláhnaf, hijo de Cais, todo el que da muestras de soberbia es porque hay en él alguna circunstancia que lo empequeñece.

Constantemente evitan los sabios el incurrir en la soberbia y sienten por ella profunda aversión.

Dice el poeta:

«Un joven que es humilde, no por humildad,
sino por orgullo de que no lo tachen de orgulloso.»

Vió Platón a un necio muy pagado de sí mismo y le dirigió estas palabras:

— Quisiera yo ser como tú eres a tus propios ojos y que mis enemigos fueran como tú eres en realidad.

Admiten los sabios que la autoridad puede subsistir junto con los más graves defectos, pues es cosa corriente que un mendigo mande en los suyos y puede también ocurrir que un insensato se halle al frente de una tribu, como sucedió con Alacraa, hijo de Habis, a quien calificó el Profeta de *necio obedecido;* pero que no subsistirá unida al orgullo. Guárdate, por tanto, de una vil cualidad que desposee del poder, y más que por esto, porque el Señor prohibe la entrada en el paraíso a los soberbios,

según declara en estas palabras: "Esta mansión de la vida futura la destinamos para los que no quieren realzarse sobre los demás en la tierra ni pervertirse„ [1].

Equipara, pues, la soberbia a la perversión, en lo de impedir ambas la entrada en el paraíso, y añade: "Apartaré de mis enseñanzas a aquellos que, en la tierra, se enorgullecen sin razón„ [2].

Decía un filósofo:

— Siempre que veo a un orgulloso, se me contagia su mal; es decir, me vuelvo yo orgulloso con él.

Has de saber que la soberbia engendra necesariamente antipatía y no es muy satisfactoria la situación del que se ha hecho antipático a sus gentes. Aquel a quien odian las personas que más en contacto se hallan con él, está como el que se encuentra a punto de ahogarse en el agua, y el que es aborrecido de sus defensores queda a merced de los adversarios. La vanidad, por su parte, arrastra a las personas a atenerse a sus propias opiniones, prescindiendo de los consejos de los demás.

Hay también otras cualidades con las que no puede coexistir la autoridad real, entre ellas, la mentira, la deslealtad, la perfidia, el despotismo y la escasa capacidad intelectual.

Según los filósofos árabes y extranjeros, hay seis cualidades que a un rey no se le pueden tolerar, a saber: la mentira, la deslealtad, la envidia, el genio violento, la tacañería y la cobardía.

Si es embustero, no se da crédito a sus ofrecimientos

1 Alc., XXVIII, 83.
2 Alc., VII, 143.

ni a sus amenazas, y no existe ni la esperanza de alcanzar sus mercedes ni el temor de recibir sus castigos; y poco respeto inspira el soberano a quien no se le teme. En sentir de los filósofos, la ruina de un país y la rebeldía de los vasallos están íntimamente ligadas al incumplimiento de las promesas y amenazas por parte de los reyes.

Es la mentira la más despreciable de las cualidades y la que con mayor imperio domina a quien la posee. Lo más probable es que no prescinda de ella, por la afición que le toma.

Preguntaron a un beduíno:

— ¿Por qué no dices mentiras?

Y respondió:

— Si con ello ganara en consideración, no dejaría de hacerlo.

Es la mentira una de las formas que reviste la desvergüenza, y una variedad de la degradación. Su origen no es otro que el afán de halagar un deseo, y consiste tan sólo en incoherencias de una razón perturbada. Uno de los daños que produce, es el de acumular al embustero pecados que él no ha cometido, pues cuando se oye una mentira de procedencia desconocida, se le atribuye a quien está reputado de embustero.

Dijo un poeta:

«Reputa el embustero como dignas de desprecio
muchas de las cosas que contra él se dicen.
Y cuando se oye una mentira,
aunque no sea suya, a él se le atribuye.»

Añade otro:

«Tengo mañas de que valerme contra los murmuradores;
pero contra los embusteros no hay tretas posibles.
Contra quien forja lo que va a decir, son nulos mis recursos.»

Dice el Señor: "Incurren en la mentira los que no creen en los prodigios del Señor„ [1].

Por lo que a la envidia se refiere, si el soberano es envidioso, no será superior [50] a nadie en nobleza de condición, y cuando faltan las personas de condición relevante se deshace el organismo social, pues si impera el orden en los pueblos, débese a las personas de mérito sobresaliente con que cuentan.

Así lo da a entender el poeta en estos versos:

«No se halla bien un pueblo sin un jefe, sin alguien que descuelle;
mas nadie descuella, cuando los que mandan son gente necia.»

Si el rey es tacaño, no tendrá a su lado quien lealmente le aconseje, y es imposible el recto ejercicio de la autoridad sin la ayuda del consejo leal. Y el rey no tiene por qué ser tacaño, disponiendo, como dispone, de grandes tesoros.

Si es cobarde, toma ánimos contra él el enemigo y se pierden plazas de las fronteras.

Cuando es arrebatado y colérico, como tiene tras sí la fuerza, causa la ruina a su pueblo. No debe el soberano dejarse llevar de la ira, puesto que dispone de medios para que se realicen las cosas a medida de sus deseos.

Presentóse el obispo de Nachrán a Mosaab Benazobair, y éste le dió en la cara un golpe con el cetro, que le hizo brotar la sangre.

A pesar de ello, limitóse el obispo a decir:

— Si quiere el Emir, le referiré lo que reveló el Señor a Jesucristo.

[1] Alc., XVI, 107.

— Dilo — respondió.

— ¿Y no te enfadarás después?

— No. ¡Venga!

— Pues — dijo el obispo — que quien manda no debe ser arrebatado (recomienda, pues, la mansedumbre), ni tirano (es decir, que tiene la obligación de ser justo).

Afirma el Auzaí que el soberano se busca la ruina si es presuntuoso o impide el acceso de los vasallos hasta él.

De ia presunción ya hemos tratado anteriormente, y por lo que se refiere al retraimiento del sultán, hemos de manifestar que es la falta que más rápidamente produce el derrumbamiento del trono y la que más apresura la ruina del estado. Si el sultán no permite que los súbditos lleguen hasta él, es lo mismo que si hubiera muerto, puesto que, al no escucharlos él en persona, está virtualmente muerto para ellos. Y entonces, las gentes que le rodean se aprovechan a su antojo de los súbditos, de sus hogares y de sus haciendas, porque el opresor está seguro de que el oprimido no llegará hasta el sultán. Los motines más graves que he presenciado contra los reyes y los más serios de que durante mi vida he tenido noticia, han sido motivados por no tratar personalmente los asuntos con los interesados. Los vasallos sometidos a un solo sultán a él es a quien han de acudir; pero si el soberano no se entiende directamente con ellos, se multiplican entonces los soberanos.

¡Oh, rey ofuscado! Tú te ocultas de la vista de tus vasallos, por medio de ujieres y porteros, y, a más de ellos, te vales de elevadas fortalezas e inexpugnables re-

cintos de piedra, agua y arcilla; mientras que las puertas de Dios están abiertas para todo el que lo solicita. Allí no hay ujier ni portero, pues, según el Santo Libro: "Todo el que quiera, tendrá camino para llegar hasta su Señor„ [1].

En opinión de Moauía, el que sea el soberano quien mande en los súbditos, o sean ellos los que manden en él, depende tan sólo de la energía y la transigencia. La perfección estriba en dos cosas, que son: rigor sin violencia y condescendencia sin debilidad.

Preguntaron a Buzurchomihr cuál era el rey que daba muestras de mayor energía, y contestó:

— Aquel cuya seriedad predomina sobre la frivolidad, cuyo entendimiento sojuzga a sus pasiones y cuyos actos son fiel expresión del fondo de sus pensamientos, sin disimular su satisfacción cuando está complacido ni su enojo cuando está irritado.

Dijo un filósofo:

— El fin de los estados sobreviene al confiar los cargos a gente de baja condición.

Si alguien persiste en practicar la tiranía, su autoridad desaparece.

A quien no se ayuda de la prudencia, no le son de provecho los guardianes.

Dijo Yahya, hijo de Jálid:

— Lo más hermoso que he encontrado entre las sentencias divulgadas, han sido estas palabras: "Son preferi-

[1] Alc., LXXIII, 19.

bles la tacañería y la ignorancia acompañadas de la humildad, a la liberalidad y la sabiduría unidas al orgullo.„ ¡Cuán excelente es, por tanto, una cosa que oculta dos cosas malas, y cuán perniciosa aquella otra que oculta dos cosas buenas!

CAPÍTULO XIV

Cualidades dignas de loa en el sultán.

TODOS los sabios y filósofos están de acuerdo con respecto a las que verdaderamente lo son, y por parte de ellos se ha dicho:

—¡Oh, rey! Si tu fuerza es inferior a la de tu adversario, procura tú adquirir las buenas cualidades que él no posea, porque éstas dan tan buen resultado como las expediciones guerreras.

Pidió Moauía a Sásaa, hijo de Sauhan, que le describiera a Omar, hijo de Aljatab, y aquél le habló así:

—Era hombre conocedor de su pueblo; justo en sus sentencias; exento de orgullo; dispuesto a aceptar las disculpas; fácilmente accesible a los vasallos; respetuoso con el hogar ajeno; inclinado a la rectitud; compasivo con el pobre; poco amigo de halagar al poderoso, y desprovisto de altanería para con los que le rodeaban.

El beneficio produce necesariamente afecto y el perjuicio odio; la oposición, antipatía, y la adhesión, simpatía; la sinceridad, confianza; la lealtad, tranquilidad; la justicia, adhesión de los corazones, y la tiranía, aversión; los buenos modales hacen atractivas a las personas, y las malas formas las hacen repulsivas.

Con el carácter expansivo se adquieren relaciones, con el retraído sobreviene el aislamiento.

El orgullo lleva consigo el aborrecimiento, y la sencillez el cariño.

La generosidad es causa de alabanzas, la tacañería de vituperios.

La desidia conduce al fracaso, la asiduidad al éxito de las acciones.

La indolencia es motivo de contrariedades; la actividad, de satisfacciones.

A la imprevisión va unido el arrepentimiento; la previsión evita muchos daños.

Con la acertada administración se hace duradero el bienestar.

Con la calma se facilita el logro de lo que se pretende.

La amabilidad en el trato conserva los afectos.

Al trato respetuoso corresponden las personas con la afabilidad.

La franqueza de carácter hace al hombre agradable la vida.

El trato desdeñoso es causa de que las gentes se distancien.

El callar atrae el respeto.

El hablar lo justo, realza.

Con la equidad se multiplican las amistades.

Con las virtudes se ennoblece la condición.

De la rectitud [**51**] de carácter brotan las buenas obras.

La carga de mantener a otros, da derecho a la jefatura.

Al sufrir con calma al necio, son muchos los que se ponen de tu parte contra él.

Con la afabilidad y la cortesía te granjeas el calificativo de hombre bueno.

Desentendiéndote de lo que no te concierne, se acaba de perfeccionar tu mérito.

Has de saber que la urbanidad reviste de afectos a las personas que la poseen, y que la grosería despoja a quien la emplea del vestido con que se obtiene la buena acogida de las gentes.

Es señal de escasa sensatez el ver con envidia la prosperidad del amigo.

El reparar en las consecuencias es librarse de ellas.

Quien no tiene calma, después se arrepiente; el que aguarda pacientemente, gana con poco esfuerzo.

El que calla, de mucho se libra.

El que teme, se precave.

El que observa, ve; el que ve, medita; el que medita, aprende.

Quien obedece a sus apetitos, se pierde.

Junto a la precipitación va el arrepentimiento, y junto a la calma la satisfacción.

Quien siembra buenas obras, cosecha alegrías.

El amigo del hombre inteligente es un ser afortunado; el compañero del necio, mucho tiene que sufrir.

Cuando ignores, pregunta; cuando yerres, enmiéndate; cuando obres mal, arrepiéntete; y cuando te hayas arrepentido, apártate del mal.

Si haces un beneficio, guárdalo secreto; cuando te niegues a algo, hazlo con delicadeza; cuando hagas una dádiva, que sea espléndida; y cuando te enojes, ten moderación.

El que te hace un beneficio, te impone la obligación de agradecérselo.

Todas las cualidades que dignifican al hombre están supeditadas al talento.

El conocimiento depende de la experiencia.

El origen del talento es la perseverancia, y sus frutos el bienestar.

El origen del acierto en las acciones es el talento, y su resultado el éxito.

La ayuda divina y el esfuerzo realizado en interés del Señor, son dos cosas mutuamente subordinadas: dicho esfuerzo es la causa de que el Señor preste su ayuda, y ésta, a su vez, la que determina el feliz resultado del esfuerzo. Así lo enseña el Señor al decir: "Guiaremos por nuestros senderos a todos aquellos que realicen esfuerzos en favor de nuestra causa„ [1].

Todas las acciones se hallan subordinadas a los divinos decretos.

De todas las frases contenidas en los cuatro libros que a continuación se citan, consideran los sabios las siguientes como de un mérito superior a las demás. De la Tora: "Aquel que posee el don de la conformidad, siempre tiene bastante.„ Del Libro de los Salmos: "El que calla, males se evita.„ Del Evangelio: "Quien renuncia al mundo, se salva.„ Del Alcorán: "Quien busca la protección de Dios, es guiado por el camino recto.„

La clemencia ennoblece.

La perseverancia hace triunfar.

El beneficio que se practica es un bien que se atesora.

La ignorancia es insolente.

Los días cambian y los tiempos sufren mudanzas.

1 Alc., XXIX, 69.

Al hombre se le reputa según su proceder y se le acoge conforme a sus acciones.

El practicar beneficios atrae alabanzas.

Agasajad al visitante y acudirá con asiduidad a vuestra tertulia.

Sed justos con vosotros mismos y os haréis dignos de confianza.

Guardaos de adquirir hábitos denigrantes, porque hacen perder la dignidad y echan por tierra la consideración.

El alejamiento despreciativo del necio es más soportable que sufrir sus impertinencias.

El jefe de la familia ha de soportar las cargas que ésta lleva consigo.

Todos los sabios árabes y extranjeros reconocen la utilidad de estas cuatro advertencias:

No cargues tu vientre más de lo que puede soportar; no realices acto alguno que no te reporte utilidad; no te dejes seducir por el afán de mandar, y no te confíes en el dinero, por abundante que sea.

CAPÍTULO XV

En él se explica cuál es el fundamento en que se apoya la autoridad de que el sultán se halla investido.

ESTE fundamento es la obediencia.

Preguntó un rey persa a uno de sus sacerdotes:

— ¿Cuál es la cosa que por sí sola da la fuerza al soberano?

— La obediencia — respondió.

— ¿Y cuál es el fundamento de la obediencia? — volvió a preguntar.

— El afecto para con la gente principal y la equidad con todos en general.

— Acertadamente has hablado — le dijo el rey.

La lealtad es el refugio donde se alberga la obediencia y ésta el más preciado ornato del rey.

Se ha dicho que son cuatro las razones en virtud de las cuales se presta la obediencia al soberano, a saber: por deseo de conseguir algo; por temor; por amor, y por obligación impuesta por la ley.

Presentóse en cierta ocasión Sáad el Axir a un rey de Himyar y éste le preguntó:

— ¿Qué es tranquilidad del reino?

— Pues — contestó — justicia bien difundida, temor que reprima los malos impulsos y vasallos obedientes.

La justicia es, efectivamente, condición precisa para la vida del ser humano; con el temor se destierran las depredaciones, y la obediencia de los vasallos es requisito indispensable para la vida del hombre civilizado.

La obediencia a los jefes del estado es una obligación ineludible que el Señor ha impuesto a los vasallos. Por lo tanto, la obediencia al sultán está relacionada con la obediencia divina; respetad, pues, al Señor, porque es vuestro deber hacerlo, y al sultán, para obedecer al Señor.

Uno de los modos de venerar al Señor, consiste en respetar al sultán, lo mismo si es justo que si no lo es. La obediencia forma parte del organismo de la religión, y de ella depende el buen orden de los asuntos que afectan al pueblo musulmán. La rebeldía a la autoridad superior derrumba los fundamentos en que la fe se apoya.

Nadie está más obligado a la obediencia y a prestar su leal concurso a la autoridad, que las personas piadosas, los que poseen bienes de fortuna y los hombres honrados, puesto que la religión no se sostiene sino en virtud de la autoridad, y sin ésta no serían respetados los bienes ni nadie se abstendría de lo prohibido. Es la obediencia apoyo de la piedad, la que asegura la eterna felicidad, el grado más elevado de la dicha, el camino más perfecto y el más firme asidero. El sostén del pueblo y la recta conducta dependen de la obediencia al que ejerce la autoridad.

La obediencia es una defensa contra los extravíos del pensamiento en cuestiones de fe y un refugio contra las dudas.

La obediencia a los superiores es una protección para quien se ampara en ella y un refugio para quien a ella se acoge.

No deben los vasallos oponerse a las medidas de gobierno adoptadas por los jefes, aun cuando a ello se sientan impulsados. Su misión es la de ser guiados, y a los jefes es a quien incumbe buscar la forma de guiarlos.

Merced a la obediencia, se mantienen las fronteras, se da cumplimiento a los deberes, se evitan los crímenes y existe la seguridad en los caminos.

La autoridad es la defensa de los vasallos y la vida del país.

Exige el Señor, como cosa obligatoria, la obediencia a aquellos a quienes especialmente ha otorgado los beneficios y ha impuesto las cargas que en sí lleva la dignidad de jefe. Y equipara esta obediencia a la que debe serle tributada a El y a los profetas, cuando dice: "Creyentes. Obedeced al Señor, al Profeta y a aquellos de vosotros que ejerzan la autoridad„ [1].

La obediencia a los jefes es la mejor guía para quien se alumbra con su luz y el más seguro refugio para quien a él se acoge.

El que se aparta de la obediencia queda desamparado de toda defensa y huérfano de protección, y corresponde con la ingratitud a los beneficios.

Es la obediencia a los jefes, el vínculo que nos une al Todopoderoso, a las bien probadas verdades de su fe, a su gloria salvadora y a sus altísimas recompensas.

Procurad no echaros fuera de la vida de relación que

1 Alc., IV, 62.

resulta la obediencia, para incurrir en el extrañamiento a que arrastra [52] la rebeldía.

No ocultéis los engaños a los jefes, porque estáis obligados a la sinceridad y a la lealtad para con ellos.

Siempre que algún pueblo ha realizado cualquier acto encaminado a humillar a su soberano, el Señor los ha humillado a ellos antes que murieran.

La obediencia está íntimamente ligada al amor, y la que en éste se funda es preferible a la que responde al temor.

Es obligación del sultán procurar el bienestar de los súbditos; cuidarse con interés de sus asuntos; administrar rectamente la justicia y medir a todos con el mismo rasero. Por su parte, él tiene derecho a exigirles obediencia, recto proceder, agradecimiento y amor.

Mayor es la necesidad que la grey tiene del que guía, que la que éste tiene de ellos; si no hubiese quien gobernara, perecería el pueblo, como perece el rebaño cuando le falta el pastor.

CAPÍTULO XVI

Principios básicos en que ha de apoyarse la solución de los negocios del gobierno.

DIJO Salomón, hijo de David: "La clemencia y la justicia defienden al rey.„

Según Ziyad, son tres las cosas que constituyen el sostén del sultán, a saber: el rigor con el culpable, la recompensa al que obra bien y el cumplimiento de su palabra.

Realizó en cierta ocasión Sabur *el de las espaldas* una expedición guerrera contra un rey cristiano y le arrasó el país, exterminó los ejércitos y dió fin de todos sus generales.

A la vista de aquello, le habló así el rey cristiano:

— Contigo va la muerte y la devastación; mas dime: ¿Qué norma de conducta has seguido para alcanzar el poderío que en ti admiro y para llegar a ejercer la autoridad con tal acierto que ningún soberano ha conseguido igualar? Por tratarse de quien conduce los asuntos de tal modo, me hago con gusto tributario tuyo y me someto a tu obediencia como uno de tus súbditos.

Le contestó Sabur:

— Para el desempeño de mi autoridad me atengo a estos ocho requisitos: no infrinjo ningún precepto impe-

rativo o prohibitivo; nunca dejo sin efecto los ofrecimientos ni las amenazas; confío los cargos a gente capaz; soy fuerte para resistir la fatiga, no para satisfacer los apetitos; prefiero valerme de la cortesía afable a emplear la violencia airada; he infiltrado en el corazón de los vasallos el cariño, sin que lleguen por eso a propasarse, y el respeto exento de odio; hago que a todos alcance lo necesario para la vida e impido la superfluidad.

Y el rey cristiano se le sometió y se hizo tributario suyo.

Escribió Algualid a Alhachach pidiendo que le explicara la norma de conducta por él seguida, y le contestó lo siguiente: "Procuro tener despierto el entendimiento y dormidas las pasiones; me atraigo a aquel que se hace respetar de los suyos; confío la dirección de la guerra al que impone su autoridad con energía; encargo la recaudación de los tributos al que responde fielmente de las cosas que se le confían; a todo enemigo de mi persona le concedo algo que demuestre consideración por mi parte hacia él o una atención delicada; la espada de la justicia se esgrime contra el impío y el malvado; el delincuente está temeroso de la dureza del castigo y el hombre bueno recibe la recompensa que se merece."

Dice Abuobaida:

— Si el rey es cuidadoso guardador de sus secretos, enemigo de que se sepa lo que hay en el fondo de su alma, estimado de los ministros, respetado por el pueblo, deseoso de merecer el buen concepto de las gentes, y no le teme el inocente, ni el malvado se considera a salvo de él, entonces se hace acreedor a que su reinado dure largo tiempo.

CAPÍTULO XVII

En él se explica cuál es el mejor y cuál el peor sultán.

El mérito más excelente lo posee aquel soberano que consigue atraerse el agradecimiento de los vasallos; que hace justicia a todos por igual, sin preferencias para unos más que para otros, y bajo cuyo mando no se extralimita el poderoso en sus violencias, ni el humilde vive sin esperanza de alcanzar sus derechos.

Ocurría, a veces, que alguna de las siervas de Medina cogía al Profeta de la mano y, para ir acompañada, le hacía recorrer las calles de la ciudad, hasta que la muchacha despachaba sus quehaceres.

Hay una sentencia india que dice: "El mejor sultán es aquel de quien está seguro el inocente y temeroso el culpable, y el peor aquel a quien teme el inocente y el malvado está seguro de él.„

Cuando envió Omar a Almoguira de gobernador a Cufa, le hizo esta recomendación:

— Que los hombres justos se hallen contigo a salvo de todo peligro, y conviértete en el terror de los malvados.

También se encuentra entre las sentencias de los in-

dios ésta que sigue: "El peor dinero es el que para nada se emplea; el peor amigo, el que te abandona en la necesidad; el peor sultán, aquel a quien temen los buenos; el peor país, aquel donde escasean los productos de la tierra y no hay seguridad personal, y el mejor sultán, el que se halla en situación semejante a la del buitre que está rodeado de carnes muertas, y no la de la carne muerta que se encuentra rodeada de buitres.„

Este mismo pensamiento se halla expresado en las siguientes frases: "Mejor es para los súbditos un sultán de quien están temerosos, que un sultán que les tema a ellos.„

Entre los proverbios vulgares hay uno que dice: "Más vale que te teman que no que te compadezcan.„

Se dice que las peores cualidades que los reyes pueden poseer son: la cobardía ante el enemigo, el rigor con los débiles y la mezquindad para los dones.

Según decía Omar, hijo de Aljatab, hay tres clases de calamidades verdaderamente penosas, a saber: un auxiliar que si discurre algo que está bien, lo guarda en secreto, y si se le ocurre cualquier maldad, lo comunica; una mujer que, si estás a su lado, te molesta con sus palabras, y si de ella te alejas, no estás seguro de sus actos, y un sultán que, si te conduces bien, no te aplaude por ello, y si obras mal, te mata.

Preguntó un hombre a un sabio:

—¿Cuándo conoceré que la hora de mi perdición ha llegado?

Y le contestó:

— Cuando estés bajo el poder de unos príncipes que, si los obedeces, no te lo agradecen, y si te rebelas, te matan.

Dijo Abuhazim a Suleimán, hijo de Abdelmélic:

— Es el sultán un mercado al cual se llevan los géneros que en él se expenden.

Y en el libro de Benalmocafaa se encuentran estas palabras: "La conducta del pueblo, fuera de algunas gentes, se amolda a la que observa el sultán. Si ante éste se cotizan la honradez y la integridad, quedarán almacenados, sin poderse vender, el libertinaje y la degradación en todos los confines del país.„

[53] Oyó Ziyad a un hombre que abominaba de aquellos tiempos y dijo en su interior:

— Si él supiera lo que son los tiempos, yo lo tendría que castigar, porque los tiempos son conforme es el sultán.

Pidió Moauía a Benalcuá que le explicara cómo marchaban los asuntos en aquellos tiempos, y le dijo lo siguiente:

— El tiempo eres tú; si te conduces bien, todo marcha bien, y si tu conducta no es regular, todo va mal.

Hay un proverbio muy corriente en todos los pueblos y en todas las lenguas. Dice así: "El pueblo se conduce conforme al modo de ser del soberano.„

Afirma un filósofo que las personas de quienes especialmente hay que guardarse, son: el adversario sin decoro, el falso amigo y el sultán tirano.

Dice Buzurchomihr:

— No hay tormento tan continuo como hallarse al lado de un sultán que tenga mal carácter.

Decía un filósofo:

— Si, por tu desgracia, te hallas bajo la dependencia de un sultán que no desea el bien de su pueblo, tienes que decidirte por una de estas dos cosas, malas de escoger, esto es: o ponerte al lado del que manda, en contra de los vasallos, lo cual sería atentatorio a la piedad, o ponerte al lado de ellos, contra él, con lo cual contribuirías a la ruina del país. No te queda, pues, otro recurso que la muerte o alejarte de su lado.

Se ha dicho que el sultán justo es como el río de aguas puras, porque de él se benefician los buenos y los malos y a nadie daña, y el sultán malvado es comparable a la carne putrefacta, en que acuden a ella ávidamente las bestias de peor condición, mientras que las personas procuran apartarse de ella.

CAPÍTULO XVIII

Del lugar que el sultán ocupa con respecto al Alcorán.

CUENTA la tradición que pronunció el Profeta las siguientes palabras: "El Señor guarda por medio del sultán cosas que no guarda con el Alcorán.„ La palabra *guardar* tiene aquí la acepción de *evitar*.

Según Caab, pueden compararse la religión islámica, el sultán y el pueblo, al soporte, el toldo y las cuerdas y estacas de una tienda: el toldo es el islam, el soporte el sultán y las cuerdas y las estacas el pueblo. Ninguna de estas cosas es completa si no va acompañada de las otras.

Hizo Ardaxir las siguientes recomendaciones a su hijo:

— Hijo mío. La religión y el rey son dos cosas inseparables, que no pueden pasarse la una sin la otra, porque la religión es el apoyo que sostiene al rey y éste el guardián que defiende la religión. Lo que no tiene cimientos, se derrumba, y lo que no tiene quien lo guarde, se pierde.

Conversa, hijo mío, con los dignatarios de tu corte y otorga tus dones a aquellos que luchan por la fe; acoge con semblante afable a los hombres piadosos y confía tus secretos a quien tiene interés en lo mismo que tú lo tienes. Así procederás como una persona discreta.

Se dice que la religión y el sultán se defienden mutuamente.

CAPÍTULO XIX

Requisitos que consolidan la autoridad del sultán.

Se dice que los triunfos que logra el sultán sobre sus enemigos, están en razón directa de su justicia para con los vasallos; las derrotas que sufre en la guerra son proporcionadas a las injusticias que comete con sus tropas, y la cordialidad de relaciones con el pueblo le es de más provecho que los numerosos ejércitos.

La corona más preciada del rey, es su honestidad; su defensa más segura, la justicia; sus armas, la equidad, y su hacienda, los vasallos.

Dicen los filósofos de la India: "No puede haber triunfos con despotismo, ni salud con glotonería, ni procreación con edad provecta, ni calidad preeminente con mala educación, ni caridad con tacañería, ni abstención de lo ilícito con ambición, ni autoridad debidamente ejercida sin atenerse al derecho divino, ni jefatura con venganzas, ni subsistencia de un poder con negligencia, ignorancia y perfidia.„

Cuando ocupó el poder Abubéquer, pronunció un discurso, en el cual, entre otras cosas, dijo lo siguiente: "Para mí no hay nadie tan poderoso como la víctima de

la injusticia, mientras no sea reintegrada en su derecho, ni nadie que menos respeto me merezca que el opresor, mientras no se haya hecho justicia contra él.„

Preguntaron a Alejandro:

— ¿Cómo has conseguido lo que posees?

Y contestó:

— Atrayéndome a los contrarios y portándome bien con los amigos.

Dice Buzurchomihr:

— Gobernad a las personas principales fomentando en ellas un afecto sincero hacia vosotros; a la gente del pueblo, despertando en ellos la esperanza de alcanzar la recompensa del bien obrar y el temor a sufrir el castigo de las malas acciones, y a la gentualla, aterrorizándolos.

Dice Almubdsán:

— He aquí las normas de gobierno con las cuales se logra la tranquilidad del estado: ser bondadoso con los vasallos, imponer sin violencia el cumplimiento de los deberes, reprimir el libertinaje, asegurar los caminos, hacer justicia al oprimido contra el opresor e impedir que el desvalido sea vejado por el poderoso.

Es el gobernante para el pueblo lo que el espíritu para el cuerpo. Sin él no puede vivir. Y es tan difícil que un soberano de alma depravada logre que el pueblo viva tranquilo, como que un cuerpo siga viviendo después de haberle quitado la cabeza.

Debe el sultán acostumbrarse a sufrir con calma a las personas leales que contradicen sus opiniones y a beber a tragos el amargor que sus palabras le producen.

No ha de sentir más anhelo que el de conducirse rectamente; no ha de mentir, para que nadie pueda considerarlo como un ser repugnante; ni ha de encolerizarse, porque la cólera, unida al poder, atiza el fuego de la maldad y del arrepentimiento; ni ser tacaño, porque es la persona que menos puede temer a la pobreza; ni guardar rencor, porque su elevada categoría está por encima de la ruin venganza.

El soberano no ha de emplear la espada allí donde basta el azote, ni el azote para aquello en que sea suficiente con la cárcel, ni la cárcel cuando hay bastante con la reprensión y la amenaza.

Así opinaba Moauía, el cual decía:

— Yo no me valgo de la espada cuando me basta con el azote, ni del azote cuando es suficiente la lengua. Si hubiese un pelo tirante entre mi pueblo y yo, no se rompería, porque, cuando ellos estiran, yo aflojo, y cuando ellos aflojan, yo estiro.

Algo así quería dar a entender el Xaabí cuando decía de Moauía que era como el *camello diestro*, entendiendo por *camello diestro* aquel que tiene tal habilidad que no pone la mano sino donde primero ha posado la mirada.

Es conveniente para el soberano hacer comprender a los vasallos que no alcanzarán de él beneficio alguno, sino a cambio de la ayuda que le presten para el bien.

Y no le conviene desentenderse de los pequeños asuntos que en sí lleva la gobernación de los súbditos para consagrar su atención por entero a las [**54**] cuestiones graves. La cosa más insignificante es útil desde algún punto de vista.

Por esto, cuando Salomón recibió del Señor el poder

de dominar sobre el mundo entero, se ocupaba hasta de los pájaros, como lo demuestra su pregunta: "¿Cómo es que no veo a la abubilla?„ [1]. El hecho de descuidar las cosas pequeñas es la piedra fundamental de que sobrevengan las más importantes.

Ya dijo el poeta:

«No te desentiendas de las cosas en un principio,
porque, ¡cuántos males puede traer algo que al empezar no es nada!»

Mas ocúpate también de lo fundamental de las cuestiones, porque esto es de tal trascendencia que, si se desatiende, pueden resultar consecuencias funestas. No hay, pues, que concretarse sólo a las cosas pequeñas, porque sería en perjuicio de las grandes.

Hizo Ziyad a su ujier la siguiente advertencia:

— Te he confiado el cargo de detener a los que a mí vienen; pero quedas relevado de tu función con cuatro personas, a saber: el almuédano, que viene a avisarme que la hora de la oración ha llegado; el encargado de la comida, porque si hay que volverla a calentar, se estropea; el que pide auxilio durante la noche, contra algún mal que le ocurre; y el correo, pues el retrasar a éste durante una hora, puede ser causa de que se estropee el trabajo de un año.

Decía Abulabbás el Safah:

— Me serviré de la bondad, mientras no sea imprescindible el rigor; será tan grande el número de los alle-

[1] Alc., XXVII, 20. En ocasión en que se hallaban reunidos ante su presencia hombres, genios y aves.

gados a mi persona, que para completarlo tendrá que haber entre ellos gente del pueblo; mantendré enfundada mi espada, mientras no la desenvaine una causa justa, y prodigaré mis dones hasta que ya no encuentre a quién concederlos.

Decía Ardaxir, después de haber asegurado su reino y haber destruído a sus enemigos:

— No hay nada que tan bien gobierne a los entendimientos como la observación atenta, ni sabio que tanto les enseñe como la experiencia, ni nada que tanto lo desarrolle como el miedo y la necesidad que le obligan a discurrir de todos los modos de que es capaz.

Decía Omar:

— Para ejercer acertadamente este poder, sólo será de provecho la bondad sin debilidades, y la energía sin violencia.

Refiere El Asmaí que le preguntó Arraxid:

— ¿Tú conoces algunos conceptos en los que se halle comprendido lo que hay de más estimable en normas de conducta, expresados en pocas palabras, fáciles de recordar, proponiendo cosas factibles que se puedan intentar y fines asequibles, que expresen exactamente la idea y expliquen con claridad lo que sea difícil de comprender?

Y le contestó:

— Sí, Príncipe de los Creyentes. Se presentó Actsam, hijo de Saifí, sabio árabe, a un rey de este pueblo y le dijo aquel rey: "Voy a preguntarte algunas cosas que sin cesar se agitan en mi espíritu y acerca de las cuales me asaltan continuas dudas, para que me expliques tu opinión con respecto a ellas."

— ¡Libre te veas de maldición! — exclamó Actsam —. Preguntas a un entendido y solicitas informes de uno que está enterado. El preguntar correctamente da doble fuerza a la pregunta. Consulta lo que quieras.

— ¿Qué es ejercer la autoridad?

— Hacer bien a los que de ella dependen y soportar sus faltas.

— ¿En qué consiste la nobleza?

— En abstenerse de hacer daño y practicar la generosidad.

— ¿Y la elevada condición?

— En someterse al cumplimiento de las obligaciones y dar buen ejemplo.

— ¿Y la generosidad?

— En mantener firme la amistad en la tribulación.

— ¿Y el poder?

— En la fuerza de los auxiliares y en la abundancia de medios.

— ¿Y la liberalidad?

— En otorgar el don y amar a quien lo pide.

— ¿Y la riqueza?

— En contentarse con lo que basta y desear poca cosa.

— ¿Qué es el entendimiento?

— El talento ayudado por la experiencia.

Dijo entonces el rey:

— Has hecho brotar chispas al eslabón de mi inteligencia y has avivado la luz que disipa mis confusiones. Pide lo que quieras.

— Una partida de cien camellos por cada sentencia — respondió Actsam.

— Tuyos son — añadió el rey.

Y dirigiéndose al Asmaí, repuso:

— Y a ti voy a darte una bolsa de dinero por cada uno de ellos.

Y se llevó ochenta mil monedas.

Había llegado Cos, hijo de Sáida, a la corte de César, en la cual fué recibido con las mayores consideraciones, y hallándose un día con el César, éste le preguntó:

— ¿Cuál es el mayor mérito del entendimiento?

— Conocerse el hombre a sí mismo — respondió.

— ¿Y lo mejor de la ciencia?

— Que el hombre proceda de acuerdo con sus enseñanzas.

— ¿Y la más meritoria de las buenas cualidades?

— Conservar el hombre su pudor.

— ¿Y el mejor dinero?

— El que se emplea en el cumplimiento de los deberes.

CAPÍTULO XX

Cualidades que constituyen el sostén de la autoridad real.

DIJO Abucháfar el Mansur: "A mí me hace falta que haya en mi corte cuatro personajes a los que ningún otro supere en integridad.„

— ¿Y quiénes son ésos? — le preguntaron.

— Son — respondió — los soportes en que se apoya el reino, y sin los cuales la situación de éste no será perfecta, como tampoco es la del trono, si no tiene las cuatro bases que lo sostienen. Al faltarle una sola, ya queda deficiente. Uno de tales personajes, es un juez a quien Dios no haya de tomar en cuenta queja alguna dirigida contra él; otro, un jefe de la guardia que obligue al poderoso a respetar los derechos del desvalido; el tercero, un jefe de impuestos que recaude hasta lo último sin hacer violencia a los vasallos, evitándome a mí el oprimirlos.

Al llegar aquí se mordió por tres veces el dedo índice, diciendo a cada una de ellas:

— ¡Vaya.....! ¿Y quién es el otro, Príncipe de los Creyentes.....?

Hasta que, por fin, exclamó:

— ¡Ah, ya! Un jefe de postas que traiga cartas parti-

cipando que los vasallos se encuentran en inmejorable situación.

De Omar son estas palabras que siguen:

— No será perfecto el soberano si no se atiene a estos cuatro requisitos, pues al omitir cualquiera de ellos, no le será de provecho el cumplimiento de todas las prescripciones, ni la abstención de todas las prohibiciones.

Los referidos requisitos son: energía para reunir dineros por medios lícitos; emplearlos en aquello a que están destinados; rigor sin violencia, y bondad sin blandura.

CAPÍTULO XXI

Demostración de la necesidad que el sultán tiene de instruirse.

DICE Benalmocafaa: "No te enorgullezcas por el respeto que las gentes te profesan a causa de tu dinero o de tu poder, porque ese respeto cesará tan pronto como el dinero o el poder hayan desaparecido. De lo que debes ufanarte es de que te respeten a causa de tu educación, de tu cultura o de tu piedad."

Has de saber (¡Dios te guíe por el camino de salvación!) que las personas que se hallan obligadas a realizar gastos más cuantiosos, son las que tienen a su cargo una familia más numerosa o mayor número de servidores, dependientes o allegados. Este es el caso del sultán, el cual ha de emplear en servicio de todas las criaturas las altas dotes y elevadas cualidades que posea, para [55] hacerles las leyes, dirimir sus contiendas y resolver sus cuestiones, por ser éstas las necesidades que el sultán ha de satisfacerles. Por esta razón, nadie tiene mayor necesidad que él de conocer las ciencias y atesorar sabiduría.

Una persona sin ilustración es como un país sin habitantes.

El mérito más excelente que puede ostentar el sultán

de un modo especial y todos los hombres en general, es sentirse dominado por el amor a la sabiduría; que ésta constituya un grato placer para su espíritu; desear ardientemente el poseerla, y venerar a las personas que con ella se adornan. Con ello demuestra que en él existen las facultades propias del hombre y que su condición es diferente de la de las bestias y semejante a la de los seres del mundo suprasensible.

Desplegando un gran celo por adquirir la ciencia, es como mejor manifiesta el sultán su amor a los vasallos, porque si se halla desprovisto de sabiduría, se deja arrastrar por las pasiones y causa a su pueblo más perjuicios que una caballería marchando sin ronzal por fuera de camino, que sólo estragos produce por dondequiera que pasa.

Sabe, ¡oh rey!, que el resplandor de las virtudes, la hermosura de los méritos y el brillo de las buenas acciones, así como las cosas contrarias a éstas, es decir: la fealdad de las cualidades denigrantes y lo abominable de los vicios, todo ello se mostrará en ti con un relieve proporcionado al alto puesto que ocupas y a la gran consideración que te rodea. En ti lo bueno será mejor y lo malo será peor.

Ninguna persona de las que ocupan altos cargos ni de las que poseen una condición elevada, se halla tan necesitada como el sultán del trato de los ulemas, de la compañía de los alfaquíes, del estudio de los libros de ciencia y de filosofía, y de examinar los escritos de los sabios, las compilaciones de los juristas y las biografías de hombres ilustres por su saber.

Y esto por dos razones: la una, por tener a su cargo la misión de encauzar las costumbres de los súbditos, re-

solver sus pleitos y dictar sentencias, para lo cual hace falta poseer elevados conocimientos, inteligencia penetrante, dominio de las ciencias y largo aprendizaje. Porque ¿cuál sería su situación, si para el cumplimiento de tales menesteres no estuviese pertrechado de antemano de los elementos necesarios y la adecuada preparación?

La otra razón es la necesidad de que haya contra las gentes perversas que existen en el mundo, alguien que se ponga frente a ellas, que les haga ver sus iniquidades y refute sus doctrinas, por ser éste el modo de que se corrijan y de que aprendan cuál es el verdadero camino que deben seguir.

La discusión con personas que poseen el mismo nivel de cultura y la comunicación frecuente con las personas que profesan idénticas aficiones, son prácticas que fecundan el entendimiento, pulen el espíritu y constituyen una excelente preparación para la sabia aplicación de las leyes.

Pero el sultán, debido a su elevada categoría, está privado de gozar de todos estos beneficios, porque hasta él no llega, ni con él trata, sino aquel que le profesa gran respeto a causa de su poder, o guarda con él los mayores miramientos, debido a su alto rango, o quien le oculta sus faltas o lo alaba de méritos que en él no existen, y que a todo contesta: "Dice verdad el Príncipe.„

Cuanto más elevada es la posición, desde mayor altura es la caída, y según la altura del muro, así es el ruido que produce el cuerpo que desde él cae.

Nota, ¡oh rey!, que así como no hay nadie a tanta altura que hasta él no llegue la prescripción del temor de Dios; ni nadie tan bajo que dicha prescripción no le alcance; ni quien ocupe un rango tan elevado que lo exima

de obedecer los preceptos del Señor, ni quien ostente tan alta categoría que no esté obligado a conocer la ley de Dios, tampoco hay nadie que posea una condición tan sublime que excluya de él los atributos divinos. Entre estos atributos se encuentra la sabiduría, con la cual se califica el Señor a sí mismo mencionando con elogio la gran extensión que abarca, cuando dice: "Su trono se extiende sobre los cielos y la tierra„ [1]. Aquí la palabra *trono* quiere decir *sabiduría* y usada en plural *los sabios*.

Siendo, pues, la sabiduría un mérito tan valioso, la más vehemente aspiración de los reyes, la de aquellos que ocupan altos puestos y dignidades y la de todos los nobles y personas respetables debe ser la de poseerla, porque el error es en ellos más vituperable y porque el proponerse realizar una acción meritoria es ya un mérito.

Se cuenta que entró Ibrahim, hijo de El Mahdí, a ver a Almamún, en ocasión en que éste se hallaba acompañado de varias personas que conversaban sobre cuestiones de derecho.

— Tío — le dijo Almamún — , ¿qué piensas acerca de los temas que éstos tratan?

— Príncipe de los Creyentes — respondió — , nos preocuparon mucho en la juventud y nos siguen preocupando en la edad madura.

— ¿Y por qué no te dedicas a estudiarlas ahora? — preguntó Almamún.

— ¿Y acaso estará bien que un hombre a mi edad se ponga a estudiar?

— Sí, ¡por Alá! — le contestó — , porque es preferi-

1 Alc., II, 256. (Véase Herbelot, II, 245, sub *Corsi.*)

ble morirse estudiando a vivir conformándose con la ignorancia.

— ¿Y hasta cuándo está bien que se estudie? — volvió a preguntar.

— Mientras tanto dure la vida — respondió.

Cuentan que un sabio vió a un hombre estudiando, y éste, al ver que lo miraban, se avergonzó.

— ¡Cómo! — le dijo el sabio — . ¿Es que te avergüenzas de tener al fin de tu vida más mérito que al principio? Pues en verdad que la ignorancia es más disculpable en la edad temprana, aun cuando para la ignorancia no hay disculpa.

Entre las sentencias divulgadas se halla la siguiente: "La ignorancia en el joven es disculpable y su sabiduría poco estimable. En las personas de edad madura, la ignorancia es lo más afrentoso y la falta para ellos más denigrante.„

Porque si a la edad madura no se le ha hecho adquirir ningún mérito, ni se le ha ilustrado con ningún género de conocimientos, es inferior a los años juveniles por el motivo de que a éstos les queda más tiempo para ilustrarse.

Guárdate, pues, de incurrir en el defecto de la ignorancia, porque pone al hombre que lo posee en situación de inferioridad con respecto a otro más joven que lo posea en el mismo grado.

Cuanto hemos indicado acerca de la necesidad que de ser ilustrada tiene toda persona de elevada posición, es aplicable en grado máximo al sultán, porque esta necesidad es en él mayor que en ningún otro y más pode-

rosos los motivos que a ello le impulsan. En efecto; mientras los demás sólo han de ocuparse cada cual exclusivamente de su persona y sólo incumbe a cada uno lo que al propio bien concierne, el cargo de soberano se ha instituído para gobernar a todas las gentes del estado, enseñarlos y corregir sus inclinaciones, razón por la cual el sultán necesita más que nadie ser ilustrado.

Dice el poeta:

«Si habiendo trascurrido para el hombre los años, no demuestra
que durante ellos ha aumentado su mérito, lo califico de muchacho.
De nada te sirven los años, si sólo puedes contarlos,
y mientras pasaron no has aumentado tu sabiduría ni tu talento.
[56] Creo que el tiempo es un factor contraproducente, si el que lo emplea
es un necio, porque sólo habrá servido para aumentar su necedad.»

Dijo un filósofo:

— Todo poder que no se halle robustecido por la sabiduría, envilece; y la ciencia que no se apoya en un claro entendimiento, conduce al extravío.

Pues si esto es así, ¿cómo ha de mostrarse reacio ningún soberano, ni nadie que ocupe una posición elevada, para adquirir la sabiduría?

Moisés se trasladó desde Siria hasta el país donde se juntan los dos mares, en el extremo más remoto de Occidente, junto al Mar de las Tinieblas, para buscar a Aljádir y aprender con él. Así que lo encontró, le preguntó: "¿Podré seguirte para que me enseñes algo de lo que has aprendido, referente a la vía de salvación?„ [1]. Y eso que era un profeta de Dios y su interlocutor.

También Mahoma, el enviado de Dios, el elegido

1 Alc., XVIII, 65.

por El entre todas las criaturas, fué objeto de las divinas advertencias, y al enseñarle el modo de solicitar los bienes que El guarda en su divino tesoro, le dijo: "Dí. ¡Señor! Aumenta mi sabiduría....." [1]. Claro está que si el tesoro de Dios hubiese encerrado algo más valioso que la sabiduría, eso le habría indicado que pidiera.

Cuando los ángeles se creyeron superiores a todos, por ser ellos los que tributaban las alabanzas y loores al Señor, Adán resultó superior a ellos, gracias a su saber, pues al decir Dios a los ángeles: "Mencionadme los nombres de todos los seres, si sois sinceros" [2], y ser incapaces de hacerlo, les ordenó que se prosternasen ante Adán.

Es natural que toda persona dotada de claro entendimiento, procure con el mayor empeño poseer una cualidad que hace a los demás prosternarse ante el hombre adornado con ella. Este es un argumento concluyente para quien con atención lo considere.

Tú, por tu parte, no debes considerar absolutamente irrefutable esta advertencia que figura en cierta tradición: "Lo que se aprende en la niñez es como lo que se graba en la roca, y lo que se aprende en la edad madura, como lo que se graba en el agua."

Oyó Aláhnaf decir a uno:

1 Alc., XX, 113.

2 Alc., II, 29. Enterados los ángeles de que el Señor se proponía crear al hombre, mostraron por ello cierta contrariedad. El Señor, para humillarlos, enseñó a Adán los nombres de todos los seres; presentó a éstos ante los ángeles, a los cuales pidió que los designaran por sus nombres, cosa que no supieron hacer. Entonces los mencionó Adán, y el Señor obligó a los ángeles a prosternarse a él, en señal de acatamiento.

— El aprender en la niñez es como grabar en la roca.

Y le replicó:

— El hombre de edad tiene más entendimiento, y aunque su espíritu esté más lleno de preocupaciones, inquiere mejor el sentido de las cosas y percibe más claramente las causas de las mismas.

Los Compañeros del Profeta, al convertirse al islam, eran hombres de edad provecta, ancianos, jóvenes y de todas edades, y todos aprendían la ciencia de Dios, el Alcorán y las Tradiciones del Profeta, convirtiéndose en insondables mares de ciencia y en montes inmensos de sabiduría e inteligencia.

Sólo que, en la primera edad, los conocimientos arraigan con más fuerza y alcanzan un desenvolvimiento más considerable, sin que esto quiera decir que si durante esa primera edad no se ha adquirido la ciencia, se haya perdido en absoluto la oportunidad de hacerlo.

Dijo un hombre a Abuhoraira:

— Yo quisiera instruirme en la ciencia de Dios; pero temo que después he de perder los conocimientos que adquiera.

Y le contestó Abuhoraira:

— Harto perdidos los tienes, no habiéndolos adquirido. Una parte de bien es preferible al mal completo.

Aquel que se halla sumergido en el mar de la ignorancia, está en el caso del ganapán bajo el peso de la carga. Si se va descargando de ella poco a poco, a medida que se cansa, va en camino de quitarse por completo la carga de encima y quedar libre del peso; pero si

no arroja pequeñas porciones de ella, por esperar a arrojarla toda de una vez, a lo que se expone es a que la carga lo eche a él a tierra. Asimismo, si el ignorante aprende poco a poco, es probable que llegue a saber lo que le falta; pero si en la edad madura no aprende lo que dejó pasar en los años juveniles, camina con rápidos pasos a morir sepultado bajo la ola de su ignorancia.

CAPÍTULO XXII

Instrucciones de Alí, hijo de Abutálib, a Camil, hijo de Ziyad, a propósito de la ciencia y sus cultivadores.

REFIERE Camil, hijo de Ziyad el Najaí, que salió con Alí, hijo de Abutálib, hacia el cementerio, y al llegar a la campiña, empezó Alí a lanzar suspiros y a decirle:

— Mira, Camil. Los corazones son unos recipientes, y el mejor de ellos el que mejores cosas contiene. Guarda, pues, tú en el tuyo lo que te voy a decir. Hay tres clases de personas, a saber: el hombre versado en la ciencia de Dios; el que se halla instruído en los métodos para lograr la salvación, y las gentes indoctas del populacho, que se dejan llevar de cualquiera que los echa por delante, como si fueran un rebaño, y que se inclinan en cualquier dirección que el viento les empuja. Como no están alumbrados por la luz de la ciencia, les falta un apoyo firme que los sostenga.

Más vale la sabiduría que el dinero: aquélla te defiende a ti y a éste has de defenderlo tú. La sabiduría se desarrolla cada vez más, a medida que de ella se hace uso, y el dinero disminuye al emplearlo. La sabiduría nos hace prudentes y el dinero requiere prudencia.

El amor a los sabios es una obligación impuesta por el Señor. Su ciencia les hace alcanzar el acatamiento de los demás durante su vida y renombre glorioso para después de su muerte. Mueren los que atesoran riquezas, sin que éstas mueran con ellos; pero los sabios no dejarán de existir, mientras el mundo exista. Sus personas desaparecen, mas sus imágenes subsisten grabadas en los corazones.

Hay aquí (y señaló con la mano hacia su pecho) un caudal considerable de ciencia. ¡Si yo me hubiese limitado a darle oídos! Mas no ha sido así, sino que la he acogido con espíritu de impía sutileza, el cual se ha valido de la religión como de un instrumento para triunfar en el mundo, utilizando los testimonios de Dios para contravenir lo que su Libro contiene, como El dice: "Utilizando sus beneficios en contra de sus criaturas.„ O bien he dado oídos a gentes racionalistas, que no han visto clara su degradada condición, y en cuyos corazones surge la duda a la primera dificultad que se suscita sobre si no es esto o no es aquello. O he vivido ansioso de placeres, dejándome llevar locamente de los impulsos de la pasión u otras cosas por este orden.

El juntar dineros y riquezas, no siendo por consideraciones piadosas, es proceder como bestias glotonas que en el pasto se atracan a reventar. Así muere la ciencia de Dios, porque mueren sus cultivadores.

Pero no quedará el mundo desprovisto de quienes defiendan a Dios con pruebas que hagan irrefutables los argumentos y demostraciones del Altísimo.

¿Y quiénes son éstos y dónde se hallan?

Estos son los menos en número y los más en la consideración de Dios. Atesoran la sabiduría en sus corazo-

nes para diseminarla en los corazones de sus semejantes y depositarla en los pechos de sus prójimos. Su ciencia los lleva a conocer la realidad de las cosas, y sus espíritus han sido favorecidos con la posesión de la certeza absoluta. Ellos encuentran agradable lo que es repulsivo para las gentes que viven en la molicie, y se familiarizan con lo que causa espanto a los ignorantes. Viven unidos al mundo con unos cuerpos cuyas almas se sienten atraídas a la mansión del Altísimo.

Ellos son los representantes de Dios en la tierra y los que impulsan a abrazar su religión.

¡Oh, qué grande es el deseo de gozar de su contemplación!

CAPÍTULO XXIII

De la inteligencia, la penetración y la malicia.

En el Libro de los Misterios he explicado lo referente a la naturaleza real del entendimiento, sus divisiones, lugar que ocupa y sus leyes, en forma tal, que nada falta por añadir.

Aquí vamos a ocuparnos de los beneficios que reporta y las adquisiciones que con él se logran.

Todas las definiciones que de la inteligencia se han dado vienen a decir en el fondo que consiste en el hecho de comprobar por medio de lo que hay presente la existencia de lo que está oculto. Del ser que posee la facultad de inducir por medio de lo que observa algo que se halla fuera del alcance de su observación, se dice que tiene inteligencia y se le denomina inteligente por los metafísicos.

Al hecho de poseer la referida facultad, se debe que el ser inteligente sea sujeto de obligación legal y moral.

La función del entendimiento se realiza del siguiente modo: Una persona se fija, por ejemplo, en un palacio construído con todas las reglas del arte, sólidamente cimentado y provisto de cuantos enseres puedan necesitar sus moradores, realzando con su esplendor la gloria de

un personaje; ve que hay en él diferentes aposentos separados unos de otros, puertas colocadas en lugares adecuados, tapices y alfombras extendidos por todas partes, mesas, bandejas puestas en orden, divanes instalados en su sitio, vajilla, vasijas para el agua, retretes, albañales, sumideros y todo cuanto los hombres entendidos han discurrido para que preste algún servicio.

Si a la vista de todo aquello piensa si acaso ese palacio y cuanto en él se encierra habrá sido obra de un artífice dotado de poder suficiente, sabiduría y vida para ejecutarlo, o bien se habrá construído por sí mismo, adoptando la disposición que ofrece, sin la intervención de artífice alguno, se afirma necesariamente en su entendimiento la imposibilidad de que aquello exista sin que alguien lo haya hecho y que forzosamente ha habido un artífice que lo construya. Es ésta una idea que brota espontáneamente del entendimiento, sin necesidad de especulación ni razonamiento alguno.

Y esto que se dice tratándose del palacio, puede afirmarse con mayor motivo, tomando al hombre como ejemplo, porque los órganos que forman su cuerpo, sus delicadísimas operaciones y las cosas portentosas que en él se encuentran, son doble por doble de lo que hay en el palacio. Si el hombre observa lo que hay en sí mismo, advertirá la existencia de verdaderas maravillas: una disposición admirable, la gran utilidad de cada uno de los órganos y el modo tan perfecto como realizan su función peculiar, para procurar lo provechoso y evitar lo dañino.

Al fijarse detenidamente en un órgano cualquiera, la boca, por ejemplo, ve que en la parte anterior se encuentran unos dientes en forma de hacha que sirven para cortar; en la posterior, muelas erizadas de picos que se

emplean para triturar; dos carrillos a ambos lados, que hacen el oficio de la piel que se coloca debajo del molino, para impedir que caigan los alimentos al exterior; la lengua, que recoge los alimentos que han pasado por las muelas, para volverlos a llevar a ellas nuevamente y luego aproximarlos al esófago para que los trague, así que están masticados. Cualquiera comprende, mediante la más ligera reflexión, que esta obra no se ha hecho ella misma, por casualidad, sino que por necesidad ha habido alguien que se propuso realizarla y que le dió la disposición que ofrece.

Si continuara explicándote el funcionamiento de cada uno de los órganos, te enterarías de cosas prodigiosas; pero desisto de hacerlo, para evitar la excesiva prolijidad.

Lo que acaba de exponerse está compendiado en estas palabras del Libro de Dios: "En vosotros mismos están los signos de la existencia de Dios. ¿No los veis?„ [1].

Esta consideración, por sí sola, permite al entendimiento prescindir de cualquier otra demostración referente a la existencia del Supremo Hacedor y hace innecesaria la especulación racional, basada en la existencia de las sustancias y accidentes.

La operación mental, en virtud de la cual se adquiere la evidencia necesaria de la existencia del artífice, autor de las cosas que aparecen a la vista, como, por ejemplo, del albañil, del carpintero, del sastre, etc., después de contemplar las obras por ellos ejecutadas y la que demuestra la existencia del Supremo Hacedor, ante la contemplación del mundo creado, son, tanto una como otra,

[1] Alc., LI, 21.

operaciones para inducir, por reflexión, la existencia de lo que hay oculto por medio de lo que está presente. Para el entendimiento no hay diferencia entre una y otra obra, por lo que a la necesidad del artífice se refiere.

El conocimiento así adquirido es de evidencia necesaria, porque el hombre siempre ha visto que las edificaciones las hace el albañil, los trajes el sastre y los trabajos en la madera, el carpintero. Al Ser Eterno no lo han visto los hombres crear y producir su obra; pero deducen su existencia de la contemplación del mundo visible.

Si se pregunta cuál de las dos operaciones de conocer es más importante para el espíritu y lleva más persuasión al entendimiento, si la que nos demuestra la existencia del artesano, al considerar, por ejemplo, que el lecho ha necesitado un carpintero que lo construya, o la que da a conocer la existencia de Dios, en vista de los cielos y la tierra y cuanto en ellos se encierra, la respuesta a tal pregunta exigiría una extensión y una serie de sutilezas que no encajan dentro del propósito que con la composición de este libro se persigue.

Desde el momento en que el hombre realiza tales operaciones mentales, conocemos que está dotado de entendimiento natural, y lo denominamos *ser inteligente*. Y por el hecho de poseer dicho entendimiento, le exigimos la responsabilidad de sus actos, siendo, por tanto, *entendimiento responsable*.

Y con esto damos ya esta cuestión por suficientemente explicada.

Has de saber que el Señor creó cuatro especies de seres, que son: ángeles, hombres, demonios y bestias. Los ángeles son inteligencias desprovistas de apetitos y pasiones; las bestias son sólo apetitos, sin inteligencia; a los

demonios y genios los dotó el Señor de inteligencia, apetitos y pasiones, y de igual modo puso en el hombre inteligencia, pasiones y apetitos.

En los demonios dominan los apetitos y pasiones sobre la inteligencia, y por esta razón pasan las horas dedicados a realizar aquellos actos a que los impulsan sus cualidades más vituperables, tales como el orgullo, la vanidad, el odio, la soberbia, la maldición, la envidia, el deseo del mal y todas las demás cualidades que arrastran a la perdición.

Las bestias pasan el tiempo dedicadas a satisfacer los apetitos propios de las potencias nutritiva y generativa.

A los seres humanos los dotó el Señor de las inteligencias de los ángeles, de las cualidades de los demonios y de los apetitos de las bestias. Y así, aquellos en quienes predomina la inteligencia sobre las pasiones, son como si pertenecieran al mundo de los ángeles. Tal ocurre con los profetas, los apóstoles y los santos y hombres virtuosos. Su número es muy limitado.

Aquel cuya inteligencia se halla sojuzgada por las pasiones y los apetitos, si sus deseos van sólo encaminados a proporcionarse alimentos, vestidos, cabalgaduras, mujeres, piaras de caballos, rebaños de ovejas [58] y campos de labor, y come y disfruta, habiéndolo adquirido lícitamente, en este caso pertenece al mundo de las bestias. Y lo incluímos en este grupo, porque las bestias están exentas de responsabilidad moral, y él tampoco incurre en pecado por gozar de estas cosas lícitamente, si su adquisición se ha efectuado de acuerdo con los preceptos de Dios.

Si lo que en él predomina son las cualidades satáni-

cas, tales como el orgullo, la vanidad, la envidia, la doblez o cualquier otra cualidad vituperable, entonces pertenece al mundo de los demonios.

Y, por último, si en la persona concurren a la vez la violencia de las pasiones, la debilidad para resistir el impulso de los apetitos y una condición reprobable, será un hombre por su figura, un demonio por su condición y una bestia por sus inclinaciones; con un ser así no es conveniente tratar.

Y, dicho esto, sabe que el entendimiento innato duerme con sueño más profundo que el de los ojos y tiene más necesidad de que se le aguce que la misma espada.

Del entendimiento innato se deriva como fruto propio, el entendimiento adquirido, que es el resplandor de la ciencia y el resultado de la reflexión; carece de límite que marque el punto hasta donde puede llegar, se desarrolla a medida que se ejercita y amengua si se le deja en reposo.

Puede estar desarrollado de dos modos diferentes. Uno de ellos consiste en poseer agudeza y despejo natural, como ocurre en el siguiente caso que refiere El Asmaí. Dice: Pregunté a un muchacho árabe de pocos años y de cuyas hermosas frases y felices ocurrencias me había permitido gozar el Señor:

— ¿Te gustaría tener cien mil dracmas y ser un necio?

— No, ¡por Alá! — contestó.

— ¿Y por qué? — volví a preguntarle.

— Pues porque temo que, debido a la necedad, cometería cualquier torpeza que me dejaría sin dinero, y entonces sólo me quedaría la estupidez.

Este muchacho, con su extraordinaria agudeza, tuvo

una salida que habría hecho discurrir a otros de mucha más edad que él.

Preguntaron a un chico:

— ¿Tienes padre?

Y respondió:

— Pues ni que yo fuese Jesús, hijo de María.....

Dicen los sabios:

— Es señal de talento la rapidez de comprensión, y su estandarte el acierto en la presunción. No hay un límite para la agudeza ni término señalado hasta donde puede llegar la perfección del entendimiento natural.

¿No sabes lo que pasó a Ayás, hijo de Moauía, cuya agudeza es proverbial, con su padre? Era todavía Ayás un niño, y porque su padre distinguía a otro de sus hijos más que a él, le dijo así:

— A mi hermano y a mí nos miras, a mí como al polluelo de la paloma, que es feo de pequeño, ciertamente; pero, a medida que crece, se va haciendo más hermoso y adquiriendo más bella figura y acaba en que se le construyen palomares y jaulas y hasta los reyes se recrean con su hermosura. Mi hermano, en cambio, te parece como el asno, que de pequeño es muy hermoso, pero, así que crece, se vuelve feo y llega, por último, a arrastrar una vida miserable, en la que sólo se le destina para llevar estiércol y tierra.

La segunda de las dos maneras de que, según antes se indica, puede estar desarrollado el entendimiento, es propia de quien tiene larga experiencia y acierto para

juzgar las cosas, debido a una reiterada práctica de los asuntos; a repetidas observaciones; a haber llegado las cosas a sus oídos, ahora de un modo, ahora de otro; a haber presenciado las mudanzas que la sucesión de los días lleva consigo; las vicisitudes por que pasan las cosas nuevas que surgen; los cambios que experimentan los estados, todo lo cual ha hecho pasar ante sus ojos sucesos de todo género y ha llevado a sus oídos las más variadas noticias, dejando en él grabada la huella de sus advertencias.

Dice un sabio:

— Con las lecciones de la experiencia hay suficiente para instruirse, y las vicisitudes de los tiempos constituyen el aviso más elocuente.

La experiencia es el espejo del entendimiento, y la impremeditación uno de los frutos de la ignorancia.

Por esto son dignas de elogio las opiniones de los hombres de edad madura. De ellos se dice que son los árboles donde se produce el respeto e inagotables manantiales de sabiduría. No les ofusca ningún interés, ni el tesón por defender una opinión les hace incurrir en el error.

Tened, pues, muy en cuenta las opiniones de los ancianos, porque, aun en el caso de que estén desprovistos de penetración natural, el tiempo les ha hecho adquirir sabiduría y experiencia.

Dice un poeta:

«¿No ves que el talento es ornato de quien lo posee?
Pero el talento completo no se logra sino tras larga experiencia.»

Añade otro:

«Mientras dura la vida del hombre, exento de imperfección que lo impida, cada día que pasa mejora su entendimiento.»

Pero el entendimiento tropieza, para desenvolverse, con ciertos obstáculos, porque, como dice un filósofo: "¿Cómo confía en salvarse el ser inteligente, hallándose bloqueado por las pasiones y los apetitos?„

Es la pasión la cosa contra la que menos eficacia tienen las medidas que el hombre adopte, por esforzado y ducho que sea. Más cerrado está el acceso a la gloria para ella que para el espíritu, mientras permanece unido al cuerpo, y ejerce sobre el alma un imperio más poderoso que el que la propia alma ejerce sobre sí misma y el poseedor sobre la cosa poseída. Por esto dicen: ¡Cuántos entendimientos son esclavos de una pasión dominadora!

El que quiera, por tanto, ser libre, que no se deje arrastrar por la pasión, pues de lo contrario será un siervo.

Así lo explica Alí, hijo de Alchaham, en estos versos:

«Son libres las almas, pero nosotros somos esclavos,
porque la esclavitud de las pasiones es dura esclavitud.»

Discrepan las opiniones de las gentes acerca de si el entendimiento adquirido, cuando llega a alcanzar en el hombre cierto grado de desarrollo, es o no una virtud.

La mayoría de las personas sensatas opinan que es una virtud, porque se forma de un conjunto de cosas, cada una de las cuales ya lo es por sí sola, y de la reunión de varias virtudes ha de resultar, indudablemente, una virtud.

Tratándose de cosas que tienen un justo límite, es na-

tural que todo cuanto exceda del límite señalado es un defecto, como ocurre, por ejemplo, con la temeridad respecto de la valentía, y con la prodigalidad respecto de la generosidad. Pero el exceso de entendimiento adquirido, es sólo un desarrollo de la facultad de conocer las cosas, de opinar con acierto y conocer lo que no ha sido, fundándose en lo que fué.

Se atribuyen al Profeta las siguientes palabras: "El mejor de los hombres es el más inteligente.„ "El talento es, en toda ocasión, un compañero que no nos abandona.„

[**59**] Afirma Alcásim, hijo de Mohámed, que si no es el talento la cualidad que predomina en la persona sobre el resto de las buenas cualidades de que se halla adornada, cualquiera otra que en él predomine será la causa de su ruina.

Con motivo de la muerte de un califa, celebraron los cristianos una reunión, y todos sus reyes estuvieron de acuerdo en que, por hallarse entonces los musulmanes ocupados en pelear entre sí, era posible vencerlos cogiéndolos desprevenidos. Tuvieron acerca del caso consultas y deliberaciones, conviniendo, por fin, en que era aquélla una ocasión propicia y una brecha abierta para quien supiera aprovecharla. Había entre ellos un hombre de talento y mucho saber, que a la sazón se hallaba ausente, y estimaron que sería prudente exponerle el acuerdo que habían adoptado. Al notificárselo, contestó:

—No lo encuentro acertado.

Preguntáronle qué dificultad veía, y les respondió:

— Mañana os lo explicaré, si Dios quiere.

Al día siguiente, por la mañana, fueron a buscarlo para que les cumpliera lo prometido, diciéndole:

— Nos tienes hecho un ofrecimiento.

— Así es — respondió.

Y mandó que trajeran dos grandes perros que tenía preparados: los azuzó, excitándolos el uno contra el otro, y se acometieron rabiosamente, hasta hacerse brotar la sangre. Cuando más enfurecidos estaban, abrió la puerta de una habitación que había al lado, y soltó un lobo que tenía dispuesto para el caso. En el momento que los perros lo vieron, dejaron de pelear, se convirtió en amistad el odio que abrigaban sus corazones, y a la vez se arrojaron sobre el lobo, haciendo de él lo que les vino en gana.

Entonces, aquel hombre, dirigiéndose a los que formaban la asamblea, les habló así:

— Lo mismo que han hecho los perros con el lobo harán con vosotros los musulmanes. Durarán las rencillas y las luchas entre ellos, hasta tanto que se les presente un enemigo extraño; pero en el momento que esto suceda, olvidándose de sus rivalidades, se unirán todos contra él.

Encontraron aquellas gentes acertada la observación y desistieron de sus proyectos.

Lo que en este tratado se considera reprensible es que el talento degenere en picardía y doblez.

Según afirma el Xabí, seis han sido los que más se han distinguido entre los árabes, por su picardía, a saber: Moauía Benabisofián; Amrú Benalás; Almoguira,

hijo de Xaba; Ziyad, hijo de Omeya; Cais, hijo de Sáad, hijo de Abada, y Abdala, hijo de Bádil Benuarca.

Enumerando las cualidades que especialmente distinguían a cada uno de ellos, decía Moauía, según refiere El Asmaí:

— Yo soy a propósito para proceder con calma; Amrú, para la determinación rápida; Ziyad, para contender con grandes y pequeños, y Almoguira, para los asuntos de trascendencia.

También alude a ellos Cabisa, hijo de Chábir, diciendo:

— No he visto ningún rico, fuera del sultán, más generoso que Talha Benobaidala; ni nadie que posea paciencia tan sufrida y calma tan duradera como Moauía; ni quien domine a las masas de hombres y se imponga a ellos como Amrú Benalás; ni quien mejor averigüe un secreto, como si fuera cosa pública y notoria, que Ziyad. Si Almoguira se hubiese hallado en una ciudad con ocho puertas, no habría salido por ninguna de ellas sin haber ideado una treta para salir por todas las restantes.

Refiere Abudardá que dijo el Profeta:

— ¡Oh, Auimar! Aumenta tu entendimiento y será más estrecha tu aproximación al Señor.

— ¡Por mi padre y por mi madre! — repliqué yo — . ¿Y quién me proporciona a mí el entendimiento?

— Evita — me contestó — lo que Dios prohibe y cumple fielmente las obligaciones que te impone y así procederás como ser inteligente; practica después voluntariamente las buenas obras que no son de obligación forzosa y aumentará tu conocimiento en este mundo y se hará,

además, mayor tu aproximación al Señor y la estimación que le mereces.

Recitaron a Alí, hijo de Abutálib, la siguiente composición:

«Son las virtudes perfectas cualidades:
el talento es la primera de entre ellas, y la piedad la segunda;
La sabiduría la tercera, la clemencia la cuarta;
la generosidad la quinta, la beneficencia la sexta;
La honradez la séptima, la paciencia la octava;
el agradecimiento la novena y la dulzura la décima.
Mi alma sabe que yo no atiendo sus palabras
y no me encamino sino allí donde la desobedezco.
Bien advierten mis ojos en las novedades que presencian
si son de las que destruyen la religión o de las contrarias a éstas.»

Dijo un filósofo:

— El hombre inteligente, por efecto de su talento, marcha por el recto camino y halla en su entendimiento un firme apoyo; sus palabras son acertadas y sus actos elogiados, al paso que el ignorante, a causa de su insensatez, camina por sendas extraviadas; sus palabras son improcedentes y sus actos vituperados.

Pero si el exceso de talento deriva en picardía, doblez, zalamería, astucia y engaño, como ocurría en Alhachach, Ziyad y otros como ellos, entonces es reprobable.

Decía Omar, hijo de Aljatab:

— Ni soy un embaucador, ni embaucador alguno me la juega.

Lo mismo dice de él Almoguira, cuando afirma que era Omar, hijo de Aljatab, demasiado virtuoso para engañar a nadie y demasiado inteligente para dejarse engañar.

Todo aquel que se distingue por su malicia y su doblez es un ser reprobable, y quien con él se acompaña, persona de quien hay que guardarse. Teme sus asechanzas y guárdate de él, para evitar las consecuencias de los lazos que te tienda.

Mandó Omar, hijo de Aljatab, a Abumusa el Axarí que destituyera a Ziyad de su cargo de gobernador, y éste le preguntó:

—¿Esto es por causa de algún enojo, o porque soy víctima de alguna traición?

—No es por ninguna de las dos cosas—respondió Omar—, sino porque me desagrada obligar a los vasallos a que soporten tu excesivo talento.

Escribió Ziyad a Moauía en estos términos: "Yo gobierno el Irac sólo con mi mano izquierda, y como mi mano derecha está ociosa, concédeme también el gobierno del Hechaz, que yo te daré buena cuenta de sus habitantes.„

Enterado de aquello Benomar, exclamó:

— ¡Señor! Da tú buena cuenta de él.

Al poco tiempo le salió en un dedo una úlcera maligna que le ocasionó la muerte.

Mas, si renegamos de la picardía y la doblez, no ocurre lo mismo con la astucia, antes al contrario, es cosa que recomendamos y que nos complace. Lo mismo en la antigüedad que en los tiempos actuales, las personas sensatas recomiendan que la astucia se desarrolle, y no hay nada mejor que ella en [60] el mundo, para quien pretende realzar su categoría o desea conciliarse el favor

de alguien o aspira a cualquier cosa, ya sea pequeña o de importancia.

La más débil astucia es más eficaz que la más fuerte violencia.

Afirman los filósofos que la base del talento es la astucia y la calma para hacerse cargo de las causas poderosas o fútiles de las cosas.

Cuentan que se presentó un hombre a Cosroes y le dijo:

— Yo hago una cosa de la que nadie es capaz.

— ¿Y qué es? — preguntó Cosroes.

— Que me atan a cada pie una cuerda y cada una de estas cuerdas la atan por el otro extremo al cuello de un elefante. Una vez así, se les hace que echen a andar, uno para cada lado, a fuerza de palos y voces, y yo no me muevo de mi sitio.

Mandó el sultán hacer la prueba con cuatro elefantes y, en cuanto los hostigaron, partieron en dos a aquel individuo.

A la vista de aquello, exclamó Cosroes:

— Si no es el entendimiento la cualidad que predomina en el hombre, cualquiera otra que prepondere, le ocasionará la ruina.

Inspirándose en este pensamiento, compuso un poeta los siguientes versos:

«A todo aquel cuyo entendimiento no es lo que en él más descuella,
le hace perecer cualquier otra cosa que en él predomine.»

Oí contar a mi maestro Abulgualid que un hombre solicitó ver a Harún Arraxid y, una vez en su presen-

cia, le dijo que él hacía una cosa de la que nadie era capaz.

— Veámoslo — repuso Harún.

Sacó aquel hombre un alfiletero de caña, en el cual había unas cuantas agujas. Colocó en el suelo una de ellas, y poniéndose de pie, todo lo alto que era, comenzó a tirar, una tras otra, las demás agujas, y todas iban a parar al ojo de la que estaba en el suelo, hasta que acabó de hacerlo con todas las que llevaba.

Así que terminó, mandó Arraxid que le dieran cien azotes y luego cien dinares. Como le preguntaran por qué lo obsequiaba y lo afrentaba al mismo tiempo, contestó:

— Le he hecho un regalo, por su gran habilidad, y lo he castigado, para que no emplee una habilidad tan extraordinaria en cosas inútiles.

Quienes opinan que el entendimiento adquirido, cuando alcanza cierto grado de desarrollo, no es una virtud, se fundan en que las virtudes son dones concedidos por el Señor, que ocupan un término medio entre dos extremos viciosos y, al pasar de ese término medio, salen de los límites de la virtud. Así ocurre, por ejemplo, con la generosidad, que está entre la tacañería y el despilfarro, y con la valentía, que consiste igualmente en un medio entre la temeridad y la cobardía.

Así aconsejaban los filósofos a Alejandro, diciéndole:

— ¡Oh, rey! Procura alcanzar en todas las cosas el término medio, porque el exceso es un vicio y el defecto denota incapacidad.

En las tradiciones del Profeta, se halla que dijo lo siguiente: "Lo mejor de las cosas es su término medio."

Estas mismas palabras repite también Alí, hijo de Abutálib, el cual añade además: "Y vuélvase hasta ese término medio lo que de él haya sobrepasado y hágase llegar lo que no lo haya alcanzado.„

Dicen algunos que, puesto que el exceso de talento fomenta en quien lo posee la malicia y la doblez, tal exceso es reprobable.

Pero yo afirmo que esto no es exacto, por las razones que antes se expusieron al plantear la cuestión, y, además, por ser contrario a la verdadera índole del entendimiento innato, a la de la ciencia y a la del resto de las buenas cualidades. Rechazo, además, la afirmación de que el exceso de talento haga incurrir a quien lo posee en la malicia y la doblez, porque estas cualidades son una adquisición que posee su propia entidad, la cual es otra y distinta del talento. Tampoco son cualidades inherentes a él, pues si quiere procede con malicia y picardía, y si quiere se abstiene de hacerlo. Cabe decir de ellas lo mismo que de las restantes malas cualidades que el hombre puede adquirir en virtud de su facultad de elección, esto es: que no es el entendimiento el que le hace incurrir en ellas, sino su falta de entendimiento.

Cuando Buzurchomihr acabó de escribir sus fábulas y de ordenarlas en la sabia disposición que ofrecen, dijo:

— No hay que extrañarse de que quien aprenda estas fábulas se haga sabio. Lo extraño será que haya quien las aprenda y no se haga.

Asimismo digo yo que no hay que admirarse de que quien haya leído mi libro sea un hombre probo y cabal, sino de que haya quien, habiéndolo leído, no lo sea.

CAPÍTULO XXIV

De los ministros y sus cualidades; de las personas con quienes el rey trata, y su cultura.

CUENTA el Señor en la historia de Moisés que éste hizo la siguiente petición: "Y dame un consejero, escogido de entre mi familia„ [1].

Estas palabras demuestran que, en el caso de que pudiera el sultán prescindir de los consejeros, sería Moisés, hijo de Amrán, el Interlocutor de Dios, la persona que mayor necesidad ha tenido de ellos.

Explica después el Señor a qué designio obedece la institución de cargo de ministro, cuando dice: "Cíñelo a mi cintura, para que yo sea más fuerte, y asócialo a mi poder„ [2].

Claramente revela este versículo del Alcorán que la misión del ministro es la de fortalecer los fundamentos de la autoridad, y que el sultán, por razón de las imperfecciones inherentes a su humana condición, se ve obligado a servirse del ministro, siempre que éste sea un hombre cabal, adornado de buenas cualidades.

Sigue diciendo el Alcorán: "Para que celebremos sin

1 Alc., XX, 30 y sigs.

2 Alc., XX, 32, 33.

cesar tus alabanzas y pensemos en ti constantemente„ [1]. Dedúcese de lo dicho que la comunicación con los santos y los hombres de experiencia e ilustración, es provechosa para conseguir la marcha perfecta de los asuntos de esta vida y también los concernientes a la vida de la eternidad.

Así como el hombre más valiente ha de valerse de las armas, el caballo de más sangre necesita del azote y el sable más agudo de la piedra de afilar, asimismo el sultán más ilustre, más poderoso y más sabio, tiene necesidad del consejero.

Abusaid el Jodrí hace observar que no ha enviado el Señor profeta alguno, ni instituído ningún califa que no haya tenido a su alrededor dos clases de gentes, a saber: un grupo de allegados a su persona, que lo exhorta al bien y hacia él lo impulsa, y otro que le aconseja el mal y hacia él lo encamina. Sólo se salva aquel a quien Dios protege.

La palabra árabe con que se designa el cargo de ministro, se deriva de un nombre que significa *ganapán*, como dando a entender que la intervención que el ministro ejerce en la gobernación del estado le obliga a echar sobre sí una serie de asuntos, cuidados y graves cuestiones, que son para él como pesados fardos.

No hay soberano tan afortunado como aquel que posee un ministro celoso del cumplimiento de su deber, tanto si sus servicios son tenidos en cuenta como si no lo son.

Refiere Uahb, hijo de Monábih, que dijo Moisés a Faraón:

1 Alc., XX, 34.

— Hazte creyente y alcanzarás el paraíso, después de haber disfrutado de tu reino.

— Primero lo consultaré con Man — le respondió.

Hízolo así, y Man le advirtió:

[**61**] — Siendo, como eres, un dios a quien se adora, ¿vas tú a adorar a otro?.....

Y rehusó hacerse creyente, por orgullo y soberbia, ocurriéndole después lo que le ocurrió.

De esta misma condición era Yazid, hijo de Abumóslem, ministro de Alhachach, porque constantemente estaba inculcando ideas perniciosas en el cerebro de su soberano. ¡Qué mala cosa son los allegados! ¡Y qué desastrosa la compañía de un malvado!

La más excelsa de las dignidades humanas es la de profeta, tras ella viene la de califa y luego la de ministro. Es el ministro una ayuda para solucionar los asuntos, un copartícipe en el gobierno, un auxiliar para el ejercicio de la autoridad y un refugio en la desgracia. Él hace para con el rey el oficio de oídos, ojos, lengua y corazón.

En los Proverbios se dice: "¡Cuán excelente auxiliar es el consejero!„

Por el pronto el sultán consigue con él dos cosas, que son: enterarse de algo que no conocía y confirmar lo que ya supiera, disipándose las dudas que sobre ello pudiera abrigar.

Lo que de un modo más evidente da indicio de que el sultán ha alcanzado el divino favor, revelando al propio tiempo gran discernimiento por su parte y la superioridad de su talento, es el cuidado con que procede a la elección de los ministros y a la selección de los consejeros y su interés por frecuentar el trato de personas

instruídas e inteligentes. Estos tres detalles son seguro indicio de su perfección; merced a ellos alcanza ilustre renombre entre las gentes; realzase su categoría en los entendimientos y se afirma en las almas el sentimiento de la veneración hacia él.

Al hombre se le conceptúa con arreglo a las gentes que tiene a su lado. Se califica a los ministros de gala y ornato del rey.

En el libro *Calila y Dimna* se hallan estas frases: "No es de provecho el sultán sino por razón de los ministros, ni lo son los auxiliares si no proceden con amor y lealtad, ni la lealtad y el amor, si no se prodigan con alegría y desinterés.„

Los más graves perjuicios para el pueblo en general y de un modo especial para el jefe del estado, resultan de alejar de sí a los ministros y funcionarios idóneos, porque entonces sólo dispondrán de funcionarios que para nada sirven ni rinden la menor utilidad.

Y guárdese el sultán de conceder la elevada dignidad de ministros a quienes no sean personalidades de mérito relevante (porque de lo contrario se trastornarían los asuntos), con más cuidado del que pone en no confiar la curación de sus males a un médico que no sea inteligente y de confianza.

Cuenta Xoraih, hijo de Obaid, que todos los reyes de Israel tenían a su lado un sabio, el cual, cuando veía al rey encolerizado, le escribía en tres hojas estas frases: "Compadécete del desgraciado. Teme la muerte. Piensa en la vida futura.„

Cada vez que se enojaba, se las ponían delante, hasta que se apaciguaba su enojo.

Dice Ardaxir:

— Debe el soberano ser todo lo afable posible en los casos en que es necesaria la bondad y llegar al mayor grado de energía cuando se impone la violencia; no destruirá la buena impresión que de él tienen los vasallos, mostrando miedo hacia ellos; no se considerará, con las medidas de gobierno adoptadas para hoy, exento de adoptar otras para el día de mañana; ha de estar más prevenido contra los adictos que contra los adversarios; ha de temer a las gentes de mala condición que se hallan junto a él más que al pueblo entero, y de ningún modo aspire a corregir al pueblo, si no empieza por hacerlo con los allegados a su persona. Por que, según indica el propio Ardaxir, cada rey tiene a su lado un grupo de gentes a cuyo modo de proceder se ajusta el pueblo entero. Y si el rey consigue formar un núcleo de personas que se conduzca rectamente, cada uno de los que forman ese núcleo hará otro tanto con las personas que a él le rodean y así sucesivamente, hasta que todos los ciudadanos coinciden en proceder dignamente.

Cuando un rey bueno tiene un ministro malvado que impide llegar a las gentes los frutos de la bondad del soberano, sin permitirles tampoco que se aproximen a él, pasa igual que cuando hay en unas aguas limpias un cocodrilo, que ni puede el hombre penetrar en ellas, por buen nadador que sea, ni puede aprovecharlas, por necesidad que de ellas tenga.

Entre el sultán, el pueblo y el ministro puede establecerse una relación semejante a la que existe entre el médico, los enfermos y el que lleva las noticias de éstos a los médicos. Si el mensajero no dice la verdad, el tratamiento será inútil. Y si quiere hacer morir a algún en-

fermo, explica al médico lo contrario de la enfermedad que padece, y al administrarle un remedio, guiándose por las explicaciones del mensajero, muere el paciente.

Pues esto mismo ocurre con el ministro: si se propone perder a alguno, comunica al rey acerca de él algo que no es cierto y el rey lo hace matar.

Teniendo esto en cuenta, exigimos como condición indispensable para el ministro, la sinceridad en sus palabras, que sea hombre de sanos principios religiosos, de quien no pueda sospecharse que aspire al cargo de califa y entendido en los asuntos que al pueblo conciernen. Ha de hallarse rodeado de gentes capaces y de responsabilidad.

Guárdese el rey de conceder el cargo de ministro a persona de baja condición, porque, cuando uno de éstos se ve encumbrado, se vuelve un déspota para los suyos, no reconoce a los amigos, menosprecia a las gentes de alto rango y se muestra altanero con las personas de mérito.

Proponíase Suleimán, hijo de Abdelmélic, nombrar secretario a Yazid, hijo de Abumóslem, secretario que había sido de Alhachach, y lo disuadió Omar, hijo de Abdelaziz, diciéndole:

— ¡Por Dios te pido, Príncipe de los Creyentes, que no hagas revivir el recuerdo de Alhachach, nombrando tal secretario!

— Pues yo no encuentro — replicó Suleimán — que haya cometido la más pequeña infidelidad de un dinar ni de un dracma.

— Si es por eso — insistió Omar — , ya te indicaré alguien que es aún más mirado en cuestión de dinares y de dracmas.

— ¿Y quién es?

— Es el demonio, que no tienta dinar ni dracma alguno; pero, no obstante, es la perdición de las criaturas.

Presentóse a un califa un individuo muy inteligente e ilustrado, en ocasión en que aquél estaba acompañado de uno de los infieles sometidos, al cual profesaba el califa gran estimación y lo consideraba sobremanera.

Al verlo aquel individuo, le habló así:

«¡Oh rey, obedecido por la humanidad entera,
y cuyo amor se impone irremisiblemente!
La causa que ha dado origen a tu grandeza
es considerada por éste como un embuste.»

Y al decir *éste*, señaló hacia el infiel.

— Pregúntaselo, Príncipe de los Creyentes.

Le interrogó el sultán, y no tuvo más remedio que confesar que aquel hombre tenía razón. Entonces se convirtió al islamismo.

No sabe el ministro del rey lo que verdaderamente le incumbe, mientras no cuida del amigo digno de fiar con el mismo interés con que cuida el amante celoso de [62]
la amada cuya firmeza le ofrece sospecha.

Mandó un rey poner unos escritos en tres hojas, y dió a su ministro la siguiente orden:

— Siempre que me veas irritado, dame una de estas hojas.

La primera contenía lo siguiente: "Tú no eres un dios. Tú morirás y volverás al polvo, y allí una parte de tu cuerpo se comerá a la otra."

Decía la segunda: "Compadécete de quienes están en la tierra, y se compadecerá de ti El que está en el cielo.„

Y la tercera: "Juzga a las gentes con arreglo a la ley de Dios, porque élla solamente es la que cabe aplicarles.„

Cuando llega el ministro a ser considerado, respetado y obedecido lo mismo que el soberano, debe éste destituirlo, pues si no lo hace, sepa que el destituído será él.

Cuando la multitud está apaciguada, temen los ministros.

Como todos los asuntos del estado van a parar a los ministros, y éstos tienen en sus manos las riendas para manejar a los reyes, desde muy antiguo se halla en uso entre las personas inteligentes un proverbio que dice así: "No te confíes, aunque goces del favor del príncipe, si el ministro te juega una mala pasada, ni temas al príncipe, si el ministro es tu amigo.„

Tan gran insensatez como ponerse frente a los príncipes, es el enemistarse con los ministros, pues cuántas veces una cosa que a aquéllos desagrada se lleva a efecto por mediación de éstos, y de cuántas cosas que el príncipe desearía realizar no lo disuade el ministro.

El sultán es una casa cuya puerta es el ministro. El que viene a la casa por el lado de la puerta logra penetrar en ella; pero quien intenta el acceso por cualquier otro lado es arrojado violentamente.

Afirma Anuxiruán que no será perfecta la situación del rey, mientras no se dignifique a sí propio, despojándose de todo defecto, y mientras no cuente, además, con consejero de quien pueda fiarse en sus ausencias y un servidor leal de corazón.

Es el ministro para la institución real, como el espejo donde ésta se contempla. Así como el que no se mira al espejo no ve las perfecciones y defectos de su semblante, tampoco el sultán que no tiene ministros se entera de las cosas buenas y malas que hay en sus estados.

El secretario del rey es el depositario de sus pensamientos ocultos; es su lengua, la que habla por él a las comarcas de su reino; el distinguido especialmente con su intimidad y con una comunicación más estrecha que con ningún otro de su categoría.

El auxiliar del soberano es el ministro; el ujier, su ornato; el secretario, su lengua, y el mensajero sus ojos.

El cargo de secretario es el sostén del califato, el alma del gobierno y las columnas en que se apoya el estado.

A tres cosas está obligado el rey con el secretario, a saber: a no impedirle el acceso hasta él; a sospechar de quien lo acusa, y a revelarle sus secretos.

Dicen los filósofos: "No cabe esperar la alabanza en el orgulloso, ni en el hombre falso los muchos amigos; ni noble origen en el mal educado; ni buena fe en el avaro; ni pocos pecados en el ambicioso; ni un reinado duradero para un soberano indolente, falto de buenos ministros.„

Así como el espejo no refleja tu rostro, si no está hecho de materiales puros, perfectamente bruñido y limpio de orín, tampoco desempeñará el rey cumplidamente su cargo, si el ministro no es hombre de superior entendimiento, de clara comprensión, de alma pura y de limpio corazón.

Entre las condiciones que el ministro ha de reunir, se halla la de ser accesible a la piedad para con las gentes y compasivo con ellos, para remediar con su clemencia

lo que el rey ha lastimado con su dureza. Ha de ser hombre de limpio corazón, leal en la ausencia, que no admita sutilezas ni oculte la leal advertencia.

Dijo un rey a su ministro:

— No procedas con mayor diligencia para las cosas con que has de alegrarme que para advertirme de algo que se tema contra mí.

Recomendaba otro al suyo:

— Gratifica lo mismo al que te comunica cosas desagradables que a quien es portador de noticias que te complacen, porque quien avisa de un peligro hace tanto como el que participa una buena nueva.

Otra de las condiciones del ministro es la de ser hombre templado, como noche de la Meca, sin frío ni calor.

Ocurre con el ministro, respecto del sultán, lo que con éste, respecto del pueblo: si el sultán se conduce bien, los súbditos hacen otro tanto, y si el sultán es un depravado, también ellos lo son. Pues asimismo, si los ministros son unos depravados, el sultán se deprava como ellos, y si son hombres íntegros, también lo es el sultán.

Se dice que al entendimiento lo echan a perder las pasiones y al príncipe la incapacidad del ministro.

Decía Almoctádir Bilá a su ministro Alí, hijo de Isa:

— Sé temeroso de Dios y El me inspirará simpatía hacia ti; mas no te rebeles contra El, porque me haría ser duro contigo.

En parecidos términos hablaba a Mohámed, hijo de Yazdad, dirigiéndole la siguiente advertencia:

— No peques contra Dios, mientras te halles a mi lado, porque El me haría descargar sobre ti el peso de mi poder.

Sabe que el ministro no ha de ocultar al soberano ninguna advertencia provechosa, por insignificante que la considere.

Desempeña el ministro en el estado un papel análogo al que en el cuerpo desempeñan los ojos y las manos. Pues bien; si estos órganos realizan perfectamente el acto de abrirse y cerrarse, no entorpecerán el funcionamiento del organismo; pero si están enfermos dichos órganos, el cuerpo entero se resiente.

Así como solamente han de ostentar la dignidad real gentes que sean de tal condición, asimismo conviene que el cargo de ministro no recaiga sino en personas que decorosamente puedan ostentarlo.

Hacía una madre a un rey, su hijo, las siguientes advertencias:

— Hijo mío. El rey necesita tener seis cosas, que son: un ministro por cuyas opiniones se pueda guiar y a quien pueda confiar sus secretos; una fortaleza donde refugiarse, cuando le amenaza algún peligro; una espada que, cuando caiga sobre los contrarios, no le falle; un tesoro fácil de trasportar, para, si le sobreviene una desgracia, poderlo llevar consigo; una mujer cuyo trato le ahuyente las cavilaciones, y un cocinero que, cuando al sultán no le apetece la comida, le prepara manjares que excitan su apetito.

CAPÍTULO XXV

Del trato con las personas; ilustración que con él se adquiere.

DICE el Señor: "Los amigos [63] íntimos se convertirán en enemigos unos de otros, excepto los temerosos de Dios„ [1]. Y añade: "¡Desgraciado de mí! ¡Ojalá no hubiese tomado a Fulano por amigo! El me ha hecho apartar la vista del Alcorán, después que en él la puse. Satanás es un traidor para el hombre„ [2].

Conviene al rey frecuentar el trato con personas inteligentes y cultas; que gocen de buena reputación y de la estimación de las gentes; que posean larga experiencia y hayan sabido aprovechar sus lecciones.

El trato con personas inteligentes fecunda y desarrolla el entendimiento, y por eso se acoge con elogio la opinión de los hombres de edad madura. De ellos decían los antiguos que son árboles que producen cordura y fuentes de donde brotan las lecciones de la experiencia. No los ofusca ningún interés ni los induce a error la falsa conjetura. Y a esto añadían:

—Atiende las opiniones de los ancianos, porque, aun cuando carezcan de penetración natural, ante sus

1 Alc., XLIII, 67.
2 Alc., XXV, 30, 31.

ojos se han desarrollado acontecimientos de todo género, que les han servido de enseñanza, y sus oídos han escuchado lo que en sí llevan las mudanzas de los tiempos.

La opinión del anciano tiene más valor que la observación real del muchacho.

Decía Abdelmélic a los que frecuentaban su trato:

— Absteneos conmigo de estas tres cosas: de prodigarme elogios, porque yo me conozco mejor que vosotros me conocéis; de mentirme, porque no hay razón que justifique la mentira, y de murmurar de nadie, porque formaría mal concepto de vosotros.

Dijo un filósofo:

— Con las lecciones de la experiencia basta para instruirse, y los contratiempos de la fortuna sirven de grandes avisos. La experiencia — se dice — es el espejo del entendimiento, y el error el fruto de la ignorancia.

Se presentaron, disputando, ante Harm, hijo de Cotba, que era un sabio árabe, Amir, hijo del Tofail, y Alcama, hijo de Alaba, y les habló así:

— Tened bien presente esta frase del Profeta: "El arma más aguda es la observación.„

Hay, no obstante, varios sabios árabes que recomiendan tener en cuenta las opiniones de la gente joven, porque, según dicen, esas opiniones no se resienten de anticuadas, ni en ellas influye la falta de energía, propia de la edad avanzada. Pero el buen discurso nos dicta que están más en lo cierto quienes dan la preferencia a la opinión de los ancianos.

Dijo a Moauía Abdelaziz, hijo de Zorara:

— Procura tratar con personas de juicio, ya sea como amigos, ya como enemigos, porque el entendimiento se posa sobre el entendimiento.

Según Benabbás, el trato con las personas inteligentes realza la categoría de quien lo cultiva.

Sofián Benoyaina sostiene que, si el hombre de épocas anteriores a la vuestra hubiese tratado con personas inteligentes, habría llegado día en que él también lo fuera.

Cuenta Málic Benanas que yendo Salomón, hijo de David, por tierras de Egipto, pasó junto a un palacio en el que hallaron la siguiente inscripción:

«Nos fuimos desde la alquería de Istajar
al palacio que habíamos edificado.
A quien por el palacio pregunta, decimos
que construído lo hallamos.
Al hombre se le juzga por el hombre
con el cual se acompaña;
Cada uno lleva en sí
analogías e indicios de otras cosas;
No trates a quien tiene por compañera la insensatez:
ten con él mucho cuidado.
Cuántos insensatos han causado la perdición
de personas complacientes que han admitido su trato.»

Había sobre el palacio un águila parada. La llamó Salomón y le preguntó:

— ¿Quién edificó este palacio?

— No lo sé — respondió.

— ¿Y desde cuándo estás aquí?

— Desde hace novecientos años.

Dicen los Proverbios: "De cada hombre se piensa lo mismo que de aquel que tiene por amigo.„

Cuando hizo la peregrinación Obaidala, hijo de Chafar, se quedó una noche en la Meca, y a la mañana siguiente decía a los habitantes de la ciudad:

— En una sola noche hemos sabido quiénes de vosotros son buenos y quiénes malos.

— ¿Y cómo ha sido eso? — le preguntaron.

— Pues — respondió — porque, a la vez que yo, se han quedado en la ciudad gentes buenas y malas de las que vienen conmigo, y los buenos se han ido con vuestros buenos y mis malos con los vuestros. En esto lo he conocido.

Has de saber que no es el humo tan claro indicio del fuego como lo es el amigo de las condiciones de quien con él se acompaña.

Según el Auzaí, el amigo es como el remiendo que se pone en el traje. Si no es tela de la misma calidad, lo afea.

Decía Málic, hijo de Mosama, a Aláhnaf, hijo de Cais:

— Cuando tú estás presente, no se echa de menos a ningún ausente, y cuando tú te ausentas, ninguno de los presentes sirve para nada.

Inspirándose en este pensamiento, compuso Ibrahim Benalabbás el Secretario los siguientes versos:

«De entre todos ellos, tú eres el deseado del alma;
tú eres el amado, tú el obedecido.
Estando tú no hay soledad, si los demás se alejan;
ni, cuando ellos están, hay reunión, si tú te retiras.»

Dice Abdala Bentáhir:

— La riqueza es cosa que viene y se va; el poder, una sombra que se desvanece, y los amigos, tesoros que van en aumento.

Discutían dos individuos, y un beduíno que presenciaba la discusión, habló así a uno de ellos:

— Es deber ineludible discutir asuntos religiosos con uno como tú; el escucharte es ilustrarse; tu trato es un adorno para quien lo cultiva; el conocerte es un honor; tu conversación fecunda los entendimientos y los aguza, y tu amistad ennoblece y es motivo de orgullo.

Cuenta el Simsimaní que cantó Mojaric los siguientes versos en presencia de Almamún:

«Yo deseo con vehemencia la sombra protectora de un amigo
cuya amistad se mantenga pura y limpia si lo enojo.
[64] Que me defienda ante los demás, y, si lo trato con dureza,
no me guarde rencor y no le cause sorpresa que no me someta a él.»

Entusiasmado Almamún, le dijo:

— Toma, Mojaric, la mitad del califato y proporcióname a ese hombre.

Afirman los filósofos que el reflexionar sobre las consecuencias de las cosas es operación que fecunda los entendimientos.

También dicen que la amistad del hombre inteligente no se interrumpe, ni el afecto del necio es duradero.

Sírvete de los amigos sinceros como de un espejo que te ponga de manifiesto tus cualidades y tus acciones así como el bruñido espejo te muestra tu cara, porque te es

más necesaria la perfección de las cualidades morales que la belleza de tu figura.

Hablando Almamún con Alhasán, hijo de Sahl, le decía así:

— Me he fijado en las cosas que causan placer y he observado que en todas ellas hay algo de enojoso, excepto en siete.

— ¿Y cuáles son esas siete, Príncipe de los Creyentes?

— Pues son: el pan de trigo, la carne de carnero, el agua fresca, el vestido holgado, el perfume grato, el lecho blando y el vér las cosas por el lado agradable.

— ¿Y dónde te dejas, Príncipe de los Creyentes, el conversar con las gentes? — repuso Alhasán.

— Tienes razón — contestó Almamún — ; ésa es la principal de todas.

Decía Hixem, hijo de Abdelmélic:

— He conseguido todo aquello a que se puede aspirar; he comido tantas cosas dulces y agrias, que ya no les encuentro sabor; he aspirado tantos perfumes, que ya no percibo su aroma; he conseguido tantas mujeres, que me es igual acercarme a una mujer o a una pared. Pues bien, no he encontrado nada que produzca tan grata satisfacción como la compañía de un amigo con quien no han de guardarse etiquetas fastidiosas.

Decía Abdelmélic, hijo de Meruán:

— He saciado mi deseo de todas las cosas; pero no el de conversar con los amigos en lugares inundados con la luz de la luna, las noches en que ésta despliega sus resplandores.

El mismo Abdelmélic decía también:

— Aquel que se junta con la gente baja y a ella se siente atraído, alejándose con repulsión de las personas cultas, merece quedar aislado.

El dinero de quien lo niega para aquel que le atraería acciones de gracias, lo hereda luego quien ni le agradece que se lo haya dejado.

Entre los más hermosos pensamientos de los filósofos, se hallan los siguientes:

"¡Cuán necesitado está el que ejerce el poder de piedad, que lo reprima; de vergüenza, que le sirva de freno; de entendimiento, que lo guíe a la equidad; de larga experiencia; de recordar las lecciones que de ésta recibe; de recibir caudales; de allegados que le faciliten la solución de los asuntos; del visitante unido a él por estrecha amistad; de un proveedor solícito; de unos ojos que reparen en las consecuencias de las cosas, y un entendimiento temeroso de las vicisitudes de la fortuna.„

"Quien no quiere reconocer que existe el día del juicio, no se libra de los ataques de que la adversidad le hace objeto, ni sortea los tropiezos del error, ni da importancia a ningún pecado, por grave que sea, ni a ningún elogio, por halagüeño que le resulte.„

"Si adviertes en las personas que tratas algo que te desagrada, alguna cualidad que no merece tu aprobación, o que profieren expresiones incorrectas o cualquier otra grave falta, no por eso rompas los lazos que a ellos te unen, ni pongas término al afecto que hacia ellos sientes. Lo que has de hacer es corregir sus palabras y encubrir lo que redunde en vergüenza suya. Tú mira por ellos, que ya cambiarán de proceder.„

En el Libro de Dios se hallan estas palabras: "Y si te desobedecen, díles: Yo no seré partícipe de vuestro proceder„ [1].

No ordena, pues, apartarse de ellos, sino solamente abstenerse de realizar sus malas acciones.

Dice el poeta:

«Si al dañarse una de mis extremidades, la cortara,
no tendría con qué levantarme.
Por eso, lo que hago es cuidarla, y si sana, siento gran alegría;
y en caso contrario, es más soportable.»

Se quejaba un individuo a un sabio de un amigo suyo, con el cual había decidido romper, y de quien quería tomar venganza.

Le preguntó el sabio:

— ¿Vas a tener en cuenta lo que te diga? En este caso, te hablaré. ¿O es tu enojo tan violento que te va a impedir escucharme?

— No — respondió el hombre — , que atenderé a lo que me digas.

Continuó el sabio:

— ¿Qué ha sido más duradero, el placer que con su afecto te ha proporcionado, o el disgusto que por su falta has recibido?

— Ha sido mayor el contento.

— ¿Y han sido más numerosas las buenas o las malas acciones que contigo ha realizado?

— Las buenas — respondió el hombre.

1 Alc., XXVI, 216. Habla así, después de haber recomendado que se predique y se exhorte a practicar el bien a los parientes, a próximos y a remotos, y a todos los fieles.



— Pues, entonces — prosiguió el sabio — , perdónale su pecado, en atención a los buenos ratos que con él has pasado; concédele que, a cambio de sus complacencias para contigo, cometa alguna falta, y arroja de ti la cólera y el deseo de venganza. Tal vez suceda que ni aun así consigas lo que tienes derecho a esperar; pero si continúas cultivando la amistad, a pesar del enojo que te causa, lograrás cuanto deseas.

CAPÍTULO XXVI

Cualidades que sirven como de galas con que el sultán se adorna.

HASTA ahora nos hemos ocupado en aquellas cualidades que son para la dignidad real como los cimientos para el edificio, y aquí vamos a tratar de aquellas otras que representan para el soberano lo mismo que la corona, el manto, la compostura exterior y el buen porte.

De las cualidades a que nos referimos, la más perfecta de todas y la que sirve de fundamento a las demás es la clemencia.

Dice el Señor: "Sé indulgente, manda hacer el bien y apártate de los ignorantes„ [1].

Al ser revelado este versículo a Mahoma, preguntó a Gabriel:

—¿Qué significa esto?

—No lo sé — respondió —, hasta que lo pregunte al Omnisciente.

Desapareció Gabriel y después volvió, diciendo a Mahoma:

— El Señor te envía el saludo y te ordena que te acer-

[1] Alc., VII, 198.

ques a quien se aparta de ti; que otorgues tus dones a quien te rehusa los suyos y que perdones a quien procede mal contigo.

Sabed, por tanto (¡Dios os guíe por camino de salvación!), que el Señor prescribe el perdón, invita a concederlo, proclama su mérito, exhorta a practicarlo y se lo atribuye a sí propio.

También son suyas las siguientes palabras: "..... a los que reprimen la cólera y a *los que perdonan* a las gentes. Dios ama a *los buenos*„ [1]. Hace, pues, necesariamente el Señor objeto de su amor a los que perdonan y les aplica el preciado calificativo de *buenos*.

Dice también: "Y quienes sufren con paciencia y perdonan son hombres bien dispuestos para manejarse en los negocios de la vida„ [2].

Y esta disposición para afrontar tales negocios es una de las cualidades que El atribuye a sus profetas elegidos, como lo prueban las siguientes palabras: "Ten paciencia (Mahoma) como [**65**] la tuvieron los profetas, que fueron hombres bien dispuestos„ [3].

Dice también: "Y cuando se enojan, perdonan„ [4].

Y en otro pasaje: "Que perdonen y disculpen. ¿No deseáis que Dios os perdone a vosotros?„ [5].

Estimula, pues, el Señor a las criaturas a que practiquen el perdón y los induce a que disculpen a los malhechores, tiranos y pecadores, lo mismo que desean que el Señor haga con ellos.

1 Alc., III, 128.
2 Alc., XLII, 41.
3 Alc., XLVI, 34.
4 Alc., XLII, 35.
5 Alc., XXIV, 22.

Con respecto a quienes se vengan y no perdonan, dice: "No hay razón para proceder contra quien se venga del agravio injusto„ [1].

Aquí exime de culpa al que justamente se venga; pero no le reconoce mérito alguno.

En otro pasaje descorre el velo, desvanece toda duda y proclama la superioridad de los que perdonan sobre los que toman venganza y la de quien renuncia a sus derechos sobre quien castiga. Dice así: "Cuando toméis represalias, que sean proporcionadas a la magnitud del daño recibido. Mas si sufrís con paciencia, será más provechoso para los que lo hagáis así„ [2]. Es éste un texto que no necesita aclaración. El sentido real de sus palabras da claramente a entender que la venganza es un acto de justicia y el perdón un acto meritorio.

Para nosotros es preferible el favor de Dios a su justicia, porque si es justo con nosotros y nos trata según merecemos, nuestra perdición es segura, mientras que si es compasivo y nos perdona, entonces nos salvaremos.

Si la justicia fuera acogida de buen grado por las criaturas, no habría el Señor asociado a ella la benevolencia. Mas considerando que no se acepta sino tras de mucha discusión y de mucho aquilatar, por ser cosa que angustia el espíritu y oprime el corazón, hizo inseparable a la benevolencia de la justicia, según se desprende de estas palabras del Alcorán: "El Señor prescribe la justicia y la benevolencia„ [3].

El castigo es una venganza y un daño que se causa

1 Alc., XLII, 39.
2 Alc., XVI, 127.
3 Alc., XVI, 92.

sin provecho, y el perdón es cosa deseada del Señor y un beneficio.

El castigar es una mala acción, y el perdonar un acto bueno, y, según afirma el Señor, "el bien y el mal no pueden estar de acuerdo„ [1].

La demostración de que la venganza es una mala acción se halla en estas palabras del Señor: "Y corresponden a un mal con otro semejante„ [2]. Sólo que con las palabras *mala acción* se quiere aquí dar a entender el daño que resulta de la venganza, no que sea ilícito tomar satisfacción del daño recibido.

También Amrú, hijo de Coltsom el Taglabí, dice en unos versos:

«Que nadie cometa una necedad contra nosotros,
porque cometeríamos nosotros otra que sobrepujaría a las cometidas por [todos los necios.»

Con ello da a entender que es necio cuanto se haga para corresponder a una necedad, aun cuando realmente no sea una necedad lo que se cometió.

Decía Aixa:

— Jamás he visto al Profeta tomar venganza de ningún daño que se le causara. Como no fuera por algo que implicara un atentado contra lo que el Señor manda respetar, nada había capaz de excitar su cólera.

Según afirma el Profeta, el día del juicio gritará un pregonero: " Que se levante quien tenga que recibir alguna recompensa de Dios.„

1 Alc., XLI, 34.
2 Alc., XLII, 38.

Y únicamente se levantará aquel que en el mundo haya perdonado.

Pues bien; tú que pretendes alcanzar una recompensa, si has perdonado, Dios te la concederá; pero si no has perdonado, estará la justicia que te has tomado delante de la maldad de que has sido objeto, y no tendrás más segura la recompensa que el Señor te ha prometido, que si dicha recompensa hubiera de venir de parte de una criatura.

Además, si no has perdonado, habrás logrado tu derecho, pero sin añadir nada; mientras que si perdonas, haces un bien a tu prójimo y quedas incluído entre aquellos respecto de los cuales dice el Señor: "El que haya realizado una buena obra, recibirá una recompensa diez veces mayor„ [1].

Intercedía Aláhnaf, ante el sultán, en favor de un prisionero, y le hablaba así:

— Si es culpable, aplíquesele el perdón, y si es inocente, aplíquesele la justicia.

Dijeron a un secretario, en presencia del califa:

— Ha llegado a noticia del Príncipe de los Creyentes una cosa que se refiere a ti.

— Nada me importa — respondió.

— ¿Y por qué?

— Pues porque si el que se lo ha contado ha dicho verdad, me alcanzará el perdón del príncipe, y si ha mentido, me alcanzará su justicia.

[1] Alc., VI, 161.

Presentóse en cierta ocasión Oyaina, hijo de Hisn, a Omar Benaljatab, diciéndole:

— Tú, Benaljatab, ni nos haces dádivas con largueza, ni nos juzgas con equidad.

Enojóse Omar y pensó imponerle un correctivo. Pero un sobrino suyo le llamó la atención con estas palabras:

— Príncipe de los Creyentes. Del Señor son los siguientes mandatos: "Sé indulgente, ordena practicar el bien y evita los ignorantes„ [1]. Y éste es un ignorante.

Pues, ¡por Alá!, que Omar no desoyó la advertencia cuando el otro se la hizo, porque era hombre que acataba los preceptos del Libro de Dios.

Dijo el Profeta:

— Tened piedad de los que están en la tierra y la tendrá de vosotros El que está en el cielo. Ten compasión, y serás compadecido.

Alguien ha hecho notar que la persona que ha merecido ocupar el poder, con preferencia a las demás, está más obligada que nadie a la piedad y a la misericordia.

En el Evangelio se hallan estas palabras: "Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.„

Afirma Salomón, hijo de David, que Dios aborrece a los que se precipitan para derramar sangre. Y a más del divino aborrecimiento, son objeto del desvío la repulsión y la resistencia para usar con ellos de misericordia.

En cierta ocasión tuvo David oportunidad para dar muerte a Saúl, que era entonces enemigo suyo y lo

1 Alc., VII, 198.

andaba persiguiendo; pero le perdonó la vida, y exclamó:

— ¡Haz, Señor, que mi vida sea tan respetable a los ojos de mis enemigos como para mí lo ha sido la del enemigo mío, y líbrame de malos propósitos!

En opinión de los filósofos de la India, son incompatibles el poder con el afán de venganza, y la autoridad con la soberbia y la vanidad.

Los filósofos dicen que para nada es el exceso tan excelente como para el perdón, y para nada tan reprobable como para el castigo. Asimismo la insuficiencia es reprobable en el perdón y loable en el castigo.

Has de saber que es preferible sentenciar mil veces el perdón equivocadamente, a castigar una sola vez por error.

Decía Moauía:

— Yo procuraré que no haya falta más grande que mi perdón, ni insensatez mayor que mi condescendencia, ni vergüenza [**66**] que mi manto no oculte.

Decía Almamún:

— Yo me inclino espontáneamente a la condescendencia y quisiera que los delincuentes conocieran esta propensión mía a perdonar, porque desaparecería de ellos el temor y sus corazones albergarían los mejores sentimientos hacia mí.

Dirigió un delincuente a Almansur estas palabras:

— Príncipe de los Creyentes. El castigo es un acto de justicia y la indulgencia un acto meritorio, porque quien

dispensa del castigo traspasa los límites de la justicia. Por eso yo deseo, en bien del Príncipe, que no se contente con la menos valiosa de las dos cosas que se le ofrecen y con no remontarse al más elevado de los dos grados. Perdóname tú a mí, y Dios te perdonará a ti.

Lo perdonó, y entonces le recitó estos versos:

«Si un malvado con su insensatez te hace víctima de su iniquidad,
mátalo a fuerza de beneficios, no a fuerza de sufrimientos.»

Perdonó Móslem, hijo de Cotaiba, a un malhechor, y éste le dijo:

— No sé, ¡oh Príncipe!, qué día es más glorioso para ti, si aquel en que has concedido el perdón o aquel en que venciste.

Dijo el poeta:

«Sin cesar otorgas el perdón, y la libertad que concedes
a quien delinquió, es ligadura que a ti los une,
Hasta el punto de que quienes indultas, desean
estar a tu lado, aun a costa de grillos y cadenas.»

Llegó a noticia de Anuxiruán que el pueblo protestaba contra el rey por los repetidos indultos que concedía, a pesar de que los delincuentes reincidían en sus desafueros.

— Eso es — dijo él — porque los delincuentes son unos enfermos a los cuales yo sirvo de médico, y el que haya de aplicárseles repetidas veces el tratamiento no es motivo para que me abstenga de hacerlo.

En opinión de Omar, hijo de Abdelaziz, no hay cosa que al unirse a otra la realce tanto como realza la tolerancia a la sabiduría y el perdón al poder.

Cuando venció Abdelmélic, hijo de Meruán, a Almohálab, le habló así un individuo:

— Príncipe de los Creyentes. No he visto a nadie tan tirano como tú, ni a quien consiga triunfos como los tuyos, ni a quien perdone como tú perdonas.

Decía uno de los doctores de la generación siguiente a los Compañeros de Mahoma:

— El que castiga atrae sobre sí el odio de las personas afectas al delincuente, y el que perdona consigue su agradecimiento o que se lo recompensen, si algún día pueden hacerlo.

Preferible es para ti que te elogien por tu magnanimidad a ser reputado de cruel.

El disculpar las faltas de los demás da como resultado necesario que el Señor disculpe las tuyas.

El perdón que tú otorgas a las criaturas lleva aparejado el que Dios te otorgará a ti, y los castigos que les impongas los que El te hará sufrir. Dios ama a los que perdonan.

Dijo Almansur:

— A los buenos les basta con que se haga una ligera alusión al castigo, a los malos se les ha de amenazar con él terminantemente.

Decía Almamún:

— Como veo que en los delitos no influyen los castigos que a causa de ellos se imponen, empleo como medio para evitarlos un perdón que resulta más eficaz que cortar cabezas.

Según afirma Aláhnaf, los árabes han estimado siempre como un mérito que no se considere el perdón como contrario a la justicia, ni la generosidad como un despilfarro.

En el Libro de la sabiduría se hallan estas palabras: "Si castigas el delito, realizas un acto de justicia, y si perdonas, realizas un acto meritorio.„

Hacía un sabio la siguiente recomendación:

— Acepta las excusas, aunque carezcan de fundamento, a no ser que provengan de personas con quienes la dignidad exige romper toda relación o que el aceptarlas sea alentar a dichas personas a realizar actos reprobables o coadyuvar a sus maldades. En estos casos, el aceptarles las disculpas es asociarse a ellas para delinquir.

En una ocasión penetró un elefante en Damasco, haciendo huir a las gentes, aterrorizadas de su presencia. Con objeto de ver lo que ocurría, subió Moauía a una de sus habitaciones del piso superior y desde allí observó que, en un aposento del mismo palacio, había un hombre con una de sus mujeres. Se dirigió a aquella habitación, llamó a la puerta y no hubo más remedio que abrir. Lanzó sobre aquel hombre una terrible mirada y le increpó, diciéndole:

— ¿Conque dentro de mi palacio y hallándote bajo mi amparo mancillas el honor de mis mujeres, estando como estás entre mis manos?..... ¿Cómo te has atrevido a hacerlo?

Aterrado aquel individuo, contestó:

— Tu indulgencia es la que me ha dado ánimos.

— Pues bien — prosiguió Moauía — , si te perdono, ¿me ocultarás quién es ella?

— Sí — respondió.

Y Moauía le dejó marchar libremente.

Revela gran sagacidad y magnanimidad extraordinaria el pedir que no sea descubierto el culpable.

Aquí tienen aplicación estas palabras del poeta:

«Siendo nosotros los enfermos, vamos a visitaros,
y habiendo faltado vosotros os pedimos nosotros perdón y disculpas.»

Presentaron a Musa el Hadí un individuo que había cometido un delito. Comenzó Musa a reconvenirle por sus maldades y a amenazarle, y el hombre le contestó:

— Mi respuesta es pedir disculpa de los actos que me reprendes, y reconocer que todo cuanto has manifestado está mal hecho; mas también diré lo siguiente:

«Si esperas que al castigar justamente quedarás satisfecho,
no por eso renuncies a la recompensa que mereces si perdonas.»

Y ordenó Musa que le dieran libertad.

En opinión de Almohálab, nada conserva el poder tanto como el perdón, porque — dice — si los vasallos están seguros de que el soberano los favorecerá con él, no los espanta el temor del delito cometido, por grave que éste sea. En cambio, si están dominados por el temor del castigo que el soberano ha de imponerles, les espanta de tal modo el delito, por leve que sea, que se dejan arrastrar a la rebeldía.

Entre las máximas más elocuentes, alusivas a esta materia, están las siguientes, que Sabur expuso a sus hijos reunidos ante él:

— Hijos míos. Si no sois capaces de llenar de amor el corazón de vuestros súbditos, llenadlo de terror.

Con esto no quiere dar a entender que se impongan castigos a quien no los merezca, sino que se imponga sin remisión a quien se haga acreedor a él.

[**67**] Este es el sentido de las palabras del Señor, que dicen: "Aterroriza con el espectáculo de su suplicio a aquellos que los seguirían„ [1].

Con ellas no cambia el sentido que atribuímos a las palabras de Sabur, ni se contradice nuestra afirmación de que el perdón es un bien. Solamente se refieren al caso en que el castigo sea indispensable y muy merecido, o en que, al prescindir de él, se incurra en el riesgo de inducir a que se realicen hechos análogos al que se castiga, porque entonces sí sería el perdón un estrago.

Al imponer un castigo a un delincuente, no seas de los que lo contemplan fríamente y se gozan en sus sufrimientos, porque tú y él sois hermanos de padre y madre: los dos descendéis de Adán y Eva. No eres superior a él por tu fuerza ni por tu poder, sino por la merced que el Señor te ha hecho para favorecerte. Considera si estuvieras tú en su lugar y él en el tuyo.

No te consideres a salvo de las mudanzas de los tiempos, porque tú también has de hallarte en la misma situación que él, ante Quien no se va a compadecer ni espera ser castigado.

Evita el excederte o quedarte corto.

Considerate en la situación de un delincuente a quien se va a imponer un castigo.

[1] Alc., VIII, 59. Alude a aquellos que se han rebelado contra la ley de Dios.

Aplica el castigo con tasa, lo mismo que la aplicas para hacer tus dones.

Sean tus castigos para corregir, no por venganza; para reprimir, no para satisfacer los impulsos de la pasión.

Acerca de este asunto dice Buzurchomihr: "No está bien que los reyes, para realzar a unos, humillen a quien no merece la humillación, ni que para humillar a otros, realcen a quien tampoco es digno de ello.„

"No sea mayor tu celo para impedir el mal que para realizar el bien, ni te esfuerzes más para economizar que para practicar la generosidad.„

Dice el poeta:

«De tal modo perdona los delitos, que parece estar cierto
de que a causa del perdón no volverá a conocerse ningún culpable.
Y no se preocupa de si en ello hay algún perjuicio,
cuando ese perjuicio no recae sobre un fiel creyente.»

Afirma Salomón, hijo de David, que el mayor anhelo del rey malvado consiste en imponer penas y castigos; pero contra semejante sujeto enviará el Señor un ángel que no tendrá nada de misericordioso.

En opinión de Moauía, no debe el rey dar muestras de enojo o satisfacción, sino con motivo de alguna recompensa o de algún castigo.

Según Ardaxir, la superioridad del rey con respecto a los vasallos estriba únicamente en el mayor poder que tiene para estimular los actos laudables e impulsar las acciones generosas. Por lo tanto, cuanto más ejercite es-

tas funciones, más resaltará su superioridad y la justicia con que se le ha confiado la misión de gobernarlos, y a medida que disminuye la práctica de las mismas, se acorta la distancia que del pueblo lo separa.

Decía Almamún:

— Mayor placer encuentro en perdonar que en castigar.

Sabe que, cuando el rey impone un castigo o hace sufrir una humillación, guiándose por suposiciones insuficientemente comprobadas, incurre en grave pecado que da motivo a que las gentes formen de él una opinión más desfavorable que la que les merece el que ha sido castigado.

Decía Omar:

— El que vence con malas artes es un derrotado, y no triunfa quien logra hacerlo por medios reprobables.

Preguntaron a Platón:

— ¿Qué acto humano es el que se asemeja a los actos de Dios?

— El hacer bien a las gentes — respondió.

Dice el Sabio:

— La calma es una cobertera que protege contra el insolente. El perdón denota claridad de entendimiento.

El hombre verdaderamente grande es aquel que no envilece la hermosura de la victoria con la fealdad de la venganza. La mejor cualidad de los reyes es la clemencia.

Decía Yahya, hijo de Moads:

— ¡Glorificado sea El que ha degradado al hombre con el pecado, y al pecado con el perdón! ¡Oh, Señor! Si perdonas, haces lo mejor que cabe en un ser misericordioso; pero si castigas, no por ello eres injusto. ¡Oh, Señor! Si solamente estás complacido de quienes se someten a tu obediencia, ¿qué harán los pecadores? Y si no han de esperar en Ti sino aquellos que cumplen con lo que a Ti deben, ¿a quién pedirán auxilio los que de él se hallen necesitados?

Dice el poeta:

«Es cierto que el Señor posee gran indulgencia, mas
para que la indulgencia sea bien apreciada, también el indulgente ha de castigar.»

Cuentan que cogió Alhachach a Alcatrí, hijo de Alfachá, y le dijo que lo iba a matar.

— ¿Y por qué? — le preguntó.

— Por haberse sublevado tu hermano contra mí — respondió Alhachach.

— Pues yo tengo un escrito del Príncipe de los Creyentes, que dice: "..... no me cogerás a mí por causa de los delitos de mi hermano."

— Enséñamelo — repuso Alhachach.

— Es que — replicó Alcatrí — tengo otro que hace aún más fuerza que ése, porque el Señor dice: "Ningún alma, que ya lleva el peso de su propia iniquidad, ha de cargar el peso de otra" [1].

Admirado Alhachach de aquella respuesta, lo dejó ir en libertad.

[1] Alc., XXXV, 19.

Llegó en cierta ocasión Ocáil, hijo de Abutálib, con una embajada para Moauía, y éste mandó que le entregaran cien mil dracmas.

Cuando se iba, para emprender la marcha, vió en la calle una esclava, valorada en cuarenta mil dracmas, y volvió a ver a Moauía para darle cuenta de su hallazgo y pedir que se la cediera.

— ¿Y qué interés tienes en adquirirla? — le preguntó Moauía.

— Pues para que me dé un hijo que te pegará en la frente con su espada si llegas a enojarme.

Mandó que se la cedieran y la compró.

De ella nació Móslem, hijo de Ocáil; y pasado cierto tiempo, hallándose Móslem en Siria, le compró Moauía una propiedad.

Enterado de aquello Alhosáin, hijo de Alí, escribió a Moauía diciéndole que no consideraba lícita la venta realizada por Móslem.

Entonces envió Moauía a decir a éste:

— Ha ordenado Alhosáin en un escrito que se me devuelva mi dinero.

Y a esto contestó Móslem:

— ¿Y eso será sin que yo te pegue en la frente con la espada?..... De ningún modo.

Echóse Moauía a reír y le dijo:

— Ya me había amenazado tu padre con esto, antes que comprara a tu madre.

Y le hizo cesión del dinero que le había pagado por la tierra.

Al enterarse Alhosáin de lo ocurrido, exclamó:

— Nos ha vencido Moauía en generosidad y magnanimidad.

CAPÍTULO XXVII

De la consulta y del consejo.

SON éstos dos extremos que corresponde incluír entre las cosas que los sabios consideran como cimientos en que se apoya el estado y bases que sostienen el poder del sultán.

Su necesidad alcanza igualmente al gobernante y al gobernado.

[68] Ya nos habíamos ocupado en ellos al tratar de las cualidades que el Libro santo preceptúa, y ahora vamos a ocuparnos en la utilidad y beneficios que reportan.

Habéis de saber que quien consulta, aun cuando sea más inteligente que el consultado, aumenta su entendimiento con la idea que éste le facilita, lo mismo que aumenta el resplandor del fuego cuando sobre él se echa aceite.

No influya, pues, en ti el temor de que, al consultar a otro, se ponga de manifiesto la falta que tienes de la opinión ajena, porque entonces te abstendrías de solicitar el consejo, y tú no quieres las opiniones para ensalzarte con ellas, sino por el servicio que te han de prestar. Y aun, en el caso de que ambicionases el renombre, sería mayor timbre de gloria para tu celebridad y mucho

más provechoso además para la buena marcha de tu gobierno, en sentir de las personas discretas, que digan: "No se aferró a sus propias opiniones, prescindiendo de los hombres inteligentes que le rodeaban.„

No te impida consultar, la consideración de que tu opinión es muy sensata y la evidencia que tienes de su acierto.

¿Acaso no sabes que el Señor ordenó a Abraham terminantemente, de modo que no admitía consultas, que degollara a su hijo, y que Abraham, llevado de su delicadeza y de su conocimiento acerca del efecto que en las almas produce el consejo, pidió parecer al hijo, diciéndole: "Hijo mío, en una revelación que he tenido en sueños, se me ordena que te degüelle. Piensa qué se te ocurre„? Es éste uno de los rasgos más hermosos que se mencionan relacionados con el asunto que nos ocupa.

Decía Omar, hijo de Aljatab:

— Una opinión aislada es lo mismo que un hilo solo; dos opiniones, como dos hilos, y si las opiniones son tres, ya casi no hay medio de romperlas.

Se cuenta que discutían un griego y un persa, y que dijo éste:

— Nosotros no designamos por nuestros reyes a personas que necesiten consultar.

— Pues nosotros — replicó el griego — no hacemos reyes nuestros a quienes no consultan.

Considera Buzurchomihr al entendimiento que duda antes de adoptar una decisión determinada, en el caso que se halla un individuo que ha perdido una perla. Así

como éste recoge lo que encuentra alrededor del sitio por donde la perla ha caído, y rebuscando entre todo aquello, acaba por hallarla, de igual modo aquel que ha de resolver un asunto dudoso, recogerá diferentes opiniones acerca del mismo; confrontará después las unas con las otras y llegará a conseguir el acierto.

Se afirma que aquel que consulta mucho, logra que se hable con elogio de su modo de gobernar.

En las sentencias de la India se atribuyen a un rey estas palabras: "La rectitud del soberano se aumenta con el consejo de los ministros íntegros, lo mismo que el mar se acrecienta con el caudal que a él aportan los ríos.„ "Con la rectitud y la inteligencia se logra lo que no puede alcanzarse con la fuerza y los ejércitos.„

Los hombres rectos encuentran gratas las amargas palabras de quien bien les aconseja, lo mismo que los necios hallan placer en dejarse llevar por las pasiones.

Pidió Almamún a Tahir, hijo de Alhosáin, que le explicara cómo era la condición del monarca destituído, es decir, de su hermano Alamín, y le dijo Tahir:

— Era ancho de pecho y estrecho de educación; no brotaban de su alma sino cosas que rechaza la conciencia de los hombres honrados; no atendía advertencias de ningún género ni admitía consejos; se aferraba a sus ideas, y aunque viera las malas consecuencias que de ello resultaban, no bastaba para apartarlo de lo que él se había forjado.

— ¿Y cómo se portaba en la guerra? — preguntó Almamún.

— Pues — respondió el otro — reunía los cuerpos de ejército a fuerza de prodigalidades, y luego los dispersaba con su mala organización.

— Con todas esas cosas — replicó Almamún — no era natural que siguiera ocupando el cargo. Si él hubiera hallado placer en escuchar consejos, si hubiera tenido afición a consultar a las gentes y hubiese dominado sus pasiones, no habría sido vencido.

Decía un sabio que el decidir los reyes las cuestiones sin detenido examen es lo mismo que realizar prácticas piadosas sin devoción.

Los hombres inteligentes, dentro de sus diferentes opiniones, siempre ponen las faltas de relieve y hacen discurrir con acierto hasta al imbécil incapaz. A éstos se refería Omar, hijo de Aljatab, al decir: "¡Que Dios conceda su misericordia al hombre que descubre y me pone de manifiesto mis defectos!„

Se dice que quien hace cuatro cosas no se ve privado de otras cuatro, a saber: el que demuestra agradecimiento no se ve privado de nuevos beneficios; al que se arrepiente no se le rehusa la buena acogida; al que da lo preferido no se le rehusa lo mejor, y quien consulta no se ve privado del acierto.

Se afirma que vale más la idea completamente elaborada que la que no ha fermentado lo suficiente, y que es preferible la que se retrasa a la que se adelanta.

Refiere el autor del "Libro de la Corona„ que estando un rey persa de consulta con sus ministros, le dijo uno de ellos:

— Debe el rey consultarnos uno a uno y a solas, porque así será el consultado más reservado para guardar el secreto, estará menos cohibido para emitir su opinión y en situación más a propósito para ser franco, y además nos evitará el sultán a los unos la antipatía de los otros.

Había otro rey en Persia que cuando no eran todo lo meditadas que debieran las opiniones que le daban los ministros, llamaba a los administradores de los bienes de dichos ministros y les imponía un castigo.

— ¿Cómo es que nos castigas a nosotros, habiendo sido tus ministros los que han faltado? — le preguntaban.

— Pues — respondía él — porque si han errado, se debe a que embarga sus espíritus la obsesión de los bienes que poseen, y ellos son, por lo tanto, la causa de que yerren, siempre que se cuidan de algún asunto.

Cuando trataban de consultar a cualquiera, empezaban por enviarle lo que necesitaba para su sustento y el de su familia durante un año, con el fin de que su espíritu estuviese libre de preocupaciones, porque, según decían, cuando la persona tiene asegurados los medios de vida, no la turba la inquietud.

Siempre que pidas consejo sobre un asunto, explícalo con toda lealtad, y leal será el consejo que recibas, y no ocultes nada a aquel a quien consultas, porque tú eres quien en primer término saldrá beneficiado.

Decía un rey persa:

— No te impida la consideración de tu gran poder y elevada dignidad, añadir a tu opinión la opinión de los demás, porque si gracias a ella realizas actos loables, ganas afectos, y si yerras, tienes disculpa.

Hay en ello además otra circunstancia, y es que si tu opinión coincide con la ajena, se afirma con más fuerza la que tú abrigas. Si, por el contrario, se halla en contradicción con ella, la confrontas con la tuya; que la encuentras más ventajosa que la que tú has concebido, pues la aceptas; que es al contrario, pues la desechas. De este modo te resulta siempre saludable el consejo de aquel a quien consultas, aun cuando se equivoque, y te advertimos que tienes obligación de sentir afecto hacia él, aunque no haya acertado.

Y conviene pedir parecer, aunque sólo sea porque si aciertas por ti mismo, te privas de que las lenguas envidiosas reconozcan el mérito del acierto, pues cualquiera de ellos sale diciendo: "Esto ha sido por casualidad. [**69**] Habría sido mejor hacerlo de este otro modo.„ En cambio, si después de consultar aciertas, todos aplauden tu buen discurso, porque se aplauden a sí mismos, y si te equivocas, carga la multitud con tus errores de los que ellos han sido causantes.

Has de saber que las palabras duras encaminadas a un fin útil, deben escucharse lo mismo que, a pesar de la repugnancia que producen, se beben los medicamentos amargos, por sus provechosos efectos.

Decía un beduíno:

— Jamás cometo un desacierto, si antes no lo han cometido mis gentes.

— ¿Y cómo es eso? — le preguntaron.

— Pues — respondió — porque no hago nada sin haberles consultado previamente.

Preguntaron a un individuo de la familia de los Abasíes:

— ¿A qué se deben vuestros frecuentes aciertos?

— Pues — respondió — a que de los mil individuos que somos, hay uno que es un hombre recto, y como todos los demás estamos sometidos a su obediencia, es lo mismo que si fuéramos mil hombres rectos.

Un emir de Basora, llamado Abenhobaira, dirigía al Señor la siguiente súplica:

— ¡Señor mío! Imploro tu ayuda contra la compañía de la persona que reduce sus anhelos a lo que concierne exclusivamente a su propia persona y que quita importancia a las flaquezas de quien le pide consejo.

En las sentencias de la India dice lo siguiente: "Todo el que pretenda que sean complacientes con él los amigos, cuando les pide consejo; los médicos, cuando está enfermo, y los letrados, cuando les consulta una duda, formará ideas equivocadas, agravará su enfermedad y aumentará el peso de su incertidumbre.„

Recomiendan los sabios que no se pida consejo a ningún maestro, ni a pastor de ovejas, ni a quien frecuenta mucho el trato con las mujeres, ni al que tiene alguna necesidad por satisfacer, ni al que está amedrentado, ni a aquel a quien está apremiando una de sus dos vías excretorias. Porque según se dice, el que está aguantando los deseos de orinar no piensa en nada, ni tampoco el que está sufriendo las torturas de un calzado estrecho, ni aquel que siente la imperiosa necesidad de aliviar su vientre de un peso. No pidas consejo tampoco a quien no tiene harina en su casa.

Y dicen también que aquel que se lamenta ante quien no es capaz de auxiliarlo, sólo puede esperar de él que le comunique su incapacidad y aumente su aflicción.

Se cuenta un lance muy chocante a propósito de los consejos.

Preguntó Ziyad, hijo de Obaidala el Haritsí, a Obaidala, hijo de Omar, si le parecía bien que nombrara juez a su hermano Abubéquer. Le contestó que sí; pero al participárselo al interesado, éste se negó a aceptar el cargo. Entonces hizo Ziyad venir a Obaidala, con objeo de que le ayudara a convencer a Abubéquer. Mas éste, dirigiéndose a Obaidala, le preguntó:

— Yo te pido en nombre de Dios que me digas si el cargo de juez es para mí.

— No es — le respondió.

Al oírlo Ziyad, exclamó:

— ¡Dios sea loado! ¿Por qué cuando te consulté, me aconsejaste que lo nombrara y ahora te oigo disuadirlo de que acepte?

— Pues — respondió Obaidala — porque cuando me consultaste, te aconsejé lealmente lo que, guiado por mi celo, consideraba más conveniente para ti y para los musulmanes, y ahora que él me consulta le aconsejo lo que considero conveniente para él.

Se cuenta que escribió Alhachach a Almohálab apremiándolo para que apresurara la lucha contra los sectarios de Azrac, y le contestó Almohálab: "Es una calamidad que la idea que posee quien es mandado, no la tenga aquel que no la comprende.„

CONSIDERACIONES SOBRE LOS CONSEJOS

Habéis de saber que una de las prácticas seguidas por los profetas ha sido la de aconsejar lealmente a los fieles creyentes y a todas las criaturas en general.

Dice el Señor, por boca de Noé: "Aunque yo os quiera dar consejos saludables, de nada os servirán, si el Señor quiere extraviaros„ [1].

Decía Xoaib:

— Yo os dí consejos; pero, ¿cómo voy a corregir un pueblo de impíos? Ya os aconsejé; pero vosotros no queréis a los consejeros.

Dijo el Profeta:

— Cuando el siervo hace a su señor leales advertencias y cumple sus deberes para con Dios, recibe doble recompensa.

Por conducto de Abuhoraira se han trasmitido las siguientes palabras del Profeta:

— La piedad consiste en aconsejar lealmente; la piedad consiste en aconsejar lealmente; la piedad consiste en aconsejar lealmente.

— ¿Y en favor de quién? — le preguntaron.

— En favor de Dios, de su Libro, de su Profeta, de quienes rigen a los fieles y del pueblo creyente.

La palabra *consejo* que, en definitiva, quiere decir *realizar aquello que en sí lleva la suprema perfección*, *exclu-*

1 Alc., XI, 36.

yendo todo defecto, está tomada de la voz árabe que significa *hilo*, *el hilo con que se cose*. Dicen los árabes: "Esta camisa está *hilada*„, para dar a entender que tiene ya puesto el *último hilo* de los que se requieren para que esté perfectamente cosida, o bien: "La he *hilado*„ por "la he cosido, tal como ha de estar„.

Como los consejos se refieren a cuestiones de índole muy diversa, habrán de ser también ellos diferentes en cada caso, por razón del asunto a que se aluden.

Así, con respecto a Dios, se aconseja asignarle aquellos atributos que le son propios y declararlo exento de aquellos otros que no le corresponden, con sincera convicción y declaración expresa; consagrarse a adorarle; mostrarse humilde ante El, interior y exteriormente; querer lo que El ama y apartarse de lo que aborrece; ser amigo de quien le obedece y odiar a quien contra El se rebela; esforzarse con palabras y obras por que vuelva a la obediencia de Dios quien de ella se hubiera apartado, y desear, en servicio de El, la propagación de cuanto aquí recomendamos.

Con respecto al Libro Santo, se recomienda: recitarlo asiduamente; hacer resaltar sus bellezas, cuando se recita; meditar sobre las cosas que encierra; practicar sus enseñanzas; defenderlo contra las interpretaciones de los malvados y de las injurias de los calumniadores, y enseñar su contenido a todas las criaturas en general. De él, dice el Señor: "Es un libro bendito el que te hemos enviado; que los hombres mediten sobre sus versículos, y los que posean superior inteligencia saquen de ellos útiles enseñanzas„ [1].

[1] Alc., XXXVIII, 28.

Los consejos que al Profeta se refieren, son: apoyarlo; ayudarle y defenderlo contra cualquier otro, vivo o muerto; mantener en vigor las normas por él seguidas para implorar al Señor, las reglas por él trazadas para invocarle, y componer las expresiones que se le dirigen, y, por último, adoptar sanas costumbres.

En lo que se refiere a los que rigen el pueblo, se aconseja: ayudarles, para el buen desempeño de la misión que tienen a su cargo, avisándoles, si se descuidan; trayéndoles al buen camino, cuando se extravían; enseñándoles lo que ignoran; previniéndolos contra los que intentan causarles algún daño; informándolos de las condiciones de sus gobernadores y del modo como se conducen con los vasallos; encubriendo sus faltas, cuando sea preciso; defendiéndolos, cuando se habla de ellos, y haciendo volver a ellos los corazones que se alejaban.

Con respecto al común de los fieles se aconseja: ser compasivo con ellos; respetar a los mayores; tener piedad de los pequeños; consolarlos en sus aflicciones; [**70**] guiarlos hacia su felicidad; evitarles inquietudes de espíritu y lo que en ellos sirva para abrir la puerta a las sugestiones diabólicas. Y a estos consejos puede añadirse que se adquiera de los fieles creyentes cuanto sirva para alimento del alma y del cuerpo y para la satisfacción de todas las necesidades.

Refiere el Asmaí que yendo de camino Omar Benaljatab, escupió un hueso de dátil y lo volvió a coger, llevándolo en la mano hasta que pasó por una casa donde moraban unas gentes, y tiró dicho hueso dentro de ella, diciendo:

— Para que se lo coman sus animales domésticos.

Con respecto a las gentes de las demás religiones, se recomienda el deseo de convertirlos al islam, exhortarlos a abrazar la verdadera fe, por medio de la persuasión, haciéndoles ver las funestas consecuencias de la impiedad, o por medio de la espada, si son gentes poderosas o capaces de hacer frente a los musulmanes, sometiéndolos al vasallaje, y, en último término, la matanza es buen consejo para implantarlo entre ellos.

Por conducto de Moads han llegado a nosotros estas palabras del Profeta:

— Hay tres cosas que no han de inspirar aversión al corazón creyente, a saber: los actos que realiza por consideración a Dios, el leal consejo a quienes ejercen la autoridad, y el amparo a los que forman parte de la comunidad musulmana, porque cuando solicitas su ayuda, quedas protegido por ellos como por un muro.

Dice Chábir, hijo de Abdala:

— Me puse a la disposición del Profeta para obedecerle ciegamente, y él me recomendó lo que debía hacer, y de un modo especial el aconsejar a todo musulmán.

Decía el Profeta, según testimonio de Anas:

— Ninguno de vosotros será perfecto musulmán mientras no desee para su prójimo lo mismo que para sí desea.

Dice Abuldardá:

— El dominio de la ciencia está al alcance, tanto del hombre justo, como del hombre perverso; hablan sabia-

mente hombres decentes y libertinos; pero los consejos para conducirse bien con Dios sólo arraigan en los corazones de los elegidos, de aquellos que poseen sano entendimiento y puros sentimientos. Y ten en cuenta que solamente los hombres de temple soportan el amargo trago del consejo.

Decía Omar Benaljatab:

— ¡Dios tenga misericordia del hombre que me pone de manifiesto mis defectos!

Cuenta Maimún, hijo de Baharán, que le hizo Omar, hijo de Abdelaziz, este ruego:

— Dime en mi cara las cosas que me desagraden, porque no se aconseja lealmente a un semejante mientras no se le dicen cosas que no le gusta oír.

Afirma Málic que los consejos para que cumplan los hombres en la tierra la voluntad de Dios, son los que Él ha enviado por medio de sus profetas.

Entre los preceptos fundamentales del islam se cuentan el de no apartarse del justo medio, y el de aconsejar lealmente en sus asuntos a los siervos de Dios.

Las personas encuentran molestos los consejos, se alejan de quienes se los dirigen y se inclinan hacia lo que se conforma con sus apetitos.

En Sentencias Divulgadas se encuentra lo siguiente: "Bien te quiere quien te aconseja, y mucho te odia el que fomenta tus pasiones.„

Se dice que tu hermano es aquél que se toma la molestia de aconsejarte.

Citó uno estos versos:

«He dado a Zaide un consejo,
y me ha replicado: ¡Qué desengaño! ¡Me haces sufrir la amargura del consejo!
Mas, si Zaide hubiera sido inmaculado,
¿no le habría yo dirigido palabras que fuesen galardón de un virtuoso?
Pero ha llegado hasta mí que de Zaide
se dicen cosas feas en su residencia.
Y por eso le he dicho: Evita incurrir en aquello
de que te acusan. El hombre cabal lo ha de ser por completo.»

Dijo otro:

«Además de la lealtad, mi consejo,
y contra el pecado, la lealtad.»

Compuso el Codamí los versos siguientes:

«La noticia de que ha pecado aquel por quien sientes afecto
te llena de amargura.
Lo mejor para tí es aquello de que te hallas libre;
no debes obstinarte en ir tras ello.»

Y estos otros Uarca, hijo de Naufal:

«Aconsejé a unas gentes diciéndoles:
yo soy quien os avisa para que nadie os engañe.
De ninguna cosa que veis perdurará lo que tiene de agradable;
a no ser Dios. Se perderán los hijos,
No se escaparán los tesoros de lo que en su día ha de consumirlos
la eternidad es opuesta a ellos. No serán eternos.»

Según afirma Benguahab, solamente sabrá discernir lo que conviene a los demás aquel que sepa discernir lo que a él propio conviene. Para nada bueno te servirá el que no es bueno para sí mismo.

Recomiendan los sabios que no te aconseje quien a sí mismo no se aconseja.

Uno de ellos dice:

— De las opiniones que tú y yo hemos formado acer-

ca de tu persona, la mía es más exacta, porque se halla libre del influjo de tus pasiones.

Dijo Abuldardá:

— Os voy a hacer la siguiente advertencia: "A ninguno de sus siervos ama Dios tanto como a aquellos que contribuyen a que los demás lo amen a El, y en el mundo se conducen lealmente.„

Cuentan que abofeteó un hombre a Ibrahim, hijo de Adham, y que éste elevó los ojos al cielo, exclamando:

— ¡Señor! Si ibas a recompensarme y a castigarlo, no me concedas recompensa alguna ni le impongas ningún castigo.

CAPÍTULO XXVIII

De la mansedumbre.

ENTRE las cualidades que sirven como de gala y perfección, se halla la mansedumbre.

Dice el Señor: "Abraham es un hombre apacible, compasivo, inclinado a la indulgencia„ [1]. Y en otro lugar: "Concede generosamente el perdón„ [2].

Afirma Alí que el perdón generosamente concedido es una satisfacción exenta de reproche; y también se dice que es una satisfacción por la que no cabe vituperio alguno y que no suscita odios.

Un antiguo proverbio dice [71] que el hombre de condición apacible es casi como un profeta.

Se cuenta que dirigió un hombre al Profeta esta petición:

— Enviado de Dios. Exponme algunas recomendaciones provechosas para la marcha de mi vida y que sean breves, porque, de lo contrario, las olvidaría.

Le habló así el Profeta:

— No te dejes arrebatar por la ira.

1 Alc., XI, 77.
2 Alc., XV, 85.

Has de saber que la mansedumbre es la más noble de las cualidades y la que mayor empeño deben poner en adquirir los hombres de buen sentido, por el sosiego interior que proporciona y las alabanzas que atrae.

Nadie necesita hallarse adornado de la referida cualidad en tan alto grado como el sultán, por haber sido instituído para fomentar el amor entre las criaturas y para ejercitarlos en la práctica de las buenas costumbres. Como no recurren a él cuando están bien avenidos, sino que sólo rodean su puerta con ocasión de sus litigios, de sus rencillas, de sus enemistades, de calamidades que les afligen o de miserias propias de su condición, si él no tuviera la calma necesaria para disipar el enojo de que se hallan poseídos, seguramente llevaría sobre sí una carga bien pesada.

Anuxiruán que era hombre afable y sosegado decía:

— Hay en mí dos cualidades que, si no resaltaran tanto ante los vasallos, yo no habría podido poner en práctica, a saber: la afabilidad y la calma.

Se cuenta que en cierta ocasión encontró Juan, hijo de Zacarías, a Jesús, hijo de María, y le dijo:

— ¡Oh, Espíritu de Dios! Entérame de qué cosa es la más terrible para esta y para la otra vida.

— La cólera de Dios — le respondió.

— ¿Y cómo me libraré de ella?

— Procurando no encolerizarte.

— ¿Y cuáles son los preliminares de la cólera?

— Son — respondió Jesús — la presunción, la arrogancia y la altanería con las gentes.

Por conducto de la tradición, nos han llegado las siguientes palabras del Profeta:

— Gran obligación tiene de amar a Dios aquel que posee el don de permanecer tranquilo cuando provocan su cólera.

Entre las cosas hermosas que pueden referirse a propósito del asunto que en este capítulo se trata, se halla el hecho siguiente, consignado en la historia de Isaac:

Díjole a éste su padre Abraham:

— Hijo mío. Con motivo de una revelación que he tenido durante el sueño, me veo obligado a degollarte. Piensa, pues, qué te parece de esto.

— Padre mío — respondió — . Haz lo que Dios te ha mandado, porque a todo me encontrarás sumiso, si Dios quiere.

Entonces le hizo humillar la frente y quedó el cuello bajo el poder del cuchillo, sin que él dijera otra cosa que "está bien„.

Cumpliéronse, pues, las palabras del Señor: "Le habíamos anunciado el nacimiento de un niño humilde„ [1].

Dijo el diablo (¡maldígalo Dios!):

— No hay que perder la esperanza de apoderarse del hombre colérico, aunque haya resucitado muertos con sus oraciones.

Porque llegará ocasión en que se enfurezca y entonces vendrá a parar a lo que quiera el demonio.

Se cuenta que se presentó Cháfar, hijo de Mohámed,

[1] Alc., XXXVII, 99.

a Arraxid, hombre muy propenso a encolerizarse, y le habló así:

— Príncipe de los Creyentes. No has de enojarte, sino por cosas que afecten a Dios, y aun en este caso, no debes llevar tu enojo más allá de donde llega el enojo que el Señor siente por las cosas que a El conciernen.

Estas palabras tienen un valor inapreciable. Sólo Dios sabe donde pone sus mensajes. ¡Qué altísima estimación merecen! ¡Qué grande es su valía! ¡Qué importante su calidad!

Si tú dispones de un reino que es de Dios, lo debes a su divino mandato. Pues bien: El ha marcado unas penas, ha dictado unas leyes, ha establecido sus preceptos y normas y ha prohibido que se apliquen otras penas o se imponga ningún otro precepto.

Después ha determinado, en cada caso, la pena que concretamente corresponde a la infracción cometida, prohibiendo excederse de la pena marcada. No será, por tanto, perdonado quien merezca la pena de muerte, la prisión, la reprensión, o la imposición de ciertas privaciones. Ni tampoco será encarcelado sino aquel que a ello se haya hecho acreedor.

En tiempo de los califas se aplicaban a las gentes castigos adecuados a la calidad de cada uno. Al hombre íntegro que cometía un desliz, se le perdonaba, sin que tuviera por ello que sufrir pena alguna, cumpliendo lo preceptuado por el Profeta, cuando dijo: "Disculpad los tropiezos en que incurren las personas adornadas de buenas cualidades.„

Con los demás se procedía con arreglo a sus condiciones y a la importancia del delito. Unas veces se le hacía levantarse en una reunión donde permanecían senta-

dos los iguales a él, y en esto consistía el castigo; a otros se les desgarraba la ropa; a otros se les quitaba el turbante de la cabeza, y a otros se les dirigían frases en que iban envueltas expresiones duras.

Cuenta el Xabí que en tiempos de Omar, Otsmán y Alí, cuando cogían algún rebelde, lo despojaban del turbante y le hacían circular por la mezquita, a la vista de la multitud, diciendo: "Este fué cogido en su frontera.„

Cuando gobernó Ziyad, los maltrataba a golpes y los despojaba del turbante.

Durante el gobierno de Mósab, hijo de Azobair, les pelaban la cabeza a golpes.

En la época de Bixr, hijo de Meruán, les hacía ponerse de pie sobre unos bancos; después abrían los brazos y les clavaban las manos en la pared. Hecho esto, les sacaban los bancos de debajo de los pies y se les desgarraban las manos. Unos morían y otros quedaban con vida.

Cuando ejerció el poder el sujeto conocido por Alhachach, decía que lo de éstos había sido un simple entretenimiento, y que para el rebelde no hay más que cortarle la cabeza.

Decía Aristóteles:

— Al ser envilecido no le aflige que lo desprecien; en las personas de noble condición, causan honda impresión las más sencillas palabras.

A propósito de esto, se dice:

«Al hombre degradado no le hace sufrir el desprecio,
pues al muerto no le causa dolor la herida.»

Has de saber que quien traspasa los límites que Dios ha señalado para el castigo, participa de la culpa del de-

lincuente, se hace acreedor al castigo que éste merece y en la otra vida quedará probado que sólo castigaba para dar rienda suelta a sus pasiones y por gozarse del dolor ajeno, no para aplacar la cólera divina.

En el Libro de Salomón se dice que quien se domina a sí mismo posee mayor fortaleza que quien conquista por sí solo una ciudad. Y dice bien el profeta de Dios, porque al sultán que conquista la ciudad, somete a sus habitantes, triunfa de sus ejércitos y defensores y da muerte a los más bravos guerreros, lo vencen luego a él sus apetitos y queda esclavizado por sus bajas pasiones, dejándose subyugar por los encantos de una esclava que toca el laúd, o de una copa de vino que lo priva de entendimiento.

Decía Actsam [72], hijo de Saifí, que es más agradable tolerar, hasta poner a prueba nuestra condescendencia, que cosechar frutos de arrepentimiento.

Preguntó Alí a Catsir, ilustre personaje persa, cuál de sus reyes era más digno de encomio para su pueblo, y le contestó:

— Ardaxir tiene el mérito de la prioridad; pero los mayores elogios son para el proceder de Anuxiruán.

— ¿Cuáles eran sus cualidades predominantes? — preguntó Alí.

— La condescendencia y la calma — le respondió.

— Esas dos cualidades — añadió Alí — son dos perlas preciosas, fruto de una gran elevación de sentimientos.

Será el tuyo un proceder digno de encomio, si merced al mismo llegan las gentes a advertir en ti la costumbre de no precipitarte para recompensar ni castigar, por-

que de este modo será más duradero el miedo de quien tiene por qué temer y la esperanza en quien se ha hecho acreedor al galardón.

Dice Mahmud el Uarrac:

«He de obligarme a perdonar a todo pecador
por grave que sea la culpa que contra mí ha cometido.
Porque el perdonado ha de ser necesariamente de uno de estos tres modos:
de rango superior, inferior o igual al mío.
Si se trata de quien está sobre mí, así demuestro reconocer su superioridad,
y cumplo con aquello a que tiene derecho, como hay obligación de hacerlo.
Si está por bajo de mí, me evito a mí mismo, si protesta,
tenerle que contestar, aun cuando esto lo censure algún maldiciente.
Y si el que es igual que yo se desliza o tropieza,
yo me realzo, porque la tolerancia es un mérito.»

Refiere el Asmaí que oyó decir a un beduíno estas palabras:

— A quien más fácilmente se atiende en sus peticiones, es a la persona que no se enfada.

No enciendas las brasas de la cólera que entre tus dos costados se guarda, y evita, por medio de la mansedumbre, los perniciosos efectos de provocar su incendio, porque si el viento sopla con persistencia sobre el árbol del fuego, haciendo frotar las ramas unas con otras, acaba, al fin, por surgir la llama que abrasa hasta las raíces del árbol.

Decía Omar, hijo de Abdelaziz:

— Dichosa la persona en quien se dan estos tres casos, a saber: que cuando se enoja, no lleva su enojo más allá del justo término; que cuando está complacido, no incurre en vanos extremos, y que, siendo poderoso, es honesto y huye del pecado.

Preguntaron a Cháfar, hijo de Mohámed, cuál era el límite de la mansedumbre, y contestó:

— ¿Y cómo se va a saber dónde comienza el exceso de una cosa que no se ha visto completa en nadie?

Decía Aláhnaf a su hijo:

— Cuando quieras trabar amistad con un hombre, hazle que se irrite, para ver si estando irritado, te trata como es debido; pues de lo contrario, guárdate de él.

Un individuo perteneciente a los Beniquinena hirió con su espada a Sálam, hijo de Naufal, señor de aquel pueblo. Detenido el delincuente y conducido a presencia de Sálam, éste le preguntó:

— ¿Qué es lo que has hecho? ¿Es que no temías mi venganza?

Y contestó aquel hombre:

— ¿Pues para qué te hemos hecho nuestro jefe, sino para que reprimas la cólera, perdones al delincuente, seas tolerante con el necio y sufras pacientemente las contrariedades que te sobrevengan en tu persona o en tus intereses?

Y lo dejó ir en libertad.

Con motivo de este hecho, recitaban los versos siguientes:

«Hay pueblos que nombran por jefes a quienes no son tales jefes,
a quien verdaderamente hay que reconocer por tal es a Sálam, hijo [de Naufal.»

Dijo un hombre de Quelb a Alhácam, hijo de Auana:

— Tú no eres más que un siervo.

— Pues, ¡por Alá! —respondió—, que voy a hacerte un don de los que no hacen los siervos.

Y le entregó cien cabezas de cautivos.

Dice un proverbio árabe: "Sé tolerante y serás jefe.„

Se cuenta que enojado Hixem contra un personaje de elevada posición, le dirigió frases injuriosas. Entonces el otro le respondió en estos términos:

— ¿No te avergüenzas de insultarme, siendo como eres el representante de Dios en la tierra?

Afrentado Hixem, se calló, y después dijo:

— Así me lo han contado.

— Algún insolente como tú habrá sido — repuso el hombre.

— Bueno — dijo Hixem —. En compensación de esto acepta una cantidad en dinero.

— De ningún modo — le replicó el otro.

— Pues acéptala para hacer después con ella un don al Señor — insistió nuevamente Hixem.

— Pues que sea para el Señor y después para ti — le contestó el hombre.

Inclinó Hixem la cabeza, exclamando:

— No volveré a hacerlo otra vez.

Dijo el poeta:

«Nadie, por elevado que sea su puesto, es superior a los demás
mientras no se deja humillar, aun a costa de que otros se realcen.
Y aunque reciba insultos que ves que le hacen perder el color,
no hay indulgencia humillante; la indulgencia siempre dignifica.»

Dijo otro:

«Cuando correspondemos a una inconveniencia con un exceso de
[moderación,
aun cuando habríamos deseado corresponder con otra inconveniencia,
Quedamos preponderantes (yo temo muchas veces a las complacencias)
y somos considerados de un mérito superior al de los ignorantes.»

Pidió Hixem a Jálid, hijo de Safuán, que le explicara cómo era Aláhnaf, hijo de Cais, y le contestó:

— Si quieres, te mencionaré tres de las cualidades que poseía; si quieres, dos, y si quieres, una.

— Pues menciona las tres.

— No lo dominaba la codicia, ni vivía sepultado en la ignorancia, ni eludía el cumplimiento de aquello a que estaba obligado.

— Dime ahora las dos — le indicó Hixem.

— Sentía preferencia por el bien y huía del mal — prosiguió Jálid.

— Explícame la tercera.

— Era el hombre que más completo dominio ha ejercido sobre sí mismo.

Decía Actsam, hijo de Saifí:

— El triunfo y la gloria están reservados a la mansedumbre.

Decía Aláhnaf, hijo de Cais:

— He hallado en la mansedumbre un auxiliar más eficaz que los hombres.

Y tenía razón, porque la mansedumbre en las personas hace que las demás se conviertan en auxiliares suyos.

Se cuenta que un hombre dirigía con verdadera saña los más atroces insultos a una persona bien educada. Este permanecía callado, y uno que por allí pasaba, salió a su defensa, diciéndole:

— ¿Quieres valerte de mi ayuda?

— No — le respondió.

— ¿Y por qué?

— Porque veo que la prudencia es un protector más eficaz que los hombres. Pues ¿por qué te ofreces tú para defenderme, sino a causa de mi prudencia?

Dijo [73] un hombre, en son de amenaza, a Amrú Benalas:

— ¡Por Alá, que la voy a tomar contigo!

— Pues ya te ha caído trabajo — le contestó.

Contó Abdala Benomar que en época anterior a la nuestra pidió un hombre hospitalidad a unas gentes, las cuales se la concedieron. Tenían una perra muy ladradora; pero el animal se dijo: "Esta noche no ladraré al huésped de mis amos.„ Mas un perrito que la perra llevaba en sus entrañas, se puso a dar ladridos. Llegó la noticia de aquel caso a uno de los profetas o reyezuelos de aquellas gentes y lo explicó, diciendo:

— Aquí ha ocurrido lo mismo que ocurrirá a un pueblo que ha de venir tras de vosotros, en el cual la gente insolente predominará sobre las personas prudentes.

Recomendaba Aláhnaf que se estuviera prevenido contra la opinión de las gentes ruines, y le preguntaron qué opinión era ésa.

— Pues — contestó — la que supone que la indulgencia y el perdón afrentan.

Preguntaron a Aláhnaf qué era la mansedumbre, y respondió:

— Aquella cualidad que te hace tolerables los sufrimientos. Yo no la poseo; yo sólo soy paciente.

Se cuenta que, discutiendo Almohálab con uno de los principales personajes de los Benitemim, éste se insolentó con él, y Almohálab permaneció callado. Le preguntaron por qué había obrado así, y contestó:

— Cuando me insultaba, yo estaba afrentado, al con-

siderar que hay quien tiene tan poco talento que insulta, y de ver, además, que lo que más abunda es la gente ruin y grosera; y mientras tanto, su rostro estaba radiante y él orgulloso de sí mismo, porque había sobrepujado en exceso de descaro, en falta de decoro, en menosprecio de las trabas de la vergüenza y en falta de miramientos para emplear los calificativos más feos.

Pasó el Mesías junto a un grupo de judíos, los cuales le hablaron en mala forma, contestándoles él en buenos términos.

—¿Cómo es que habiéndote ellos dicho una cosa molesta tú les has correspondido con buenas palabras? —le preguntaron.

—Pues —respondió— porque cada uno gasta de aquello de que dispone.

Dijo Actsam, hijo de Saifí:

—El hombre afable se impone a los demás; quien aprende poco a poco aumenta sus conocimientos; el ingrato a los beneficios se atrae el vituperio; la convivencia con el necio es una desdicha; el encuentro con el amigo es provechoso; la alegría es un don, y es gran trastorno que se pierdan las provisiones de viaje.

Injuriaba un individuo a El Xabí, atribuyéndole ciertas maldades, y le contestó el injuriado:

— Si mientes, que Dios te perdone, y si dices verdad, que me perdone a mí.

Dijo un hombre a Abubéquer el Sidic:

— Te voy a lanzar un insulto que entre contigo hasta la misma sepultura.

— Contigo es con quien entrará, ¡por Alá!, que no conmigo — le contestó Abubéquer.

Decía uno a Aláhnaf, hijo de Cais:

— Si dices una palabra, vas a oír diez.

— Bien — contestó Aláhnaf — . Pero aunque tú digas diez, no me oirás a mí ni una sola.

Se cuenta que iba un hombre detrás de Aláhnaf, dirigiéndole insultos. Cuando llegaban cerca de su casa, se quedó parado, y dijo a aquel hombre:

— Mira si todavía te falta algo que decir y dímelo aquí, porque si te oyen los muchachos de mi vecindad, temo que te maltraten.

Insultaba un hombre a un sabio, y éste le contestó:

— No acepto una lucha donde vence el que tiene peor condición.

Recitó Laquit, hijo de Zorara, los siguientes versos:

«Dí a los hijos de Sáad: ¿Qué ha mediado entre vosotros y yo
para que no os portéis conmigo tan bien como veníais haciéndolo?
Os ha engañado el que yo, por bondad de condición,
soy comedido y poco hábil en el empleo de procacidades.
Si tú me has vencido a injurias,
buen provecho te haga. Eres muy hábil en el manejo de la desvergüenza.»

Dijo uno a Abudsorr:

— Tú eres el que Moauía desterró de Siria. Pues por algo bueno no te ha desterrado.

— ¡Ah, hijo de mi hermano! — le contestó Abudsorr — . Para después me aguardan penas muy dolorosas. Si de ellas me libro, poco me habrá dañado lo que

me dices; pero si no me libro, aquello será peor que lo que tú has dicho.

Decía Locman a su hijo:

— Hijo mío. Hay tres cosas que sólo se dan a conocer en tres circunstancias, y son: el hombre de condición apacible, en los momentos de enojo; el valiente, en la pelea, y el verdadero amigo, cuando de él tienes necesidad.

Se puso un hombre a insultar a un sabio, y éste se alejó de él.

Entonces el hombre, le dijo:

— A ti es a quien me dirijo.

— Y de ti es de quien yo me alejo — contestó el sabio.

A propósito de la mansedumbre se ha dicho:

«Dí cuantas sinrazones y falsedades te ocurran,
porque aunque mis oídos no están sordos, mi mansedumbre no oye.»

Preguntaron en cierta ocasión al Aláhnaf:

— ¿A qué se debe que seas tan paciente?

— Yo no soy paciente — contestó — . Mi paciencia es sólo aparente, pues, ¡por Alá!, cuando escucho una palabra, yo lanzaría tres; pero me abstengo de contestar, por miedo a escuchar otras aún peores que aquélla.

Dijo el poeta:

«No es perfecta la benignidad que demuestra el hombre complacido,
si no es igualmente afable cuando está enojado.
Como no es perfecta la generosidad del hombre rico,
cuando no se sonroja de que haya miseria.»

Cuentan que un hombre insultaba a Cháfar, hijo de Mohámed, y éste le contestó:

— Pido a Dios perdón por las cosas que me atribuyes y realmente están en mí; y por las otras de que me acusas indebidamente, que Dios se encargue de ti.

Dijo un sabio:

— Evitad la cólera, pues por lo general, el justo enojo de un enojado enoja al Señor.

En opinión de Actsam, hijo de Saifí, no es el hombre verdaderamente afable, mientras de él no dice el insolente que es un ser débil, despreciable, ni es completamente íntegro, mientras el necio no dice que es un depravado.

Entre las estancias más poéticas que se han compuesto acerca de la mansedumbre se hallan las siguientes, originales de Caab, hijo de Zohair:

«Si no te despojas de la insolencia y la grosería,
o mortificarás tú a algún hombre apacible, o te mortificará a ti algún insolente.»

[74] Explicando un beduíno las cualidades de cierto individuo, decía de él:

— Es de carácter más dulce que un polluelo de pájaro.

Decía un beduíno:

— Es la ira un enemigo del entendimiento que imposibilita a quien está dominado por ella todo discurso y toda reflexión.

Según Sásaa, hijo de Sauhan, la ira es el eslabón del

entendimiento, pues unas veces lo embota, impidiendo que de él brote la luz, y otras hace que de él salten chispas.

Afirmaba otro que cuando sobreviene la ira, se impone la perdición.

Cuando se irritaba Benauán contra alguno de los suyos, exclamaba:

— ¡Alabado sea Dios! ¡Que El te bendiga!

Cuenta el Asmaí que entregó Ardaxir a uno de los servidores de su persona un escrito, ordenándole lo siguiente:

— Siempre que veas encenderse en mí la cólera, preséntamelo.

Decía aquel escrito: "Cálmate, porque no eres un dios, sino un hombre que estás a punto de que una parte de tu cuerpo se coma a la otra y que pronto vas a pertenecer a los gusanos y al polvo."

El primero que siguió esta práctica fué un rey del Yemen, el cual mandó también poner en un escrito: "Cálmate, porque no eres un dios", y dió orden a su criado de que se lo presentara cuando lo viera enojado. Y, en efecto, cuando se irritaba y se lo presentaba, se calmaba su cólera tan pronto como lo leía.

En sentir de Moauía, los dones más preciados que al hombre se han concedido, son el entendimiento y la mansedumbre, pues merced a ellos recuerda lo que se le cuenta, agradece las mercedes recibidas, sufre con paciencia las aflicciones, reprime su cólera cuando se enoja, perdona si es poderoso, pide perdón si ha obrado mal, y cumple lo que promete.

En La Sabiduría se halla lo siguiente: "Quien se

deja llevar de la ira, se ve privado de la paz. Quien se opone a lo razonable, se cubre de ignominia.„

Dijo un sabio:

— El reprimir la ira es un acto de mansedumbre, la mansedumbre es un acto de fortaleza, y el reprimir los impulsos es un sufrimiento.

Dijo otro:

— La cólera es en principio furor diabólico, y al final, arrepentimiento.

Afirma otro que sobreviene la perdición del hombre si predominan en él cuatro cualidades, a saber: la ambición, el miedo, la concupiscencia y la ira.

Dijeron a un hombre muy virtuoso:

— Fulano habla mal de ti.

— Y yo me indigno contra quien le manda que lo haga, y pido que Dios nos perdone a mí y a él — respondió.

— ¿Y quién le manda hacerlo? — le preguntaron.

— Satanás — contestó.

Dijo uno a su hermano:

— He pasado junto a Fulano y estaba diciendo de ti tales cosas que me ha hecho tenerte lástima.

— ¿Y acaso — preguntó el otro — me has oído que yo diga de él cosa alguna?

— No — le contestó.

— Pues entonces, de él es de quien has de sentir lástima.

En opinión de Alfodail, hay tres clases de personas a quienes no hay que censurarles si se irritan, y son: el enfermo, el que ayuna y el viajero.

Dijo Aláhnaf, hijo de Cais:

— He aprendido a tener calma de Cais, hijo de Ásim el Moncarí. Estaba yo pasando el rato con él en una plaza, y a tiempo que me contaba una cosa, pasó un grupo de gente, conduciendo un hombre asesinado y a otro atado que llevaban con ellos.

— Ese es tu hijo — dijeron a Cais —, al cual ha dado muerte tu hermano.

Y él, ¡por Alá!, no interrumpió su relato ni perdió la serenidad, terminando hasta el fin la relación.

Entonces se puso a recitar estos versos:

«He de dirigirme a mí mismo palabras de reprensión y de pésame,
pues una de mis manos me ha causado un dolor sin reparar en hacerlo
Cada uno de los dos se opone a la perdición del otro,
éste es mi hermano, que está en desgracia, y he de interceder por él,
[y aquél es mi hijo.»

Luego, dirigiéndose a uno de sus hijos, le dió la siguiente orden: "Ve a libertar a tu tío, a velar a tu hermano y envía a su madre cien camellos. En verdad que ha sido un caso extraordinario.

Entre los versos de más mérito que los árabes han compuesto se encuentran los siguientes, debidos a uno de ellos:

«Locuaz para el bien hablar, mudo para el lenguaje soez,
predominante en la afabilidad, condescendiente en extremo.»

Dijo otro:

«Con benignidad que rodea, en la que su interlocutor queda envuelto
cuando hablan gentes descaradas, árabes de lengua.
Cuando hablan, no asusta el disgusto de escucharlos
y si les hablan se les corresponde con bondadosas explicaciones.»

Dijo el Mesías:

— No es sufrido quien no soporta pacientemente la necedad, ni tiene energía el que no arroja de sí la ira, ni piedad quien no reconoce su pequeñez ante Dios.

Dijeron a Alejandro:

— Fulano y Fulano hablan mal de ti y te calumnian. ¿Los vas a castigar?

— Si los castigara sería más disculpable que hablaran mal de mí y me calumniaran — contestó Alejandro.

Cuentan que iba Charir, hijo de Abdala, montado a caballo, llevando a la grupa un hijo suyo, y se encontró con un individuo que se puso a insultarlo. Charir no le contestó, y así que aquel sujeto se hubo retirado, le preguntó el hijo:

— ¿Por qué te has callado, padre, con lo que te ha dicho?

— ¿Es que iba yo a hacer más ancha mi herida, hijo mío? — le contestó.

Preguntó un sabio:

— ¿Cuándo se aplacaría el odio que existe contra mí? ¿Tal vez si yo fuera poderoso?

— Sí — le contestaron —, pero habías de tener clemencia.

— ¿O acaso — prosiguió — dejándome atropellar?
— También entonces, si sufrías pacientemente.

Preguntaron a un amigo de Aláhnaf si éste se disgustaba, y contestó:

— Sí, se disgustaba, pues de lo contrario no habría resaltado su mansedumbre. Había cosas que le disgustaban y hacían que su rostro reflejara la contrariedad que por ello sufría, durante dos o tres días; pero soportaba pacientemente, y ni por un momento dejaba de ser afable.

Y quien no se indigne por las cosas que a él le indignaban es que carece de las virtudes de la valentía, el pundonor, el decoro, la dignidad, el arrojo y la emulación, porque todas estas cualidades brotan de la ira. Y a aquel que está privado de la propiedad de indignarse, le falta la base de todas las virtudes, según demostraremos en el capítulo de la valentía, si Dios quiere.

En el momento que falta el valor, sobreviene la degradación, y a consecuencia de ella las cualidades más viles y la condición más denigrante, pues ya no queda lugar para las restantes virtudes.

Dicen que quien no se enoja no demuestra ser benigno, puesto que la benignidad sólo se conoce en los momentos de enojo.

Dijo El Xaabí:

— El insolente es un adversario que encona las cuestiones; el hombre prudente un juez que las resuelve.

Dijo El Xafeí:

[75] — Aquel a quien se dan motivos para irritarse,

y no lo hace, procede como un asno, y al que se intenta complacer y no se complace, es un soberbio.

Indignábase el Profeta, pero no por las cosas que a él concernían, sino por aquellas que redundaban en menoscabo de los respetos debidos al Señor.

Has de saber que Dios no aplaude a los que no se enojan, sino a quienes reprimen su enojo, según se desprende de sus palabras: "..... y los que reprimen el enojo.....".

Recitó Anabiga el Chadí ante el Profeta los siguientes versos:

«De nada sirve una mansedumbre sin
arrebatos de cólera ante los cuales no se altere su serenidad,
Ni tampoco sirve una grosería a la que falta
un hombre prudente que, cuando llega el caso, sufre sus efectos.»

Y el Profeta no desaprobó sus palabras.

Cuando viajaba Benomar, llevaba en su compañía un deslenguado, porque el trato constante con él evitaba, según decía, que le sirviera de molestia el sufrir a los insolentes.

Sabed (¡Dios os guíe por el recto camino!) que la cualidad más hermosa de los reyes, la de más subido valor, la que ha sido adorno de los profetas, ornato de los elegidos, brillante atavío de la plebe y de sus jefes, la que en las almas ocupa un lugar más preeminente, la que reporta más amplios beneficios a los vasallos, la que durante más tiempo hace subsistir el renombre a través de la sucesión de los días, aquella cuya difusión es más provechosa que la de todas las cosas buenas y la de todas las buenas cualidades, la virtud que encierra en sí to-

das las demás virtudes y la que complementa las buenas cualidades restantes, es la mansedumbre.

A propósito de ella, voy a referirte algunas cosas que por fuerza han de admirarte.

De entre todos los soberanos de la dinastía Abasí, fundada por Abulabás Asafah, ha sido considerado hasta nuestros días como el más ilustre de todos ellos el conocido por Almamún.

Era tal su benignidad que, según se cuenta, decía:

— Si supiera la gente qué gran placer me causa el perdonar, tratarían de ganarse mi simpatía cometiendo delitos.

Su benignidad sobresalió por encima de la de los restantes califas abasíes, habiendo llegado a hacerse proverbial. A esta cualidad debió su elevación al trono y el someter a su hermano Alamín.

El primer soberano de los Beniomeya fué Moauía, hijo de Abisofián, y el último de la misma Meruán el Chadí. De todos ellos no hubo ninguno de condición tan apacible como Moauía, y no obstante sometió al mundo a su dominación e hizo humillar la cerviz a los pueblos árabes y no árabes.

Su benignidad se ha hecho proverbial, ha quedado como ejemplo a imitar por las criaturas, y para ser adoptada por las personas sensatas.

Se cuenta de él que decía:

— Si entre los vasallos y yo hubiera un hilo de araña o un cabello, no se rompería, porque cuando ellos tiran yo aflojo, y cuando ellos aflojan yo estiro.

En el imperio persa, que es el más grande que ha habido en la tierra, el que poseyó mayor poderío y don-

de las ciencias y la sabiduría alcanzaron un desarrollo más considerable, no hubo soberano alguno de condición tan apacible como Anuxiruán.

Su afabilidad es proverbial, y con el relato de sus hechos se engalanan muchos libros y escritos.

A propósito de él se refiere que en una entrevista que tuvo el Príncipe de los Creyentes, Alí, hijo de Abutálib, con un importante personaje del imperio persa, le preguntó:

— ¿Qué cualidades son las que vosotros más celebráis en vuestros reyes?

— En Xiruyaí la prioridad, y en Anuxiruán su conducta — contestó.

— ¿Cuál era la cualidad en él más relevante?

— La mansedumbre y la dulzura de carácter.

— Son — prosiguió Alí — dos cosas inseparables, que resultan de poseer elevados sentimientos.

De él se sabe que le contrariaba su excesiva benignidad, y que solía exclamar:

— Poseo dos cualidades que, si no resaltaran tanto ante los vasallos, no me sería posible ejercitarlas. Son la afabilidad y la calma.

Pues bien: una cualidad cuyos beneficios alcanzan a todos en general; cuya hermosura ha sido reconocida en todos los tiempos; cuyo esplendor y beneficiosos efectos y consecuencias se dejan eternamente sentir en los hombres sabios e inteligentes, en reyes y vasallos, bien merece que la adopten los reyes como manto y ropaje en que envolverse.

Se refieren los sabios de un modo especial a los reyes, porque fuera de ellos no es posible enumerar los vasallos, como Aláhnaf y otros semejantes a él.

CAPÍTULO XXIX

Del modo de aplacar la ira.

TEN presente en primer término, que cuando veas que tu fisonomía se cambia, que tu semblante se altera, que el rostro se enrojece, que se hinchan las venas del cuello, se ofusca la razón, salen las palabras atropelladamente y brotan de tu boca inconveniencias, es que no has reprimido la cólera.

A lo mejor te causaba reparo pronunciar breves y comedidas palabras ante los presentes y luego te lanzas a decir un sin fin de groserías.

¡Si el que se enfurece pensara, cuando se ha tranquilizado y se le ha pasado el arrebato, en la alteración de su semblante, en la transformación que sufre su rostro, en el modo de chocar sus labios uno contra otro, en el temblor de sus miembros, en sus palabras descompuestas, en el contenido de sus expresiones, en la torpeza con que se mueve su lengua, la poca consistencia de sus razonamientos, su obcecación, sus saltos en el asiento, como si fuera un tigre, la rapidez con que se vuelve a derecha e izquierda lo mismo que un mico, en su falta de comprensión de lo que oye y en la poca atención que presta a quien le amonesta y le aconseja, cual si estuviera loco!.....

Entre los grandes males y daños que de la cólera se derivan, se cuenta el de haber causado la muerte de algunas personas, el de haber arrebatado a los cuerpos sus espíritus.

Ella fué, en efecto, la que produjo la muerte de Meruán, hijo de Abdelmélic.

Había tenido unas palabras con su hermano Suleimán y éste, exacerbado, le dijo algo que afectaba a su madre.

Abrió el otro la boca para replicarle; pero [76] Omar, hijo de Abdelaziz, que estaba a su lado, le puso la mano en la boca y atajó sus palabras diciéndole:

— Hijo de Abdelmélic. ¡Que es tu hermano y tu jefe y tiene más edad que tú!

— ¡Ay, Abuhafs! ¡Me has matado! — exclamó Meruán.

— ¿Pues qué te he hecho yo? — le preguntó Omar.

— Que has hecho volver a mi pecho una cosa que me abrasa más que si fueran carbones encendidos — contestó Meruán.

Y se inclinó hacia un lado y cayó muerto.

¡Por vida mía que cosas mayores que ésta pasan a quienes se dejan llevar de la ira!

Uno de los procedimientos para aplacarla consiste en variar la posición en que nos hallamos. Recomendaban los persas que si el que se enfada está de pie, que se siente, y si está sentado, que se levante. Así lo hacía Almamún para recobrar el dominio sobre sí mismo.

Cuentan que se lamentaba Alcásua ante el Profeta, y éste le dijo:

— Márchate al cementerio y, una vez allí, medita acerca de la resurrección.

Cuando se irritaba un rey que había en cierto pueblo, le presentaban las llaves de los sepulcros de los reyes e inmediatamente se aplacaba su furor.

En opinión de Icrima, las palabras del Libro de Dios "Acuérdate de tu Señor, siempre que de El te olvidas„ [1], quieren dar a entender *cuando te irritas*, porque, el recuerdo de Dios, le atemoriza y se calma su ira.

En la Tora se hallan estas palabras: "¡Hijo de Adán! Acuérdate de mí cuando te enojes, y yo me acordaré de ti, cuando esté enojado, para no aniquilarte al aniquilar a los otros.„

Otro de los remedios contra la ira consiste en considerar el desvío que produce en los corazones, y en observar cómo decae el prestigio del hombre colérico en el concepto de sus semejantes y cómo lo califican de insoportable, desatentado y falto de discurso.

Esto bastará para que su furia se apacigue.

También da buen resultado el considerar la adhesión que sienten los corazones hacia el que se ha despojado de la ira, los elogios que en honor suyo brotan de las lenguas, la inclinación que hacia ellos sienten las personas, y el pensar que la mansedumbre ennoblece y realza mientras que la ira degrada y envilece.

Cuenta Abusaid el Jodrí que dijo el Profeta:

— A medida que aumenta el número de actos de indulgencia realizados por el hombre, éste se realza. Sed, pues, indulgentes y el Señor os realzará.

1 Alc., XVIII, 23.

Dijo un sabio:

— Aquel que medite sobre el poder de Dios no empleará su fuerza en tiranizar a sus siervos.

El rey de Persia escribió unas frases y mandó a su ministro que siempre que estuviera enojado le entregara aquel escrito.

En él decía lo siguiente: "No tienes por qué enojarte. Solamente eres un hombre. Ten compasión de los que están en la tierra y la tendrá de ti El que está en el cielo."

Frecuentemente recitaba Moauía los siguientes versos:

«Cuando nos hacen vacilar los impulsos de la pasión
(pues el que oye, por fuerza ha de escuchar al que habla,
Y los hombres siempre están en pugna con los dictados de su razón),
decidamos conforme a los dictados de la recta justicia.
Ante el temor de que nuestra afabilidad se cambie en grosería
y nuestro renombre quede oscurecido en los tiempos venideros.»

Dijo un sabio:

— Evita la cólera altanera, porque te conducirá a la humillación de pedir excusas.

Dijo un poeta:

«Si no te mueve a aplacar la ira el deseo de realzarte,
fíjate en lo humillante que resulta el disculparse.»

Dijo otro:

«No hemos abrochado nuestras túnicas sobre pechos que abrigan torpes propósitos,
ni hemos transigido sino con lo que es lícito.»

Dijo Abdala, hijo de Móslem, hijo de Moharib, a Harún Arraxid:

— Yo te pregunto, por Aquél ante quien tú eres mucho menos de lo que yo soy para ti, y que tiene más

poder para castigarte del que tú tienes para castigarme mí, cuándo me perdonarás.

Y lo perdonó al hacerle mención del poder que Dios tenía sobre él.

Decía Rachá, hijo de Háyua, a Abdelmélic, hijo de Meruán, intercediendo en favor de Asarí, hijo de Alaxats:

— Puesto que el Señor te ha concedido cuantos triunfos deseaste, concede tú tantos perdones como el Señor desea.

Hablando Almamún con su tío Ibrahim, hijo del Mahdí, que se había puesto al lado del hermano de Almamún, en contra de éste, le dijo:

— He consultado lo que debo hacer contigo, y me aconsejan que te mate; pero yo encuentro que tu calidad está por encima de tu delito, y me repugna darte la muerte, por consideración al respeto que mereces.

Y le contestó el tío:

— El consejero te ha recomendado lo que procede, con arreglo a las prácticas corrientes de gobierno; pero tú has rehusado buscar apoyo a tu opinión fuera de allí donde habitualmente se hace gracia del perdón. Si castigaras, tendrías otros muchos semejantes a ti; mas si perdonas, no habrá otro como tú.

«El respeto que por mí sientes, ha hecho que fácilmente me halles disculpa
de los actos que he realizado. No has reprendido ni has vituperado.
El concepto en que me tienes, argumentando en favor mío,
ha hecho el oficio de testigo fidedigno, del que no cabe sospechar.»

Dijo un sabio:

— La ira contra quien no tienes autoridad, es impotente, y contra quien está bajo tu mando, es reprensible.

También se apaciguará la cólera si el que de ella se ve acometido considera que lo arrastrará al arrepentimiento y a la ruindad de la venganza, y que se expone a sufrir en su persona las represalias, sin inspirar compasión a quien las presencie. Teniendo esto en cuenta, evitará el encolerizarse.

CAPÍTULO XXX

De la generosidad y la liberalidad.

SON cualidades de un valor elevadísimo, merecedoras de la más alta estima y las de más nobles principios y resultados.

Es la generosidad una de las bases en que se apoya la dignidad real, cimiento que la sostiene, su corona y su más bello ornato.

Ante ella se inclinan los rostros, se abaten las cervices y se humillan [**77**] los poderosos.

Ella convierte en esclavos a los hombrcs libres; hace reconciliarse a los enemigos; aumenta el número de los amigos; proporciona un renombre glorioso; somete a allegados y apartados y, por medio de ella, se adquiere sobre los extraños un señorío, que no ejercen los suyos propios.

El ejercicio de esta cualidad ofrece más semejanza con lo que tiene carácter de precepto ineludible impuesto por el Señor, que con lo que sirve para realce y perfeccionamiento del hombre.

A cuántos infieles hemos visto abandonar su religión y abrazar la fe islámica, por el deseo de alcanzar algún pequeño bien temporal que se les había ofrecido, y de

cuántos musulmanes hemos oído que han renegado en países idólatras, seducidos por alguna insignificante cantidad de bienes mundanos.

Es indudable, por tanto, que una cualidad mediante la cual se hace al hombre abandonar su religión, es decir, una cosa por la cual habría dado su vida entera, merece el más alto aprecio y la más elevada consideración.

Entre todas las criaturas de Dios, los que mayor necesidad tienen de ejercitarla son los que en mayor grado necesitan que hacia ellos se inclinen los corazones y se vuelvan los rostros, esto es, los reyes y gobernantes.

Sabed, ¡oh gentes a quienes el Señor ha otorgado ampliamente el goce de los bienes terrenos, y a quienes ha colmado de sus beneficios y de su gracia!, que en el Paraíso no existe el *no*. Ten, pues, mucho cuidado con una palabra que no ha tenido entrada en el Paraíso, por baja y por vil. El Paraíso se halla asentado tan sólo sobre lo que las almas anhelan y lo que recrea los ojos.

Las diferentes formas que puede revestir esta cualidad, a saber: liberalidad, generosidad, caridad y desprendimiento, tienen un mismo valor. Mas al Señor se le atribuye la generosidad y no se le atribuye la caridad, del mismo modo que se le atribuye la ciencia, pero no el entendimiento, porque no necesita meditar.

Esencialmente, la generosidad consiste en no sentir contrariedad por desprenderse de algo que se posea.

Se dice que el primer grado es la caridad, después viene la generosidad y, por último, el desprendimiento.

El que da una parte de lo que tiene, quedándose con otra para él, ése practica la caridad; el que entrega la mayor parte, practica la generosidad, y el que hace donación de cuanto posee, quedando él en las garras

de la dura necesidad, ése realiza un acto de desprendimiento.

En opinión de Dulnún, lo primordial en la caridad es desprenderte gustosamente de lo que posees, y su último límite, renunciar generosamente a cuanto se halla en poder de los demás, sin importar que se trate del mundo entero.

Conversando unos ascetas, en presencia de Rábia el Aduía, se pusieron a decir grandes vituperios de los bienes mundanos, y como insistieran demasiado sobre el tema, les dijo Rábia:

— Quien tiene cariño a una cosa habla mucho de ella.

Consiste fundamentalmente la caridad en la largueza con que se hacen las dádivas y en que al entregar alguna cosa, se haga de buen grado. Porque aquel que hace un don, puede ser un tacaño, si le causa violencia desprenderse de lo que ha dado; y, en cambio, es generoso, aun cuando nada dé, si encuentra agradable el hacer dádivas, aunque él no las haga. Por eso dicen nuestros teólogos que el Señor es eternamente generoso, aunque sus dones no se hayan realizado eternamente, porque el don es un acto y el acto eterno es absurdo.

Dicen los sabios:

— ¡Oh, tú, que acumulas riquezas con afán! No vivas engañado, porque lo que se come, aprovecha para el cuerpo; lo que se emplea en limosnas, aprovecha para la vida futura, y de lo que se deja al morir, se aprovecha el enemigo.

Dice el Señor: "Y su generosidad prefiere a los otros, aun cuando ellos estén en la miseria„ [1].

Refiere Abuhoraira que se presentó al Profeta un hombre pidiéndole de comer.

Envió el Profeta a pedir a sus esposas algo para que comiera aquel hombre; pero ellas le contestaron:

— ¡Por Aquél que te ha enviado con la verdad! No tenemos más que agua.

— El Enviado de Dios no tiene nada que darte para que comas esta noche — dijo Mahoma a aquel hombre, y después preguntó:

— ¿Quién le dará hospitalidad esta noche, y que Dios se lo premie?

— Yo, Enviado de Dios — dijo uno de los Ansares.

Lo condujo a su casa, y al llegar dijo a su esposa:

— Este es huésped del Profeta, obséquialo y no escatimes nada con él

— Es que — replicó la mujer — no tenemos hoy en casa nada más que para la comida de los niños.

— Pues anda, entretenlos, sin darles de comer, hasta que se duerman. Después enciendes la luz y lo preparas todo, y cuando el huésped se ponga a comer, tú te levantas, como que vas a arreglar la lámpara, y la apagas. Entonces nosotros haremos como que masticamos [2], y de este modo cumpliremos con el huésped del Profeta.

1 Alc., LIX, 9.

2 El texto dice literalmente *nos masticaremos la lengua;* pero creo que la frase no se puede tomar en su sentido real, y aun cuando no he hallado la explicación en parte alguna, me permito darle el sentido figurado de *masticar, sin tener en la boca otra cosa que la lengua*, hacer como que se mastica.

Hízolo así y los dos se pusieron a masticar sin tener en la boca otra cosa que la lengua, para que el huésped creyera que ellos también comían; pero pasaron la noche muertos de hambre.

Cuando los vió el Profeta, exclamó con la sonrisa en los labios:

— Dios ha quedado complacido de lo que han hecho Fulano y Fulana.

Para gentes así fué revelado el versículo del Alcorán que dice: "Y su generosidad prefiere a los otros, aun cuando ellos estén en la miseria„ [1].

Contó Anas que regalaron una cabeza de oveja, asada a uno de los Compañeros de Mahoma, hombre muy piadoso; él, a su vez, la envió a uno de sus vecinos; éste la mandó a casa de otra familia y así fué pasando de una en otra por siete casas hasta que acabó, por último, por volver a aquella de donde había salido. A gentes como éstas dicen relación las palabras "..... y su generosidad prefiere a los otros.....„.

Contó lo siguiente Hodsaifa el Aduí:

— Salí el día de Yarmuc a buscar a un primo mío, llevando conmigo un poco de agua, para darle que bebiera, si todavía lo encontraba con vida. Lo hallé rodeado de muertos y le dije:

— Toma, bebe.

Pero en esto, oyó a uno lanzar un quejido y me mandó que acudiera en socorro de aquél. Era Hixem Benalás y al acercarme para darle agua, se quejó otro y tam-

1 Alc., LIX, 9.

bién él me indicó que acudiera en auxilio suyo. Cuando llegué junto a éste, ya estaba muerto; me dirigí a Hixem y había muerto también, y al volver donde estaba mi primo, había muerto igualmente.

Por conducto de Aixa se han trasmitido estas frases del Profeta:

— El hombre desinteresado se aproxima a Dios y a los hombres y se aleja del fuego del infierno. El tacaño se aparta de Dios, de [**78**] los hombres y del Paraíso. El infiel generoso es más amado del Señor que el creyente avaro.

El mismo Profeta dijo:

— Hijo de Adán. De todo cuanto posees, sólo te aprovechará lo que emplees en comer, en vestirte y en hacer dádivas, porque te has de morir y ha de acabar contigo la podredumbre y la corrupción.

Has de saber que el desprendimiento reviste formas diferentes, entre las cuales se cuentan el desprendimiento para con Dios y el desprendimiento de los bienes mundanos. Este último tiene como manifestaciones propias la generosidad, la liberalidad, la inclinación a privarse de lo que poseemos, prefiriendo que otros lo disfruten y la buena voluntad para renunciar a lo nuestro. Refiriéndose el Señor a quienes se hallen adornados de las cualidades mencionadas, dice: "Bienaventurados aquellos que arrojan de sí la tacañería„ [1].

También son señales de desprendimiento la imprevisión para el porvenir, la aversión a amontonar riquezas y la propensión a socorrer con ellas al prójimo, con el

[1] Alc., LIX, 9.

corazón regocijado. El desprendimiento para con Dios consiste en que te entregues a El por completo, aun cuando sea para que te haga perecer y derrames por El tu sangre generosamente, sin hacerte violencia ni aspirar por ello a recompensa alguna inmediata o remota, por muy necesitado que te halles de tal recompensa, porque en tu corazón predomina el sentimiento de un renunciamiento tan absoluto, que te confías a Dios totalmente, para que decida lo que ha de hacer contigo, no importándote que sea algo que no acogerías gustoso para tí.

Preguntaron a Omar, hijo de Aljatab:

— ¿Cuáles son las personas que consiguen mayor ascendiente sobre las demás?

Y contestó:

— El generoso para quien le pide; el que sufre con calma cuando le dirigen insolencias; el que atiende como es debido a las personas con quienes trata, y el que observa buen proceder con quienes á él están contiguos.

Preguntó un día Anomán Benalmóndir a las personas con quienes departía:

— ¿Cuál es el hombre de vida más meritoria, de mayor placidez de espíritu, de condición más respetable y que más alto rango ocupa en la consideración de las almas?

Quedáronse todos callados, hasta que, por fin, dijo un muchacho:

— ¡Dios libre al rey de maldiciones! La persona de mérito más sobresaliente es aquella a costa de cuya generosidad viven otras.

— Tienes razón — repuso Anomán.

Refiere Alhasán que vendió Talha, hijo de Otsmán, una tierra, y, al llevarle el dinero, setecientos mil dracmas, exclamó:

— Si un hombre, en cuya casa pernocta este dinero, no se da cuenta de lo que puede atraer sobre él, es que ha sido engañado por Dios.

Y empezó a enviar a su criado a un lado y a otro hasta que repartió todo el dinero, y a la mañana siguiente no quedaba en su poder ni un dracma.

Decía Asmá, hijo de Jaricha:

— No me gusta rehusar a nadie cosa alguna que necesite; porque, si es un hombre honrado, amparo su honradez, y si es un bellaco, defiendo mi reputación de su bellaquería.

Era Meruán el Ichlí hombre que procedía con la mayor delicadeza para socorrer al prójimo. En cierta ocasión confió a uno de ellos en depósito mil dracmas, diciéndole:

— Guárdalos hasta que yo vuelva.

Y después le envió a decir:

— Estás autorizado para apropiártelos.

Refiere el Otbí que Alhácam, hijo de Abdelmotálib, repartió en donativos toda su hacienda, y al terminar con lo último que le quedaba, montó a caballo, tomó su lanza y se marchó a la guerra.

Murió en Manbach, y me contó de él lo siguiente un habitante de aquella localidad:

— Se presentó a nosotros Alhácam en la más completa miseria, no poseía cosa alguna, y, sin embargo, nos enriqueció.

— ¿Y cómo pudo ser eso, hallándose él en la mayor pobreza? — le preguntaron.

— Es que no nos enriqueció de dinero — respondió —, sino enseñándonos a ser generosos, y como cada uno de nosotros puede contar con lo que los demás poseen, por eso nos consideramos ricos.

El más generoso de los árabes en los tiempos del islam, ha sido Talha, hijo de Obaidala. Presentóse a él un hombre pidiendo una limosna por caridad y le respondió Talha:

— En tal sitio tengo un huerto, por el que me dan seiscientos mil dracmas. A la noche me traerán el dinero. Si quieres, lo tomarás tú, y si quieres, quédate con el huerto.

Cuentan que enviaron a Handala una esclava, la cual fué a presentarse ante él en ocasión en que se hallaba acompañado de sus amigos. Al verla, les habló así:

— No estaría bien que yo me quedara con ella para mí, hallándoos aquí vosotros; también se me hace violento obsequiar con ella a cualquiera de vosotros en particular, porque todos tenéis el mismo derecho a recibirla y a que no os deje sin ella. Por otra parte, esto es una cosa que no admite partición.....

Resultado: Que eran ochenta los reunidos y, por orden de Handala, fué entregado a cada uno una esclava o un esclavo.

Preguntaron a Cais, hijo de Sáada:

— ¿Has visto jamás persona alguna más desprendida que tú?

— Sí — respondió —. Hallándonos en el desierto, nos dió hospitalidad en su albergue una mujer. Presentóse después el marido, y ella le dijo:

— Aquí tienes dos huéspedes.

Trajo él una camella y la mató para nosotros, y al día siguiente volvió a matarnos otra.

— Pero si no nos hemos comido más que una pequeña parte de la que sacrificaste ayer — le advertimos nosotros.

— Es que yo no mantengo a mis huéspedes con sobras — nos respondió.

Tuvimos que permanecer allí algunos días más por causa de la lluvia, y él continuó haciendo siempre lo mismo.

Cuando estuvimos en disposición de marchar, dejamos en su estancia cien dinares, encargamos a la mujer que nos despidiera de él y nos pusimos en camino. Ya iba el día bastante avanzado, cuando apareció un hombre que venía tras de nosotros gritando:

— ¡Deteneos, viles viajeros, que nos habéis pagado el precio de la hospitalidad!

Así que nos alcanzó, nos dijo:

— Tomad el dinero, o, de lo contrario, os atravieso con mi lanza.

Lo tomamos, y se marchó.

Dice Maimún, hijo de Maharán, que quien pretende que los demás estén satisfechos de él, sin poner él nada de su parte para conseguirlo, que busque la compañía de los que habitan en las sepulturas.

En opinión de Benabbás, no es completa la merced,

si no concurren en ella tres circunstancias, a saber: la prontitud, el no darle importancia y el secreto. Si la hace a tiempo, da lugar a que pueda ser aprovechada convenientemente; si le quita importancia, la engrandece, y al no darla a conocer, la acaba de completar.

Dice Alhasán que hubo un individuo tan generoso que partió el manto con su compañero en dos mitades.

Según Almoguira, en cualquier cosa se puede llegar al despilfarro, pero no en los actos de beneficencia.

Dijeron a Alhasán, hijo de Sahl:

— No está bien el derrochar.

Y contestó:

— Siendo para hacer el bien, no cabe derroche.

Sobre esta misma idea, modificando algo los términos y completando el sentido, compuso Mohámed, hijo de Házim, los siguientes versos:

«No avergüenza la pobreza, ni la riqueza ennoblece,
ni es desprendimiento dejarse arrastrar por la prodigalidad.
Sólo para una cosa debes excederte sin reparo,
y cuanto entonces escatimes, es perder.»

[**79**] Designaban a Talha, hijo de Abdala, hijo de Jálaf el Jozaí, con el nombre de *Talha el de los Talhas*, porque era un hombre extraordinariamente liberal, y entre los varios medios de que se valía para hacer el bien consistía uno de ellos en comprar esclavos para manumitirlos después. Todos aquellos a quienes concedía la libertad, al tener un hijo varón, le ponían Talha de nombre. Llegó a mil el número de las personas así denominadas por tal causa, y por eso le llamaban *Talha el de los Talhas*.

Fué gobernador de Sichistán, y de él dijo un poeta:

«Aumente Dios el brillo de una gloria que han enterrado
en Sichistán: Talha el de los Talhas.»

Llegó a noticia suya que el maestro de la escuela a que él asistió de niño, en el Hechaz, había sufrido reveses de fortuna, y le envió cien mil monedas con su criado, al cual dió las siguientes instrucciones:

— Esto se lo entregas a él; si hubiese muerto, dejando algún hijo, dáselo a éste, y si tampoco lo hubiera, lo distribuyes entre las gentes de su tribu.

Encontróse el criado con que ya había muerto sin dejar sucesión, y repartió las monedas a los individuos pertenecientes a su tribu.

Decía Zaide, hijo de Aslam, hombre de acendrada piedad:

— ¡Hijo de Adán! El Señor te ordena que seas generoso, porque así entrarás en el paraíso, y te prohibe que seas tacaño, porque entonces irás a parar al infierno.

Decía Haquim, hijo de Hazam:

— Si al levantarme por la mañana no veo junto a mi puerta alguien que viene a pedirme cualquier cosa, considero esto como una contrariedad, cuyo premio debo esperar.

Cuando murió, le encontraron doscientos mil dinares, y una piedra con la siguiente inscripción: "Aprovecha la ocasión, cuando se presenta. No agobies tu espíritu con preocupaciones por cosas que aún no te han sucedido.„ "Has de saber que lo que escatimes para ti sirve para aumentar la riqueza de los otros: y cuántos hay que

están amontonando riquezas para el marido de su viuda.„

Decía Alí, hijo de Abutálib:

— Al reunir mayor cantidad de bienes que la necesaria para satisfacer las necesidades de tu vida, sólo consigues hacer de tesorero para otros.

Refiere Málic en la Almoata que pidió un mendigo una limosna a Aixa, en ocasión en que ella ayunaba y no había en la casa nada más que una torta.

— Dásela a ese hombre — ordenó Aixa a una criada que tenía.

— Entonces no tendrás después con qué desayunarte — replicó la muchacha.

— Dásela — repitió Aixa.

Lo hizo así, y al llegar la tarde, una familia le regaló una oveja con su sudario, es decir, con las tortas necesarias para aderezarla [1].

Entonces dijo Aixa a la criada:

— Come, que esto es mejor que la torta.

Dijo Abdala, hijo de Omar:

— En tiempo del Profeta no podía sospecharse que ninguno de nosotros tuviera nada de sobra.

Y añade Alhasán:

— Calificábamos de avaro al que daba a su amigo, aunque sólo fuera un dracma en calidad de préstamo.

[1] Dice el texto: «..... es decir, sazonada con azafrán.» Pero evidentemente, la palabra زعفران, que en él figura, es errata, en vez de رغفان, que aparece en la edición de Alejandría, pág. 154. Cfr. *Tacholarús*, IX, 321 sub كفن.

Entre los casos extraordinarios de generosidad, se halla el hecho siguiente, que refiere Abumohámed el Azdí:

— Cuando se quemó la mezquita del Cairo, sospechando los musulmanes que había sido incendiada por los cristianos, pegaron fuego a una posada de éstos. Prendió el sultán a un grupo de los incendiarios e hizo escribir unas cuantas cédulas, en unas de las cuales decía "pena de muerte„; en otras "amputación„, y en otras "azotes„. Fueron distribuídas entre los prisioneros, para imponer a cada uno la pena que decía en la que le tocara en suerte.

Al ver uno de ellos que le había correspondido una de las que sentenciaban a muerte, exclamó:

— Nada me importaría, si no fuese por mi madre.

Entonces, un joven que estaba a su lado, le dijo:

— Mi cédula, dice, "pena de azotes„, y yo no tengo madre. Dame la tuya y toma ésta.

Se la dió y el otro se salvó y a él le dieron muerte.

Juntáronse en una alquería de Abulabbás el Antaquí, en las inmediaciones de Raí, más de ochenta personas. Como no hubiese comida en cantidad suficiente para todos, hicieron trozos unos panes de que disponían, apagaron la luz y se sentaron a comer. Trascurrido el tiempo suficiente para que hubiesen terminado, fueron a quitar la mesa y se encontraron los manjares tal como los habían puesto, pues ninguno de ellos había comido nada, prefiriendo que lo comiesen los demás a comerlo ellos mismos.

Hallándose reunidos en la Rambla unos cuantos sufíes, les presentaron un canastillo con higos. Se había he-

cho ya noche oscura, y cuando cualquiera de ellos alargaba la mano, si tocaba un higo verde, se lo comía, y si estaba maduro, lo empujaba hacia el lado de su compañero, sin comérselo.

Al retirar después el canastillo, estaban en él todos los higos maduros, de los cuales no se habían comido ni uno solo.

Un día que hacía muchísimo frío entró un individuo en casa de Bixr el Hafí, hallándolo desnudo.

— ¿Pero, cómo? — le dijo — . ¿En un día como éste, en que todo el mundo se pone más ropa, tú te la quitas?

— Es — le respondió — que me acuerdo de los pobres y de lo que estarán pasando, y como no dispongo de medios para remediarlos, quiero acompañarlos también a sufrir los rigores del frío.

Contó el maestro Abualí que con motivo de una denuncia que el criado de Jálil presentó contra los sufíes, acusándolos de ateos ante el califa, éste ordenó que les cortaran la cabeza.

Chonaid pudo librarse, escudándose con la capa de la jurisprudencia, porque se dedicaba a resolver consultas jurídicas con arreglo a las doctrinas de Abutsaur.

Pero el Xáham, el Racam, el Nurí y algunos otros fueron cogidos, y se extendió para ellos la plancha de cuero, donde se les iba a ejecutar.

Como avanzara el Nurí, poniéndose delante de los demás, le preguntó el verdugo:

— ¿Sabes para qué te adelantas y a dónde vas, para que te des tanta prisa?

— Sí, lo sé — respondió.

— Pues entonces, ¿para qué te apresuras?

— Es que prefiero que mis compañeros tengan un poco más de vida.

El verdugo entonces sintió deseos de hacer algo en favor suyo, y fué a referir el caso al califa.

Este, en vista de lo que le contó, volvió a enviar los acusados ante el juez, para que se informara bien de sus circunstancias.

Propuso el juez a Alhasán el Nurí algunas cuestiones de derecho divino, y a todas contestó satisfactoriamente. Después se puso a decir:

— El Señor tiene unos siervos que sólo en El se ocupan, y si hablan, sólo de Dios hablan.

Y una serie de expresiones tales, que hizo llorar al juez.

Este envió a decir al califa:

— Si éstos son ateos, no existe sobre la faz de la tierra ningún fiel creyente.

Cayó enfermo Cais, hijo de Sáad Benibada, y como le pareciera que sus amigos tardaban demasiado en ir a visitarlo [**80**], preguntó por ellos, y le dijeron.

— Es que les da reparo venir, a causa de las deudas que tienen contigo.

— ¡Así Dios confunda un dinero que impide visitar a los amigos! — exclamó, y mandó publicar el siguiente pregón: "Quien tenga dineros de Cais, puede quedarse con ellos.„

Y aquella noche se rompió el umbral de la puerta, de tantos visitantes como acudieron.

Yendo de camino hacia una de sus posesiones Abdala, hijo de Cháfar, que era hombre muy generoso, se detuvo

a descansar en un campo de palmeras, propiedad de una familia. Al cuidado de aquel campo había un esclavo negro, que tenía tres panes para comer.

Llegó por allí un perro y se aproximó al esclavo, el cual le echó uno de aquellos panes. Comióselo el animal, y entonces le echó los otros dos, uno tras otro, y también se los comió.

— ¿Pues qué te dan cada día de ración? — preguntó Abdala al esclavo.

— Lo que has visto — respondió.

— ¿Y por qué se la has dado al perro?

— Pues porque no habiendo perros en el país, éste debe haber venido de muy lejos y tener mucha hambre, y me costaba trabajo hacerle que se marchara.

— ¿Y qué piensas tú hacer hoy? — preguntó Abdala.

— Pasar hambre — respondió.

Entonces exclamó Abdala:

Reniego de mi generosidad, pues éste es más generoso que yo.

Y compró aquella finca con el esclavo y los enseres que en ella había. Luego libertó al esclavo y le hizo donación de todo.

Dijo El Nurí:

— Yo vi que Mohámed, hijo de Suca, tenía en su poder por la mañana cien mil monedas, y al llegar la tarde tuvimos que pedir a los amigos un pan para él.

Cuenta Abuabderrahmán que fué Abuabdala el Rudsbarí a casa de uno de sus amigos en ocasión en que éste se halla ausente. Había en la casa un cuarto cerrado con un candado; lo descerrajó Abuabdala y dió orden de que

juntaran todos los enseres que encontraran en él y los llevaran al zoco. Allí los vendieron y con su importe estuvo viviendo una temporada.

Cuando volvió el amigo del Rudsbarí, nada dijo; pero su esposa, que entró en la casa después que él y llevaba puesto un manto, pasó a una de las habitaciones, se quitó aquel manto y lo envió al Rudsbarí, diciéndole:

— Vended esto también, amigos míos, pues también forma parte de los enseres de la casa.

— ¿Para qué te privas de esto sin necesidad? — le preguntó el marido.

— Cállate — replicó ella —. A un señor que con tanta franqueza nos trata y así dispone de lo nuestro, no hemos de ocultarle cosa alguna para quedarnos con ella.

Heredó Abdelmélic, hijo de Bahr, cinco mil dinares. Los puso en unas talegas y las envió a sus amigos, porque se había dicho:

— No es cosa que esté yo pidiendo el paraíso para mis amigos en mis oraciones y sea avaro con ellos en cosas de que puedo disponer.

Cuentan que envió Alaxats, hijo de Cais, a pedir prestadas a Adí, hijo de Hátim, unas ollas que tenía de su madre. Antes de enviarlas las llenó y mandó a decir:

— Yo no las presto vacías.

Dice Buzurchomihr:

— No hay gloria tan sólidamente cimentada, ni de construcción tan suntuosa, como la que se gana prodigando los actos de generosidad y haciéndose acreedor al agradecimiento.

Esto es: que el renombre glorioso adquirido a consecuencia de actos generosos, queda permanentemente en el corazón de los hombres, y el que se escuda con la generosidad y se defiende con los actos benéficos que realiza, subyuga a quien se le opone y se gana el agradecimiento y la recompensa.

Cuentan que yendo de viaje Abdala, hijo de Abubéquer, que era un hombre muy generoso, tuvo sed y pidió de beber en una cabaña, donde residía una mujer.

Sacó ésta una vasija, quedándose ella oculta detrás de la puerta, y dijo:

— Apartaos de junto a la puerta, y que venga a tomarla uno de vuestros criados, porque yo soy una mujer árabe y mi marido murió hace tiempo.

— Así que bebió Abdala, dijo al criado:

— Llévale diez mil dracmas.

— ¡Dios sea loado! Tú te burlas de mí — exclamó ella.

— Llévale veinte mil — le ordenó Abdala.

— A Dios rogaré por tu felicidad — contestó.

— Pues llévale treinta mil.

— ¡Oh, Señor! — exclamó la mujer.

Le envió los treinta mil dracmas, y de que llegó la noche aún no había acabado la mujer de rogar por él.

Contó un narrador que fué un hombre a casa de un amigo suyo, llamó a la puerta y, al salir a abrir, el dueño de la casa le preguntó:

— ¿Qué se te ofrece?

— Que me prestes cuatrocientas dracmas.

Entró el dueño en la casa y le sacó el dinero. Luego se retiró llorando, y al verlo su mujer, le dijo:

— ¿Por qué no has puesto un pretexto, si te contrariaba entregárselo?

— Si lo que me hace llorar — le contestó — es el no haber yo averiguado la situación en que se hallaba, y dar lugar a que él me la haya tenido que poner de manifiesto.

Dijo Actsam, hijo de Saifí:

— El que realiza beneficios no se cae, porque siempre halla quien lo sostenga.

Alfodail dice que no consideraba el préstamo como un favor.

Cuentan de una mujer dedicada a la vida ascética, que preguntó a Aibán, hijo de Hilel, en una ocasión en que éste se hallaba reunido con los compañeros:

— ¿Qué es para vosotros el desprendimiento?

— La liberalidad y la inclinación a ceder a los demás lo que poseemos — contestó.

— Y desde el punto de vista religioso, ¿qué se entiende por desprendimiento? — volvió a preguntar.

— Que te consagres a Dios, renunciando por El a ti mismo, sin que en ello encuentres violencia.

— ¿Y como consecuencia de esto aspiráis a alguna recompensa?

— Es natural — le respondió —, porque Dios ha prometido conceder por cada buena acción una recompensa diez veces mayor.

— Pues entonces — replicó ella —, si dais una para recibir diez, ¿de qué os desprendéis? El desprendimiento consiste tan sólo en servir a Dios, cifrando todo bienestar y las mayores delicias en someterse a su obediencia, sin violentarse y sin aspirar por ello a recibir ningún

pago. De lo contrario, daréis lugar a que observe vuestros corazones y advierta en ellos su deseo de lograr una cosa a cambio de otra.

Decía una mujer asceta a uno de sus compañeros de profesión:

— ¿Crees, acaso, que el desprendimiento se refiere tan sólo a los dinares y a las dracmas? El desprendimiento consiste en hacer renuncia de lo más íntimo del propio ser en favor de Dios.

Dice Abubéquer el Dacac que no hay desprendimiento cuando socorre el rico al pobre, sino cuando socorre el pobre al rico.

Contó el maestro Abuabderrahmán que el maestro Abusahl el Soluquí [**81**], hombre muy generoso, no entregaba a nadie cosa alguna en la mano, sino que la dejaba en el suelo, para que de allí la recogiera el que la había de tomar. Lo hacía así, porque, según decía, son los bienes mundanos cosa de tan poco aprecio, que no merecen que por causa de ellos se vea mi mano encima de la mano de nadie, pues según dice el Profeta, "la mano más alta es mejor que la más baja„.

Estando un día haciendo las abluciones en el patio de su casa, entró un hombre a pedirle una limosna. Como no encontrara por allí nada a mano, le dijo:

— Espera que termine — y al acabar le dió los utensilios de que se estaba sirviendo y le dijo que se fuera.

Así que hubo salido, cuando comprendió que ya debía estar lejos, comenzó Abusahl a dar voces, diciendo:

— Ha entrado un hombre y se ha llevado los utensilios de la ablución.

Hizo esto porque ya le reprendían su prodigalidad. Refiriéndose a él, dijo un poeta los siguientes versos:

«Han estado mis manos muchas veces llenas de riquezas,
mas nunca los censores se han ensañado con mi tacañería,
Ni me han exigido que dé dineros de limosna;
pero, ¿acaso ha de exigirse la limosna a quien es generoso?»

Compuso un poeta unos versos en elogio de Abumortsad, que era un hombre muy generoso, y como no tuviera nada que darle, le dijo:

— Cítame ante el juez reclamándome diez mil dracmas. Yo reconoceré la deuda, y entonces tú haces que me lleven a la cárcel. Mi familia no ha de consentir que yo permanezca allí y tendrán que abonar esa cantidad para libertarme.

Así lo hicieron, y antes de la noche ya habían entregado al poeta los diez mil dracmas.

Contó Ziyad, hijo de Charir, que vió a Talha, hijo de Obaidala, repartir en una reunión cien mil dracmas y luego se cosía él mismo el manto por su propia mano.

Presentóse Almoncádir a Aixa, diciéndole:

— Madre de los fieles, la miseria me agobia.

— Nada tengo — respondió ella — ; pero si pudiera disponer de diez mil dracmas, te los daría.

Al acabar de marcharse Almoncádir, recibió Aixa diez mil dracmas de parte de Jálid, hijo de Osaid, e inmediatamente se los envió.

Con mil de aquellos dracmas compró Almoncádir una esclava, de la cual tuvo tres hijos, que fueron los hombres más piadosos de la ciudad y se llamaron Mohámed, Abubéquer y Omar, hijos de Almoncádir.

Refiere Yahya, hijo de Moain, que hallándose Charir, hijo de Yazid, en casa de el Motálib, se presentó un hombre pidiendo limosna, y Charir dijo a su criado:

— Ve y dí a las esclavas que envíe los vestidos, la que quiera que se los tiñan.

Volvió el criado con varios trajes y Charir dijo al mendigo:

— Tómalos para tí.

Cuenta el Asmaí que estalló una guerra con las tribus del desierto, alcanzando la contienda a Basora, donde la situación llegó a ser tan comprometida, que ya se hablaba entre sus habitantes de pedir la paz.

Reunida la gente en la mezquita mayor, me enviaron a mí, que era todavía un chiquillo, a casa de Darar, hijo de Alcacáa, hijo de Házim. Pedí permiso para entrar y lo encontré vestido con un burdo sayal, machacando semillas para una cabra de leche que tenía. Le di cuenta de que el pueblo se hallaba reunido y él prosiguió tranquilamente su tarea, hasta que la cabra hubo terminado de comer. Lavó después la gamella donde el animal había comido y mandó a la criada que le diera de comer a él.

Trájole la muchacha aceite y dátiles. Me invitó a que lo acompañara; pero a mí me dió repugnancia comer con él. Así que satisfizo su necesidad de comer, fué hacia un casco de barro que estaba tirado por la casa y en él se lavó las manos.

Pidió a la muchacha de beber y le trajo agua; bebió de ella, y con la que sobró se lavó la cara.

— ¡Gracias sean dadas al Señor! — exclamó —. Agua del Éufrates con dátiles de Basora y aceite de Siria. ¿Cuándo agradeceremos bastante este bienestar?

Pidió su manto y le trajeron uno lleno de remiendos, con el cual se envolvió por encima del sayal.

Yo iba retirado de él, porque me avergonzaba de su facha.

Llegó a la mezquita y, después de hacer en ella dos prosternaciones, se encaminó donde la gente se hallaba reunida, y no hubo quien omitiera sus demostraciones de respeto hacia él.

No hizo sino tomar asiento, obligarse a satisfacer de su propio peculio las indemnizaciones que los vecinos hubieran de pagar, y marcharse inmediatamente.

Cuando estuvo preso Albahlul, hijo de Raxid, el jurista, daba todos los días un dinar al carcelero. Parecía a sus compañeros que aquello era demasiado, y un día que estaban hablando de aquel asunto, dijo Hafs Benamara:

— Yo he oído decir a Sofián el Tsaurí que quien profesa al amigo una amistad verdadera, no es dueño de lo que posee.

Al decir aquello, se arrojó Bahlul a sus plantas y le besó las manos, exclamando:

— Por Dios te pido que me digas si tú lo oíste decirlo.

Y juró por Dios que lo había oído.

Dijo el poeta:

«Déjame que sea yo dueño del dinero y no que el dinero sea
dueño de mí. Así mañana celebrarás su terminación.
Dime de algún hombre generoso que haya muerto de necesidad
y tal vez yo opine como me indicas. O indícame alguien que sea inmor-
[tal, debido a su avaricia.»

Tenía Abdala, hijo de Abubéquer, la costumbre de pagar los carneros que se sacrifican por Pascua y los ves-

tidos de fiesta a cuarenta familias de los vecinos que habitaban a la derecha de su casa, a otras cuarenta de las del lado izquierdo, a otras tantas del frente y a las mismas de la parte posterior. Cada Pascua libertaba cien esclavos. Un día compró una esclava por diez mil dracmas, pidió una cabalgadura para llevársela, y uno le dijo:

— Aquí está la mía.

— Pues conducidla a casa de él en su cabalgadura — ordenó Abdala.

Dijo Abdala, hijo de Zohair:

[82] «Ella encuentra mal y se espanta de que me alcance la muerte
y pasa noche y día lanzando protestas y juramentos,
Porque dice: «Si tú pereces, perecemos nosotros.»
Pero, ¿quién, sino Dios, mantiene a las criaturas como El prefiere?
Yo deseo la inmortalidad si puedo llegar a alcanzarla;
mas, ¿cómo la lograré.....?, si muero sin reproches.»

Cuentan que se presentó un beduíno a Alí, hijo de Abutálib, y le dijo:

— Príncipe de los Creyentes. Yo necesito de ti por una cosa que la vergüenza me impide mencionar.

— Pues escríbelo en el suelo — le contestó Alí.

"Yo soy un pordiosero„ escribió aquel individuo, y dijo Alí a su criado:

— Ponle mi manto, Combar.

Se lo puso, y entonces habló así el beduíno:

«Me has vestido con un manto cuya hermosura se destruirá,
y yo te voy a vestir un manto de elogios.
El elogio mantiene vivo el recuerdo de quien a él se ha hecho acreedor,
lo mismo que la lluvia mantiene la humedad en llanos y montes.
Si consigues ser alabado, excelente cosa has conseguido;
no quieras cambiarla, después de haberla logrado.
No renuncies al goce de un beneficio que tú mismo te has proporcionado;
todo hombre será correspondido conforme a sus actos.»

Al oírlo Alí mandó a Combar que le diera además cien dinares, y así que se marchó el beduíno, le dijo Combar:

— Príncipe de los Creyentes. Si repartes así el dinero de los fieles, no podrás atender a sus asuntos.

— ¡Basta ya, Combar! — exclamó Alí —, porque yo he oído decir al Profeta: "Sed agradecidos con quien os elogia, y cuando se os presente una persona de honrada condición, sed generosos con ella.„

Decía Motarref, hijo de el Xijir:

— Cuando alguno de vosotros necesite cualquier cosa, me lo hará saber por medio de una carta, porque me desagrada ver caras abatidas por la necesidad.

Oí leer los siguientes versos ante el cadí Abulgualid:

«A una que me exhorta a ser avaro, le digo: «Déjate de eso,
porque mientras vivas, no hay razón para serlo.»
Veo que las gentes se hacen amigas de los hombres generosos,
y no veo a ningún tacaño que cuente en el mundo con amigo alguno.
Y después de ver que la avaricia es cosa infamante para quien la posee,
¿voy yo a considerar digno que se me llame avaro?
La cualidad más excelente que al niño puedes imbuir, es enseñarle
que por el bien, generosamente realizado, obtendrá una ganancia.»

Dice Orua Benaluard:

«Yo soy un hombre que bebo mi vaso acompañado,
mientras tú bebes el tuyo en la soledad.
¿No te reirías de mí si vieras que yo era muy grueso
y mi cuerpo se fatigaba al realizar un rudo trabajo impuesto por el [deber?
Pero mi cuerpo está dividido en varios cuerpos que me ayudan a llevar [la carga,
y que beben el agua en muchos sorbos, ayudándome a soportar su [frialdad.»

En opinión de un filósofo, el origen de todas las buenas acciones se halla en la generosidad, y el de ésta en la propensión del alma a renunciar a lo que no le pertenece y a desprenderse de lo que posee, tanto en beneficio de aquellos que particularmente le interesan, como de un cualquiera. Todas las buenas cualidades son derivaciones suyas.

Tenía Albahlul una cantidad de trigo. Subió éste de precio y dió orden de venderlo. Mandó después que le compraran un cuarto de cahiz, y como le preguntaran:

— ¿Por qué has vendido, para comprar después?

Contestó:

— Para alegrarme cuando los demás se alegran, y sufrir las aflicciones que padecen los demás.

Motejaba uno a Hátem Tai de hambriento [1], y éste le contestó:

«¡Por mi vida!, que no he sufrido las mordeduras del hambre,
pues he podido evitar que me falte el sustento.
Decid a ése que ahora me reprende que me devuelva mi fama;
y, si tú no aplaudes, muérdete los dedos.
¿No es esto, acaso, una cosa natural?
Pues ¿por qué no he de hacerlo yo, siendo hijo de la naturaleza?»

Dijo otro:

«Con mi dinero defiendo, no mancho mi honor.
¡No bendiga Dios el abandono de la honradez por causa del dinero!
Sería víctima de las tretas del dinero, si me perdiera por amontonarlo,
mas no es honroso que yo me pierda por un intrigante.»

1 Parece que se trata de un juego de palabras, pues el sobrenombre *Tai*, que quiere decir *oriundo de la tribu de Tai*, significa también *hambriento*. Traducción dudosa.

Pidió uno a Alhasán, hijo de Alí, que le diera alguna cosa, y aquél le entregó cincuenta mil dracmas y quinientos dinares. Le mandó que trajera un mozo para que le llevara aquello a su casa, y al presentarse el mozo le dió su manto, diciéndole:

— Esto por el alquiler del mozo, que es de cuenta mía.

Pidió una mujer a Alaits, hijo de Sáad, una fuente de miel. El le dió un odre lleno, y como le preguntaran por qué había hecho aquello, respondió:

— Ella ha pedido con arreglo a lo que necesitaba, y yo le he dado con arreglo a lo que deben ser mis dádivas.

Pidió un hombre hospitalidad a Abdala, hijo de Amir, hijo de Cariz, y cuando el huésped se disponía a marcharse, no le ayudaron los criados de Abdala a los preparativos del viaje.

Le preguntaron a qué se debía aquello, y contestó:

— Es que ellos no ayudan a quien se va de con nosotros.

De acuerdo con esto, dice El Motanabí:

[83] «Cuando te vas de junto a unas gentes que pudieron evitar que te fueras de su lado, son ellas las que se han marchado.»

CAPÍTULO XXXI

De la avaricia y la tacañería y cosas que con ellas se relacionan.

DICEN los árabes que la *avaricia* es la *tacañería* y el rehusar los favores.

Dirigía el Profeta al Señor la siguiente plegaria: "¡Dios mío! Tu ayuda imploro contra mi tacañería, contra mi prodigalidad y contra las sugestiones del demonio sobre mi espíritu.„

Por conducto de Chábir nos han llegado estas frases, también del Profeta: "Temed la avaricia, porque ella ha sido la ruina de vuestros antepasados, arrastrándolos al crimen y a que tomaran como lícitas cosas que les estaban rigurosamente vedadas.„

Entre la avaricia y la tacañería se ha establecido, por algunos, una distinción, y consideran que la primera es evidentemente más grave que la segunda, pues con respecto a ésta, es decir, a la tacañería, se ha hablado mucho a propósito de los gastos y de la moderación en los mismos.

Acerca de la avaricia dice el Alcorán: "Dios les colgará en su cuello, el día del juicio, a modo de un collar,

los bienes que su tacañería ha retenido, mientras estaban en el mundo„ [1]. "La tacañería redunda en primer término en detrimento del propio tacaño„ [2]. "Aquellos que se abstienen de hacer el bien por tacañería, no son fieles creyentes„ [3]. "Los que preservan su alma de la avaricia, alcanzarán la bienaventuranza„ [4].

La avaricia se basa en la misantropía y el egoísmo, y se refiere, igualmente, al dinero y a todas las cosas necesarias para la vida.

En opinión de Benomar, la avaricia no consiste en que el hombre se niegue a dar lo que posee, sino en que ambicione lo que no posee. Por esto dice Benalmobárec que el renunciar a los bienes de los demás es más meritorio para el alma que desprenderse de lo que es suyo.

Decía un hombre a Benmasud:

— Temo haber sido causa de mi propia perdición, a juzgar por estas palabras del Señor, que han llegado a mis oídos: "Los que preservan su alma de la avaricia alcanzarán la bienaventuranza„, y yo soy tan avaro, que no hay medio de que salga nada de entre mis manos.

— No es ésa la avaricia de que habla el Señor — replicó Benmasud—. El se refiere a la que arrastra al hombre a apoderarse injustamente de lo que pertenece a su prójimo. Lo que tú tienes es tacañería, la cual es, en efecto, una fea cosa; pero que, como ya has visto, difiere bastante de la avaricia.

1 Alc., III, 176.
2 Alc., XLVII, 40.
3 Alc., XXXIII, 19.
4 Alc., LIX, 9.

Afirma Benabbás que al dejarse llevar por los impulsos de la avaricia, no se escuchan las exhortaciones de la piedad.

Según Taus, la avaricia consiste en codiciar el hombre lo que otros poseen, y la tacañería en codiciar lo que él tiene en su poder.

Por conducto de Anas han llegado hasta nosotros las siguientes palabras del Profeta:

— Aquel que satisface los tributos religiosos, practica la hospitalidad y socorre la desgracia, queda a salvo del pecado.

Dice Benzaid que quien no se apodera de cosa alguna de las que el Señor le ha prohibido, ni su codicia lo arrastra a abstenerse de nada que El le haya mandado, es porque Dios ha extirpado la avaricia de su alma.

Refiere Abultiah el Asadí que vió a un individuo que daba las vueltas a la Caaba, diciendo:

— ¡Preserva, Señor, mi alma de la codicia!

Y no añadía ninguna otra cosa. Preguntóle Abultiah por qué se concretaba tan sólo a la codicia, y le contestó:

— Porque si mi alma está exenta de codicia, no robaré, ni cometeré adulterio, ni realizaré acto alguno de los que el Señor reprueba.

Aquel individuo era Abderrahmán Benauf.

Has de saber que la avaricia nace de pensar mal de Dios, o sea, de creer que no ha de reponer lo perdido ni compensar lo gastado. Esta idea entibia la fe

en las promesas de Dios e introduce perturbaciones y dificultades en el cumplimiento de las obligaciones que el hombre tiene para con Dios y para con sus semejantes, pues los hombres se abstienen, por avaricia, de prestarse mutua ayuda y consejo.

Preguntó Cosroes a los que le acompañaban qué es lo más dañino para el hombre. Le contestaron que la pobreza, y él replicó:

— Más dañina que la pobreza es la avaricia, porque el pobre, cuando tiene con qué, disfruta de ello; pero el avariento nunca disfruta.

Yendo en cierta ocasión el Xafeí desde Sanáa hacia la Meca, llevaba consigo diez mil dinares. Le preguntaban si iba a comprar con ellos alguna posesión; pero al llegar a la Meca, hizo levantar su tienda en las afueras de la ciudad, y distribuyó aquellos dineros, entregándolos a puñados a quienes venían a verle.

Al llegar el mediodía, se levantó, se sacudió los vestidos y ya no quedaba nada de los diez mil dinares.

Estando ya a punto de morir, dijo:

— Mandad a Fulano que lave mi cuerpo.

Hallábase ausente a la sazón la persona por él designada, y cuando al regreso de éste lo enteraron del deseo del difunto, pidió que le dieran el libro donde llevaba sus apuntaciones, y halló en él anotadas varias cantidades que debía, por valor de setenta mil dracmas.

Pagó el hombre aquellas deudas, y después dijo:

— Este es el lavado que yo le hago.

Se cuenta que, deseando un individuo poner en un

aprieto a Abdala Benabbás, fué recorriendo a las personas principales de la ciudad, diciéndoles:

— De parte de Benabbás que vayáis hoy a comer a su casa.

Tantos acudieron, que se llenó la casa.

— ¿Qué es esto? — exclamó el dueño al verlos.

Al enterarse de lo ocurrido, dió orden de que se compraran los dulces y trajeran los panes y los manjares que hicieran falta, y resultó un magnífico banquete. Así que terminaron, preguntó el dueño a sus administradores:

— ¿Permite nuestra hacienda hacer otro tanto todos los días?

Dijéronle que sí, y él, entonces, dió orden de que todos aquellos comieran a diario en su casa.

CAPÍTULO XXXII

De la paciencia.

ENTRE las cualidades que sirven de perfección y gala y aun como fundamento para la autoridad real, se halla la paciencia.

Es rienda que gobierna a las demás cualidades: la que asegura la buena fortuna y el éxito; la base en que se apoya toda virtud, y la que atrae sobre nosotros las acciones nobles y generosas.

Dice el Señor: "Tuvieron cumplimiento las bellas promesas hechas por tu Señor a los israelitas, a causa de la perseverancia de que dieron muestras„ [1]. "Solamente los que sufren con paciencia recibirán su recompensa sin tasa„ [2].

Declaran, pues, el Señor y su Profeta, que hay una recompensa señalada para los que cumplen las cargas más duras que la religión impone; pero no existe una fija para los que sufren con resignación, porque para la recompensa de la paciencia no hay medida.

[84] Dice también el Alcorán: "Hemos instituído

1 Alc., VII, 133.
2 Alc., XXXIX, 13.

pontífices de entre ellos, para que los conduzcan con arreglo a nuestros mandatos, después que soportaron pacientemente„ [1].

Algunos opinan que lo que soportaron pacientemente fué la privación de los bienes terrenos; pero Benoyaina entiende que se refiere al acatamiento que prestaron a la autoridad y a él se debió que les nombrara sus jefes.

Y prosigue el Libro de Dios: "Ya sabemos que tu pecho se angustia cuando oyes lo que dicen„ [2]. "Ya sabemos que sus palabras te afligen. No es a ti a quien se acusa de falsedad; los infieles niegan los milagros de Dios„ [3]. "Y oirás a aquellos a quienes fueron concedidas las Sagradas Escrituras antes que a vosotros y a los politeístas, decir muchas inconveniencias„ [4].

Después los exhorta a que sean soportadas tales inconveniencias con estas palabras: "Si sufrís pacientemente y sois temerosos de Dios.....„ [5].

Con la paciencia y el temor de Dios se logra, en efecto, la fortaleza necesaria para arrostrar todo cuanto se presente, porque mediante ellos el alma se somete al cumplimiento de los preceptos, a soportar las contrariedades y a apartarse de las cosas prohibidas y de la rebeldía contra el Señor.

¿No sabes que los habitantes del Paraíso escuchan la voz misteriosa de los ángeles que les grita: "La paz sea

1 Alc., XXXII, 24. Se refiere a los hijos de Israel.

2 Alc., XV, 97.

3 Alc., VI, 33. Estas palabras van dirigidas a Mahoma.

4 Alc., III, 183.

5 Alc., III, 116. Alude a las malas acciones y al odio que los infieles sienten hacia los musulmanes. Termina la frase diciendo: «..... no os podrán perjudicar sus malas artes».

con vosotros por la perseverancia que habéis tenido. ¡Qué agradable recompensa es la estancia en tal mansión!„ [1]

En estas palabras del Libro de Dios se declara que El los ha recompensado con el Paraíso por haber sido perseverantes. Y cuando dice: "..... por la perseverancia que habéis tenido.....„, quiere significar *la perseverancia en obedecer al Señor, absteniéndose de rebelarse contra El.*

También dice el Señor: "Sé indulgente con aquellos que invocan al Señor mañana y tarde.....„ [2], es decir: "Sujeta tu alma.....„

Son indicios de haber alcanzado el divino favor y anuncio de lograr la bienaventuranza, el hecho de soportar resignadamente la desgracia y la conformidad en las aflicciones.

Se cuenta que dijo el Señor a David en una de sus revelaciones:

— ¡Oh, David! El que sufre resignadamente por Nos llegará hasta Nos.

Refiere Sofián haber llegado a sus oídos estas palabras: "Todas las cosas dan sus frutos y el fruto de la perseverancia es el triunfo.„

En el Alcorán se dice: "Fieles creyentes. Sed perseverantes, esforzaos por ser unos más pacientes que los otros, luchad con celo y temed a Dios, para que alcancéis la bienaventuranza„ [3].

Hace, pues, depender la dicha eterna de la perseverancia y el temor de Dios. La perseverancia ha de em-

1 Alc., XIII, 24.
2 Alc., XVIII, 27.
3 Alc., III, 200.

plearse en el cumplimiento de las obligaciones que Dios ha impuesto y en sufrir pacientemente a los enemigos.

La frase *luchad con celo* admite una doble interpretación, pues puede significar *luchad con celo* bien *contra los infieles* o bien *contra la rémora en la práctica de las devociones*.

En apoyo de esta última interpretación se halla la siguiente tradición trasmitida por Abuhoraira:

Preguntó el Profeta a sus acompañantes:

—¿Queréis que os explique de qué modo se reduce ante el Señor la gravedad de los pecados y se realza el rango de las criaturas?

—Sí, Enviado de Dios — le respondieron.

—Pues — prosiguió — practicando escrupulosamente las abluciones siempre que ha habido contaminación, encaminando frecuentemente los pasos hacia la mezquita y procurando que las oraciones hayan de esperar las unas a que las otras terminen.

Es evidente, por tanto, que para esto se recomienda el celo.

En opinión de Alhasán, el texto Alcoránico: "Cuando Dios sometió a prueba a Abraham mediante ciertas palabras y Abraham les dió cumplimiento.....„ [1], se refiere a la prueba de la estrella [2], la cual fué soportada por él, y a la prueba de degollar a su hijo, que también soportó resignadamente.

1 Alc., II, 118.

2 La prueba de la estrella consistió en mostrar el Señor a Abraham una estrella y después sucesivamente la luna y el sol para ver si vacilaba su fe contemplando aquellas maravillas y caía en la tentación de adorar como dioses a los astros. Abraham salió triunfante de la prueba.

El mismo Alcorán nos dice: "Impetrad el auxilio divino mediante la paciencia y las oraciones. El Señor está con quienes sufren pacientemente„ [1].

Empieza, pues, por anteponer la paciencia a la oración, y después añade una manifestación importantísima, cuando declara que está al lado de quienes sufren pacientemente y no dice otro tanto con respecto a los que oran.

Decía el Profeta a los Ansares:

No os quiero escatimar nada de lo que yo considero un bien para mí. Por lo tanto, a quien desee llevar una vida de pureza, que el Señor lo haga un santo; a quien ansíe la riqueza, que El lo enriquezca, y a quien se sienta inclinado a la resignación, que el Señor se la conceda.

A ninguno asignó un beneficio de tan gran magnitud como el de la resignación.

Refiere Benmasud que, con motivo de uno de los repartos efectuados por el Profeta, se permitió decir uno de los Ansares:

— ¡Por Alá!, que en esta distribución no ha procurado atenerse a los designios del Señor.

— Yo — prosigue — dí cuenta de ello al Profeta. Le produjo grandísimo disgusto; se alteró su rostro y se enojó de tal modo, que sentí habérselo hecho saber; pero acabó por decir: "Mayores injusticias que ésta se cometieron contra Moisés y él las sufrió resignado.„

Cuentan que pasó el Profeta junto a una mujer que estaba llorando sobre la sepultura de su hijo, y le dijo:

— Teme a Dios y ten paciencia.

[1] Alc., II, 148.

— Apártate de mí — contestó ella —, que a ti no te ha ocurrido la desgracia que a mí me aflige.

Hicieron saber a la mujer que aquél era el Enviado de Dios, y entonces ella se le presentó, disculpándose de lo que había hecho, por no haberlo conocido, y decía:

— Yo tendré paciencia.

— La paciencia ha de tenerse cuando sobreviene el primer impulso — le replicó el Profeta.

A estas frases se les han dado dos interpretaciones diferentes: Según El Tabiní, esto significa que la resignación digna de loa es la que se experimenta en el momento de acaecer la desgracia, y que aquella mujer la había dejado escapar, reemplazándola con la aflicción. El Cabisí, por su parte, opina que al decir el Profeta "el primer impulso„, se refería al momento en que recomendó a la mujer que tuviera paciencia. Hay en esta tradición una gran enseñanza para todo aquel que pierda la paciencia por sorpresa, inconsciencia o arrebato.

Preguntaron al Profeta en qué consistía la verdadera piedad, y contestó:

— En la resignación y la caridad.

En Sentencias Divulgadas se halla lo siguiente: "Dijo la salud: Yo resido en las tierras de África. — Y yo contigo — añadió el hambre. Dijo la piedad: Yo resido en el país del Hechaz. — Y yo contigo — repuso la resignación. Dijo el poder: Yo resido en el país del Irac. — Y yo contigo — contestó la violencia.„

Has de saber que la precipitación es una torpeza debida al poco talento, y aún es mayor torpeza abandonar el asunto cuando se puede dominar.

Ocurre a los asuntos lo que a las ollas puestas al fuego: si hay en ellas poca agua, hierven con poco fuego; pero si están llenas, no hierven, sino a costa de mucho fuego y largo tiempo.

En el libro de Chauidan Jird, que es un libro como no tienen otro en ningún pueblo extranjero, dice lo siguiente: "Se prohibe al que escucha desmentir al que habla, a no ser que afirme cosas como estas tres, a saber: que el necio tiene paciencia para sufrir las aflicciones; que un hombre de talento aborrece a quien le ha hecho un beneficio, o que una suegra quiere a su nuera."

[**85**] Has de saber que de la perseverancia pueden hacerse diferentes clasificaciones. Una de ellas establece la distinción entre perseverancia para aquello que al hombre reporta utilidad y para lo que no le reporta utilidad alguna. La primera, a su vez, es de dos especies, a saber: la perseverancia en la práctica de lo que el Señor ordena y en la abstención de lo que prohibe.

La segunda, o sea la perseverancia en aquello que al hombre no reporta ninguna utilidad, consiste, por ejemplo, en soportar resignadamente las contrariedades que sobrevengan en virtud de las divinas determinaciones, por dolorosas que sean.

Admite, además, la perseverancia otra clasificación, en virtud de la cual resultan las cuatro especies siguientes: La primera y más importante de todas, perseverancia para cumplir los preceptos del Señor y abstenerse de sus prohibiciones; la segunda, consiste en sufrir resignadamente si escapó la ocasión de lograr lo que nos produce contento, o ha llegado el momento de soportar lo que nos causa dolor; la tercera, en esperar pacientemente la

llegada de la cosa deseada, cuyo advenimiento se anhela, o del acontecimiento desagradable, cuya realización nos asusta, y la cuarta, en soportar con resignación las contrariedades que sobrevienen y los acontecimientos terroríficos que tienen lugar.

Todas estas especies de paciencia han sido siempre encomiadas en todas las lenguas, en todas las religiones y por todos los pueblos, así creyentes como impíos.

Dijo Actsam, hijo de Saifí:
— El que tiene constancia triunfa.

Dijo Alí, hijo de Abutálib:
— Es la constancia una cabalgadura a la que no detiene ningún tropiezo, y la conformidad con lo que poseemos, una espada que no se embota.

Dijo Ardaxir:
— El perseverar es conseguir.

Afirma el Profeta que la resignación es una luz que nos alumbra, proporcionándonos el consuelo; un velo que se echa sobre nuestras aflicciones y un auxiliar poderoso en los casos graves.

Según Benabbás, la calma es el instrumento más útil en los momentos difíciles.

Decía Abdelhamid, el Secretario, que no había oído nada tan admirable como las siguientes palabras de Omar, hijo de Aljatab: "Si fuesen la paciencia y el agradecimiento dos cabalgaduras, me sería indiferente montar en cualquiera de las dos.„

Asegura un filósofo que con la paciencia para soportar los sucesos adversos se logra ser feliz.

Dice Benalmocafáa en su libro *La perla solitaria:*

— Hay dos clases de paciencia, porque la gente ruin sólo sufre corporalmente, mientras que los hombres dignos sufren padecimientos de espíritu. Y la paciencia que hace digno de loa al que la posee no es la que consiste en la resistencia física para soportar la fatiga corporal y los trabajos, porque ésta es una cualidad propia de los asnos, sino la que consiste en sobreponerse a las inclinaciones del alma, en sufrir resignadamente las contrariedades que los negocios de la vida nos proporcionan y en reprimir los temores que nos inspira el afán de la propia conservación.

En Sentencias Divulgadas se halla lo siguiente: "Quien quiera prolongar su vida, que apreste contra las contrariedades un corazón sufrido.„

Dice Buzurchomihr:

— No he visto auxiliar como la paciencia contra las vicisitudes de la fortuna, ni nada que tanto humille al envidioso, como las atenciones de que se le hace objeto; ni cosa que tanto beneficie a la propia estimación, como abstenerse de chanzas; ni cosa que atraiga la odiosidad, como la presunción; ni nada que eche por tierra el prestigio, como el recurrir a las bromas cuando se requiere la seriedad.

En virtud de la primera especie de paciencia que hemos mencionado, esto es, la que consiste en perseverar en la fiel observancia de los preceptos del Señor y en la

abstención de sus prohibiciones, tiene lugar el exacto cumplimiento de las obligaciones que la divina ley nos ha impuesto y la perfecta ejecución de cuanto la tradición religiosa prescribe. A esta clase de paciencia se refieren las palabras del Señor, que dicen: "Solamente recibirán su paga sin tasa los que sean perseverantes„ [1].

Y a ella también se refería Alí, hijo de Abutálib, cuando decía que la perseverancia, respecto de ia piedad, es como la cabeza para el cuerpo.

En opinión de el Chonaid, el apartarse de los bienes mundanos es cosa muy fácil para el ferviente devoto; el retirarse del trato de las gentes por consideración a Dios, ya es más costoso; el alejarse de las inclinaciones del alma, para más acercarse a Dios, causa gran violencia, y el perseverar en el servicio de Dios, es muy duro.

Le preguntaron qué era la resignación, y respondió:

— Beber a sorbos una pócima amarga, sin que en el rostro se adviertan señales de desagrado.

Leía Habib, hijo de Abuhabib, el versículo del Alcorán que dice: "Lo hemos encontrado resignado. ¡Qué excelente servidor es! Sólo desea volver a Dios„ [2].

Y exclamó llorando:

— ¡Qué cosa más admirable! Fué favorecido y encima elogiado.

Según el Jauguás, una de las formas de la paciencia es el perseverar en el cumplimiento de las prescripciones del Alcorán y de la Sunna.

1 Alc., XXXIX, 13.
2 Alc., XXXVIII, 43, 44. Se refiere a Job.

Afirma Abdelguáhid, hijo de Zaid, que a quien se propone perseverar en la obediencia de Dios, Dios le concede la resistencia y las energías necesarias para realizarlo; y a quien se decide a perseverar en la abstención de la rebeldía contra el Señor, el Señor le ayuda y lo protege contra ella.

Pidió Omar, hijo de Abdelaziz, a Alcásim, hijo de Mohámed, que le hiciera algunas advertencias útiles, y le dijo así:

— Sé constante, siempre que el caso lo requiera.

En opinión de Alhasán, son dos las especies de paciencia, a saber: la que sirve para soportar las desgracias, y la que se necesita para abstenerse de incurrir en las prohibiciones del Señor. Esta es la más meritoria de las dos.

Es la perseverancia una consecuencia del temor y de la esperanza. En efecto: quien teme algo, persiste en sus esfuerzos para escapar de lo que le infunde temor, y persevera en su aversión hacia aquello de cuyos daños trata de librarse. Y el que espera alguna cosa, persevera en buscarla para conseguirla.

Por medio de la segunda especie de paciencia, o sea la que consiste en sufrir resignadamente si ha escapado la ocasión de lograr lo que nos produce satisfacción y en soportar con serenidad los reveses que se presenten, se anticipa el consuelo y se gana una recompensa. En efecto: cuando se sufre pacientemente, cumpliendo con ello los mandatos del Señor, se experimenta gran consuelo y se asegura con ello el premio que el Señor tiene prome-

tido; mientras que, al no revestirse de conformidad, se padece el disgusto y el castigo de la desobediencia.

Dijo Alí, hijo de Abutálib, a Aláxats, hijo de Cais:

— Si te afliges, serás compadecido, y si sufres resignadamente, te recompensará el Señor con algo que reemplazará a tu hijo perdido. Si sufres con paciencia, se cumple lo que Dios ha dispuesto y te ganas un premio; en cambio, si te afliges, no por eso deja de cumplirse lo que está decretado en contra tuya, y tú cargas con una culpa.

Del citado caso da cuenta Abutemam en los siguientes versos:

«Dijo Alí, para consolar a Aláxats,
temiendo que llegara a incurrir en pecado:
¿Soportarás la desgracia con paciencia y con juicio,
para hacerte acreedor al premio, o no habrá para ti más lenitivo que
[el adecuado a las bestias?
[86] Se nos ha hecho hombres para que nos resignemos y nos consolemos,
porque los días que vivimos son de llanto y de duelo.»

Decía Omar, hijo de Aljatab, a un individuo:

— Si sufres con paciencia, se cumple lo dispuesto por el Señor, y tú recibes un premio, y si te afliges, también se cumple su divino mandato, y tú te haces culpable.

Decía Alhasán:

— ¡Por Alá! Si se nos impusiera la obligación de estar afligidos, no la soportaríamos. Demos, pues, gracias a Dios por haber señalado un premio para una cosa que, si nos la prohibiera, no dejaríamos de practicarla. Por esto afirman los filósofos que la aflicción es más penosa que la resignación, porque la primera lleva en sí dolor y pecado merecedor de castigo, y la segunda, consuelo y recom-

pensa. Si se diera forma sensible a la resignación y a la aflicción, ofrecería la primera más bello aspecto y calidad más excelente, siendo el aspecto de la segunda más desagradable y su calidad más deficiente. Sería, por tanto, la resignación, la predominante sobre la otra, por su mejor traza y superior condición.

Decía un sabio:

— Si los hombres caen en poder de la aflicción, busquen contra ella un refugio en la resignación.

Dijo Xabib, hijo de Xaiba, al Mahdí:

— La conformidad está especialmente indicada en el hombre para soportar aquello de que no puede librarse. Y le recitó este verso:

«Cuando te ocurra una desgracia, súfrela con resignación,
porque es muy penosa la desgracia para quien no la soporta resignado.»

Dijo otro:

«Has cambiado un premio por algo que está por venir; mas no suceda
que esto no llegue y te hayas quedado sin premio.»

Afirma un filósofo que entre gentes de recto vivir, no se halla quien se deje llevar de la aflicción por la pérdida de cosa alguna, ni quien se entregue a excesos de alegría, por haber logrado lo que pretendía.

Dice el Sabio:

— Si te afliges por haber perdido lo que tenías en tu poder, también debes afligirte por la falta de lo que nunca has tenido. El que se persuade de que aquello que se pierde es que se debe perder, encuentra en ello un gran consuelo, si llega el caso.

Dice el poeta:

«Cuando se suceden para el afligido los días de su padecer,
lo reviste de fortaleza su inextinguible resignación.
No hay duda de que son plausibles los resultados de la paciencia,
mas para ella gasto mi vida.»

Decía uno de los antepasados:

— Hay que ser perseverante en cuatro cosas, a saber: en el deseo, en el temor, en la renuncia y en la espera, porque quien persevera en el deseo de alcanzar la gloria eterna, se sustrae al influjo de las pasiones; quien no cesa de sentir el temor del infierno, se aleja de lo que no le está permitido; el que en todo momento experimenta el desprecio de las cosas del mundo, no se aflige por las contrariedades, y el que siempre está esperando la llegada de la muerte, reduce el número de sus pecados.

Con la tercera especie de paciencia, o sea la que consiste en aguardar con calma la llegada de la cosa deseada que se espera, y en esperar resignadamente el advenimiento del suceso temible que nos asusta, unida a la afabilidad en el trato, se evitan contratiempos que se temían y se alcanzan provechos que se esperaban.

Afirma el Profeta que el esperar resignadamente a que Dios envíe el consuelo es un acto piadoso.

Dice Mohámed, hijo de Baxir:

«Para cuando se cierran los caminos que conducen al logro de las cosas,
es la perseverancia una llave que abre todo lo que está obstruído.
No flaqueen tus esperanzas por largo esfuerzo que neeesites para lograrlo:
si pides ayuda a la constancia, verás llegar la alegría.
Aquel que posee constancia, alcanza con justicia cuanto necesita;
al llamar reiteradamente a una puerta, se obliga a que respondan.»

Contó un narrador que, dando vueltas por entre las ruinas de una ciudad llamada Dafar, vió la siguiente inscripción sobre el muro de un palacio derruído:

«¡Oh, tú, a quien agobian los cuidados y las preocupaciones
porque han cambiado tu situación el destino y la fortuna!
¿Es que no has oído lo que se dice para estos casos
cuando sobreviene la desesperación? ¿Pues dónde están Dios y la predestinación?
Y asimismo, cuando en los casos difíciles surgen complicaciones,
ten paciencia, pues hay quien se ha salvado por haber sufrido pacientemente.
Tras de todo agobio viene después la holgura,
y tras del violento fracaso sobreviene el triunfo.»

Debajo de esto, y escrito en letra diferente, decía:

"Si todo el que tiene paciencia hubiese de triunfar, yo sería paciente; pero encuentro que la paciencia gasta la vida del hombre vivo de genio y lo acerca al sepulcro; lo mejor para el hombre de entendimiento sería haber muerto cuando aún era niño.„

A esto replico yo que, si hubiese visto aquella inscripción, habría escrito debajo lo siguiente: "Con la resignación se anticipa el alivio del pesar, entra la confianza de que llegará el consuelo, se piensa bien de Dios y se consigue una recompensa sin tasa, mientras que con la impaciencia se hace más vivo el disgusto, se extenúa el cuerpo, se sufre el pesar del fracaso, se piensa mal de Dios y se incurre en el pecado y en sus consecuencias. ¡Cuánto bien le atrae al hombre sensato el evitar todas estas cosas!„

Decía un hombre muy eminente:

— Quien persevera, logra su propósito, y el que es agradecido, defiende su propio bienestar.

Dijo un poeta:

«Es la paciencia llave de todo lo bueno,
con la que fácilmente se sobrellevan los males.
[87] Persevera, aunque sea durante largas noches,
pues, por lo común, es el tardo el que logra el éxito.
Y a veces se alcanza con la constancia
algo acerca de lo cual se había dicho: «¡Déjalo, que no puede ser!»

Dijo Omar, hijo de Abdelaziz, que cuando el Señor priva a cualquiera de sus siervos de algún bien que le hubiese otorgado, si le concede, en cambio, la paciencia necesaria para soportar tal privación, esto tiene para él mucha más valía que cualquier cosa que le hubiese arrebatado. Y recitó: "Nadie más que los que sufren resignadamente recibirán una recompensa sin tasa„ [1].

Cuentan que tenía Alí una esclava dedicada a hacer recados, y siempre que la muchacha salía a la calle, un sastre que había cerca de la casa de Alí, poníase ante ella, y le decía:

— ¡Por Alá!, que, después de El, eres tú lo que yo más quiero.

Como aquello se repitiera varias veces, la muchacha se quejó a Alí, y éste le dijo:

— Cuando te lo diga otra vez, contéstale: "¡Por Alá! Yo también te amo. ¿Qué es lo que deseas?„

Volvió el sastre a decirle lo de siempre, y ella le respondió:

— Y yo, ¡por Alá!, te amo a la par de El.

Entonces él replicó:

— Espera con paciencia, que yo también esperaré

[1] Alc., XXXIX, 13.

hasta que se cumpla aquello de: "..... los que sufren con paciencia, recibirán una recompensa sin tasa.„

Al volver la esclava a la casa enteró de lo ocurrido a su señor.

Este mandó llamar al sastre, y en premio de la corrección con que se había conducido, le regaló la esclava y una cantidad de dinero para ayudarle a vivir.

Entre los pensamientos de Alí, se hallan los siguientes:

"La perseverancia es garantía del éxito, y la confianza en Dios no la excluye.„

"El hombre inteligente no se abate a la primera contrariedad, ni se alegra porque empieza a prosperar.„

"Se dice que la perseverancia es la salvación, y la inconstancia, el arrepentimiento.„

La cuarta especie de paciencia consiste en sufrir con calma las contrariedades y los sucesos adversos de que somos víctimas. Mediante ella se abren caminos al discurso y se previene la defensa contra las maquinaciones de los enemigos.

Ya dice el Alcorán: "Y se cumplieron las hermosas promesas del Señor a los hijos de Israel, por la paciencia que éstos tuvieron„ [1]. Y añade: "Ten resignación, y ésta sólo la tendrás con la ayuda del Señor„ [2]. Dice además: "Soporta pacientemente cuanto te sobrevenga, porque éste es el medio de solucionar los asuntos„ [3].

Refiere Benabbás que dijo el Profeta:

1 Alc., VII, 133.
2 Alc., XVI, 128.
3 Alc., XXXI, 16.

— Si te es posible realizar tus actos para con Dios, con la satisfacción que la evidencia de haberlos realizado te proporciona, hazlo; y si no puedes realizarlos a gusto, súfrete, porque de sufrir con paciencia las cosas que nos desagradan, resultan muchos bienes. Y has de saber que el triunfo va con la perseverancia; el consuelo, con la aflicción, y la riqueza, con la pobreza.

De Alí son las siguientes frases:

— Es la paciencia una defensa contra las mudanzas de la fortuna, y el arrebato, uno de los auxiliares de la adversidad.

Dice el filósofo:

— Con la llave de la paciencia perseverante se abren las cerraduras que dificultan los asuntos.

Recitó uno los versos siguientes:

«Solamente me hallo desazonado cuando temo alguna cosa;
pues cuando ya ha sucedido, ¿para qué la desazón?»

Hacía ya quince años que estaba prisionero Abuayub, y después de agotados todos los medios de alcanzar la libertad y habérsele acabado la paciencia, escribió a uno de sus amigos lamentándose de lo mucho que duraba su encierro y de que su paciencia se agotaba, y el amigo le contestó lo siguiente:

«Con resignación, Abuayub, una resignación digna;
pues si tú no eres capaz de afrontar las situaciones difíciles, ¿quién lo va a ser?
El que ha tramado esto en que te hallas envuelto,
este tejido de contrariedades, es Quien puede desatarlo.
Con resignación, porque tras ella viene la tranquilidad,
y quizá llegue el tiempo de disfrutarla.»

Al leer aquello, le escribió Abuayub:

«Me exhortas a tener resignación y me das saludables consejos. Todo lo
[atiendo;
y, en cuanto a la tranquilidad, digo que seguramente, no que quizá
[sobrevendrá.
Y hará cesar las contrariedades El que dispuso que tuvieran lugar;
¡gran veneración merece, pues tiene el poder de deshacerlas!»

Apenas habían trascurrido algunos días después de aquello, cuando fué puesto en libertad con todos los honores.

Compuso Temim, hijo de el Moiz, los siguientes versos:

«Callaré por resignación y por cálculo, porque yo
considero la resignación como una espada que no falla.
Ya me guardaré de lamentarme a nadie de que
me aflige algún mal, si aquel a quien me quejo también sufre.
Porque el que se queja a quien de nada ha de servirle,
y se desprende de lo que tiene en su alma, es un necio.»

Son muy citados los versos siguientes:

«Deja que el destino cumpla sus decretos
y realice sus extraños designios.
No te preocupes de quién dirige los asuntos,
y deja a la fortuna con sus mudanzas.
Porque compadecerás a quien envidiabas,
admirándote de la horrible situación a que ha venido a parar.»

Me recitó otro:

«Me abstengo de lamentarme a otro de que
soy desgraciado, porque él es otro desgraciado como yo.
[88] Y me abstengo de quejarme a Dios, porque El
sabe lo que me ha enviado, antes que yo se lo diga.»

Dijo otro:

«Si te aflige alguna calamidad, teme a Dios y confórmate con ella,
porque El es quien hace aparecer las calamidades.
La desesperación acaba a veces con quien la experimenta;
no te desesperes, porque el autor de todo es Dios.
Cuando El dispone una cosa, sométete a sus decretos,
pues no hay para el hombre medio de evitar lo que Dios ha mandado.»

La raíz árabe de que se deriva la palabra *paciencia*, adoptando diferentes tipos gramaticales, da lugar a la formación de las palabras, que significan, respectivamente: *el que sufre pacientemente un daño*, *el que es paciente de condición*, *el que practica la paciencia por hábito* y *el que se esfuerza por ser paciente.*

Este último es el que, por consideración al Señor, procura soportar resignadamente los contratiempos; pero a veces le es imposible lograrlo, y otras lo consigue. El que sufre pacientemente un daño es el que, hallándose bajo la acción del dolor, no se queja ni flaquea. El que posee el hábito de la paciencia es aquel que, aunque le sobrevenga todo género de calamidades y contratiempos, su rostro no lo manifiesta, aun cuando se altere su aspecto exterior y cambie la expresión sonriente y el gesto habitual.

A éste le son aplicables las siguientes palabras del poeta:

..... aquel que, cuando sufre, pide ayuda a su paciencia,
gritándole en medio del sufrimiento: ¡Paciencia mía, resiste!»

Hállase en la precedente estancia lo que puede estimarse como lo más importante y lo más hermoso que se ha dicho a propósito de la paciencia.

Parecido a esto es lo que dijo aquel otro:

«Resisto días y días con una resignación que ha quebrantado mi ser,
hasta que el destino disponga que no sea penoso el dolor de la resig-
[nación.»

Y se llama, por último, hombre paciente de condición, al que resiste con firmeza en todos los casos de paciencia que se han indicado.

Cuentan que el Señor dijo a David, en una revelación:

— Adopta mis cualidades, entre las cuales se halla la de que soy paciente.

Dicen que el sufrir en favor de Dios, es sentir temor hacia El; el sufrir por causa suya, una muestra de veneración; el sufrir lo que El envía, afrontar una prueba, y el sufrir distanciado de El, hallarse en una horrible situación.

Dice un autor:

«Si todas las cosas sirven de juego a los hombres,
yo he visto al amor jugar con ellos.
¿Cuál será el sufrimiento de los que se desligan de mí completamente,
como la mano derecha está separada de la izquierda?»

Afirma el Mohasibí que la perseverancia y la resignación dan idea de lo que es el estado de la bienaventuranza, porque cuando el Señor da a conocer, a quien practica tales virtudes, algo de lo que ocurre en la vida ultraterrena y le explica cuál es el rango que junto a El ocupan los que sufren resignadamente, el corazón del perseverante se inunda del goce que experimentan los bienaventurados.

Según Abumohámed el Charirí, la resignación consiste en que no establezcas diferencia entre una situación feliz y una infortunada, manteniéndose la voluntad indiferente con respecto a una y otra. Y la paciencia, en hallar descanso en la aflicción, sintiendo cariño hacia ella.

Gracias a mi resignación no he despertado tu pena mientras yo sufría,
pues he ocultado de ti, en lugar secreto, lo que me ocurría.
Por temor de que el fondo de mi ser se lamentara de mi intenso sentir
ante mis lágrimas y éstas corrieran sin yo darme cuenta.»

Preguntaron al Mohasibí en qué casos estaba el hombre obligado a soportar pacientemente sus sufrimientos, y contestó:

— Siempre que sepas que tu resignación es grata al Señor. ¿Es que no has oído aquellas palabras del sabio, que dicen:

«Me hallo complacido, cuando el disgusto que
sufro sirve de complacencia a quien lo ha dispuesto»?

En la misma idea se inspiran estos otros versos:

«Tendré paciencia, para que estés satisfecho, aunque yo perezca de pena;
mi afán es complacerte, aunque el sufrimiento acabe conmigo.»

Dijo mi maestro:

— Más penoso es para ti el dolor de las personas queridas que el tuyo propio, pues cuando sobrevinieron a Job tantas calamidades, se limitó a decir: "La desgracia va conmigo„, y en cambio, Jacob, cuando ocurrió la desgracia a quien él quería, exclamó: "¡Oh, qué pena siento por José!„

Refiere Ahmed que le preguntó Abusuleimán el Daraní:

— ¿Sabes por qué no producen mal efecto a las personas sensatas las injurias de quienes los ofenden?

— No — respondió.

— Pues — prosiguió — porque como saben que aquello es una prueba a que Dios los somete, la soportan pacientemente.

Se cuenta que dijo el Señor a un profeta en una revelación:

— Cuando sobreviene a alguno de mis siervos una tribulación y pide mi ayuda contra ella, no soy remiso para escucharlo, y al exponerme sus quejas, le contesto: "Siervo mío. Tendré misericordia de ti, porque ya tienes motivo para que te compadezca.„

Hay quienes opinan que las palabras del Señor: "..... espera con hermosa paciencia.....„ [1] quieren dar a entender *sufrir sin lamentarse ni hacer demostraciones de sufrimiento.*

Afirma Anas que no tiene resignación el que hace ostentación de ella.

Y Omar, hijo de Aljatab, dijo:

— No prodiguéis vuestras lágrimas con motivo de los recuerdos.

Escribió un poeta:

..... y no se desecha la aflicción lo mismo que los recuerdos.

[1] Alc., LXX, 5.

Contribuye a acrecentar la pena el recordar alegrías que pasaron o pesares sufridos y el mucho quejarse y lamentarse.

Dice el poeta:

«No insistas en tus quejas al amigo
y dirígelas al Criador, no a la criatura,
porque un ahogado no salva a otro.»

En Sentencias Divulgadas, dice: "El sufrir una pena con resignación enaltece el dolor de la pena y el esfuerzo realizado para soportarla resignadamente.„

Has de saber que muy pocos de los que soportan pacientemente la adversidad dejan de lograr el consuelo que su esperanza les prometía.

Es conveniente a todo el que sufre alguna tribulación o se halla en una situación angustiosa, esforzarse porque su alma la encuentre llevadera, y no dejar de meditar sobre ciertas cosas, acerca de las cuales tiene evidencia cierta, como son: que la muerte ha de llegar indefectiblemente; que las alegrías tienen un término; que morar en el mundo es lo mismo que no morar en parte alguna; que solamente atesora para el mundo el que no tiene entendimiento; [89] se crea enemigos por su causa quien está falto de saber; lo ambiciona el que carece del conocimiento de la ciencia divina, y para él trabaja el que no tiene fe.

Al que está sano, lo enferma el mundo; al enfermo, le acrecienta sus males; el que carece de sus bienes, vive apenado, y el que los posee en abundancia, se hace pecador. De los bienes mundanos que lícitamente se gozan, hay que dar estrecha cuenta; por disfrutar de

aquellos cuyo goce está prohibido, sobrevienen horribles castigos, y por aprovecharse de lo que se duda si es lícito o ilícito, se incurre en el vituperio. No hay en el mundo bien que perdure ni mal que sea eterno, ni criatura alguna ha de permanecer en él para siempre. Por tanto, si el que sufre se lo representa en su verdadero ser, encuentra fácilmente soportables todos los contratiempos, y no concede importancia alguna a las desgracias.

Dice el poeta:

«La persona de buen sentido se considera como si estuviera
bajo el peso de la desgracia, aun antes que le ocurra.
Y así, si sobreviene inopinadamente, no le causa espanto,
porque ya había en él algo semejante.
Si bien se considera, todas las cosas tienen su término;
haz tú como si el fin de la desgracia se hallara en el punto donde comienza.»

Dijo un filósofo:

— Al que se previene, no lo cogen descuidado; el que está prevenido, no teme; el que espera que le ha de ocurrir algo, no se encuentra dolorosamente sorprendido cuando aquello acaece; el que no tiene en cuenta las advertencias que repetidas veces hemos hecho a propósito de la condición de los bienes terrenos y de lo efímero de sus goces, del alojamiento en los sepulcros bajo capas de tierra y losas de piedra, de la separación de los seres queridos y del abandono de propios y extraños, a éste lo ponen las vicisitudes de la vida a punto de perecer, lo despojan de la resignación y se duplica la intensidad de su pena.

Dice Benarrumí:

«Hay que luchar contra la desgracia, sin que las fuerzas decaigan,
porque si decaen, ya no hay lucha posible.»

Recitó otro:

«Tan habituado estoy al dolor, que me he familiarizado con él;
una hermosa resignación me permite soportarlo pacientemente.
Es bastante amplio mi pecho para dar cabida a los pesares, por muchos que [sean,
aunque a veces esté a punto de estallar de pena.
Lo mejor para mí es no fundar esperanza alguna en las gentes,
pues bien sé que las obras de Dios tienen lugar sin que yo me entere de [ello.»

Compuso un beduíno los versos siguientes:

«Consuélate, que la resignación es un ornato del hombre bueno
y contra las vicisitudes del tiempo no caben lamentaciones.
Y aunque de algo sirviera que el hombre exteriorizara su pena
por causa de la desgracia, o de algo aprovechara el desprendimiento,
Sería el consolarse ante cualquier infortunio
o cualquier calamidad, más digno y más meritorio para el hombre bien [nacido.
¿Pues qué ha de hacerse, no pudiendo nadie escapar de la muerte
y careciendo el hombre de medios para librarse de lo que Dios dispone?
Si los días se suceden para nosotros con alternativas
de miserias y bienestar, y los acontecimientos han de tener lugar,
No ablandes la bien templada lanza
ni nos rebajes, obligándonos a hacer lo que no se debe.
Antes bien, hagamos de nuestra alma un alma digna
que soporte aun lo que no cabe soportar.
Guardemos, con el favor de Dios, nuestras almas de nosotros mismos,
y así, las desgracias que aniquilan a los demás, a nosotros nos con- [fortarán.»

CAPÍTULO XXXIII

De la conveniencia de guardar los secretos.

CUENTA el Señor, en la parte del Alcorán que trata de Jacob, que éste hizo a su hijo la siguiente recomendación: "No refieras, hijo mío, a tus hermanos el sueño que has tenido, porque urdirán alguna asechanza contra ti„ [1]. Pero José contó lo que había soñado en presencia de una de las mujeres de Jacob, la cual lo hizo saber a sus hermanos, y por esta causa ocurrió a José lo que ya se sabe.

Y en la Tradición se dice: "Utilizad reservadamente los medios de que disponéis para la satisfacción de vuestras necesidades, porque la envidia se ceba en todo el que disfruta de bienestar.„

Has de saber que la reserva de los secretos es, para el común de las gentes, una cualidad digna de loa: para los reyes, uno de los deberes más imperiosos, y obligación rigurosa para los ministros, consejeros y demás funcionarios.

Dijo Alí:

— Tu secreto es un esclavo tuyo; pero si lo dices, te haces tú esclavo de él.

[1] Alc., XII, 5.

Sabe que quienes guardan secretos han de poner mayor interés en negarlos y en dificultar su hallazgo que quienes guardan dineros.

Resulta más fácil guardar dineros que secretos, porque los primeros se ponen en lugares bien resguardados con puertas y candados, mientras que los secretos se guardan en un sitio abierto, y están para divulgarlos una lengua, cuya misión es hablar, y unas palabras, que rápidamente se deslizan.

Más gravoso es el cargo de guardar secretos que el de guardar dineros.

El hombre es capaz de soportar desahogadamente grandes pesos, de cargárselos, de caminar con ellos encima y de trasportarlos de un lado para otro y no es capaz de guardar un secreto.

Esto sucede porque desde el momento que penetra el secreto en su corazón, le sobreviene una zozobra y un agobio mayor que el que le produce el peso, y así que lo revela, descansa su corazón y se calma su inquietud, como si se hubiese quitado de encima una montaña.

Decía Omar, hijo de Abdelaziz:

— Son los corazones unas arcas que tienen por cerradura los labios y [90] por llave la lengua. Guarden mucho todos los hombres la llave de sus secretos.

Es un hecho curioso que para todas las cosas que se guardan, cuanto mayor es la cantidad que de ellas hay encerrada, más se refuerzan las cerraduras; en cambio, tratándose de los secretos, cuanto mayor es el número que de ellos se guarda, son menos fuertes las cerraduras que para retenerlos se necesitan.

Cuántas veces es la revelación de un secreto causa de

que maten al que lo posee, y cuántas veces le impide llevar a cabo los planes mejor trazados, cuando si lo hubiese callado, se habría evitado todo contratiempo.

Ya dijo Anuxiruán que quien guarda un secreto consigue con ello dos cosas: realizar sus propósitos y evitarse contratiempos.

Hacía un filósofo la siguiente recomendación: "No dejes pasar más allá de tus fauces el secreto de que depende tu vida, porque en el momento que lo digas, tú mismo has derramado tu sangre.„

Sintiéndose enfermo Otsmán Benafán, mandó a un secretario que tenía, llamado Homrán, que extendiese el nombramiento de sucesor suyo a favor de Abderrahmán Benauf.

El secretario se fué a pedir albricias a Abderrahmán, y éste le dijo.

— Concedidas las tienes. ¿Por qué es?

Le explicó lo que pasaba y Abderrahmán fué a contárselo a Otsmán.

Este exclamó:

— Yo prometo a Dios, que Homrán no residirá jamás donde yo esté.

Y lo desterró a Basora, donde permaneció hasta que Otsmán fué asesinado.

Para demostrar los hombres su buena calidad es preciso que sepan guardar los secretos, porque si no es buena la vasija que no retiene lo que se echa en ella, tampoco es bueno un hombre que no reserva sus secretos.

Cuentan que al acabar de revelar un secreto un hombre a otro, le preguntó el primero:

— ¿Te has enterado bien?

— No — respondió —; nada sé.

— ¿Pero te acuerdas?

— No; se me ha olvidado.

Preguntaron a uno:

— ¿De qué modo guardas tú los secretos?

— Pues — contestó — se los niego al que me los ha contado, y con juramento a quien me los pregunta.

Dijo un poeta:

«Si hubiera podido ocultar de mí mismo las noticias y
secretos guardados en el espacio que circundan mis costillas,
Sería yo quien primero habría olvidado sus secretos,
aquel día en que se me ocurrió divulgarlos.»

Decía mi maestro que lo más hermoso que había oído referente a los secretos fueron estos versos, que le recitó un letrado de Basora:

«Tiene secretos encerrados en el fondo de su conciencia, de tal modo,
que hasta la conciencia se ha olvidado de que se hallan envueltos entre
sus pliegues.»

Un pensamiento análogo encierran los siguientes:

«Oculto a mis sentidos el lugar donde deposito mis secretos,
por temor de que el sentimiento los declare.
Temo que el alma, dominada por la emoción, los divulgue,
y por eso los deposito allí donde el alma no puede llegar.»

Refiere el Otbí que confió Moauía, en secreto, una noticia a Otsmán, hijo de Ambasa, y que éste dijo a su padre:

— El Príncipe de los Creyentes me ha comunicado en secreto una noticia. ¿Quieres que te la cuente?

— No — respondió el padre — , porque el que ocul-

ta un secreto manda en él, y quien lo revela queda a merced del secreto. No te hagas, por tanto, siervo, siendo señor.

— Pero, padre — insistió — , ¿será eso así, tratándose de nuestro propio padre?

— No, hijo mío — respondió — . Pero, no obstante, me repugna que degrades tu lengua revelando un secreto.

Contó Otsmán a Moauía lo ocurrido, y éste le replicó:

— Te ha libertado mi hermano de la esclavitud del pecado.

Preguntaron a un rey:

— ¿Qué es lo más difícil para el hombre?

Y contestó:

— Conocerse a sí mismo y guardar los secretos.

Dice Cais, hijo del Hatim:

«Excelente para ocultar aquello que al país concierne,
 seré un avaro para guardar tus secretos de quien me pregunte.
Cuando un secreto pasa de entre dos
 ya está divulgado, y la multitud de detractores es un horno abrasador.
Y puesto que un secreto puede ser la ruina de las gentes,
 yo los retengo; soy para los secretos del amigo fiel depositario.
Tiene en mí el secreto, cuando ya lo he guardado,
 un lugar seguro en lo más profundo de mi pecho.»

Según explica mi maestro, las gentes entienden que *los dos* a que se alude en los versos precedentes, son el que deposita el secreto y el que de él se hace cargo; pero no es así, sino que se refieren a *los dos labios*.

Se dice que no hay nadie tan sufrido como el que

tiene suficiente fuerza de voluntad para no revelar un secreto, y lo oculta de su amigo, por si después llegara a ser su enemigo.

En una de las tradiciones que se conservan del Profeta, consta que éste dijo:

— Cuando un hombre da a otro cuenta de una cosa, en el momento que se separan, aquello que le ha dicho es un depósito confiado a su custodia.

Y añade que, siendo un depósito, está prohibido cometer con él infidelidades, lo mismo que si se tratara de un depósito de dineros.

Dijo Abubéquer, hijo de Házam, que cuando dos se juntan, sólo deben tratar de la fidelidad al Señor, y a ninguno de los dos le está permitido manifestar al otro nada que sea para contrariarle.

Afirma Hixem Benorúa que no disminuye en el hombre la lealtad, sin que disminuya también la piedad.

Dice Cháfar, hijo de Otsmán:

«¡Oh, tú, que me has confiado tu secreto,
no esperes volverlo a oír de mí.
Jamás lo haré llegar a mi memoria;
es como si no hubiese pasado por mi oído.»

Decía Amrú Benalás:

— No descubro mi secreto a ningún hombre, pues si luego me lo comunica él a mí, le reprocho que lo haga, porque con ello da motivo a que mi pecho se angustie todavía más.

Según afirma [91] Aláhnaf, hijo de Cais, hay personas a quienes de tal manera agobian los secretos que guardan encerrados en su pecho, que los revelan a otros, encargándoles que no se los vuelvan a comunicar.

En Sentencias Divulgadas se dice lo siguiente: "Guarda tú mismo los secretos, y no los confíes ni a un hombre íntegro, porque le harías caer en falta; ni a un necio, porque te haría traición.„

Recitó uno estos versos:

«Si los secretos agobian el pecho del hombre a quien pertenecen
aún más agobian el de aquel a quien se comunican.»

En Sentencias Divulgadas se hallan estas frases: "El que divulga su secreto aumenta el número de las personas que tienen dominio sobre él.„

Dijo el poeta:

«Tu secreto es tal secreto, mientras lo posee un solo hombre;
porque un secreto entre tres ya no está oculto.»

Otro dijo:

«No hables de tus secretos, porque todo secreto,
si pasan de dos los que lo saben, ya está divulgado.»

Y otro, añade:

«¿Conque revelas tu secreto porque te hallas abrumado con él
y quieres que otro te lo guarde?.....
El guardarte tú mismo de las cosas que temes
o de aquellas que tratas de evitar es lo más seguro,
Si porque divulga tu secreto el que de él está enterado
lo reprochas, más que él mereces tú ser reprochado.»

Otro dice:

«Si porque angustiaba a tu pecho retener una noticia
la comunicaste a otra persona, ¿a quién has de culpar?
Si yo reprendo a quien divulga las noticias
y secretos que yo poseía, el digno de reprensión soy yo.»

Dice el Sabio:

— No des cuenta al amigo de aquello que ocultarías al enemigo. Mas si te ves obligado a hacerlo, porque lo exige la estrecha relación que te une con el que participa de tus negocios, o para pedir parecer al consejero leal, ten presente que aquel a quien confíes tu secreto debe ser persona discreta, piadosa, leal y digna, porque estas cualidades le hacen abstenerse de divulgarlo. Pero es más difícil encontrar a una persona que las posea por completo que al ave fénix.

No comuniques tus secretos al que los solicita, porque quien pretende que le den cosas a guardar, no es de fiar.

Recomienda Sálih, hijo de Abdelcadús, que no reveles tus secretos a quien procura averiguarlos, porque nadie trata de conocer un secreto, como no sea para divulgarlo.

En suma: que cuando tu secreto pasa más allá de la punta de tu lengua, ya está próximo a divulgarse.

Y si es que va a confiarse a un corazón leal y amado, ten presente que lo más oportuno es que dejes sobrellevar a tu corazón las amarguras que le cuesta el guardar tal secreto, y no perturbes la tranquilidad de otro haciéndolo poseedor del mismo.

Sabe que el descubrir los secretos de otro es cosa más fea que publicar los tuyos propios, porque con ello das indicio de una de dos cosas vergonzosas: o de deslealtad,

si el secreto te fué confiado espontáneamente, o de perfidia, si tú trataste de averiguarlo.

Dijo un filósofo a su hijo:

— Derrocha generosamente el dinero, cuando llegue el caso, y guarda avaramente los secretos de todo el mundo, porque la generosidad más digna de loa en el hombre consiste en gastar con prodigalidad para fines piadosos, y en ocultar avaramente los secretos.

Se dice que los pechos de los hombres de noble condición son sepulturas de los secretos.

Dijo el poeta:

«¿Acaso no ves que los maldicientes
no dejan pellejo sano?
No digas, por tanto, tu secreto más que a ti mismo,
porque tu amigo leal tiene, a su vez, otro leal amigo.»

Dijo otro:

«No todo lo que está oculto ha de manifestarse;
refrena, por tanto, los impulsos de tu lengua.
No es este impulso lo que tú has creído
en los días en que, frívolamente, te dejabas llevar de él.
Es una inclinación que, si la sigues,
puede llegar caso en que de ella te corrijan los filos del sable.»

ÍNDICE

Páginas.


BIBLIOTECA NACIONAL



DEL LIBRO

LÁMPARA DE LOS PRÍNCIPES,

ESCRITO POR ABUBÉQUER DE TORTOSA Y TRADUCIDO
DEL ÁRABE POR DON MAXIMILIANO ALARCÓN,
SE HA HECHO UNA TIRADA DE QUINIENTOS
EJEMPLARES EN LOS TALLERES DE
DON ESTANISLAO MAESTRE, POZAS,
12, MADRID; TERMINÁNDOSE
ESTE TOMO I EL DÍA
29 DE NOVIEMBRE
DEL AÑO DE
MCMXXX






BIBLIOTECA NACIONAL
BN
1000347819